

# LOS PAPÁS QUE LA Protegen

AVA GRAY

CORAZONES DE HARÉN

# LOS PAPÁS QUE LA PROTEGEN

AVA GRAY

Copyright © 2025 por Ava Gray

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

 Formateado con Vellum

# TAMBIÉN POR AVA GRAY

**El Bratva Valkov Serie**

Robada por la Bratva || Cautiva por la Bratva

**Los Millonarios Machos Alfa Serie**

Un Bebé Secreto con el Mejor Amigo de Mi Hermano || Simplemente Fingiendo || Amando al hombre que debería odiar || El Millonario y la Barista || Regresando a Casa || Doctor Papi || Bebé Sorpresa || Amo Odiarte || Otra Oportunidad || Una Falsa Novia para Navidad || Curiosamente Complicada || Una Mala Elección || Una Buena Elección || Una proposición de San Valentín || SELLada por un beso || Una Sorpresa Inesperada para el Jefe || Gemelos para el Playboy || Cuando nos volvamos a ver... || Las Reglas que Violamos || Un Bebé en Secreto con el Hermano de mi Jefe || Comienzos Helados || Un Multimillonario Zorro Plateado || Cautivada por el Mayor || El secreto del jefe: un bebé || El Escándalo del Bebé del CEO || El Obsequio Inesperado de Papi

**La Mafia Multimillonaria Serie**

Embarazada de un Mafioso || Robada por la Mafia || Reclamada por la Mafia || Organizado por la Mafia || Encantada por la Mafia

**Amor en Vacaciones Serie**

Un Milagro Navideño en Silver Hills || Feliz, Alegre y Oh Tan Pícara

**Relaciones Festivas de Medianoche Serie**

Un Regalo Prohibido por Navidad || Una Ganga Navideña || Un bebé escandaloso para el multimillonario

**Corazones de Harén Serie**

3 Papás SEAL por Navidad || Chispas de Amor en Pueblo Pequeño || Los Papás que la Protegen

# ÍNDICE

Blurb

1. Selena
2. Selena
3. Tyler
4. Tyler
5. Selena
6. Bailey
7. Selena
8. Selena
9. Jay
10. Selena
11. Bailey
12. Jay
13. Selena
14. Selena
15. Selena
16. Tyler
17. Bailey
18. Selena
19. Selena
20. Selena
21. Jay
22. Tyler
23. Selena
24. Selena
25. Bailey
26. Tyler
27. Selena
28. Selena
29. Selena
30. Jay
31. Selena
32. Selena
33. Jay

34. Selena
35. Selena

# BLURB

**Me metí en problemas con el cártel por culpa de mi padre.**

**Y luego conocí a tres irresistibles zorros plateados que están totalmente prohibidos…**

**Bailey** es un apuesto detective encubierto de Vicio asignado al caso de mi padre. Su interrogatorio es implacable, pero no cedo. Tengo que proteger a mi padre.

**Tyler** es su compañero, quien termina salvándome la vida y encantándome con su resiliencia y puro poder.

Y si eso no fuera suficiente, también está **Jay,** el detective privado que me hacen contratar para protegerme, que viene con un adorable hijo de cinco años.

Cuando de repente me veo envuelta en un torbellino criminal y mi vida corre peligro, descubro que los tres hombres protegerán mi vida con la suya.

Una cosa buena ocurrió en todo esto. ¿Quieres adivinar?

Tiene que ver con una prueba de embarazo positiva.

**Los Papás que la Protegen es un romance completo de por qué elegir, con diferencia de edad. ¡Préstalo gratis ahora!**

# 1

# SELENA

—Si sigues así, te quedarás sin trabajo. ¡Te estoy haciendo un favor dejándote trabajar aquí! ¡Selena!

Como el chillido de una gaviota, las palabras de mi jefa me siguieron hasta la calle mientras forcejeaba con mi bolso con una mano y pedía un Uber a toda prisa con la otra.

Era un riesgo, irme tres horas antes de terminar mi turno, pero cuando el Departamento de Policía de Los Angeles te llama y te requiere en comisaría porque tu coche ha estado implicado en un accidente, no es algo que pueda esperar.

Mi primer pensamiento fue para mi padre.

Toda clase de horribles accidentes de coche inundaron mi mente mientras corría a toda prisa calle abajo, confirmando un Uber a dos manzanas. Mi coche no estaba en su mejor momento, así que las llaves estaban enterradas en el fondo de mi bolso tras haberlo aparcado frente a mi apartamento antes del trabajo. Pero mi padre era ingenioso y su mente ya no estaba en su mejor estado. Las drogas te hacen eso. Como ex policía, conocía al menos cinco formas de entrar en mi coche sin llaves, y no me extrañaría que hubiera estado al acecho, esperando a que me fuera.

Joder.

Necesito ese coche.

Metiendo un puñado de dólares en la mano de mi conductora de Uber, le di las gracias por traerme aquí con rapidez y seguridad, luego me apresuré a cruzar las puertas de cristal de la Comisaría del LAPD. El familiar olor frío a aire viciado mezclado con sudor y antiséptico me golpeó como un puñetazo en la nariz.

Había pasado buena parte de mi infancia aquí, pendiente de cada palabra de mi madre sobre lo genial y valiente que era el trabajo de mi padre. Era emocionante tener un padre en la policía, y nada mejoraba más el verano que las barbacoas con sus compañeros de cuerpo o los elegantes bailes que seguían a las condecoraciones por valentía.

De niña, todo eso era mágico.

La realidad fue mucho más fría. No supe que sus ausencias al crecer se debían a que era un Oficial Encubierto. No supe que sus años rodeado de drogas como agente de Narcóticos fueron lo que le llevó a su adicción descontrolada hasta que una mañana me desperté y mi madre había desaparecido. Estaba harta.

Las ausencias, las desapariciones semanales y las mentiras fueron demasiado para ella, así que se fue, y yo asumí su cuidado. Por agotador y desgastante que fuese, aun albergaba la esperanza en mi corazón de que algún día las cosas cambiarían.

Igual un accidente de coche sería la solución.

—Hola, perdone, disculpe —apoyé las manos en el mostrador y me encontré cara a cara con un oficial anciano cuyo mentón temblaba bajo un mostacho grisáceo—. Me llamo Selena Hartley. He recibido una llamada sobre que mi coche estaba implicado en un accidente.

El oficial emitió un sonido húmedo como si estuviera chupando algo, luego se volvió hacia su ordenador y tecleó mis datos con lentitud. Mi mirada se apartó de él para fijarse en la comisaría bulliciosa que bullía de vida tras una pared acristalada. Años atrás, había imaginado unirme al cuerpo para ayudar a la gente. Ver lo bajo que había caído mi padre aplastó esos sueños.

Últimamente, solía andar por el límite del peligro, intentando solo mantenerle fuera de problemas.

—¡Detective Grant! —gritó de pronto el oficial anciano, y un hombre alto se detuvo a mitad de camino frente al mostrador.

—¿Qué ocurre?

—La señorita Hartley está aquí. Por lo del accidente de su coche.

Me giré por completo para enfrentarme al detective y puse mi sonrisa más educada de atención al cliente, pero titubeó en cuanto nuestras miradas se cruzaron, y todos mis pensamientos se desvanecieron.

El detective Grant era *guapísimo*. Alto y de hombros anchos, vestía una camisa azul oscuro y pantalones negros. Su pelo rubio miel y corto barrió su frente al inclinar la cabeza, y un par de ojos azules cristalino me centellearon desde un rostro curtido por años en el cuerpo. Su barba corta y recortada estaba salpicada de plata, y al ofrecerme la mano, se me hizo la boca agua al ver cómo se tensaban los músculos de su antebrazo desnudo.

Joder. Si los tíos tan buenos llevaban la placa, igual debería alistarme.

—¿Señorita Hartley? —la voz del detective Grant cortó mis divagaciones, y un calor me ruborizó al instante las mejillas. Su atractivo me distrajo tanto que casi olvidé por qué estaba allí.

—Sí, disculpe —le estreché la mano rápidamente—su agarre era firme *y* cálido— y luego recordé la llamada anterior—. Mi coche ha estado en un accidente o algo así. ¿Ha resultado herido alguien?

El detective Grant alcanzó la carpeta beige que llevaba bajo el brazo y apretó los labios en una línea tensa.

—Sígame.

Aquello no podía ser buena señal.

Le seguí desde el mostrador de atención hasta un pequeño pasillo contiguo donde el brillo agudo de la luz fluorescente del techo me hizo entrecerrar los ojos con incomodidad. ¿Cómo podían trabajar en un sitio tan luminoso?

—Conduce un Toyota Yaris 2009, ¿verdad?

—Sí.

—¿Azul?

—Eh... sí.

Sus impresionantes ojos se alzaron de repente desde la carpeta. —¿No conoce el color de su propio coche?

Habría sentido más indignación ante esa insinuación si su voz no hubiese sido tan profunda y tranquilizadora.

—Es azul acero —contesté, jugueteando con la correa de mi bolso—. Tan desgastado que en algunas luces parece gris.

Asintió y volvió a la carpeta. —¿Y usted es la única conductora?

—Así es.

El detective Grant cerró la carpeta y volvió a guardársela bajo el brazo mientras cruzaba sus fornidos brazos sobre el pecho.

—¿Estaba conduciéndolo esta mañana?

—No.

—¿Está segura?

—Sí, yo...

—Porque su coche estuvo implicado en un atropello y fuga a las 11:17 de esta mañana y, tras perder un seguimiento policial, fue encontrado abrazado a un poste telefónico sin conductor en la escena —sus ojos se estrecharon ligeramente, acentuando las patas de gallo y volviéndole, de algún modo, aún más atractivo que antes.

Mi corazón se alivió ligeramente con sus palabras: si no había conductor implicado, significaba que mi padre estaba bien, ¿verdad?

—Dios mío —me aferré con fuerza al bolso—. Yo no fui, lo juro. Ese coche necesitaba cambio de aceite y otras reparaciones. Hace días que no lo conduzco. Hoy he venido al trabajo en autobús porque era más barato.

—Entonces, ¿quién conducía su coche?

—Ni idea —mentí apresuradamente—. Espera... ¿ha dicho que fue un atropello con fuga? ¿Están bien? ¿Hay heridos?

—El vehículo no iba muy rápido al atropellar a la víctima, así que solo sufrió cortes y magulladuras —dijo el detective Grant—. Pero si no conducía usted, necesito saber quién tuvo acceso a su automóvil.

Por el tono de su voz, parecía no creerme en absoluto, así que me puse a rebuscar en el bolso. ¿El hecho de tener las llaves probaría que no fui yo?

—No fui yo, se lo prometo. ¿Ve? —Mis dedos rozaron el metal frío y levanté las llaves con una leve sonrisa—. Aquí están.

El detective Grant alzó una ceja—. ¿O sea que recogió las llaves después del choque?

—¿Qué? ¡No! Quiero decir... —Mierda.

—Tengo las llaves porque han estado enterradas en el fondo del bolso toda la semana *precisamente porque* no he conducido. Mi coche ha estado aparcado frente a mi edificio —cuanto más hablaba, menos parecía el detective Grant creerme, y el corazón empezó a latirme con fuerza. Si no tenía cuidado, acabaría pareciendo culpable y no podría ocultar la posibilidad de que fuera mi padre.

—¡Me han robado el coche! —soltó la mentira sin pensar.

—¿Robado? —Definitivamente parecía no creerlo.

—Sí. Me... me di cuenta esta mañana de que había desaparecido. Por eso tengo las llaves... —La voz se me apagó mientras juntaba las manos, enredando los dedos para que dejaran de temblar.

—¿Y no lo denunció?

—Iba a hacerlo —respondí con voz débil—. Pero llegaba tarde al trabajo, y ya estoy con el último aviso porque siempre me escapo. Que conste que venir aquí tampoco ayudará mi situación, pero iba demasiado apurada.

El detective Grant guardó silencio un momento antes de soltar un suspiro audible—. Media salpicadero faltaba, lo que indica que forzaron el sistema, así que efectivamente parecía que el vehículo había sido robado.

Mi corazón se hundió. Sin duda, mi padre tenía que ver.

—Un momento —fruncí el ceño y entrecerré los ojos—. Si sabía que estaba robado, ¿por qué me hizo quedarme aquí mientras me preguntaba si era yo quién conducía mi propio coche?

Para mi sorpresa, una ligera sonrisa apareció en el rostro del detective Grant, y se encogió de hombros—. Debo seguir todas las pistas disponibles.

Una oleada de frustración me atravesó el pecho irritada, y le fulminé con la mirada—. Claro.

—Tómeselo como lección —dijo—. Si hubiera denunciado el robo en cuanto lo descubriera, la habrían contactado para devolverle el vehículo en lugar de hacerla venir hasta aquí para interrogarla. Imagino que menos molestias para su trabajo.

En tres segundos, el detective Grant pasó de ser increíblemente atractivo a exasperantemente irritante.

—Claro. La próxima vez que me roben el maldito cacharro y vaya tarde a un trabajo que estoy a punto de perder, me pararé dos horas para denunciarlo —espeté con rabia.

—Excelente —respondió con una gran sonrisa que avivó mi enfado—. Puede marcharse, señorita Hartley.

—Gracias —me giré bruscamente, pero apenas di dos pasos cuando algo me golpeó—. ¿Y mi coche?

—Es prueba judicial. La contactarán cuando el caso se archive y puedan liberar las evidencias.

—¿Cuánto tardará?

El detective Grant sostuvo mi mirada—. ¿Seis meses? Alguien la llamará.

Jodera.

La maraña burocrática del Departamento de Policía de Los Ángeles no me sorprendía. Tenía demasiados recuerdos de mi padre despotricando sobre ello durante cervezas y hamburguesas, cuando mi vida aún era soleada y rosa. Pero estar en el otro lado resultaba igual de frustrante. Sin embargo, según la descripción accidente del detective Grant, podría quedar poco coche para recuperar.

Tenía que encontrar a mi padre.

Esta no era la primera vez que robaba mi coche. Pero mientras me acomodaba en el asiento del autobús y subía el volumen de la música para ahogar el hedor a sudor y pescado pasado, no pude evitar sentir alivio: esta vez al menos no tendría que recuperarlo de algún antro de drogas en un callejón.

Solo esperaba que no estuviera herido. Mis deudas eran tales que ya ni divisaba la línea de flotación; la mayoría heredadas de mi padre. Con solo veintitrés años, era yo quien trabajaba en dos empleos para mantener un techo sobre nuestras cabezas. Quien pagaba dos facturas, negociaba con usureros para frenar las amenazas de muerte y cambiaba la cerradura cada vez que enfurecía a alguien.

Casi nunca se daba cuenta. Las drogas hacían eso. Dicen que los adictos jamás comprenden el sufrimiento que causan. Viendo

consumirse a mi padre durante años, solo logré entender la decisión de mi madre al irse. Yo también lo habría hecho... de poder.

Era temprano al anochecer cuando llegué al apartamento de mi padre. Las cortinas estaban corridas y, pese a llamar varias veces, nadie abrió. Ni siquiera estaba seguro de que estuviera, pero era el primer sitio que debía comprobar. Mientras giraba la llave, elaboraba mentalmente otros lugares por si acaso. Si *bajasaba* herido del choque, necesitaría ayuda.

—¿Papá?

Entré, cerré y apoyé la muñeca en la nariz para combatir el olor químico que me asaltó. Amaníaco mezclado con comida para llevar de hace tres días y los efluvios ácidos del vómito rancio.

Maravilloso.

—¿Papá? —grité de nuevo, rodeando el correo sin abrir esparcido por el suelo. El pequeño salón estar plagado de ropa dispersa. Recipientes manchados de comida llenaban una mesa auxiliar, mientras jeringuillas, papel de aluminio y otros objetos de drogas se desbordaban de una mesita junto a una lámpara rota.

—Papá, ¿estás aquí?

Avancé con cuidado por aquel piso repugnante hasta la cocina, donde mi corazón se detuvo en seco como si me golpeasen.

Sobre la mesa donde de niña devoraba cereales, reposaba una bolsa de viaje negra rebosante de dinero y joyas destellantes.

## 2

# SELENA

—Papá... ¡¿qué demonios has hecho?!

Un golpe en la parte trasera del piso me hizo dar un salto y retrocedí de la mesa, pero no pude apartar la mirada. La cremallera de la bolsa de viaje estaba rota, haciendo que más dinero del que había visto en mi vida se derramara sobre la mesa. Encima de los billetes había numerosas piezas de joyería de aspecto caro, desde collares hasta pulseras y pendientes, que relucían incluso bajo la luz mortecina de la cocina mugrienta.

—¡Papá!

—¡Selena! —Marcus Hartley, mi padre, salió disparado del dormitorio y frenó en seco a un paso de la mesa con las manos en alto—. No es lo que parece, ¡te lo juro!

¿Cuántas veces había oído esas palabras? ¿Cuántas veces había pillado a mi padre en una situación espantosa y sus primeras palabras eran "no es lo que parece"? Aviso: siempre era exactamente lo que parecía.

Alcé la vista hacia él, y mi corazón acelerado se apretó con dolor en el pecho. Mi corazón se rompía cada vez que le veía. De algún modo, siempre estaba más delgado que antes. Con el rostro más demacrado y el cuello escuálido, allí estaba frente a mí, rascándose

un brazo y pasando repetidamente la lengua por sus labios secos mientras sus ojos se inundaban de súplica.

Una súplica para que le creyera.

—Papá —dije con voz temblorosa, luchando por controlar mi tono —. ¿Qué cojones?

—Escucha, escucha —se abalanzó hacia adelante, deteniéndose a un paso—. Confía en mí, sé que tiene mala pinta, pero créeme.

—Papá, acabo de venir del Departamento de Policía de Los Ángeles porque mi coche estuvo implicado en un atropello y fuga y luego lo destrozaron en un choque. ¿¡Has robado mi coche para atracar a alguien?!

—¡Selena! No, no, escúchame. Por favor —se acercó y me agarró los hombros con sus manos huesudas como garras, sacudiéndome en cuanto hizo contacto—. No es tan malo como parece, y no robé tu coche, ¿vale? Lo cogí prestado. Lo cogí prestado e iba a devolverlo, pero no funcionaba bien y simplemente...

—¡Papá! —me zafé de él, retrocediendo mientras mis ojos volvían al dinero. ¿Cuánto había? ¿Diez mil? ¿Cien mil? Todos esos billetes de 100 dólares que me miraban burlonamente indicaban que era más de lo que podía imaginar.

—Papá, le has hecho daño a alguien.

—Por favor —resopló, aspirando con fuerza—. Ese tipo era un capullo.

—¡Eso no importa! ¡Has atropellado a alguien con mi coche! ¿¡Sabes en qué problemas me podré meter?!

—¡Era un mal tipo! —ladró, y entonces se controló y apretó los puños—. Selena, tan solo escucha...

—Tú eres un mal tipo —espeté, y el estómago se me revolvió mientras el ácido inundaba mi garganta. ¿Qué cojones iba a hacer? ¿Cuánto tardarían en averiguar que mi padre estaba en el coche y venir a llamar a nuestra puerta?—. Robas mierdas y atropellas a la gente. Eso es de malos.

—Técnicamente no es robar tanto como tomar lo que se merece...

—¡¿No robar?! —apenas podía contener mi rabia, así que cogí un puñado de billetes de la mesa y se los arrojé con fuerza—. Esto sí es

robar. ¡Esto no es tuyo! ¿Tienes la más mínima idea en esa jodida cabeza tuya de los problemas que tienes? ¿Y de los problemas en los que nos has metido a los dos? ¡Joder, papá! ¿Por qué?

—Selena...

—¿Es por la droga? ¿Estás tan jodidamente ido que atropellas a la gente sólo para conseguir droga? ¿Le has robado esto a tu camello? Porque si tengo que recibir otra llamada del hospital porque has intentado timar a algún cabrón... —La emoción se me hinchó en el pecho y taponó mi garganta, cortando mis palabras. Lágrimas calientes punzaron tras mis ojos, y me tapé la boca con una mano temblorosa. Esto era grave, joder, esto era muy grave.

—Selena, no. Lo ves todo mal —mi padre volvió a abalanzarse y a agarrarme los hombros mientras me sacudía. Pero yo no podía apartar la vista del dinero.

—Vale, quizá no me lo he ganado, pero ahora eso no importa, ¿sabes? Esto... esto arreglará todos nuestros problemas. Ya no tendrás que trabajar en dos empleos, ¿no lo ves? Podemos irnos a algún sitio. Algún lugar bonito y rico y podremos comprarnos un piso nuevo, un piso enorme. Y yo... ¡me desengancharé! ¿Qué te parece?

—No lo digas —jadeé, empujándole de repente e ignorando cómo se me revolvía el estómago al notar la osamenta de su pecho bajo mis dedos—. No te atrevas a decir eso. ¿Cuántas veces me has prometido desengancharte?

—Esta vez lo digo en serio —insistió, pasándose una mano por su adelgazada melena oscura—. Me desengancharé y tú... podrás volver a estudiar. Terminarás todos esos cursos, y tendremos seguro de hogar y... —mi padre aplaudió repentinamente con una sonrisa súbita, pareciendo inmensamente orgulloso—. ¡Incluso te compraré un coche nuevo! ¡Uno mejor!

Mi padre vivía en su propio mundo. Claramente no veía problema alguno con el dinero sobre la mesa ni con que hubiera atropellado a alguien con mi coche. Estaba completamente ciego a las consecuencias, y esa responsabilidad recayó una vez más sobre mí.

—Papá, tienes que devolverlo.

—¿Qué? —al instante, su actitud feliz se esfumó—. Joder, no.

—Papá, ¿por qué no piensas un minuto? —le espeté, señalándole —. Los polis tienen mi coche. Es cuestión de tiempo que averigüen quién eres y vengan a buscar. ¿Qué harás entonces? Sin contar con la gente a la que le has robado. Estoy segura de que querrán recuperarlo.

La cantidad era alucinante. No podía imaginar que alguien con tanto efectivo fuera a alegrarse de que desapareciera, sin contar la joyería.

—No —dijo mi padre sin emoción—. No. Esto es mío ahora. ¿Es que no lo ves? Tú y yo podemos tenerlo todo ahora. Vivir como reyes. Solo tenemos que... no podemos quedarnos aquí, así que nos iremos a otro sitio. Nadie nos encontrará. ¡Con este dinero en efectivo podemos esfumarnos sin dejar rastro!

Una parte agotada y silenciosa de mí se sintió tentada. No pude evitarlo. Solo tenía veintitrés años y ya sentía haber vivido más de una vida intentando mantenerme a flote y a mi padre. Seis años esforzándome por mantenerle con vida, conservar un empleo y tener un techo sobre ambas cabezas seguro que me habían quitado años de vida.

Estaba exhausta y, durante un instante soñador, aquel dinero parecía la solución fácil. Cogerlo y desaparecer hacia una vida nueva, reinventarme como alguien valioso y buscar un futuro mejor que llenar estantes y fregar retretes por unas monedas.

Me sequé a toda prisa unas lágrimas rebeldes que me habían escapado y forcé una respiración lenta para intentar calmarme.

—¿Y cuánto tardará esta nueva versión de sí mismo en clavarse una aguja en el brazo? —pregunté con la voz quebrada—. ¿Cuánto para que tu reinvención sea solo otro engaño? —Nota: "tinfoil distraction" adaptado a "engaño" como metáfora cultural.

—Me desintoxicaré —espetó mi padre como si fuera lo más obvio del mundo.

—Por cada vez que he oído eso, si me dieran un dólar, este dinero sí sería nuestro. —Cerré los ojos, apretándome los dedos en el tabique nasal mientras las lágrimas reprimidas se transformaban en un dolor de cabeza. En el fondo, sabía que debía denunciar

aquello. Si no lo hacía y la policía lo descubría, acabaría detenida junto a mi padre.

—Selena, ¿por qué no confías en mí?

Al abrir los ojos, los míos se encontraron con los de mi padre y mi corazón se hizo añicos. Ni rastro de comprensión en sus ojos inyectados en sangre, ni calor paternal ni arrepentimiento por sus actos. Solo incredulidad.

Como si yo fuera la villana.

—Papá —dije suavemente—. Esto es demasiado. Tienes que entregarte, o devolverlo o algo así... ¡pero no podemos quedárnoslo!

—¡Que no, joder! —bufó, cambiando el peso de un pie a otro—. Esto es mío, legítimamente. Es importante y ¿el tipo? Ni siquiera lo querrá de vuelta porque...

—¡No! Basta de excusas, de historias porque me importan un comino. Cuanto más me cuentas, más posibilidades de que acabe en la cárcel contigo. Así que esto, esto debe desaparecer...

Un golpe repentino resonó en el piso y ambos nos petrificamos. Un instante de silencio precedió a otro golpe mucho más insistente que nos hizo entrar en acción.

—¿Son los polis? —siseó mi padre, lanzándose hacia la mesa.

—No lo sé, pero... ¿quizás? Hace un par de horas me interrogaban —susurré deseando haber descorrido una cortina al llegar.

—¡Líbrate de ellos! —Mi padre me agarró del brazo y me empujó hacia la puerta, más pendiente de recoger el dinero suelto que de otra cosa. Quise maldecirle y exigirle responsabilidades, pero no lo hice. En lugar de eso, me alisé la trenza, me recogí el pelo tras las orejas y me acerqué a la puerta con mi sonrisa más educada.

Agarré el pomo y abrí solo al oír cerrarse la puerta del dormitorio.

Apenas la había abierto un centímetro cuando una fuerza la empujó y me lanzó hacia atrás contra el perchero con un grito de pánico. Mientras intentaba recuperar el equilibrio, una mano gruesa como un jamón me rodeó el cuello y me levantó tan bruscamente que la cabeza se me estrelló contra la pared. El dolor explotó en mi nuca.

—¿Qué cojones? —jadeé, atragantándome al apretarse la mano en mi garganta.

—¿Dónde coño está? —rugió el desconocido, clavándome sus ojos oscuros. Era más alto que yo, pelo alquitrán pegado atrás y un tatuaje de serpiente descendiendo por su antebrazo, cuyo brazo me inmovilizaba. Tras él, un hombretón rubio se adentró en el piso.

—¡Marcus! —vociferó el segundo hombre desapareciendo de vista.

—¿Dónde está él? —volvió a gritarme el primer desconocido, cara con cara. Aferré su muñeca con todas mis fuerzas, luchando por respirar mientras el corazón me martilleaba tan violentamente que juré reventaría. Cuando su mano cedió lo suficiente para quijotear aire, tosí con fuerza.

—No... no lo sé —gaspé—. ¡Aquí no hay nadie más!

Pese a todo, proteger a mi padre fue un instinto visceral.

—Mentirosa. —Se inclinó tan cerca que su aliento a tabaco rancio me invadió los pulmones provocándome otra tos violenta. Justo cuando giré el cuerpo para propinarle una patada en el estómago y huir, el frío cañón de una pistola se clavó en mi costado.

Me paralicé, con los ojos desorbitados y un vuelco en el corazón.

—Por favor —lloriqueé—, estoy sola. Aquí no hay nadie.

El desconocido me apartó de la pared y cerró la puerta de una patada. Me arrojó hacia adelante, haciéndome dar contra una silla de la mesa ya vacía. Ni un dólar quedaba. Al incorporarme, con la mente acelerada preguntándome cómo saldría con vida, el desconocido moreno se inclinó y apoyó la punta de la pistola en mi mandíbula.

—¿Eres su chica? —preguntó. Me revolvía el estómago.

—No —espeté roncamente.

El rubio reapareció del cuarto trasero encogiéndose de hombros. —Aquí no está.

Mi corazón se desplomó. Les dije que estábamos solos esperando que mi padre contraatacara, pero aquel silencio trajo una revelación nauseabunda.

Mi padre me había abandonado.

Un puñetazo repentino me golpeó en la cara, tirándome al suelo con una bocanada de aire. Un dolor abrasador me estalló en la mandíbula y, sobre el crujir de madera astillada, una bota pesada aterrizó en mi pecho ahí clavada.

No podía respirar. Aturdida, atrapaba mi mirada con mi agresor moreno mientras él apoyaba todo su peso en la bota y golpeteaba la pistola en mi sien.

—Bueno, bueno —soltó con desdén—. Vas a volverte muy habladora si quieres conservar esa cara bonita intacta.

# 3

# TYLER

«7-Adam-13, tenemos un 459 en el 456 de South Harvard Boulevard. El sospechoso es un hombre blanco con el pelo oscuro.»

—7-Adam-13, ahí respondemos —dijo mi compañero, el agente Trask, al dejar la radio sobre el salpicadero mientras escribía rápidamente la dirección en el ordenador. Yo modifiqué nuestra ruta de patrulla y giré a la izquierda en la siguiente, poniendo rumbo a la llamada.

Siguió un momento de silencio. Un silencio que habría abrazado encantado durante todo el trayecto.

—Bueno —Trask tamborileó con la mano derecha en el tirador de la puerta y sopló aire entre los dientes—. ¿Vas a contarme qué haces realmente aquí?

Con la vista en la carretera, me reí entre dientes. —¿Qué?

—Qué haces *realmente* aquí —Trask volvió la cabeza para mirarme fijamente.

—Joder, como si oírlo dos veces de repente me hiciera entenderte —murmuré.

—Venga, tiene que haber sido algo jugoso de narices. Llevamos más de un mes juntos y no has soltado ni una palabra —Trask se

removió en el asiento y me dio un codazo en el brazo, como si fuésemos dos colegas tomando una cerveza.

—No tengo ni idea de lo que hablas —respondí con naturalidad, apartándome un poco—. Pero si te preocupa que te hayan asignado conmigo, puedes presentar una solicitud al sargento de turno. Aunque no te prometo que te escuche.

—No, no es eso en absoluto —los dedos de Trask seguían tamborileando en la puerta, alternando golpes rápidos y lentos.

Claramente necesitaba un cigarrillo con desesperación, pero cuando nos emparejaron, dejé claras las normas del coche enseguida: prohibido fumar en mi coche patrulla, y eso no se discutía.

—Te degradaron, ¿verdad?

—¿Me lo preguntas o me lo afirmas? —le eché una mirada de reojo y sus ojos verde acuoso estaban clavados en mí.

—¿Con cuál de las dos conseguiré respuesta?

—¿Por qué crees que me degradaron? —casi prefería no preguntar. La lata de gusanos que parecía existir en la mente del agente Trask era algo que intentaba evitar a toda costa, pero él claramente no soltaba el hueso.

—Fácil. Eras el *detective Lamb*. Tenías una reputación estelar de cojones. Decían que tu expediente era tan limpio que ni siquiera necesitabas pulir la placa. Todas tus malditas buenas acciones lo hacían por ti. ¿Todo el bien que hiciste y los cabrones a los que encarcelaste? Es imposible que abandonases eso voluntariamente para volver a lo más bajo.

—¿Dices "limpio" como si fuese algo malo? —me reí levemente mirando el ordenador para comprobar el tiempo restante de ruta.

—Bueno —Trask soltó una risita—. Nadie puede decir que hace este trabajo manteniéndose limpio al cien por cien. Algunos simplemente no los pillan.

—¿Ah sí?

—¡Sí, así es! ¡Yo no, por supuesto! —levantó ambas manos como si tuviera la inocencia estampada en las palmas—. Además, ningún detective que valga su sal volvería a patrulla a menos que hubiese

metido la pata con algo gordo —prosiguió Trask—. Por eso la gente siente curiosidad.

—¿Gente?

—Vale, *yo* siento curiosidad. Necesito saber con quién comparto coche cada día. Porque si estás aquí porque jodiste a alguien, eso no mola. Necesito alguien que me cubra las espaldas.

Resultaba difícil no poner los ojos en blanco. —¿Y mi reputación impoluta no basta para tranquilizarte?

—Joder, no. No cuando has vuelto a rebajarte con la chusma de la calle sin motivo aparente.

El agente Trask tenía una forma tan elocuente de expresarse.

—Tal vez conseguí un Boleto Dorado —dije, escrutando los callejones laterales al entrar en la calle donde estaba la casa objetivo —. Tal vez hice algo increíble y pude elegir lo mejor del lote.

—Tonterías —Trask soltó una risa seca—. Nadie en su sano juicio usaría un Boleto Dorado para volver a patrulla. Si llegas a detective, solo hay ascenso o fuera. Así que venga, ¿qué hiciste?

No respondí. Tuvimos esta discusión el primer día y estaba seguro de que volvería cada vez que Trask pensara que habíamos estado juntos el tiempo suficiente para conectar. Cuando acepté este puesto, no esperaba estar tanto tiempo en patrulla, pero ese era uno de los riesgos del trabajo encubierto. Los plazos cambiaban constantemente.

Trask tenía razón en una cosa: si hubiese tenido un Boleto Dorado, no lo habría usado para volver a la calle. No, había vuelto al uniforme, recorriendo parques en un coche patrulla trece horas al día porque la forma más rápida de conseguir información sobre el Cártel Dorame era estar con la oreja pegada al suelo, y no había oído más cercano que Patrulla.

Las preguntas de Trask cesaron cuando llegamos frente a la dirección indicada por el control y salimos del vehículo.

—Control, aquí 7-Adam-13, estamos a pie en la dirección indicada, código 6 —dije por la radio al desenfundar mi arma. Un 459 era un intento de robo. Dado el tiempo transcurrido desde la llamada, era posible que el sospechoso ya no estuviese, pero nos tocaba registrar y asegurar la propiedad.

—Conmigo —ordené a Trask al pasar junto a él y subir por el camino empedrado hacia la casa.

—Sí, jefe.

Mantenía el arma en alto mientras me acercaba a la puerta principal, asomándome con cautela por el alféizar de la ventana. Una malla cubría el cristal frontal, impidiendo ver claramente el interior. Varias macetas volcadas yacían esparcidas en el escalón superior. Sin embargo, no se divisaba movimiento. Después de probar cuidadosamente el pomo de la puerta principal —y comprobar que estaba cerrada con llave— rodeamos la casa hacia la puerta lateral que se balanceaba entreabierta en la suave brisa.

Me pegué a la pared y me asomé por el vano abierto, apoyando un pie dentro para impedir que la puerta volviese a cerrarse. Entonces, un movimiento captó mi atención cuando una sombra cruzó ante una puerta interior.

Le hice una señal a Trask y entré con pasos rápidos pero silenciosos. Al entrar en el salón, había un hombre agachado frente a un armario con un candelabro en una mano, así que apreté la empuñadura de mi arma.

—¡Policía de Los Ángeles! —espeté, haciendo que el hombre diera un salto tan violento que el candelabro se le escapó de la mano y cayó al suelo con estrépito.

—¿Qué demonios?

—Señor, ¡póngase las manos en la cabeza con los dedos entrelazados! —ordené.

Obedeció al instante y luego se volvió hacia mí. Su labio inferior temblaba y su rostro sonrosado se enrojeció tanto que empezó a empañársele las gafas.

—¿Qué está haciendo? ¡Esta es mi casa! —protestó.

Me detuve a mitad de camino hacia el desconocido, dispuesto a ponerle las esposas. —¿Señor? ¿Esta es su propiedad?

—Sí. ¡Sí! Mi... mi nombre es Hank Forsythe, ¡esta es mi casa! —afirmó con voz temblorosa.

—Recibimos informes de un vecino sobre actividad sospechosa en el lateral de la propiedad —expliqué, manteniendo el arma apuntando a Hank por si acaso.

—Se vio a un hombre forzando la entrada por una ventana —añadió Trask, acercándose por detrás de mí y dándome una palmadita en el hombro. Su señal de que el resto de la casa estaba libre.

—¡Sí, ese era yo! —El sudor perlaba el labio superior de Hank y, aunque parecía sincero, yo seguía sospechando.

—¿Quiere explicarse? —inquirí.

—Se me olvidaron las llaves, eso es todo. Y mi mujer, Amy, suele dejar una bajo la maceta, pero no la encontré. Sabía que la ventana lateral estaba floja desde aquella tormenta de la semana pasada, así que pensé... pensé en colarme.

Cuanto más hablaba, más se disipaban mis sospechas, y tras un momento, enfundé el arma e hice un gesto para que bajara las manos.

—¿Tiene documentación? —pregunté.

Hank asintió. —Está en mi bolsillo, ¿puedo...? —titubeó.

Asentí sin apartar la vista mientras metía la mano en el bolsillo del pantalón y sacaba la cartera. Me tendió su DNI. A primera vista, decía la verdad sobre su nombre. Se lo pasé a Trask por encima del hombro.

—Que control compruebe los datos de la casa, a ver si coincide —pedí.

—Sí, jefe —respondió Trask.

—Hank, yo soy el agente Lamb y ese es mi compañero, el agente Trask. Confirmaremos su versión y nos iremos sin molestar más —aclaré.

Hank asintió y se pasó una mano temblorosa por su corto cabello castaño. —Me habéis dado un susto de muerte. ¿No se supone que os teníais que identificar antes de entrar?

—No en posibles allanamientos donde el intruso siga en la propiedad. Entonces debemos identificarnos al encontrarnos con alguien —expliqué, apoyando las manos en el cinturón.

—¿Dónde está su esposa? —pregunté.

—Está... está cenando con su hermana. Donde debería estar yo si no me hubiera quedado fuera sin llave —se quejó Hank.

Dos minutos después, Trask apareció a mi lado. —Los datos coinciden —dijo, devolviéndome el DNI, que yo entregué a Hank.

—Disculpe, señor Forsythe. Debíamos asegurarnos —me excusé.

—No hay problema —sonrió ampliamente, con alivio patente—. Lo entiendo.

—Pero la próxima vez, llame a un cerrajero —aconsejé.

Dejando a Hank con la sorpresa de dos policías inesperados en su puerta, Trask y yo salimos hacia el coche mientras sacaba la radio.

—Control, aquí 7-Adam-15, pónganos código 4. El 459 solo era el dueño usando un método creativo para entrar sin llave —comuniqué.

—Recibido —respondió la radio.

—Idiota —murmuró Trask al acercarnos al coche.

—¿Quién, Hank? —pregunté.

—Sí. Que te pillen entrando en tu propia casa es de lo más estúpido que he visto. Y pasa demasiado —aseguró.

—No estaba entrando ilegalmente —le recordé, abriendo la puerta—. Vive aquí. ¿Me dices que nunca hiciste nada sospechoso para entrar en tu casa o coche?

—¡No! Nunca perdí las llaves, ni una vez —replicó.

—Me alegro por ti, supongo —resoplé.

Trask golpeó el techo del coche y me señaló. —¿Por eso te degradaron? ¿Perdiste algo importante e hiciste alguna mierda para recuperarlo?

Toda esperanza de que Trask abandonara el tema hoy se esfumó al instante. Estuve tentado de darle una excusa pobre, pero incluso eso tenía riesgos. Debía reintegrarme a Patrulla como un fantasma, sin llamar la atención, pero me habían emparejado con el más cotilla de la comisaría.

—Me acosté con la mujer del jefe —dije y me deslicé dentro del coche.

Trask entró al instante, boquiabierto mientras se abrochaba. —No lo hiciste. ¿Sí? ¡Hostia, lo hiciste! No, no es verdad.

Me reí para mis adentros ante su vacilación y arranqué. Justo al salir del bordillo, otra transmisión sonó en la radio.

—7-Adam-13, 415 reportado por un vecino en el 2519 de Ocean View Avenue. La unidad más cercana sigue ocupada. ¿Pueden asistir?

—Joder, no —refunfuñó Trask—. Es demasiado lejos.

2519 Ocean View Avenue. ¿Por qué esa dirección me resultaba tan familiar? Cuando Trask iba a responder, la dirección encajó en mi mente con tal fuerza que un dolor punzante me atravesó la sien. Le arrebaté la radio, ignorando su queja.

—7-Adam-13, diga que respondemos —declaré.

—¿Qué demonios? —exigió Trask, guardando la radio al devolvérsela—. No es nuestra zona. Que lo coja otro.

—No —espeté, girando bruscamente el volante en un cambio de sentido ilegal.

—¿Por qué? —inquirió.

—Conozco esa dirección —afirmé.

## 4

# TYLER

—7-Adam-13, anúnciennos Código 6-Adam en el 451; aguarden refuerzos.

Desenfundé mi arma, lancé una mirada a Trask por encima del hombro indicándole que se mantuviera cerca, y me aproximé con cautela al edificio de apartamentos en cuestión. Respirando de forma controlada, subí los escalones de dos en dos en silencio hasta quedar pegado a la descascarillada pared beis.

—Lamb, ¿qué tiene de especial este sitio? —susurró Trask casi sin aliento—. Aquí no vive nadie importante.

No respondí, en parte porque sabía que mi réplica no sería amable. Claro que era un barrio conflictivo, pero cualquier agente decente de la brigada antidroga conocía a Marcus Hartley. Antes de su espectacular caída en desgracia, el tipo había sido toda una leyenda.

—Vigila mis seis —musité, incorporándome despacio y atisbando por encima del alféizar. Por desgracia, las cortinas estaban herméticamente cerradas, truncando cualquier esperanza de tantear el terreno antes de entrar.

—¿Algo?

Negué con la cabeza. Tendríamos que forzar la entrada sin saber qué nos esperaba al otro lado. Me acerqué lentamente a la puerta,

manteniendo mi arma pegada al pecho, y llamé con contundencia.

—¡Policía de Los Ángeles! ¿Hay alguien?

No hubo respuesta verbal, pero dentro se oyó un estrépito. Dada la llamada previa, no iba a arriesgarme. Retrocedí y embestí con una fuerte patada justo bajo la cerradura. La puerta del apartamento saltó abierta al compás del estruendo y rebotó contra la pared interior mientras Trask y yo entramos con las armas en alto.

—¡Policía de Los Ángeles!

Dos sombras altas y oscuras embistieron entre sí huyendo de la cocina, presuntamente hacia la puerta trasera.

—¡Trask, corta por atrás! —grité mientras echaba a correr, pero antes de perseguir a los dos sospechosos que huían, algo mucho peor me llamó la atención.

Amarrada a la silla con cinturones yacía una mujer inconsciente. Media cara amoratada con sangre al oído, su estropajeado cabello caoba desbordándose de una trenza que le colgaba sobre un hombro.

Sin perderla de vista, revisé el resto del apartamento asegurándome de evitar sorpresas. La trastienda, el baño y el dormitorio estaban despejados, así que volví corriendo hacia la víctima y le presioné dos dedos contra la yugular. Un pulso firme latió contra mis dedos aliviándome el pecho.

Estaba viva.

—7-Adam-15, necesito ayuda médica en mi posición. Mujer inconsciente dejándole de respiración. Solicito refuerzos y aire médico. Dos agresores masculinos en fuga, agente Trask en persecución.

Tras confirmar su pulso, salí disparado por la parte trasera del edificio intentando rastrear a los sospechosos, con una mano en la radio dispuesto a contactar con Trask. Al bajar los escalones, el agente Trask apareció en la boca del callejón trasero jadeando.

—¡Trask! —corrí hacia él—. ¿Estás bien?

—Sí, sí —gesticuló Trask—. Los perdí dos manzanas más allá. Subieron a un SUV plateado y salieron pitando.

—Mierda. Vale, repórtalo y emite un APB sobre los sospechosos. Luego acotad la zona. Dentro hay una víctima —ordené.

—Sin problema, jefe.

De vuelta al interior, enfundé el arma y comencé a desamarrar a la mujer. Seguía inconsciente y, pese a mi entrenamiento sobre evitarlo, era difícil eludir los pensamientos sobre lo ocurrido allí. El piso estaba totalmente revuelto, pero el desorden no bastaba para ocultar las jeringuillas bajo el fregadero ni el característico olor a heroína flotando en el aire.

Al soltarla, la mujer empezó a desplomarse. La sustuve en brazos, la levanté con cuidado y la acosté sobre la mesa de la cocina. Al acomodarse, su cabeza rodó hacia la derecha descubriendo una herida craneal sangrante escondida bajo su cabello suelto.

—Joder —exhalé con fuerza mientras rebuscaba a toda prisa material de taponaje en mi cinturón. ¿Esto constituía una emergencia, no? Presioné la gasa contra su cabeza aplicando toda la fuerza posible mientras intentaba atar cabos.

Era el apartamento de Marcus Hartley, aunque nadie lo reconocería en esas condiciones. Desde que se reveló su adicción a las drogas que intentaba retirar de las calles, todo se le vino abajo y rompió casi todos sus vínculos con el departamento. Eso no impidió que mi verdadero compañero, Bailey, y yo intentáramos verlo de vez en cuando.

La peor pesadilla de todo agente encubierto antidroga. Una prueba que va demasiado lejos, una amenaza que hace parecer inofensivo un picotazo de droga y todo se desmorona. Infinitas razones prohíben probar la mercancía en misiones, pero esto encarnaba la principal.

—¿Cuándo llega la ayuda médica? —hablé por la radio—. Herida craneal en la víctima.

—En dos minutos —respondieron.

—¿Algún documento? —preguntó Trask entrando por la puerta de atrás.

Le cacheé los bolsillos a la mujer con una mano y luego negué—. No. Quizás haya algún bolso por aquí, pero eso lo dejamos para forenses.

De repente, la mujer se irguió con un grito ronco de terror y sus manos amoratadas se aferraron débilmente a mi uniforme. Sus brillantes ojos verdes nadaban en lágrimas y, a pesar de clavarlos directamente en los míos, parecían desenfocados.

—Por favor, por favor —jadeó—. ¡No sé nada, nada de nada!

Inmediatamente le rodeé un hombro con mi brazo para sostenerla mientras apoyaba la otra mano en su cabeza para contener la hemorragia.

—Tranquila, tranquila, no pasa nada —la calmé—. Estás bien, te lo prometo, todo irá bien, señora.

—Por favor —sollozó débilmente, arrastrando las palabras con la boca llena de sangre. Luego sus ojos se volvieron hacia atrás y volvió a desmayarse, con la cabeza desplomándose sobre mi hombro.

Joder.



No pude sacármela de la cabeza durante todo el trayecto al hospital detrás de la ambulancia. El miedo desbordado en sus ojos, la profundidad sobrecogedora de aquellos ojos verdes asombrosos, los morados rojizos en sus muñecas que delataban su desesperada lucha; cada detalle me atormentaba, sin poder entender por qué. Era hermosa. Imnegable. Deslumbrante, de hecho, pero había intentado borrar ese detalle de mi mente.

Eso no ayudaría a nadie.

Ya en el hospital, me aseguré de seguir asignado al caso para tomarle declaración. Pasé la siguiente hora recorriendo la sala de espera tomando un café espeso como alquitrán mientras aguardaba noticias.

Y esa mirada no me abandonó. Un terror gélido, envuelto en un agotamiento profundamente arraigado.

Me traspasó y desató algo primario en mi pecho: esa necesidad carnal de asegurarme que jamás volviera a sentirse tan aterrada.

Algo imposible tras lo sufrido, además de que no podía permitirme distracciones en casos no vinculados al cártel.

Tenía razones para estar de incógnito.

Poco después de mi tercera taza, apareció en espera la enfermera que se la había llevado rápidamente empolvándose las manos en la bata azul. Me planté de inmediato.

—¿Alguna novedad? ¿Está bien?

—Sí —sonrió—. Estará bien. Sufre shock y está muy alterada. El traumatismo craneal necesitó puntos y tiene conmoción, pero por lo demás, bien. Quedará en observación nocturna.

Un inesperado alivio recorrió mi pecho como un bisturí de estática cálida, y esbocé una leve sonrisa.

—Son buenas noticias. ¿Sabemos quién es?

—Se llama Selena. Selena Hartley.

Espera, ¿la hija de Marcus? Imposible. Seguía siendo pequeñita, segurísimo. Un cálculo mental me recordó que llevaba más tiempo del que creía sin verlo. Joder, cuánto había crecido.

—¿Puedo hablarle?

—No, necesita reposo. El comisario con quien hablé no quiere visitas hasta que llegue.

Ajá, con que eso había.

El uniforme me ponía detrás de la cinta, el choque más duro del regreso a patrulla. Solía llevar placa y decidir a quién interrogar. Ordenaba a los agentes que hicieran el trabajo sucio. Patrulla no tiene opción cuando se implica un comisario.

—Vale, gracias. Una cosa: ¿salió limpio el análisis toxicológico?

—Sin drogas. Ni síntomas de consumo.

—Gracias.

La enfermera se marchó. Busqué mi móvil y marqué el número de Trask.

—Trask, jefe.

—Oye, la víctima está bien. Selena Hartley. Hazme un favor: rastréala en el sistema.

—¿Hay algo que se nos escape? —preguntó Trask.

—No me cuadra con un robo doméstico. El caos allá... imposible que hubiese nada valioso. Quiero saber si surge algo.

—¿No viste las jeringuillas? —bufó—. Era un antro de drogadictos. Ya se sabe: no pagan y mandan macarras a vaciarles.

—Las jeringas eran viejas y ella está limpia —contesté—. Lo que buscaban justificó atarle e interrogarla. Investiga a ver si hay datos.

—Como ordene.

Colgué y me pellizqué el tabique nasal. En otra situación lo habría delegado. Pero por más que lo intentara, no salía de mis pensamientos.

Cada vez que parpadeaba, aquellos verdes aterrados se grababan en mi memoria.

—Joder —me quejé. Más café serviría.

Iba a hacerlo cuando, a dos pasos, una silueta familiar captó mi mirada. Un torrente de tensión ácida reptó por mis entrañas al otro extremo del pasillo: mi colega de Narcóticos, el comisario Bailey Grant, se dirigía a la habitación de Selena. Su presencia nunca presagiaba nada bueno.

—¡Bailey! —grité, prosiguiendo hacia él. Bailey alzó la vista del expediente y, al cruzarse con mi mirada, sonrió.

—¿Tyler? ¿Qué haces aquí? ¿Servicio médico? —Sus ojos me examinaron instintivamente. Su preocupación no había cambiado en años de compañeros.

—Sin novedad, vengo por trabajo. ¿Tú vienes para...? —Pausé, mirando el expediente con el nombre de Selena—. ¿Vienes por ella?

—¿La conoces?

—Fue mi aviso. Robo que derivó en agresión. La encontré atada e inconsciente en la cocina cuando huían dos cabrones.

—¿Tú eras el poli? ¡Y decían que volver al uniforme era aburrido! —Bailey sonrió burlón.

—Vete a la mierda —bufé—. ¿El caso es tuyo?

—Sí. —Bailey inspiró cansado y me pasó el expediente—. ¿Mi atropello y fuga de esta mañana? Pues la víctima tuya conducía el coche que atropelló a mi chico. Vaya coincidencia que ella acabe siendo víctima de un allanamiento de morada horas después, ¿no te parece?

Asentí lentamente, hojeando el expediente—. ¿Tú sabes quién es ella, verdad?

—Sí —respondió Bailey—. La hija de Marcus.

Me quedé helado al llegar al pie de página, donde los detalles de la víctima del atropello estaban garabateados.

—Espera, ¿tu caso de atropello fue el de Dorame?

—Sip.

Alcé la vista y la sangre se me heló al encajar las piezas mentalmente.

—¿El cártel? ¿En serio?

# 5

# SELENA

Me ha abandonado.

No puedo creer que me haya abandonado.

Esos pensamientos y otros más me atormentaban mientras me acurrucaba entre las almohadas de la cama del hospital y jugueteaba distraídamente con el borde de la sábana. Lo último que recordaba con claridad era al hombre del tatuaje de la serpiente dándome una fuerte bofetada por haberle escupido, algo que se merecía con creces por todas las barbaridades que dijo que me haría si no le decía dónde estaba el dinero.

Ese miedo no se había disipado. Permanecía justo bajo mi piel, picando como un erizamiento agudo cada vez que mi mente volvía a aquel momento. Estar atada a aquella silla, abandonada y enfrentándome a dos hombres peligrosos, tuvo que ser el momento más aterrador de mi vida. Y el más triste.

Mi padre me había abandonado.

Había cogido esa bolsa y el dinero y se había marchado sin que le importara lo más mínimo.

¿Cómo ha podido hacerme eso?

Una y otra vez, aquellos hombres me habían gritado y golpeado, exigiéndome saber dónde estaban mi padre y las cosas robadas, y yo lo había negado todo. Algo fácil de hacer cuando me habían

abandonado y, literalmente, no tenía ni idea de dónde habían acabado él o el dinero. Las lágrimas me escocían en los ojos si me detenía demasiado en ese pensamiento, así que las contenía e intentaba centrarme en otra cosa.

Como en el guapo agente que me había rescatado.

Los detalles estaban algo borrosos en mi mente, dado que solo lo había entrevisto, pero su pelo espeso y oscuro y sus profundos ojos marrones hacían que mi corazón se acelerara cada vez que pensaba en él. Fuera quien fuese, era el único resquicio de esperanza en todo este maldito lío y, cuando me centraba en él, las cosas no parecían tan terriblemente abrumadoras.

¿Qué demonios iba a hacer? Mi padre se había ido y, desde luego, aquellos hombres no se rendirían tan fácilmente.

Unos suaves golpes en la puerta me sacaron de mi espiral de pensamientos. Dos hombres entraron en mi habitación y el corazón me dio un vuelco.

Reconocí al primer hombre de inmediato. Era el atractivo detective con el que había hablado esta mañana sobre mi coche, el detective Grant. Si estaba aquí, seguro que no era buena señal. ¿Significaba eso que la policía sabía a quién había robado mi padre? Tragué saliva con fuerza y me aferré más al borde de la sábana mientras el segundo hombre entraba por completo en mi campo de visión, y mi corazón se agitó.

Era mi rescatador. Reconocería esos ojos en cualquier parte.

—¿Señorita Hartley? —comenzó el detective Grant.

—No recuerdo nada —dije de inmediato. Para mí ya era un acto reflejo evitar cualquier interacción con la policía. Desde que mi padre había caído al otro lado de la ley, había pasado tanto tiempo protegiéndolo de los agentes y de sí mismo que negar que supiera cualquier cosa era un acto reflejo.

Ambos hombres intercambiaron una mirada y, entonces, el que me había rescatado dio un paso al frente.

—¿Selena? Soy el ag... Soy el agente Lamb. Fui quien la encontró. ¿Cómo se encuentra?

—Me han atacado, atado y apuntado con una pistola. ¿Cómo cree que me encuentro? —Ahí estaba de nuevo, el impulso visceral

de levantar una barrera antes de poder evitarlo. Por suerte, al agente Lamb no pareció importarle y una suave sonrisa se dibujó en su atractivo rostro.

—Tengo algo de experiencia en eso —rio entre dientes—. Lo siento, la verdad es que deja huella.

Como si fuera una señal, me palpitaron las muñecas donde los cinturones me habían cortado la piel y me agarré con más fuerza a la manta.

—Sí, bueno… —Contuve un suspiro y apreté los labios—. Gracias por salvarme. Y por traerme al hospital.

—Sí, claro —asintió el agente Lamb. Cuando sonrió, las comisuras de sus ojos se arrugaron con un gesto tan genuino que mi corazón se derritió un poco. La atracción que sentía hacia él tenía que ser porque me había salvado la vida, ¿verdad?

—Señorita Hartley… —empezó el detective Grant.

—Ya se lo he dicho —le interrumpí bruscamente, mirándolo de nuevo—. Yo no conducía esta mañana y no tengo ni idea de quién ha robado mi coche.

Para mi sorpresa, el detective Grant soltó una risa sombría.

—No estoy aquí por eso, no exactamente. Estoy aquí por el asalto que tuvo lugar en el número 2519 de Ocean View Avenue. Esa no es su casa, ¿verdad?

Mi reflejo fue decir que sí, pero bastaría una llamada para que supieran que mentía.

—No —dije. Una oleada de dolor me subió al cráneo, anulando mi capacidad de hablar, y cerré los ojos con una mueca.

—Si esto es demasiado —dijo el agente Lamb—, podemos volver más tarde.

—No, no, está bien —dije, concentrándome en calmar mi respiración hasta que el dolor pasó—. Quiero acabar con esto cuanto antes. No, no es mi casa. Es el apartamento de mi padre.

—Y su padre es Marcus Hartley.

Lentamente, abrí los ojos y los clavé en el detective Grant. —Ambos sabemos que eso ya lo sabe usted.

El agente Lamb ocultó una sonrisita sin mucho éxito.

—¿Su padre no estaba en casa? —preguntó el detective Grant, impasible ante mi comentario.

—No. Yo… —Hice una pausa, sopesando qué parte de mentira podría colar—. Llevaba unas semanas sin verlo y estaba preocupada, así que me pasé a ver cómo estaba.

—¿Y es entonces cuando la atacaron? —El detective Grant garabateó algo en su libreta negra.

—Sí —solo de pensar en esos dos hombres se me revolvía el estómago—. Llamaron... Llamaron a la puerta y pensé que quizá era mi padre. Siempre se olvida las llaves y esas cosas, así que fui a abrirle y fue entonces cuando ellos... —se me atascaron las palabras en la garganta y un temblor repentino me recorrió el cuerpo.

—¿Cuando entraron por la fuerza? —sugirió el agente Lamb.

Asentí.

—¿Puede describirlos? —preguntó el detective Grant, y esta vez su voz era más suave—. Cualquier detalle que pueda darnos nos ayudará.

Ahí fue cuando la cosa se complicó. Frente a aquellos dos policías tan guapos, estaba intentando distraerme estudiando sus atractivos rostros, pero esa pregunta me detuvo en seco. Los miré alternativamente y me encogí de hombros.

—Yo... no lo sé. Eran tipos normales y corrientes. Mmm... uno tenía el pelo oscuro y lo llevaba peinado hacia atrás, totalmente engominado. Y tenía un tatuaje —levanté el brazo izquierdo y me acaricié el antebrazo—. Lo tenía aquí. Un tatuaje de una serpiente con la boca abierta y... y uno de los colmillos estaba roto.

—Fantástico —dijo el agente Lamb con una cálida sonrisa.

—Al otro tipo no lo vi tanto —dije en voz baja, luchando para que no me temblara la voz—. Estuvo en segundo plano la mayor parte del tiempo, así que... Lo siento.

—No lo sienta —dijo rápidamente el detective Grant—. Ya nos ha dado mucha información con la que trabajar. Esto está muy bien.

Me dio un pequeño vuelco el corazón y me invadió una oleada de timidez que me hizo apartar la mirada. Los hombres guapos y ser el centro de atención no solían hacerme sentir tan tímida.

—¿Se le ocurre alguna razón por la que pudieran haberla atacado? —preguntó el agente Lamb.

—No —contesté de inmediato, pero me contuve y negué con la cabeza—. O sea, fue un... un allanamiento de morada al azar, ¿no? Pasan todo el tiempo.

—En realidad, creemos que el ataque fue selectivo —dijo el detective Grant, y se cruzó de brazos—. Y también sabemos que usted no era la única en el apartamento.

Me quedé helada y apreté la mandíbula mientras clavaba la mirada en el detective. No iba a delatar a mi padre, no hasta haber hablado antes con él, así que negara lo que negara ese tipo, yo lo negaría.

—Selena, ¿dónde está su padre?

—Como le he dicho, hace semanas que no lo veo —repliqué.

—Lo entiendo —dijo el detective Grant—. Yo tampoco delataría a mi padre. Pero sabemos que miente. La vecina, la que llamó para avisar del alboroto, dijo que vio a Marcus huir de la propiedad por la puerta trasera poco antes de que empezara el jaleo. Así que, ¿quiere reconsiderar su respuesta?

Permanecí en silencio, con el corazón latiéndome tan frenéticamente que la máquina que delataba mis nervios casi se descontroló. Ninguna respuesta me parecía lo suficientemente buena, y delatar a mi padre no era una opción.

Joder. ¿Por qué tuvo que huir y dejarme allí?

—El hombre al que atropelló con su coche esta mañana —continuó el detective Grant, ahora sargento, con una mirada al agente Lamb—, era socio de los dos hombres que sospechamos que estaban en su casa.

Por supuesto que lo eran.

Me los quedé mirando y me encogí de hombros, sin fiarme de mi propia voz para decir nada.

—Usted no está en problemas —me tranquilizó el agente Lamb, y aquella dulce sonrisa volvió a dibujarse en su rostro—. Solo intentamos ayudar.

¿Ha oído hablar alguna vez del Cártel de los Dorame? —preguntó el detective Grant.

Aquel nombre me atravesó el pecho con la fuerza de un golpe. Los conocía, por supuesto que sí. Mi padre había estado infiltrado con ellos durante años. Eran responsables no solo de sus largas ausencias durante mi infancia, sino también de las drogas a las que mi padre se había enganchado.

Habían destrozado a mi padre y habían destrozado mi infancia, así que sí, definitivamente los conocía. Consideré la posibilidad de mentir, pero me resultaba difícil ocultar el desprecio que sentía por ellos.

—Selena —el detective Grant sonrió ligeramente—. Sabemos que su padre trabajó con el Cártel de los Dorame. Era un buen hombre, un detective respetado, y es desolador lo que le ocurrió. Pasó tanto tiempo infiltrado que los límites se desdibujaron. Pero ¿y si ahora está en problemas? ¿Y si necesita ayuda? Queremos ayudarlo.

Ya había oído esa monserga antes. La ayuda consistía en enviarlo de nuevo como infiltrado o en interrogarlo hasta que lo soltaran y todo el mundo supiera que era un traidor. Sería ponerle una diana en la espalda, como si no tuviera ya una.

—Una mierda —mascullé—. La carrera de mi padre... su *vida* quedó arruinada por esas drogas y ese puto cártel, así que ninguno de los dos tendría nada que ver con ellos. Está... está intentando desintoxicarse, darle un giro a su vida, así que no, no sé nada.

La misma mentira que había soltado a manos de aquellos hombres era lo único que podía salvarme ahora. No podía delatar a mi padre, no hasta que supiera exactamente qué estaba pasando. Y, sin embargo, mientras los dos hombres intercambiaban una mirada un tanto derrotada, me asaltó la profunda sensación de que estaba protegiendo a la persona equivocada. Mi padre me había abandonado, así que ¿por qué seguía intentando protegerlo?

—Gracias por su tiempo —sonrió el agente Lamb—. Volveremos un poco más tarde, cuando se encuentre mejor, pero si se le ocurre cualquier otra cosa, por favor, no dude en ponerse en contacto con nosotros.

—Claro —me giré y me acurruqué, de cara a la pared, hasta que oí que la puerta se cerraba detrás de mí.

Joder.

Todo esto era mucho más gordo de lo que había pensado en un principio. Estaba muy equivocada al pensar que había sido un simple robo. ¿Tan estúpido era mi padre como para intentar robar a Andrés Dorame, el líder del Cártel de los Dorame? Se suponía que era más listo que eso.

No se sabía qué haría Andrés para recuperar lo suyo. No conocía todos los detalles, pero sí suficientes historias de terror como para entender que los hombres que habían enviado al apartamento eran solo el principio. No había forma de que mi padre y yo saliéramos vivos de esta. Por un instante, consideré la posibilidad de volver a llamar a esos policías y contárselo todo. ¿Podrían ayudar?

No, probablemente no. Mi padre siempre decía que Andrés tenía a policías comprados. No eran de fiar.

Me pasé la siguiente hora llamando a mi padre, intentando obtener algún tipo de respuesta de él, pero como siempre, me saltaba el buzón de voz hasta que las llamadas dejaron de entrar por completo. Tras la última llamada rechazada, cerré los ojos y finalmente dejé que las lágrimas brotaran.

Estaba asustada, cansada y dolorida, y a mi padre claramente no le importaba. No tenía amigos a los que llamar. Era difícil mantener un círculo social cuando tu padre era un expolicía y todavía más difícil cuando te pasabas todo el tiempo pluriempleada y luchando para que tu padre no muriera de una sobredosis. Sin nadie a quien llamar y sin consuelo posible, me acurruqué entre las almohadas y lloré con todas mis fuerzas hasta que el agotamiento y los analgésicos me arrastraron a un sueño intranquilo.

Unas horas más tarde, me despertó un movimiento. La luz se colaba por la puerta de mi habitación, que estaba entornada. Cuando me incorporé y me froté los ojos, me di cuenta de que habían apartado mi cama de la pared.

—¿Qué…? —pregunté adormilada, preguntándome con la vista nublada si me estaban cambiando de habitación.

De repente, una mano me rodeó la garganta y me empujó violentamente de nuevo sobre la cama, ahogando mi grito de sorpresa. La luz de los monitores de la habitación iluminó a un hombre calvo y desdentado con tatuajes en un brazo. Se inclinó

sobre mí con una pistola en la otra mano, a un par de centímetros de mi cara.

—Como te muevas, como grites o como chilles siquiera —siseó, escupiéndome en la cara—. Te mataré, ¿entendido?

El corazón se me desbocó y las lágrimas me asomaron a los ojos mientras asentía rápidamente.

—Finge que estás dormida —ordenó.

Solo cuando cerré los ojos y volví a asentir me soltó la garganta, pero no tenía ninguna intención de quedarme callada. En cuanto desapareció la presión, me lancé fuera de la cama con un grito y caí estrepitosamente al suelo en un amasijo de alambres y cables. Agitando una pierna, mi pie conectó con el blando abdomen de mi atacante y él gruñó por el impacto. Apoyé las dos manos en el suelo para incorporarme y empecé a arrastrarme hacia la puerta. Una mano me agarró el tobillo, arrastrándome hacia atrás, y grité asustada.

—¡Socorro!

Forcejeamos, pero él era mucho más fuerte y, antes de que pudiera recuperar el aliento, se me echó encima. Su peso sobre mis caderas me inmovilizó y, cuando abrí la boca para gritar, me dio una bofetada con fuerza y luego me la tapó con el puño.

—¡Cierra la puta boca! —siseó, con la cara peligrosamente cerca de la mía—. Ahora voy a tener que matarte aquí, joder, y me has cabreado, así que a lo mejor lo hago despacio y lo disfruto.

# 6

# BAILEY

—¡Selena!

Me lancé hacia delante y choqué contra su agresor, haciendo que ambos nos estrelláramos contra la cama del hospital. El agresor gritó de sorpresa y yo solté un gruñido, agarrándole inmediatamente el brazo al hombre y retorciéndoselo hacia atrás. La sacudida de dolor resultante hizo que gritara y que la pistola se le escurriera de la mano. Aparté rápidamente el arma de una patada, pero eso me dejó vulnerable e incapaz de esquivar el codazo que se estrelló contra mi mandíbula.

El golpe me lanzó hacia atrás contra la pared con un gruñido, pero me reincorporé y volví a abalanzarme hacia delante. Chocamos con un grito, le estampé el puño en la cara y luego le hundí la rodilla con fuerza en el estómago. Mientras el agresor se doblaba con un jadeo de dolor, le clavé el codo con fuerza entre los omóplatos y se desplomó.

Sin embargo, no se quedó en el suelo.

Un puñetazo certero me dio en el estómago y caí al suelo con un jadeo de dolor, quedándome sin aliento por un momento mientras todos mis músculos protestaban. Esto le dio tiempo al agresor para ponerse en pie de un salto. Selena se encogió contra la pared,

tapándose la boca con una mano, y mientras el hombre avanzaba, saqué la pistola del cinturón y apunté.

—¡No te muevas! —grité.

El agresor se detuvo, me miró y luego se lanzó desesperadamente a por su propia pistola. Mi dedo rozó el gatillo, pero no disparé; no era una buena idea en un hospital. El agresor huyó de la habitación mientras yo me ponía en pie a trompicones y, un segundo después, Tyler entró corriendo.

—¡Tyler, vigílala! —grité. Pasé corriendo a su lado y frené en seco en el pasillo, buscando entre la multitud. Al ver la cabeza calva del hombre, corrí tras él con un grito.

—¡Alto! ¡Policía de Los Ángeles! ¡Alto ahí!

El agresor no hizo caso y gemí para mis adentros. Por una vez, estaría bien que esas palabras hicieran que un criminal se entregara. Corriendo por el pasillo, tuve que esquivar tanto a personal como a pacientes, lo que se complicó aún más por el hecho de que mi objetivo se chocaba y empujaba a casi todas las personas con las que se cruzaba.

—¡Perdón, lo siento mucho! —grité mientras saltaba por encima de un paciente y un médico que se habían caído, continuando la persecución por la planta del hospital. Tras dos esquinas, el agresor frenó en seco junto a un ascensor y, desde donde yo estaba, parecía que intentaba entrar, pero no podía porque una camilla de hospital estaba atascada en la puerta.

—¡Oiga! —grité, deteniéndome en seco junto a un guardia de seguridad—. ¡Llame al 911, dígales que hay un tirador activo en el hospital y que cierren este sitio!

Sin detenerme a oír la respuesta del guardia, seguí adelante y corrí por el pasillo justo cuando el agresor se metía en la caja de la escalera. Con el sudor empapándome la ropa y el corazón desbocado, entré por la misma puerta dos segundos después y me lancé de inmediato por encima de la barandilla.

Aterricé sobre el agresor y caímos juntos, rodando por el resto de las escaleras hasta acabar en un montón en el rellano. Cada una de mis extremidades y músculos gritó en protesta y sacudí la cabeza lentamente.

—Ay… —gemí.

El agresor fue más ágil y se puso en pie en segundos. Me dio una patada en el pecho y solté un gruñido mientras un dolor ardiente explotaba en mi cuerpo. Entonces el agresor se dio la vuelta y empezó a subir corriendo las escaleras.

—Joder —jadeé, incorporándome a duras penas—. ¿Por qué tiene que ser hacia arriba?

Subiendo los escalones de dos en dos, cogí la radio.

—Aquí el detective Grant, persiguiendo al sospechoso armado en el Hawthorn Memorial. El sospechoso se dirige hacia arriba por la escalera trasera —dije con un jadeo de dolor y me guardé la radio.

Odio las putas escaleras.

Perseguí al agresor por incontables tramos de escaleras hasta que, finalmente, llegamos a la azotea. El hombre entró por la puerta y yo, completamente agotado, entré estrepitosamente unos instantes después. Sin embargo, no hubo tiempo para tomar aliento. En cuanto asomé la cara, el hombre abrió fuego y me lancé detrás de un conducto de ventilación.

—¿En serio? —grité, jadeando—. ¿¡Quieres hacer esto después de todas esas putas escaleras!?

—¡Que te jodan! —gritó el hombre, y un par de disparos más impactaron en la grava cerca de mi refugio.

—Vamos, tío. No tienes adónde ir y he visto tu pistola. Tampoco te quedan muchas balas.

Otros cuantos disparos resonaron contra el conducto de ventilación metálico y me encogí.

—¿De verdad quieres acabar así? —grité—. Total, ¿qué tiene de importante esa chica?

—¡Que te jodan! —chilló el hombre. Una pausa en los disparos me dio una oportunidad y me asomé por el borde de mi escondite. El sospechoso no estaba muy lejos y devolví el fuego, teniendo que agacharme rápidamente cuando volvió a disparar.

—Estamos solos tú y yo —dije, recuperando el aliento poco a poco—. ¡Podemos hablarlo!

El sospechoso abrió fuego, disparando sin parar hasta que el delator clic de una pistola vacía resonó en el aire de la noche.

—Bingo. —Me levanté, con la pistola en alto, y me acerqué al sospechoso. La cara del hombre se crispó de rabia mientras tiraba el arma y sus ojos se movían de un lado a otro, buscando claramente una abertura, pero no pensaba darle ninguna. Mi pistola no vaciló.

—Manos arriba —ordené—. Quedas detenido. Joder, tío, ¿por qué has subido corriendo? Bajar era mucho más fácil.

—Estabas en medio —gruñó el hombre.

Resoplé, y entonces se me revolvió el estómago cuando el sospechoso empezó a caminar hacia atrás, imitando cada paso que yo daba hacia delante. Si no tenía cuidado, se le iba a acabar la azotea.

—Eh, vamos, tío. Se ha acabado. No tienes escapatoria. Ponte de rodillas, pon las manos en la nuca y entrelaza los dedos —le indiqué.

—Que te jodan —gruñó el sospechoso.

Dejé de caminar y mantuve el arma apuntando al hombre mientras él seguía retrocediendo hasta llegar al mismo borde de la azotea. Se me encogió el corazón.

—Mira, no vale la pena morir por Andrés, ¿verdad? Venga, apártate del borde. Podemos hablar. Si nos ayudas, quizá no mueras en la cárcel —dije con cautela.

¿Había alguna posibilidad de derribarlo para apartarlo del borde? No desde este ángulo. Mientras lo vigilaba, mi mente se aceleró, intentando encontrar la forma más segura de alejar al sospechoso del borde, pero no se me ocurría nada. La única forma de ponerle las esposas a este hombre era convencerlo con la palabra.

—No voy a deciros una puta mierda —gruñó el sospechoso y se giró para mirarme, levantando las manos a los lados—. Sois todas iguales, malditas ratas.

—¡Eh, eh! —le advertí, y di un paso hacia delante—. No querrás hacer esto.

—¿Ah, no? —Con una sonrisa escalofriante, el hombre miró hacia arriba y luego dio un paso atrás, cayendo de la azotea y desapareciendo de mi vista.

—¡No! —Me abalancé hacia delante, deteniéndome cerca del borde y asomándome al callejón de abajo. El sospechoso yacía en el

suelo. Su cuerpo estaba despatarrado, con las extremidades dobladas en ángulos antinaturales y rodeado por un halo carmesí.

—Joder —resoplé—. ¿De verdad que merece la pena morir por Andrés?

Limpiándome el sudor de la frente con el dorso de la muñeca, cogí la radio.

—Sospechoso caído. Cadáver en el callejón trasero del Hawthorn Memorial. Que alguien llame al forense.

Mierda.



—¿No lo has cogido? —Selena estaba sentada en la cama, mirándome con esos ojazos preciosos suyos y, por un momento, no pude hablar.

Selena me había dejado sin aliento esa misma tarde cuando bajó a la comisaría y ahora, estar tan cerca de ella y ver esa expresión de dolor en sus ojos hizo que mi mente se pusiera a dar vueltas.

—No —dije en voz baja—. Pero no volverá a hacerte daño.

—No volverá a hacerle daño a nadie —comentó Tyler desde la puerta.

—¿Cómo ha entrado? —pregunté.

—Parece que se ha colado por la zona de mantenimiento. Están renovando una parte del hospital, así que la seguridad allí abajo no es tan estricta. Además, llevaba un cordón identificativo, así que, a simple vista, a nadie le parecería que estuviera fuera de lugar —explicó Tyler.

—La capitana se va a poner como una fiera con esto —me reí entre dientes, pasándome una mano por el pelo.

—Ya —coincidió Tyler—. Ha dicho que empezaría a buscar un piso franco, pero no promete que consiga la autorización a estas horas de la noche. Además, si no podemos establecer una conexión clara entre Selena y Andrés, puede que ni siquiera nos lo den.

—¿Lo dices en serio? —espeté—. El tipo trabajaba para Andrés, eso lo sabemos todos. Desde el atropello y fuga hasta el ataque de

Viper a Selena… ¿qué más conexión necesitan?

Tyler se encogió de hombros. —El papeleo, supongo.

—Cabrones —mascullé.

—Lo siento —dijo Selena, y toda la atención volvió a centrarse en ella, que estaba acurrucada en la cama—. Pero puedo cuidar de mí misma.

Puse los ojos en blanco y la ignoré. —Tenemos que sacarla de aquí —le dije a Tyler—. Está claro que Andrés sabe que está aquí y enviará a más y más gente hasta que el trabajo esté hecho.

—¡He dicho —intervino Selena de nuevo— que puedo cuidar de mí misma!

Me volví hacia ella y enarqué una ceja. —¿Y cómo ibas a quitarte a ese tipo de encima?

Los labios de Selena se separaron, pero no se formó ninguna palabra. En su lugar, frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Exacto —comenté. Luego, miré a Tyler a los ojos—. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

Tyler asintió.

—La llevamos a casa de Jay.

# 7

# SELENA

«Si despiertas a Dae, juro por todos los diablos que os voy a depilar a los dos mientras dormís».

Me quedé en la puerta de una cocina desconocida, jugueteando con el dobladillo de mi camiseta mientras el recién llegado al grupo, Jay, les entregaba cervezas frías a mis dos nuevos guardaespaldas. Había descubierto durante el trayecto que el agente Lamb se llamaba Tyler y que el detective Grant era Bailey. Tyler solo necesitó equivocarse dos veces para revelar que él también era detective, aunque dijo que esa historia sería para otra ocasión.

La verdad, estaba demasiado cansada para preocuparme.

Funcionaba a base de inercia, con la adrenalina siendo lo único que me mantenía en pie y despierta.

—Por favor, siéntese —se acercó Jay y esperó a que lo mirase. Cuando clavé la vista en sus cálidos ojos marrones almendrados, me cogió suavemente del codo y me dirigió hacia un taburete cerca de la isla central.

Era tan atractivo como los otros dos, con pelo azabache y labios finos que se curvaban en una sonrisa reconfortante. Pese a mi aversión natural a tratar con policías, al menos estos tres eran bastante guapos.

—Bébaselo —me animó Jay, dejando una taza de té humeante ante mí—. Está dulce. Es bueno para el shock y debería, con un poco de suerte, ayudarla a dormir.

—Gracias —murmuré, rodeando la taza con ambas manos. El calor me sorprendió en las palmas al principio, pero pronto se volvió reconfortante, así que acerqué la taza.

Tyler se sentó en un taburete a dos asientos del mío, mientras Bailey se apoyaba en la nevera y daba un buen trago a su cerveza.

—Jay es detective privado —dijo Bailey, y yo levanté mis cansados ojos para encontrarme con su mirada—. Si lo contrata —y de verdad debería contratarlo— usted estará bajo su protección y él podrá trabajar junto al departamento de policía de Los Ángeles.

—Es decir, nosotros —intervino Tyler con suavidad.

—Y entre todos podrán mantenerme a salvo.

Estaba demasiado agotada para pensar con claridad. Me dolía todo el cuerpo y, al tragar, aún sentía la garganta apretada por aquel cabrón. Casi deseaba seguir en el hospital, pero estaba claro que allí ya no era seguro.

—¿Por qué necesito contratar a un detective privado para protección? ¿Acaso no es ese el trabajo de ustedes? Es policía —dije clavando la mirada en Bailey por encima de mi taza humeante.

—Técnicamente —asintió Bailey.

—Debería ser así de simple —dijo Tyler, y mi mirada se deslizó hacia él—. Pero ahora mismo, aunque creemos conocer la amenaza contra usted, es mucho más difícil probarlo. Cualquier abogado listo podría zafarse alegando que la conexión entre el hombre del hospital y los agresores es solo circunstancial.

—¿La conexión siendo Andrés Dorame? —Jay jugueteaba con los puños de su camisa blanca.

—Sí —confirmó Bailey—. El protocolo exige que la dejemos volver a su domicilio, ya que el ataque no ocurrió en su casa.

—Estaría muerta en menos de una hora —Tyler hizo una mueca —. Lo siento.

Curiosamente, la idea de morir no me afectó. Me alimentaba tanta adrenalina y miedo de última hora que una parte de mí se

sentía invencible. Lo cual hacía que la idea de estar *protegida* pareciera ridícula.

—Solo quiero volver a casa —mascullé, dando un sorbo al té. El calor se extendió por mi garganta y reprimí un pequeño gemido de sorpresa. Realmente estaba bueno.

—Y la encontrarán —afirmó Bailey—. Igual que la encontraron en el hospital. No hay forma de esconderse de esa gente y, por mucho que me duela decirlo, conocen la ley. Sabían que atacarla allí la obligaría a salir. Si tuviera que adivinar, esperaban que la dejásemos en libertad, ya que la falta de amenaza directa de Andrés dificultaría aplicarle la protección a testigos.

—Juro que ese cabrón lo piensa todo —rezongó Tyler.

—Y que lo digas —asintió Jay, arremangándose. Metió las manos en un fregadero lleno de espuma y empezó a lavar. Todos hablaban con un cansancio compartido, como si hubieran estado persiguiendo fantasmas durante más tiempo del que ninguno quería admitir.

Habría pedido más detalles si no estuviese tan condenadamente agotada.

—Dado todo lo ocurrido, ¿seguro que aún no quiere contarnos nada? —Bailey se apartó de la nevera y se plantó justo delante de mí, atrapándome con su intensa mirada. Si no fuera tan guapo, le habría enseñado el dedo.

—No —espeté mientras la tensión me subía al pecho—. ¿De verdad solo pueden pensar en eso? ¿En que delate a mi padre? —Como ya les dije, no veo a mi padre desde hace semanas y no sé nada, ¿vale? Me *han atacado* dos veces y estoy harta de que me miren como si fuera *culpa mía*.

El rostro de Bailey se crispó y sus ojos se entornaron, pero antes de que pudiera hablar, Jay intervino con el brazo cubierto de espuma de jabón.

—Selena, no es eso en absoluto. Sé que puede parecerlo porque Bailey va como perro hambriento detrás de un hueso —dijo, quitando a Bailey de en medio con un codazo y lanzándole una mirada que decía claramente *retrocede*.

Yo simplemente gruñí.

—Yo conocí a su padre, de hecho —continuó Bailey con una suave sonrisa.

Entrecerré los ojos para mirarlo, esforzando mi cansada mente por recordar si mi padre había mencionado alguna vez a alguien llamado Jay, pero no me vino nada a la memoria.

—Trabajamos juntos durante varios años. Era un buen tipo y siempre me respaldaba —prosiguió Jay—. Por eso, consideraría un honor representarla hasta que todo esto se solucione y usted pueda retomar su vida.

Jay hablaba de mi padre con una chispa en los ojos que hacía tiempo que no veía. Desde luego, no quedaba ni un ápice de esa luz en mi corazón hacia él.

—Ya no es un buen hombre —espeté en voz baja, conteniendo un bostezo—. Mire, no tengo dinero para contratar a un detective privado y simplemente... esto es demasiado.

—Podemos solucionar eso después —repuso Jay.

—O podríamos volver a salir y peinar Los Ángeles en busca de una casa segura oficial. Seguro que es facilísimo a las tres de la madrugada —intervino Bailey.

Su comentado bastó para encender una chispa de ira y fulminé con la mirada a Bailey por encima del hombro de Jay. ¿Por qué se portaba como un gilipollas tan grande? Hacía unas horas se lanzaba a rescatarme y ahora volvía a ser el detective gruñón, más interesado en hacer preguntas.

—A ver —interrumpió Tyler—, ha sido un día agotador. La enfermera dijo que lo que más necesitaba era descanso bajo observación, ya que tuvimos que sacarla del hospital, así que ¿qué le parece si lo consulta con la almohada?

Lo miré de reojo y una sonrisa comprensiva asomó a su apuesto rostro.

—Entonces, por la mañana, ¿podemos reevaluar la situación? —Tyler recorrió lentamente con la mirada al grupo, buscando su aprobación.

Jay asintió de inmediato, pero Bailey tardó un poco más. En cuanto mencionaron el descanso, fue lo único en lo que pude pensar. Estaba tan agotada que sentía las extremidades como de

plomo y los calmantes empezaban a dejar efecto, permitiendo que el agudo dolor de cabeza se manifestase con más claridad.

—Me parece una idea estupenda —dijo Jay—. Selena, usted puede ocupar la habitación justo a la derecha de las escaleras. La cama ya está hecha. Pero si necesita algo, no tiene más que decírmelo.

Sabía que debía darle las gracias, pero solo deseaba alejarme de Bailey y caer en el sueño más profundo de mi vida. Así que, con una fugaz mirada a Jay, me deslicé del taburete, dejé la taza y salí de la cocina.

A medio camino de las escaleras, agarré con ambas manos la barandilla de madera y me incliné lo justo para oír sus voces que flotaban desde la puerta de la cocina.

—No me puedo creer que sea la hija de Marcus —dijo Jay.

—¿Verdad? —Tyler soltó una risita cansada.

—Ni rastro de él —sentenció Bailey—. Ni una palabra. ¿Atacan a su hija y el cabrón ni siquiera es capaz de coger el maldito teléfono? —Había algo tan exaltado en el tono de Bailey que me pilló por sorpresa, haciendo que el corazón me temblara ligeramente.

—Debe de estar metido hasta el cuello con Andrés —suspiró Tyler—. ¿Crees que ha vuelto a sus andadas?

—¿Quizá? —respondió Bailey.

—Lo del atropello —intervino Jay entre chapoteos de agua y el traqueteo de la vajilla—. ¿Dijiste por teléfono que estaba relacionado con el ataque a Selena?

—Usaron su coche para atropellar a un guardia de uno de los casinos de Dorame. Los vídeos de seguridad lo pillaron escapando a toda velocidad de *The Bleeding Heart*, lo cual no sería raro con lo típico de los apostadores que pierden y salen huyendo —explicó Bailey—. Pero el guardia atropellado era de la seguridad privada de Andrés.

—¿Crees que Andrés estaba allí? —preguntó Jay.

—Puede ser —suspiró Bailey—. Pero todos sabemos que su equipo de seguridad privada no pierde tiempo custodiando traslados normales de casino.

—Crees que Marcus robó algo —terció Tyler—. Algo tan importante que Andrés quiere a Selena.

—Exacto. Que esté implicado el equipo privado de Andrés ya indica que es algo crucial. Y ¿qué es más importante para Marcus que su única hija?

—El cabrón del hospital —apuntó Jay—. No iba para matarla, ¿verdad?

—No, no lo creo —murmuró Bailey—. Creo que intentaba llevársela.

Era demasiado. Apenas podía asimilar el dolor del día, ni mucho menos la revelación de que mi padre seguramente robó directamente a Andrés Dorame. Eso sí que fue *descomunalmente* estúpido. Con razón había joyas entre el dinero.

Arrastré mi cuerpo exhausto por el resto de la escalera y seguí las indicaciones de Jay hasta la habitación de invitados. Los ojos se me cerraban de tal modo que los detalles de la habitación se desdibujaban hasta difuminarse, concentrándome solo en el estampado floral de la cama.

Me llamaba el sueño.

Sin embargo, a pesar del cansancio, mientras me desvestía lentamente no conseguía quitarme de encima la extraña inquietud emocionante que revoloteaba en mi corazón. No sabía qué resultaba más atractivo; despertar con Tyler encima de mí con sus ojos deslumbrantes y suavísima sonrisa, la forma en que Bailey abalanzó como un jugador de rugby al imbécil que amenazaba mi vida o la ternura que Jay tuvo conmigo en la cocina, que casi me hizo llorar.

Nadie había defendido antes, ni con tanto ahínco, y no recordaba la última vez que alguien fue tan delicado conmigo como Jay. Ni la última vez que alguien me preparó un té.

Reducida a la ropa interior, me deslicé sobre la cama y me enterré bajo las sábanas, envolviéndome como en un capullo. Apreté la cara contra las almohadas e inhalé un tenue aroma a algodón dulce.

En cuanto dejé de concentrarme en los hombres de abajo, mi mente me arrastró de vuelta al piso, cuando estaba atada a la silla, y el corazón me empezó a acelerar. En aquellos instantes estaba tan

segura de que iba a morir y que a mi cuerpo no lo encontrarían en semanas.

Pero Tyler lo hizo. Me salvó. Bailey también.

Una inesperada sacudida de deseo me recorrió de la cabeza a los pies y abrí los ojos, lamiendo lentamente mi labio inferior. Los tres eran guapísimos. Tanto que costaba entender cómo podían ser policías y no desplegarse en las portadas de la revista *GQ*.

No pude evitarlo. Me servía de buen distracción imaginar cómo luciría cada uno en esa portada. Desnudos y aceitados, a remojo bajo un sol ardiente, vestidos con pantalonetas tan ajustadas que acentuaran cada tentador bulto cobijado entre sus piernas.

Repasé mentalmente los eventos del día, pero conforme mi pulso se aceleraba y la temperatura aumentaba, reelaboré ciertos detalles. ¿Y si Tyler me hubiese besado tras salvarme? Sus labios parecían suaves y pensé en ellos recorriendo mi piel con caricias sutiles. Sus manos eran fuertes y esos músculos... Con solo una mirada supe que podría levantarme sin apenas esfuerzo.

¿Y Bailey? Su actitud era un tanto severa, pero la forma en que se lanzó sobre mí sin pensarlo dos veces fue jodidamente atractiva. Me he imaginado otra vez aquellos momentos, solo que esta vez Bailey dejó KO a ese cabrón de un puñetazo y luego me recogió en sus brazos musculosos. Sabía que su barba me haría cosquillas al besarnos, pero merecía tanto la pena... Igual que una rozadura si él se enterrara entre mis piernas; también merecería la pena.

Cuando mis pensamientos derivaron hacia Jay, me ardía el vientre y la humedad me cubría los muslos. En algún momento, mi mano se había deslizado entre las piernas y no podía dejar de tocarme. Jay. Tan dulce, con su sonrisa radiante. Era más delgado que los otros dos, pero había visto la definición muscular de sus brazos al remangarse para lavarse.

Tuve un orgasmo de repente y tuve que hundir la cara en la almohada para ahogar el gemido. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y se instaló en mi centro. Corrí tan fuerte que, por un instante, todo dolor desapareció de mi mente y me sobrevino una paz mientras pensaba en los tres.

Joder.

No era tan raro que buscara consuelo en hombres desconocidos. En cuanto podía, ligar con tipos en bares era la única forma de sentirme deseada una noche, sin preocuparme por volver a casa.

Pero esto era distinto. Lo sabía, en el fondo, incluso mientras buscaba pañuelos de papel para limpiarme. ¿Bailey, Tyler y Jay? Nadie me había *salvado* nunca antes, y eso resultaba más excitante que nada.

Tal vez contratar a Jay no fuera tan mala idea si eso significaba quedarme cerca de ellos un poco más.

# 8

# SELENA

Dormí dos días seguidos, despertando solo cuando Jay me sacaba del sueño para asegurarse de que no hubiera muerto dormida. Me hacía beber agua, tomar analgésicos y volver a dejarme dormir inmediatamente. Algo en su forma tierna de cuidarme me hacía sentir increíblemente segura, lo que contribuyó a mi prolongado sueño.

Cuando al fin desperté, llegamos a un acuerdo. Contrataría a Jay para que me ayudase y acordaríamos luego su pago, aunque yo me empeñé en recuperar mi fianza del apartamento para darle algo de dinero. Pero él rechazó mi propuesta.

Bajo la protección oficial de Jay, él pudo empezar a investigar el caso desde otro ángulo, ya que no estaba sujeto al protocolo que bloqueaba a Tyler y Bailey. Pero primero tenía que conseguir ropa sin manchas de sangre.

Mi piso no era para tirar cohetes. Apenas tenía para pagar el alquiler, ni hablar de decorarlo, pero era el primer sitio donde había vivido sola y lo adoraba. Tyler me había acompañado hasta allí y se quedó rezagado en el salón mientras yo arrasaba mi armario, metiendo toda la ropa que podía en mi única maleta rosa. No era mucho, pero metí la ropa interior bonita y algún vestido elegante, por si acaso.

Quizá mi fantasía con esos tres hombres solo habite en mi mente, pero estaba dispuesta a llamar su atención, aunque solo fuera un instante.

Una chica merece una distracción después de casi morir.

De repente, un ruido metálico a mis espaldas me hizo apartarme de golpe de la maleta con un grito, y me giré aterrada. Mi corazón latió con furia unos segundos hasta que avisté a Tyler en el umbral, con las manos en alto.

—Oye, tranquila. Solo he sido yo. Mi pistolera... —Bajó una mano hacia el cinturón que habían golpeado el marco de la puerta, causando el ruido que me asustó.

Pero aquello no me calmó. Me llevé una mano al corazón desbocado mientras un hormigueo de sudor cálido me recorrió el cuerpo.

—Joder, creí que... —No seguí, sin estar segura de lo que había creído. ¿Que alguien había venido para matarme? ¿Que el tipo del tatuaje de serpiente había vuelto?

—Has pasado por mucho —sonrió Tyler con tristeza—. No tienes que dar explicaciones.

—Solo... no me asustes así —espeté, echando varias bocanadas profundas y calmantes.

—Lo siento.

Su ternura de cachorrito me enterneció ciertamente, mientras una punzada de culpa me invadía. No debería haberle espetado.

—No pasa nada, es solo que... estoy nerviosa.

—Es comprensible.

A pesar de sus palabras, a mí no me parecía nada comprensible. No quería sobresaltarme con ruidos ni temblar por las sombras. Quería volver a mi vida, a antes de salir de la tienda. ¿Habría sido diferente si no hubiese ido a comisaría ese día?

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo sola? —preguntó Tyler, permaneciendo junto a la puerta mientras yo seguía haciendo la maleta.

—Desde los dieciséis —respondí—. Mi madre se fue. No soportaba a mi padre, así que un día se marchó. Antes la culpaba, pero ahora? Ahora lo entiendo.

—Lo siento —musitó Tyler suavemente.

—No lo sientas. Yo no lo hago. Hizo lo mejor para ella, y cuando cumplí los dieciséis, e hice lo mismo. Mi padre cuidaba más de su trabajo, y luego de sus drogas, que de cualquiera, así que me da igual.

Aunque tenía la espalda vuelta a él, pude ver su reflejo en el espejo de mi habitación. Su mirada permanecía clavada en mí; con ambas manos apoyadas en la pistolera, la musculatura definida de sus brazos me subió un poco la temperatura.

—¿Cuánto tiempo tendré que quedarme con vosotros? —pregunté. Al llegar no quedó claro, pero pronto descubro que todos vivían juntos en esa casa, aunque Bailey también tenía otro piso en el centro.

—Hasta que sepamos exactamente por qué Las Dorame van a por ti y cómo detenerlas.

—¿Y eso cuánto tardará?

—Es incierto —suspiró Tyler con fuerza audible—. Pero hasta entonces, estás bajo nuestra protección. Más aún después de contratar a Jay.

—¿Y tengo que poner mi vida en pausa? Tengo dos trabajos, sabes —murmuré. Parte de mí no se quejaba de faltar allí un tiempo, pero en el fondo ya imaginaba cómo seguir adelante cuando esto acabase. Si pudiese contactar con mi padre, hacer que se entregue, terminaría rápido.

—Bailey está hablando hoy en tus trabajos —respondió Tyler—. Estás cubierta.

—Viva —Perdí mi teléfono en el hospital y desde entonces, no había tenido intimidad para contactar con mi padre. Tendría que agudizar el ingenio.

—Voy a duchar —declaré, girando hacia Tyler.

Él echó un vistazo a su reloj. —No podemos quedarnos más. Puedes ducharte en casa de Jay.

—No, me ducho aquí.

—No hay tiempo —repitió él, y un tono más seductor y cortante se coló en su voz.

—Bueno, pues a no ser que planees sacarme a rastras de aquí, sí que hay tiempo —dije. Un instante pareció considerarlo, y admito que no me importaría que alguien tan sexy se emplease a fondo, pero frustraría mi intento de llamar.

—Tengo que vigilar tus movimientos todo el tiempo —dijo Tyler, frunciendo ligeramente el ceño.

—En ese caso... —Agarrando el bajo de mi camiseta, me la quité por la cabeza. Al verme sin ella, observé cómo Tyler desviaba cortésmente la mirada—. Queda invitado a venir a mirar.

Dejé caer mi camiseta al suelo y entré en el cuarto de baño, deleitándome mientras su mirada recorría mi cuerpo. Dio unos pasos tras mí, acelerando mi corazón con sobresaltos emocionados, pero se detuvo en la puerta con una mano cerca del arma.

Maldita sea, estaba decidido a ser mi vigilante perpetuo. Tendría que esforzarme más para que bajara la guardia.

La ducha me refrescó y pasé mucho tiempo lavando el sudor de los dos últimos días. Las marcas rojas en mis muñecas se estaban desvaneciendo e incluso los moratones de la cara tenían mejor aspecto ahora. Fue más difícil de lo que esperaba, porque cada parte de mi cuerpo que tocaba era una parte que ahora asociaba con el ataque. Las patadas en el estómago, la bota en el pecho, la mano en mi garganta; era como si cada agresor hubiera dejado una parte de sí mismo.

Lo detestaba.

Al terminar, me envolví en una toalla demasiado corta y volví al dormitorio buscando una distracción. La distracción perfecta era Tyler, quien estaba junto a la ventana, mirando el mundo pasar. Cuando se volvió, sus ojos se abrieron de par en par al posarse en mí.

—Selena —dijo con voz tensa. Sonreí con sorna, jugueteando con el borde de la toalla. Sabía cuándo alguien se interesaba por mí, y Tyler no apartaba la vista. Había sido bueno en mi fantasía de la otra noche, pero ¿cómo sería comparado con la realidad?

—Tyler.

—Te dejaré vestirte.

En cuanto dio un paso hacia la puerta, dejé caer la toalla. Un suave rubor rosado tiñó las mejillas de Tyler y sus ojos descendieron lentamente por mi cuerpo, recorriendo cada centímetro. Mentiría si dijera que no me emocionó la mirada de aprecio que cruzó su rostro. Apoyando una mano en mi cadera, me relajé y sonreí.

—Estás pasándote —me advirtió Tyler, con voz más grave que antes.

—Casi muero dos veces en un día —repliqué—. Mi vida entera se ha vuelto del revés y, cada vez que me miro, veo lo que la gente me hizo en lugar de lo que quiero hacer. ¿Qué más da si quiero vivir un poco?

Tyler tragó saliva de forma audible. —Hay unas reglas—.

—¡Qué le den a las reglas! —espeté—. No te creía mojigato.

—No soy… Selena. Esto no te conviene.

—¿Cómo vas a saber tú lo que me conviene? —repliqué con dureza—. No me conoces, y si fueras un hombre *de verdad*, admitirías que no te intereso.

—No es eso lo que quiero decir —dijo Tyler, con la mirada ensombreciéndose.

—Ah —sonreí burlona—. ¡Así que eres un cobarde que lleva placa…!

Las palabras murieron en mi garganta cuando Tyler embistió hacia mí, rodeó mi cuerpo desnudo con sus brazos y me besó con tanta fuerza que todos mis pensamientos se esfumaron.

Cerré los ojos y le rodeé los hombros con mis brazos, arqueándome hacia el beso, mientras una oleada de placer ardiente me recorría el cuerpo. Estaba igual de musculoso de lo que parecía y besaba como un poseído.

—Joder —jadeé al separarnos. Las manos de Tyler se apartaron de mi cuerpo y oí un clic. Segundos después, el cinturón de su pistola cayó al suelo y volvió a besarme. Un choque de labios y dientes tan desesperado que no tuve tiempo de pensar en nada más que en lo increíblemente excitada que estaba.

Tyler me empujó hacia atrás hasta que mi culo chocó con el tocador y todos mis frascos de perfume temblaron contra el espejo. Deslicé una mano por su pelo y la apreté con un gemido. Él me

manoseó un pecho mientras la otra mano acariciaba mi espalda. De repente, sus dientes tiraron de mi labio inferior y un destello de dolor me hizo abrir la boca, justo la señal que esperaba. En cuanto lo hice, me metió la lengua en la boca, tomando posesión.

Mi pulso se aceleró, mi interior se tensó y mi cuerpo se sofocó tanto que las huellas de la ducha desaparecieron de mi piel. Me besó profundamente hasta que la ardiente necesidad de aire nos separó y solté un jadeo.

—Fóllame —jadeé, acariciando su mejilla entre mis manos. Sus ojos estaban tan oscuros que casi veía mi reflejo, y me saltó el corazón.

De repente, me dio la vuelta como si no pesara nada. Mis manos aterrizaron en el tocador y, en el espejo, lo vi manipular su cinturón. Me impacienté. El corazón me golpeaba los oídos, el cuerpo me ardía y cada toque de sus manos me quemaba como un hierro. Quería más.

Necesitaba más.

Tyler me empujó y deslizó una mano alrededor de mi garganta, manteniendo la palma baja, cerca de la clavícula. Nuestras miradas se cruzaron en el espejo y acercó su rostro al mío, mejilla contra mejilla.

—¿Estás segura? —gruñó ronco, rozándome la concha de la oreja con sus labios.

Empujé las caderas hacia atrás y gemí ante la inconfundible protuberancia que noté en mi trasero.

—Sí —jadeé.

Tyler me metió la polla hasta el fondo con un movimiento rápido, una embestida tan repentina y completa que me arrancó todo el aire y me puse de puntillas ante la intrusión. Solo tuve un segundo para ajustarme antes de que agarrara mis caderas con manos de hierro y empezara a follarme. Su polla era gruesa, llenándome por completo y estirándome el coño justo como yo quería.

Apoyé una mano en el espejo para mantener el equilibrio y la otra se aferró al borde del tocador. Mi pelo mojado caía sobre mi hombro izquierdo y Tyler sembró mil besos en el derecho. Sus labios, tan suaves como imaginé, recorrieron mi hombro, cuello y

mandíbula. Su mano en mi cadera acarició mi vientre y subió hasta mi pecho desnudo. Me apretó la carne, me pellizcó el pezón y bajo la mano hacia mi coño.

—Joder —sollocé. Sus embestidas eran implacables y potentes, estrellándome contra el tocador una y otra vez, aunque apenas notaba el borde clavándose en mis muslos. Estaba demasiado embriagada por el placer que me inundaba y la necesidad urgente de que Tyler me follara cada vez más fuerte.

—¿Te gusta? —jadeó—. ¿Es esto lo que querías?

—Sí —gemí quebrada. Era exactamente lo que quería.

Cuando sus hábiles dedos deslizaron por mi coño y acariciaron mi clítoris, me perdí. Una explosión de placer me atravesó, encendiendo cada fibra como fuegos artificiales. Echí la cabeza hacia atrás en su hombro con un grito y corrí con tal intensidad que vi estrellitas. Mi cuerpo se atrancó, los músculos se apretaron alrededor de la polla de Tyler y su ritmo vaciló. Gritó bajo, y un tembloroso jadeo escapó de sus labios.

Un segundo después, un calor intenso inundó mi interior cuando Tyler se corrió, y una profunda sensación de calma me invadió.

Al abrir los ojos, alcé la mirada hacia el espejo y, al encontrarnos, sonreí radiante. Mi cuerpo estaba sonrojado y las manos de Tyler, sin saberlo, habían rozado cada parte que no quería contemplar.

Ahora era más fácil, sabiendo que él había sido el último que me tocó.

—Gracias —jadeé. Tyler rió y negó con la cabeza, dándome un beso fugaz en el hombro al separarse de mí.

—Sí. De nada.

Al instante me dolió la entrepierna por la ausencia de su polla y tentada estuve de pedir una segunda ronda, especialmente cuando me di la vuelta y vi la gruesa polla que acababa de deshacerme. Pero me contuve. Ya era mucha suerte con una vez.

—Bien, ahora me voy a vestir —dije sonriendo.

Cogí unas cuantas prendas de la maleta abierta y volví al baño; solo que esta vez cerré la puerta. Tyler no pareció darse cuenta: la última imagen que tuve de él fue mientras se subía el pantalón al tiempo que alcanzaba el cinturón de la pistola.

Me vestí rápidamente, deteniéndome para pasar los dedos por la piel del hombro donde aún perduraba el calor de sus besos. Aquello había sido mejor que cualquier fantasía, y la ansiedad palpitante que había rondado al borde de mi consciencia desde el primer ataque parecía aplacarse de momento.

Vestida por completo, me dirigí a la ventana. Se abría con facilidad, y desde allí solo tardé treinta segundos en reptar hasta la celosía que había bajo mi ventana. Tal vez huir de Tyler justo después de un polvo increíble no fuese la idea más inteligente, pero aquella era mi única oportunidad.

Tenía que encontrar la forma de contactar con mi padre.

# 9

# JAY

—Escucha, señorito, estoy totalmente a favor de la anarquía contra la restricción de la ropa, ¡pero tienes que ponerte los pantalones cortos!

Mi hijo de cinco años, Dae, me miró con una enorme sonrisa que enseñaba todos los dientes y, acto seguido, se dio la vuelta y corrió hacia el salón tan rápido como se lo permitían sus piernecitas.

—¡Dae! —Me levanté de donde estaba arrodillado y fui tras él trotando sin prisas, con un par de pantalones cortos azules en la mano. Lo encontré al otro lado de la mesa de centro. En el momento en que nuestras miradas se cruzaron, se agachó, preparándose para salir corriendo, y como yo estaba entre él y la puerta, hice lo mismo.

—No puedes escaparte de mí —me reí.

Dae soltó un gritito de alegría cuando di un paso hacia delante y se escabulló por el lado izquierdo de la mesa. Era imposible enfadarse cuando su risa contagiosa inundaba el aire, y lo perseguí hasta que el móvil me repicó en el bolsillo.

Sin perder de vista a Dae, respondí y me sujeté el móvil entre la cabeza y el hombro.

—Diga.

—Jay, tenemos un problema.

La voz de Tyler era tan seria que dejé de perseguir a Dae, aunque a él no pareció importarle, porque se puso a bailar, interpretando mi pausa como una señal de su victoria.

—Cuénteme —dije.

—Selena ha desaparecido.

—¡¿Qué?! —Vale, sí que teníamos un problema.

—Me dio esquinazo en su piso, me distrajo y luego se fue al baño. Pensé que estaba tardando mucho, así que tiré la puerta abajo de una patada y la ventana estaba abierta —explicó Tyler a toda prisa—. Se habrá descolgado por la celosía y se habrá fugado.

—¿Por qué iba a huir? —Nada en su historia sugería que huir del equipo de protección fuera una jugada inteligente. Tenía que ser algo emocional, no lógico.

—Ni idea. Parecía estar bien. Escuche, Jay, si espero mucho más, tendré que informar y ambos sabemos que, en cuanto se emita el aviso, quienquiera que alertara al Cártel del hospital en el que estaba les hará saber que ha desaparecido. Entonces, todo volverá a estar en juego. —La voz de Tyler sonaba tensa. Lo conozco lo suficiente como para saber cuándo se está machacando por la culpa, y me compadecí de él.

—¿De cuánto tiempo dispone?

—Veinte minutos.

—Yo me encargo. No informe todavía. Deme una hora —le pedí, pasando por encima de la mesa y cogiendo a mi hijo medio vestido y bailarín bajo el brazo—. Si no la encuentro, tendremos que emitir el aviso, pero hasta entonces, quédese ahí por si vuelve.

—Hecho, gracias, Jay.

—De nada.

La llamada terminó y le di la vuelta a mi hijo para evitarle estar colgado boca abajo mucho tiempo. Su risa se agudizó un poco y luego dio una palmada cuando quedamos cara a cara.

—¡Papá!

—Venga, campeón, hagamos un trato.

—Vale.

—Ponte los pantalones cortos, péinate y estate en la cocina en *dos* minutos, y nos vamos a comer tortitas.

—¡Trato hecho!



DURANTE EL TIEMPO que Selena había estado con nosotros, yo había estado investigando a fondo sus antecedentes y los de su padre hasta donde había podido sin hacer saltar ninguna alarma. Cuanto más tiempo tuviera la libertad de investigar las cosas sin que la policía de Los Ángeles se mosquease conmigo, más información podría conseguir. No a todos los policías les hacía gracia que un detective privado interviniera para ayudar en un caso activo.

El Millie's Diner era considerado una joya escondida, el secreto mejor guardado y muchas cosas más. Al entrar, me recibió el delicioso aroma a beicon, patatas fritas y sirope, mezclado con el olor más intenso del café recién hecho. Del techo colgaban lámparas de cúpula que creaban un resplandor anaranjado que se sumaba al aura cálida que me envolvió a medida que nos adentrábamos en el local. Con mesas de roble oscuro y reservados de respaldo alto de color negro, la cafetería ofrecía un aire de intimidad para toda familia agotada, camionero curtido en la carretera o, en mi caso, una mujer que buscaba esconderse.

Dae se deslizó en el reservado, justo enfrente de Selena. Ella se irguió de la sorpresa y luego se puso rígida al verme. Su cuerpo se ladeó como si fuera a salir disparada del asiento.

—¡Selena! —exclamó Dae alegremente, pronunciando su nombre con un poco de dificultad, de modo que sonó más como un «Selina»—. ¡Vamos a comer tortitas!

Yo aún no me había sentado. Estaba esperando a ver si de verdad salía corriendo y, si lo hacía, tendría que ingeniármelas para atraparla y mantener a Dae a salvo. Por suerte, algo en Dae hizo que su mirada se suavizara y se dejó caer ligeramente en su asiento.

*Excelente*.

Me senté al lado de Dae y una sonrisa afable se dibujó en mi rostro cuando una camarera de mejillas sonrosadas y pelo rubio y

rebelde que se escapaba de su gorra se acercó con una libreta y un bolígrafo en la mano.

—Buenas tardes, mis amores. ¿Qué os pongo?

—Dos raciones de tortitas, por favor —pedí—. Pero ¿podría ser una de las raciones cortada en trozos más pequeños?

—Claro que sí, cielo. —La camarera garabateó rápidamente—. ¿Algo más?

—¡Zumo de naranja! —declaró Dae, provocando la risa de la camarera.

—Marchando —dijo ella con una sonrisa.

—Y una tetera —añadí—. Y que le rellene la taza a mi amiga.

—¡Marchando! —Se esfumó y yo fijé mi vista en Selena, estudiándola discretamente por el rabillo del ojo.

No parecía estar herida, así que mi teoría de que se había zafado de la vigilancia de Tyler por motivos personales parecía, hasta el momento, acertada.

—¿Cómo me ha encontrado? —pregunta Selena bruscamente, frunciendo el ceño. De nuevo, su rostro se suavizó en el momento en que Dae la miró con sus grandes ojos marrones. Normalmente no utilizaría a mi hijo de esta manera, pero si su presencia mantenía a Selena dócil y evitaba que saliera corriendo, entonces salíamos ganando todos.

—Solía venir aquí todos los sábados con su padre antes de que las cosas se pusieran muy feas. Una tradición de padre e hija mientras su madre disfrutaba de la mañana para ella sola. —Tras desdoblar una servilleta, se la puse a Dae en el regazo mientras él jugaba con el pliegue del menú.

—Teniendo en cuenta lo traumáticos que han sido los últimos días, es lógico que buscase consuelo en lo familiar.

—Da grima que sepa eso —dijo Selena en voz baja, jugueteando nerviosamente con un sobre de azúcar vacío—. ¿Qué es usted ahora, psiquiatra?

—No. Mi trabajo consiste en ver lo que la policía no ve. Aprender sobre el comportamiento viene de entender a la gente que busco, y tanto usted como su padre tenían una presencia activa en las redes

sociales cuando era más joven —expliqué—. Tengo que conocer a la gente a fondo para hacer mi trabajo de forma segura.

—Usted no me conoce —replicó Selena, inmediatamente a la defensiva, como ya me esperaba.

—Sé lo suficiente.

—¿Se lee unas cuantas publicaciones en internet y cree que eso le da una idea de cómo soy? —Soltó un bufido y, a continuación, miró a Dae y se aclaró la garganta.

—Menospreciar mi trabajo no hará que se sienta más en control de la situación —señalé—. Para empezar, la he encontrado aquí y estoy dispuesto a apostar que no ha comido en este sitio en años.

Entrecerró los ojos y se le marcó un hoyuelo en la mejilla, como si se estuviera mordiendo por dentro. Luego, arrojó el sobre vacío sobre la mesa y entrelazó las manos.

—Claro. Ha pasado un tiempo. Simplemente ha tenido suerte.

—También sé que miente sobre su padre. Y ni siquiera he necesitado oír nada de usted para saberlo.

—Mentir es malo, ¿verdad, papi? —intervino Dae de repente, y no pude ocultar mi sonrisa. Le revolví el pelo y asentí.

—Sí, campeón. Lo es.

Cuando volví a mirar a Selena, tenía una pequeña sonrisa divertida en el rostro y sus manos se movieron para juguetear con el extremo de la única trenza cobriza que le caía sobre un hombro.

Intenté no distraerme con lo guapa que era, especialmente cuando había tanto dolor en sus preciosos ojos, pero resultaba difícil. Apreciar cómo incluso el más mínimo atisbo de sonrisa hacía que le brillaran los ojos parecía un requisito indispensable solo por estar en su presencia.

—Comprendo su necesidad de protegerlo —continué con un tono más suave y sus ojos se clavaron de nuevo en los míos—. Es de esperar y, teniendo en cuenta todo por lo que usted y su familia han pasado, supongo que le sale de forma natural. Lleva años cuidando de él, pero, Selena… ¿quién cuida de usted?

Ella bajó la mirada, pero no insistí más porque la camarera llegó con nuestra comida. Puso unas tortitas delante de mí y la ración más

pequeña y troceada delante de Dae; luego, sacó un pequeño libro para colorear y una caja de ceras.

—Sé que técnicamente no ha pedido el menú infantil, pero he pensado que le gustarían —dijo, entregándoselos.

Dae los cogió al instante. —¡Cómo molan!

—Dae, ¿qué se dice?

—¡Gracias! —exclamó.

—Sí, gracias —dije.

La camarera restó importancia a mi agradecimiento con una sonrisa y luego fue a por mi té y más café para Selena. Una vez que nos sirvieron todo, me comí unos cuantos bocados de tortita. De repente, Dae se deslizó de su asiento y desapareció bajo la mesa. Reapareció al otro lado del reservado, junto a Selena, y ella se sobresaltó ligeramente por su repentina aparición, pero no pudo ocultar la sonrisa en su rostro.

—¿Quieres ayudarme a colorear? —preguntó Dae, tendiéndole una cera de color amarillo sol—. Papá nunca se mantiene dentro de las líneas.

—Me gusta mi libertad creativa —me reí entre dientes.

—Eh… claro —aceptó Selena, cogiendo la cera—. Y te prometo que yo sí me mantendré dentro de las líneas.

Un silencio amigable se instaló mientras los observaba colorear, roto solo por el bocado ocasional de tortita o un sorbo de café. Mientras trabajaban juntos, la tensión alrededor de Selena pareció disiparse, y pude vislumbrar a la mujer que era antes de todo esto.

La belleza de ojos brillantes estaba enmarcada por un impresionante pelo rojo que resplandecía dorado bajo la luz del sol que se colaba por las ventanas, y era difícil no admirarla.

Además, no hacía falta ser muy listo para adivinar lo que Tyler y Selena habían estado haciendo antes de su desaparición, dada la reveladora ronquera en la voz de Tyler por teléfono.

A diferencia de él, yo mantendría esto en un plano profesional.

El último trozo de tortita en mi plato remató mi comida con el mejor bocado, cargado de sirope. Dae casi se terminó el plato mientras él y Selena avanzaban con el libro de colorear.

Para cuando la camarera apareció con la cuenta, Selena parecía mucho más relajada y yo confiaba en que podría devolverla rápidamente a nuestra protección.

—Estaba delicioso —le dije a la camarera mientras garabateaba mi firma en la parte inferior del recibo.

—Muchas gracias —sonrió la camarera—. Ha sido un placer.

—¿Lista para irnos? —le pregunté a Selena mientras la camarera se marchaba. Ella le dio a Dae la última cera para la caja, se encogió de hombros y luego asintió.

—Claro.

—Papá, ¿podemos ir al parque? —preguntó Dae, saltando en su asiento.

—Claro, campeón, si nos…

—Disculpe, señor. —La camarera reapareció en nuestro reservado, con el recibo en la mano y una expresión de disculpa en el rostro.

—¿Sí?

—¿Podría ver su identificación? Mi encargada… —Echó un vistazo por encima del hombro y suspiró—. Bueno, su firma no coincide con el nombre de la tarjeta, así que mi encargada quiere que compruebe su DNI.

—No puede hablar en serio —comentó Selena bruscamente, con los ojos muy abiertos—. ¿Pero es que la firma de alguien se parece a su nombre impreso?

—No pasa nada —le aseguré, manteniendo una sonrisa agradable en la cara. No era la primera vez que ocurría algo así y, desde luego, no sería la última. Delante de mi hijo, sin embargo, estaba decidido a no darle importancia.

—No, no pasa nada —murmuró Selena.

La camarera pareció contrariada mientras sacaba mi documento de identidad y se lo entregaba. Frunció el ceño, confusa, y entreabrió los labios.

—¿Su nombre es... Jay-hoe?

—Ji-Ho —la corregí—. Es coreano. Mis amigos me llaman Jay.

—Es verdad —intervino Selena, entornando aún más los ojos—. ¿Necesita ver mi firma también o solo le está aplicando el perfil

racial al chico asiático?

—Selena —espeté con brusquedad, lanzando una mirada significativa a Dae que, por suerte, estaba distraído con sus lápices de cera. Selena pareció captar la indirecta y suspiró mientras asentía con la cabeza.

—Lo siento mucho, señor —masculló la camarera, tropezando con las palabras mientras me devolvía el documento—. Parece que está todo en orden. Gracias.

—De nada.

Se alejó a toda prisa, como si mi mera presencia la quemara, y yo reprimí un sonido de descontento. Era de esperar, sí, pero no por ello dejaba de escocer cada vez que pasaba.

—¿Te pasa a menudo? —preguntó Selena, cogiendo la mano que Dae le ofrecía mientras se bajaban del reservado.

—La mayoría de las veces. Aunque usar Jay es más fácil. Es un nombre sencillo, más fácil de olvidar para la gente cuando hago preguntas —respondí con una sonrisa tensa.

—A mí me gusta tu nombre —dijo Selena al pasar a mi lado hacia la puerta—. Es bonito. Y único.

Así, sin más, la amargura de la interacción se desvaneció y fue reemplazada por la calidez que Selena parecía irradiar cuando salimos a la calle.

A dos pasos de la puerta, suspiró ruidosamente y se giró hacia mí.

—Vale —dijo—. Te lo contaré todo.

## 10

# SELENA

Por suerte no te pongo las esposas —espetó Tyler, cruzando el aparcamiento hacia nosotros.

—¿Es una promesa? —sonreí con sorna, recorriendo su cuerpo sensual con la mirada conforme se acercaba. A mi izquierda, Jay refunfuñó algo mientras abrochaba a Dae en el coche.

—No empieces —cortó Tyler, deteniéndose a un paso con las manos en la cintura, justo sobre su cinturón de armas—. ¿Tienes idea de qué mierda...

—¡Oye! —interrumpió Jay, incorporándose y cerrando la puerta del coche—. Vale, ahora puedes soltar tacos.

... podría haberte pasado sin nosotros protegiéndote? ¿Acaso lo del hospital no te demostró lo decididos que están?

Al hablar, unos mechones de su pelo castaño se soltaron, lo cual me distrajo un instante. Casi quise provocarlo más, pero ya lo había puesto bastante nervioso. Además, Jay había sido tan amable conmigo, trayendo a su hijo y todo, que me hizo ver las cosas con suficiente claridad como para saber que no quería que me cazasen así. No con Dae presente.

Solo lo conocía desde lo que parecían cinco minutos, pero ¿si la gente que me persigue lograse rastrearnos y Dae resultase herido? Eso sería el fin de mi alma.

—Lo siento, ¿vale? —respondí, intentando no irritarme ante la ira de Tyler—. Es que... lo siento. El viaje estuvo bien, y estabas distraído así que... —agité una mano para explicar mi huida y Tyler soltó un gruñido.

Jay y Tyler intercambiaron una mirada —con Jay lanzando una mirada acusadora— antes de que él se volviera hacia mí. —Muy bien, dijiste que me contarías todo y ahora que hay un representante del LAPD presente, habla. Y rápido.

—¿No deberíamos esperar a Bailey? —pregunté, mirando más allá de ellos hacia el aparcamiento y la carretera. No me apetecía tener que repetir todo esto luego con Bailey.

—Eh... —Tyler tartamudeó ligeramente y clavé mis ojos en él.

—¿Qué pasa?

—Bailey está atascado en la comisaría —dijo Tyler, mirando alternativamente a Jay y a mí—. Está gestionando las secuelas del tipo que cayó del tejado. Tiene que responder a un montón de preguntas sobre juego sucio.

La tensión me cruzó el pecho y fruncí el ceño. —¿Qué? ¿Por qué? Ese imbécil se cayó, ¿no? Y espera: intentó matarme, así que ¿qué más da si acabó siendo niebla roja en la acera?

—Era un testigo valioso —dijo Jay cruzando los brazos y mirando repetidamente hacia el coche para comprobar que Dae estaba bien —. Hasta los criminales merecen un juicio.

—No cuando Bailey anda cerca —Tyler se burló suavemente.

—Oye, eso nunca se probó —replicó Jay—. En cualquier caso, podría habernos dado información que lo relacionara con Andrés o con tu padre. Ahora no nos dice nada.

—Espera. —levanté una mano y señalé a Tyler—. ¿Qué quieres decir con que *no cuando Bailey anda cerca*?

Intercambiaron otra mirada y Tyler dejó escapar un leve gemido. —A lo largo de los años, Bailey ha acumulado quejas sobre sus modos brutales con los informantes. Especialmente tras la muerte de su hermana. La pérdida le hizo perder la *fe* en el sistema judicial y hubo acusaciones de que tomó la justicia por su mano.

—Solo porque soltó un puñetazo una o dos veces a un asqueroso traficante. Su hermana sufrió una sobredosis —explicó Jay en voz

baja—. Drogas que seguramente venían del suministro de Andrés, así que hizo lo necesario para conseguir una pista. Yo habría hecho lo mismo.

—Dios mío, debió ser terrible para él —murmuré, incapaz de comprender plenamente su dolor pero, dada mi vivencia similar con mi padre, podía empatizar.

Una fugaz expresión de dolor cruzó el rostro de Jay y se giró hacia un lado, concentrándose en su hijo dentro del coche. Quise insistir, pero antes Tyler continuó.

—Bailey justifica el único caso que prosperó porque la información que obtuvo salvó vidas, pero no es una buena nota en su expediente. Ahora solo quieren asegurarse de que no se le puede acusar de empujar a ese cabrón del tejado.

—Siempre se involucra demasiado en sus casos —comentó Jay.

Tuve que admitir que eso me resultaba excitante. A primera vista, Bailey parecía un tipo inflexible con las normas, pero ahora descubría que se implica demasiado y actúa con rudeza. Era tentador imaginar que mató a ese bastardo por hacerme daño, aunque sabía que no era más que una fantasía. Era policía y evidentemente un buen agente.

Aun así, podía soñar.

—Bueno. —Jay aspiró aire entre los dientes y se apoyó en el coche—. Hemos soltado un poco. Ahora te toca a ti.

*Joder*.

—Vale —asentí, entornando los ojos al deslumbrarme el sol—. Enfrentarme a dos hombres tan atractivos me ponía nerviosa, pero confesar lo de mi padre me daba aún más miedo. Sentía que lo traicionaba al revelar todo lo que sabía, aunque quizá pudieran ayudarle.

—Sí mentí. Pero solo porque temía por él. No estaba en su sano juicio; de hecho, pocas veces lo está, y no quería que le sucediera nada.

—Lo entiendo —dijo Tyler con tono más suave—. Cuanto más sepamos, más ayudaremos.

Empecé a caminar frente a ellos para intentar disipar el nerviosismo que me hormigueaba por brazos y piernas—. Volví a

casa directamente desde la comisaría porque sabía que la única otra persona que pudo coger mi coche era mi padre. Ya lo había cogido antes, sabes, y no era la primera vez que hacía una estupidez con él. Las veces que tuve que cruzar la ciudad para recogerlo de algún antro de drogas porque está demasiado colocado para devolverlo.

Tyler y Jay volvieron a intercambiar miradas y estuve a punto de estallar para que dijeran lo que pensaban, pero me contuve. Una vez que empecé, no pude parar y la verdad brotó como vómito.

—Cuando entré, había una bolsa sobre la mesa repleta de tanto dinero —siguió una risa corta y seca—. Más del que he visto en mi vida. Y también joyas. Mi padre... prometió que este sería el fin de nuestro sufrimiento, ¿sabes? Era suficiente para empezar de nuevo, él dejaría las drogas, pero luego él...

De pronto, recordar el ataque en su piso me heló la sangre, como si el sol hubiera sido reemplazado por una bola de hielo, y me estremecí.

—Se marchó. Salió huyendo cuando aparecieron esos hombres. Creí a medias que estaría escondido en la parte trasera, pero registraron y había desaparecido. El dinero también. —Me froté el brazo con una mano y al final me volví hacia ellos. La mirada de Tyler era sombría y grave, mientras Jay me observaba con atención.

—Eso es todo —dije con desánimo—. No hay más.

—¿Te abandonó? —preguntó Tyler con tensión—. ¿Simplemente *te dejó* a su merced?

—Bueno, creo que pensó que eran la policía.

—No le pongas excusas —le espetó Tyler, y se me contrajo el estómago.

Vale, eso resultó excitante.

—¿Tienes idea de dónde podría ir? —preguntó Jay, golpeteando el cristal con los dedos mientras sonreía a Dae, que le miraba radiante.

—No. Ninguna. Perdí el móvil en el hospital y solo quería irme para llamarle y decirle que estaba bien. Quizá hasta averiguar dónde estaba, pero no contestó, luego me quedé sin monedas y ya no pude seguir llamando. —Los repetidos clics al buzón de voz casi me hicieron llorar durante las llamadas.

—¿Estoy en problemas?

—No. —Tyler se acercó y me sujetó el hombro con suavidad—. Te prometo que no estás en problemas. Pero... ¿hay alguien a quien pediría ayuda?

Soltó una risotada áspera.

—No tiene amigos.

—¿Alguien con quien hiciera trabajos? —insistió Tyler—. Las cámaras captaron a dos hombres en el coche. Si tu padre tenía un cómplice, podría llevarnos a él antes de que los Dorame lo encuentren.

—Si lo encuentran, hay pocas esperanzas —coincidió Jay con gravedad.

—¿Un cómplice? —Cerré la boca, sopesando cosas. Mi padre no era de mantener contacto con quienes no pudieran venderle algo útil. Yo gestionaba facturas y alquiler, así que ni siquiera hablaba con el casero.

Jay abrió la puerta del coche y se deslizó al asiento junto a Dae, que ahora estaba absorto en un libro ilustrado. Tyler permaneció recostado en el vehículo, vigilándome mientras revuelvo las ideas.

¿A quién llamaría mi padre? Solo se me ocurrió mi madre, por lo que se quejaba de reconquistarla, pero según sabía, ni siquiera estaba en el país desde hacía años.

Entonces lo recordé.

Hace unos meses fui a visitarle y le interrumpí discutiendo acaloradamente con un hombre. No era precisamente una charla amistosa, pero quizá fuera algo.

—¿Qué recuerdas? —Tyler apareció de repente frente a mí, con el ceño fruncido—. Te lo noto en la cara.

Jay asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Tenemos algo?

—Eh... —Cuanto más miraba los preciosos ojos de Tyler, más seguridad sentía—. ¿Tal vez? Hace unos... unos meses había un tipo en casa de mi padre. Alto, delgado. Parecían moverse en los mismos círculos. Pero no recuerdo su nombre.

Tan pronto salieron esas palabras, el nombre cruzó mi mente con un fogonazo de iluminación y dolor. Chasqueé los dedos y sonreí a

Tyler.

—Foster. Se llamaba Matt Foster. Mi padre nunca recibe visitas, así que le presioné mucho sobre ese tipo. Solo decía que era alguien que conocía de hace tiempo.

—¿De su época de policía? —preguntó Jay.

—No sé. —Mi padre jamás daba detalles—. Decía que no era nada preocupante, solo rememorar viejos tiempos. Acabamos discutiendo y nunca más hablamos de ello.

—Selena, eso es genial —sonrió abiertamente Tyler, luego se apartó y cogió el walkie de su cinturón mientras Jay me hacía señas para acercarme al coche.

Esto era bueno.

Matt podría ser la clave para contactar de nuevo con mi padre y llegar al fondo de todo este asunto.

Solo teníamos que dar con él primero.

## 11

# BAILEY

Ha caído. No hay otra forma de decirlo.

Literalmente, era la frase más sencilla para describir lo que le había pasado al asaltante en la azotea, pero los de Asuntos Internos (AI), como siempre, me estaban haciendo repetirlo todo hasta la saciedad.

—¿Y no estaba usted al alcance del sospechoso? —El señor Franks, de Asuntos Internos, se ajustó las gafas y luego me miró entornando los ojos.

—No. No lo estaba.

—¿A qué distancia diría que se encontraba?

Le lancé una mirada de sufrimiento a mi capitana, la capitana Aubrey, por encima de su hombro y apreté los dientes. —Como ya he dicho, a no menos de metro ochenta. ¿Tiene problemas para tomar notas? ¿Necesita que se lo escriba?

—Bailey —me advirtió mi capitana de inmediato.

Puse los ojos en blanco, bufé, irritado, y me recosté en la silla. —Sinceramente, ya se lo he dicho quince veces. No tengo nada más que añadir, a no ser que quiera oírlo en español.

—No, no es necesario, detective Grant. Ya tengo todo lo que necesito. —El señor Franks cerró su bloc de notas y lo metió en un elegante maletín negro.

—¿Hemos terminado ya? —pregunté con brusquedad.

El señor Franks asintió. —Me pondré en contacto con usted cuando tomemos una decisión.

—¿Me retiran del servicio activo? —Esa era la única pregunta que me importaba.

—Dadas las circunstancias, preferiría que no —interrumpió mi capitana, y se apartó de la pared donde estaba apoyada—. No hay nada que sugiera que el detective Grant haya hecho algo incorrecto, así que quiero mantenerlo en servicio activo por ahora.

—Bien. —El señor Franks se levantó y se ajustó la corbata—. Intente no subirse a más azoteas, detective Grant.

—Entendido. —Forcé una sonrisa y la mantuve hasta que el señor Franks salió del despacho, entonces me desplomé hacia delante con un gemido y apoyé los codos en las rodillas—. Gilipollas.

—Solo hace su trabajo. —Aubrey volvió a su escritorio y, tras enderezar unos expedientes, me clavó una mirada directa que no pude esquivar. Había pocos agentes que se hubieran ganado mi respeto como ella.

—Estoy respondiendo por usted aquí, Bailey. No la cague.

—No tengo intención de hacerlo, pero no voy a llorar por un matón de Dorame que no sabía dónde ponía los pies —repliqué.

—No me refiero a eso. Llevamos años detrás de los Dorame, y si el caso que estamos montando se va al traste porque usted es incapaz de controlar su temperamento, le quitaré la placa.

Sonreí con suficiencia y emití un falso quejido de dolor; en el fondo, sabía lo seria que era. Compartía el mismo sentimiento; solo que yo estaba más dispuesto a partirle la cara a algún cabrón para obtener respuestas.

—¿Le dio a Jay el mismo ultimátum en su día?

Aubrey, con la mirada fija en su escritorio, se quedó paralizada y sus ojos verdes se clavaron en mí. Frunció sus oscuras cejas y, por un momento, esperé que me gritara. En lugar de eso, solo suspiró.

—La situación de Jay era diferente. Perdió a su compañero, y eso le hace cosas dolorosas a la gente cuando llevan tanto tiempo juntos —dijo.

—Su compañero no se «perdió» —resoplé con amargura—. Lo mató Andrés. Es curioso la frecuencia con la que ese cabrón se libra de los asesinatos.

—Lo que sabemos y lo que podemos demostrar son dos cosas distintas, y usted lo sabe —me recordó.

Como si necesitara que me lo recordaran. Habría matado a Andrés con mis propias manos si me hubiera acercado lo suficiente y, aunque habían pasado algunos años desde la muerte de mi hermana, ese sentimiento permanecía firme en mi pecho. Sabía que fue su droga la que llegó a manos de ella e iba a hacer que lo pagara.

Hacía tiempo que había dejado de justificarlo como una noble causa para evitar que esas drogas mataran a nadie más.

Quería venganza. Pura y dura. Él se llevó a mi hermana y yo le quitaría la vida.

—Puede retirarse —dijo Aubrey en voz baja—. Tenga cuidado, Bailey.

—Siempre lo tengo.

Tras cerrar la puerta de su despacho, avancé por el pasillo y apenas llegué a las máquinas expendedoras cuando mi móvil cobró vida con una llamada de Tyler.

—Todavía tengo trabajo —dije en cuanto contesté.

—Claro que sí —respondió Tyler—. No tenía ninguna duda.

—La próxima vez que tengamos que perseguir a un sospechoso por una azotea, te encargas tú.

—Claro —resopló—. Hablando de sospechosos, tengo el nombre y la dirección del posible cómplice de Marcus.

—¿Selena ha cantado?

—Sí. Jay ha hecho su magia.

—Hijo de puta —solté con una risita mientras metía unos billetes en la máquina—. Muy bien, pásame la dirección por radio. Te veo allí.

DEJANDO mi coche aparcado a la vuelta de la esquina, corrí ligeramente por la calle hasta que vi el coche patrulla de Tyler. Entré y resoplé de inmediato.

—La viva imagen de la discreción, vamos.

—Cállate —gruñó Tyler—. Ya sabes que la gente ni se fija en un coche de policía parado.

—Claro. Bueno, ¿y quién es este tipo?

—Matt Forster. Selena dijo que visitó a su padre hace unos meses y que tuvieron algún tipo de discusión. Por lo visto, se conocían de antes.

—¿De cuando era policía?

—Puede ser. —Tyler se removió en el asiento—. Selena nos lo ha contado todo. Llegó a casa y Marcus tenía una bolsa llena de dinero y objetos robados. Si le robó todo eso a Andrés, no me extraña que estén tan empeñados en atraparla.

—Es una soberana gilipollez. —¿A quién coño se le ocurre levantarse un día y decidir robarle a Andrés Dorame?

—A eso me refiero —murmuró Tyler—. El caso es que Selena se acordó del nombre de este tipo, así que lo busqué en el sistema. Resulta que cumplió condena por robo a mano armada y salió en libertad hace unos meses.

—¿Y lo primero que hizo fue ir a ver a Marcus? —Blanco y en botella—. Es nuestro hombre, sin duda.

—Sip. ¿Estás listo? Debería estar dentro.

—Totalmente. Joder, hay gente que no escarmienta, ¿eh? —Salí del coche detrás de Tyler e intenté reprimir mi irritación. No me hacía ilusiones; el sistema penitenciario hacía un trabajo de mierda rehabilitando a estos pobres cabrones, pero volver a delinquir antes de que se enfriara el catre de la celda era de ser *estúpido*.

Nos acercamos a la propiedad despacio, con las armas desenfundadas, pero apuntando al suelo.

Tyler tomó la delantera mientras nos acercábamos a la puerta principal y, tras abrir la contrapuerta, llamó con unos golpes rápidos.

—¡Policía de Los Ángeles! —anunció—. ¡Abra la puerta!

Un silencio, seguido de un gemido de dolor ahogado, llegó a nuestros oídos. Intercambiamos una mirada. Eso era,

definitivamente, una causa probable.

Retrocedí un paso y Tyler abrió la puerta de una patada con un único y suave movimiento. Luego, entramos en la casa con las armas en alto.

—Policía de Los Ángeles —anuncié de nuevo—. Matt Forster, ¿está usted aquí?

Otro quejido de dolor nos sirvió de guía y despejamos todas las habitaciones por las que pasamos hasta que llegamos a la cocina y al origen de los ruidos.

—Despeja el resto de la casa —le ordené a Tyler, enfundando mi arma. Luego me acerqué al hombre que estaba desplomado sobre la mesa.

—¿Señor Forster? ¿Matt? Somos de la policía de Los Ángeles. Me gustaría hacerle un par de preguntas. ¿Hay alguien más en la casa con usted?

Matt no respondió. Lo agarré del hombro y tiré de él para sentarlo. La causa de su dolor se hizo entonces más que evidente.

Tenía todo el torso amoratado, con sombras que se extendían desde el punto de impacto que era claramente de un cinturón de seguridad. Varios cortes en su pecho desnudo y en su cara eran compatibles con un parabrisas roto, y una herida en la cabeza que sangraba lentamente coincidía con el punto de impacto ensangrentado que recuperamos del salpicadero del coche.

—Vaya, vaya —dije con una risita—. ¿Ha tenido algún accidente de coche últimamente, Matt?

—No —gruñó—, solo me he caído por las escaleras.

—¿Y no fue al hospital porque…? —Levanté una ceja y recorrí su cuerpo con la mirada, trazando un mapa de las heridas. Habían pasado unos días desde el accidente y, si había estado escondido aquí, necesitaría asistencia médica urgentemente.

—No quería molestar a los médicos —masculló Matt.

—Claro, amigo —me burlé.

—La casa está despejada —dijo Tyler al regresar. Abrió los ojos de par en par al ver a Matt—. Joder. Voy a pedir una ambulancia por radio.

Dada la coherencia de Matt y la claridad de sus ojos a pesar de las heridas, saqué unas cuantas gasas del bolsillo y empecé a presionar su herida en la cabeza.

—¿Quiere contarme lo que ha pasado de verdad?

—Ya se lo he dicho —soltó Matt, apartándose de mi contacto, pero no pudo llegar muy lejos—. Me he caído por las escaleras.

—¿Está seguro de eso? Porque tengo un equipo trabajando en un coche destrozado que se estrelló contra un poste de teléfono. El conductor salió bastante ileso, pero había sangre por todo el asiento del copiloto. ¿Va a coincidir esa sangre con la suya?

—No —murmuró Matt.

Aumenté un poco la presión y obligué a Matt a mirarme. —No estoy de humor para mentiras ahora mismo, Matt. Si quiere que le cargue con todo el robo y el atropello con fuga, por mí bien. Estará en la cárcel tanto tiempo que se le olvidará a qué sabe la hierba.

—¿A qué sabe…? —intervino Tyler detrás de mí.

—Cállate.

—¡Eh, eh, eh! —Matt se apartó de mí de repente y nuestras miradas se encontraron—. No va a cargarme con esa mierda. ¡Yo no he atropellado a nadie!

—¿Está seguro? Sé que estaba en ese coche con Marcus.

—No conozco a ningún Marcus —gruñó Matt y sus párpados se cerraron. A juzgar por los moratones de su torso, tenía una hemorragia interna grave y no iba a arriesgarme a que muriera antes de obtener respuestas.

—Paparruchas —espeté—. Marcus Hartley fue su primer contacto al salir de la cárcel y podemos situarlo en ese coche *con* él. Así que, o me dice lo que quiero saber o nos olvidaremos de que Marcus existe y se lo cargaremos todo a usted.

—Quizá… quizá. Si me consigue una ambulancia y protección, quizá… —La niebla en los ojos de Matt aumentaba, como si mantener esta conversación estuviera drenando su propia energía vital.

—Mi compañero ya ha llamado a una ambulancia para usted.

—A tres minutos —dijo Tyler.

—Tres minutos es mucho tiempo. Podemos tener una larga charla y hacernos los mejores amigos en ese rato. —La reticencia de Matt a hablar me estaba sacando de quicio. Si esperábamos demasiado, la ambulancia se lo llevaría y a saber cuándo tendría otra oportunidad de interrogarlo.

Matt permaneció en silencio.

—Vamos, Matt —resoplé—. Somos sus últimos y únicos amigos; después de todo, Marcus se ha dado a la fuga y lo ha dejado aquí. Se ha llevado todo ese dinero, toda esa mierda, y se ha esfumado dejándole a usted para que cargue con el muerto.

—¡Paparruchas! —gritó Matt con más energía de la que esperaba, dado su estado—. Esto es demasiado gordo. Nunca se iría. ¡Nunca!

—¿Así que sí conoce a Marcus? —La irritación dio paso a la ira, y me abalancé sobre él, agarrando a Matt por el pescuezo y forzando su cabeza contra la mesa.

—Más te vale que empieces a hablar, rata rastrera, porque se te acaba el tiempo y no me ando con chiquitas con los cobardes que ponen a gente inocente en peligro —le gruñí al oído mientras la imagen de Selena me venía a la mente.

—¡Qué...! ¡Suéltame, tío! —Matt intentó apartarme con debilidad, pero no tenía forma de hacer palanca desde ese ángulo.

—¿Para qué era el dinero? ¿Lo robaste porque podías? ¿Eres así de jodidamente estúpido, eh? Sabes dónde está Marcus, ¿a que sí? Seguro que sí, ¡apuesto a que está tan campante esperando a que aparezcas, pero no lo harás porque...!

No tuve tiempo de terminar la frase, ya que Tyler intervino rápidamente y me apartó de Matt de un tirón, dejando a esa escoria boqueando en busca de aire.

—*Cálmate*, Bailey —espetó—. ¿Qué demonios haces?

Aún sujeto por las solapas de mi chupa de cuero, mi impulso reflejo de apartar a Tyler se desvaneció rápidamente y solté un bufido brusco. No sirvió de nada para calmar la rabia que ardía en mi interior.

—Sabe algo y no nos lo está contando, joder —siseé.

—Claro que no —comentó Tyler, sin soltarme todavía—. ¡Nunca lo hacen!

—Marcus es puta escoria. No sé qué es peor: que yo antes admirase a ese tipo, que esté compinchado con ratas babosas como este capullo o que esté poniendo a su hija en peligro de buena gana por un puto dinero.

—Palabras mayores para una mujer que acabas de conocer. —Los ojos de Tyler recorrieron mi cara y, finalmente, me soltó, al parecer satisfecho de que no fuera a hacer nada más.

—¿Y qué si se me ha metido bajo la piel? —repliqué, alisándome la chupa—. Por lo menos yo no me la he follado.

Las mejillas de Tyler se sonrojaron al instante. —¿Eh? ¿Cómo...?

—Jay me mandó un mensaje mientras venía en coche, dijo que habías sido el primero en caer. Oye, no te culpo —solté una risita, agradecido por la momentánea distracción—. Está buena.

Tyler puso los ojos en blanco.

—También lo está tu puto genio, así que contrólalo, ¿vale?

—Vale.

Intercambiamos los papeles: Tyler se acercó a atender a Matt mientras yo caminaba de un lado a otro por el salón. Todo en este caso parecía un equilibrio sobre el filo de una navaja, y haber encontrado por fin a alguien que podía tener información pero no poder sacársela era desesperante.

Los criminales siempre se protegían entre ellos, pero la reacción de Matt al temer que Marcus se hubiera largado sin él era interesante.

¿A qué se refería con que era demasiado grande?

La ambulancia llegó un minuto después y Matt parecía ufano mientras lo subían a la camilla y lo sujetaban.

—No te sientas tan orgulloso —le espeté mientras Tyler y yo ayudábamos a sacarlo a la calle—. Vas a responder a todas mis preguntas en cuanto un médico te dé el visto bueno, ¿entiendes? Me da igual si tengo que acampar en tu habitación toda la semana.

—Estás como una puta cabra —dijo Matt, arrastrando las palabras—. En cuanto les diga que me has puesto las manos encima, serás tú el que responda a las preguntas.

—No sé yo —intervino Tyler de inmediato—. Creo que sus heridas y la pérdida de sangre le estaban provocando alucinaciones.

—¡Qué coño, eso es tan...!

En una explosión de metal chirriante y fuertes estruendos, una furgoneta se estrelló de repente contra el lateral de la ambulancia y una lluvia de disparos estalló a lo largo de toda la calle.

Todos apuntaban directamente hacia nosotros.

## 12

# JAY

Una lluvia de balas golpeó violentamente el lateral de mi coche. Agarré a Selena por el hombro mientras gritaba de miedo y la obligué a agacharse, lejos de las ventanillas.

—¡Al suelo!

Joder, menos mal que había dejado a Dae en la guardería antes de venir.

Había traído a Selena para que viera a Matt con la esperanza de que él estuviera más dispuesto a hablar directamente con ella. No es policía y, dada su relación con Marcus, tenía sentido que estuviera más abierto a ese tipo de conversación.

Pero justo cuando aparqué el coche y repasaba los detalles sobre cómo abordar a Matt de una manera que no se sintiera atacado, una furgoneta irrumpió en la calle y se estrelló contra el lateral de la ambulancia. Los hombres que salieron de ella con rifles de asalto tomaron la delantera de inmediato.

Por suerte, lo poco que pude ver de Tyler y Bailey antes de que nos agacháramos fue a ellos lanzándose a cubierto.

—¿¡Qué está pasando!? —jadeó Selena, cubriéndose la cabeza con las manos temblorosas.

Coloqué mi cuerpo sobre el suyo mientras más balas perdidas impactaban en el lateral de mi coche y rompían algunas ventanillas.

Entonces, se produjo un instante de silencio mientras los hombres de fuera recargaban sus armas.

Era mi oportunidad.

—Quédate aquí —le ordené mientras cogía la pistola de la guantera—. Pasa al asiento de atrás y quédate agachada entre los asientos, ¿vale?

—¿¡Vas a dejarme!? —me agarró de la muñeca, aferrándose a ella con fuerza e impidiéndome saltar del coche como había planeado.

—Mis amigos están ahí fuera. Tengo que ayudarlos. Toma. —Puse la radio en sus manos, lo que hizo que por fin me soltara la muñeca—. Usa la radio y avisa de esto. Mi número de identificación está ahí, en el salpicadero. Diles que están disparando a unos agentes y dales la dirección, ¿vale?

Selena asintió rápidamente, aferrando la radio, y cuando levantó los ojos para mirarme, los tenía anegados en lágrimas. Era imposible saber hasta qué punto esto estaba siendo un detonante para ella.

—El asiento de atrás —repetí—. Agáchate en el hueco y estarás a salvo.

—Vale —respondió con voz temblorosa.

Salí del coche a trompicones, cerrando la puerta tan silenciosamente como pude. Al estar aparcado un poco más arriba en la calle, tenía un mejor ángulo para ver dónde se cubrían los tiradores usando la furgoneta. Mientras el fuego de sus rifles volvía a estallar, se oyeron gritos y chillidos de los paramédicos y de algunos civiles que andaban por la zona.

Corrí desde mi coche y me lancé detrás del siguiente vehículo aparcado, esquivando por poco unas cuantas balas perdidas que impactaron en la farola. A través de la verja que tenía delante, vi a una mujer en el suelo, encogida junto a sus bolsas de la compra a pocos metros de su puerta.

—¡Eh! —grité, intentando llamar su atención—. ¡Eh!

Al cabo de un momento, se dio la vuelta y me miró con unos ojos azules llenos de miedo.

—En cuanto, en cuanto cese el tiroteo, métase en su casa, ¿de acuerdo? —le grité—. En ese mismo instante. Entre y cierre la

puerta con llave.

Asintió frenéticamente, y en cuanto las explosiones de los disparos cesaron una vez más, se puso en pie de un salto. Me levanté de mi posición agachada y abrí fuego por encima del capó del coche. Le di a un hombre en el muslo y los otros se agacharon para esquivar mis balas. Disparé cinco veces y volví a ponerme a cubierto.

El jardín que tenía delante estaba vacío, y recé para que la mujer hubiera conseguido entrar ilesa.

En lugar de asomarme de nuevo por encima del coche, me dejé caer boca abajo y rodé para meterme debajo. Desde allí podía ver varias piernas moviéndose de un lado para otro mientras los sospechosos buscaban un mejor ángulo de tiro sobre Bailey y Tyler. Seguían atrapados en el jardín del otro lado de la calle y, en ese momento, yo era su única esperanza.

Las pequeñas piedras y el cemento rugoso se me clavaron en las palmas de las manos mientras me levantaba al otro lado del coche. Alcé mi pistola y le metí dos balas en la espalda a un asaltante. Gritó de dolor y su rifle de asalto se le escurrió de los dedos. Se desplomó como un saco de patatas.

Su ausencia de disparos les dio a Tyler y a Bailey una oportunidad para atacar, y los vi a ambos salir de su escondite para abrir fuego.

Atrapados entre dos fuegos, los hombres armados empezaban a dispersarse con una comunicación mínima. Corrí hacia delante, esquivando por los pelos otro cuerpo que se desplomaba tras ser abatido por mi amigo. Placando al tercer hombre, caímos con fuerza al suelo.

Su pistola me golpeó en el estómago, dejándome sin aire. Le di dos puñetazos en plena cara y luego me vi obligado a rodar hacia un lado mientras el cañón de su arma presionaba la carne blanda de mi costado. Mientras él intentaba apuntar, le golpeé la nariz con la culata de mi pistola. El hueso y el cartílago explotaron bajo el golpe, salpicando sangre en todas direcciones, y él gritó de dolor.

Apretó el gatillo y yo rodé una vez más, esquivando las pocas balas que impactaron en el asfalto. Tumbado boca arriba, levanté la

pistola y le disparé tres veces en el pecho cuando intentó levantarse. Una expresión de sorpresa cruzó su rostro y luego se desplomó hacia delante.

Los oídos me pitaban por el constante tiroteo, pero con tres caídos, estábamos progresando. Jadeando, me di la vuelta y me puse en pie, justo a tiempo para que un grito de dolor sonara a mis espaldas. Se me erizó la columna y cada nervio de mi cuerpo saltó alarmado mientras me giraba.

El hombre que estaba detrás de mí tropezó hacia delante y, al caer al suelo, vi un bolígrafo que sobresalía de la parte posterior de su rodilla. Con los ojos muy abiertos y asustada, Selena estaba agachada a treinta centímetros de distancia.

Este capullo se me había estado acercando sigilosamente, y ella me había salvado.

Me dejé caer sobre el hombre de inmediato, hundiéndole el codo en la clavícula y forcejeando hasta arrebatarle el arma de la mano. El dolor provocado por la herida fue suficiente para que ganara ventaja rápidamente, y la pistola se le escurrió de la mano, deslizándose por la carretera hasta acabar debajo de un coche.

Dos puñetazos rápidos y quedó inconsciente. Lo esposé a toda prisa y luego, como todavía estaba vivo, lo agarré por los hombros y lo hice rodar debajo de la furgoneta.

Era lo mejor que podía hacer para intentar evitar que le dispararan. Luego me puse de pie, cogí a Selena del brazo y la arrastré para ponerla a cubierto detrás de otro coche. Justo a tiempo, porque, en cuanto la aparté, tres balas se clavaron en el suelo donde había estado agachada.

—¡Te he dicho que te quedaras en el coche! —le espeté, jadeando mientras me dejaba caer contra la puerta de una berlina roja.

—No podía —replicó ella acaloradamente—. Ese tío estaba encima de ti; podrías haber muerto, y yo no podía…, ¡no podía quedarme de brazos cruzados mirando!

El pecho de Selena subía y bajaba rápidamente y se agarraba la camiseta con tanta fuerza que se le veían los nudillos blancos. Sin

pensar, alargué el brazo y le cogí la mano. Se aferró a mí como una lapa.

—Vale, lo siento. Pero aquí fuera no estás a salvo.

Una lluvia de balas impactó en el suelo cerca de nosotros y ambos nos encogimos, acurrucándonos más el uno contra el otro.

—¡No se está a salvo en ninguna parte!

—¡Jay! —La voz de Tyler se abrió paso entre el estruendo de los disparos.

—¡Vivo! —grité de vuelta.

De repente, la cacofonía de los disparos se vio interrumpida por el ulular de las sirenas de la policía, y Selena me apretó la mano con más fuerza. La caballería estaba en camino.

Y justo a tiempo.

Diez minutos después, el silencio se había apoderado de la calle. Las luces rojas y azules parpadeaban frenéticamente, cegando a cualquiera que se atreviera a mirarlas durante demasiado tiempo, y los cinco tiradores que quedaban estaban esposados a un lado de la carretera, recibiendo diversas formas de atención médica.

—Tiene que ser una locura —murmuró Selena, todavía agarrada a mi mano mientras miraba a los sanitarios.

—¿El qué? —le pregunté con suavidad, recorriéndola con la mirada.

—Tener que atender médicamente a los hombres que literalmente acaban de intentar matarte.

—Es su trabajo —repliqué—. Todo el mundo tiene derecho a la asistencia sanitaria.

Le ahuequé la cara con las manos y sus ojos se clavaron en los míos, ligeramente empañados por las lágrimas que no había derramado. Le acaricié la mejilla y volví a examinarla para asegurarme de que de verdad estaba bien y de que no le había alcanzado una bala perdida durante la pelea.

Parecía estar bien, conmocionada pero viva, y eso era todo lo que podía pedir.

—Estoy bien —dijo, y una sonrisa acuosa asomó a su rostro—. Te he salvado la vida, así que creo que me merezco un reconocimiento por ello.

—Lo has hecho, gracias. —Fue todo lo que pude decir porque, por un momento, me perdí en sus ojos. Tan vibrantes, tan llenos de vida… Y había actuado sin pensárselo mucho. Se puso en peligro para salvarme, y el simple hecho de saberlo se convirtió en un calor que se me instaló en las entrañas.

Casi no llego a casa para ver a Dae.

Gracias a Selena, lo iba a conseguir.

—¡Jay! —El grito seco de Bailey llegó desde el otro lado de la calle y me giré para verlo cruzar la calzada como si lo persiguieran todos los demonios del infierno.

—Estamos bien, Bailey —le aseguré.

Eso no importó. En el instante en que llegó a nuestro lado, con Tyler corriendo detrás, el puño de Bailey impactó en mi cara y me hizo trastabillar hacia atrás. Un dolor agudo e intenso me recorrió la mandíbula por el puñetazo y Selena chilló alarmada.

—¡¿Pero qué coño?! —gritó Bailey—. ¿En qué estabas pensando al traer a Selena aquí? ¡Podrían haberla herido! O peor, ¡podrían haberla matado! ¡Se supone que tenemos que protegerla y tú la traes directamente a la puta boca del lobo!

Bailey volvió a cerrar el puño, pero Tyler estaba allí para sujetarle el brazo.

—¡No es culpa suya! —espetó Tyler.

—¡No lo sabía! —Recuperé el equilibrio rápidamente y me froté la mandíbula—. La he traído para que hablara con Matt. Pensé que quizá ella podría convencerlo más fácilmente que un par de policías.

—¡Es verdad! —intervino Selena—. Y, de hecho, acepté venir porque me pareció una buena idea. ¿Vas a pegarme a mí también?

Le lanzó a Bailey una mirada fulminante y él suspiró profundamente, abriendo el puño poco a poco.

—No, claro que no.

Tyler soltó a Bailey y gimió, dando un paso atrás.

—Mierda, Bailey, tienes que calmarte.

—Estoy calmado —replicó Bailey—. ¡Podrían haberla herido de gravedad!

Su mirada ardiente se clavó en mí, con la acusación brillando en sus ojos, pero se distrajo rápidamente cuando Selena se acercó a él

y le agarró el brazo herido.

—¡Estás herido! —Parecía que una bala le había pasado rozando durante el tiroteo.

—Estoy bien —dijo él, con un cambio en la voz—. No es nada.

Selena le pasó el pulgar por el rasguño y a Bailey se le escapó un siseo de dolor.

Entonces, Selena se irguió de repente y sus labios chocaron con los de Bailey, atrayéndolo hacia ella en un beso súbito y profundo.

No estaba celoso. Apenas.

## 13

# SELENA

Apenas entramos en las duchas cuando ya nos estábamos arrancando la ropa.

No sé si fue la sangre en el brazo de Bailey o cómo los tres parecían tan protectores conmigo, pero desde que lo besé, el ambiente entre nosotros se cargó de electricidad.

Medio esperaba que Tyler se pusiera celoso, ya que habíamos follado en mi apartamento, pero para mi sorpresa, él simplemente lo aceptó.

Por algún motivo, eso lo hizo más ardiente, y apenas logramos cruzar la comisaría enteros. La fuerza que nos había mantenido sin tocarnos al recorrer los pasillos se desvaneció por completo cuando la puerta de los vestuarios se cerró y Bailey se desató.

Me apretó contra la pared, besándome con tanta fuerza que sentía mis labios doloridos por la presión. Su lengua apenas esperó permiso antes de meterse en mi boca, y sus manos parecían recorrer todo mi cuerpo a la vez.

En mi pelo, tirando de los mechones. Arrancándome la camisa. Luchando con el dobladillo de mis pantalones para bajármelos por las caderas. Cada vez que creía centrarme en una de sus manos, él se movía y me tocaba en otro sitio.

Luego enredó mi trenza en su puño y me giró bruscamente la cabeza hacia un lado, hundiendo los dientes en mi cuello. Casi me corroí allí mismo.

Nunca me habían dominado así. Nunca nadie tan reprimido y ansioso por saborearme había estado conmigo. Mi cuello palpitaba caliente bajo su mordisco firme, pero justo cuando el dolor estallaba, su lengua pasó por la zona aliviándola.

Deslicé las manos por su cabello y tiré con fuerza al asir sus mechones rubios. Su pelo era espeso, y un gruñido seductor retumbó en su pecho cuando se lo tiré. Al parecer, le gustó.

Aunque no tuve tiempo para centrarme en eso porque Bailey me apartó de la pared y me empujó bajo el agua. Mi ropa se empapó en segundos, y el chorro me entró en la boca, solo para ser devorado por otro beso todopoderoso que aceleró mi pulso y tensó mi interior.

Avivaba un fuego tan profundo dentro de mí. Apenas me conocía, pero su actitud protectora era terriblemente atractiva, algo que había anhelado sin conocer la palabra para describirlo.

Quería que me cuidaran, que me deseara con tal desesperación que rozara la locura. Por la mirada en sus ojos oscuros al apartarme para quitarse la ropa, estaba al borde.

Sacudiéndome el agua de los ojos, hice lo mismo. Luchar con la ropa mojada fue más difícil de lo que parecía y, para cuando me quité los pantalones a patadas, mi piel ardía por la impaciencia.

Justo cuando levantaba los brazos para quitarme la camiseta, Bailey se abalanzó y cogió la tela empapada. La enroscó entre sus manos, retorciendo la tela húmeda alrededor de mis muñecas y atrapándolas contra los azulejos fríos sobre mi cabeza.

—¿Estás lista? —jadeó contra mis labios, su perilla plateada rozando suavemente mi mandíbula mientras movía su cuerpo contra el mío.

Se me abrieron los ojos. Su gruesa y palpitante polla se arrastró por mi muslo desnudo, dejando un rastro de calor abrasador, y mi interior se contrajo dolorosamente. Joder.

Estaba tan excitada que veía las estrellas, y ni siquiera eché un vistazo a la herida del brazo de Bailey cuando asentí con rapidez.

—Fóllame ya —gruñí.

Apretó todo su cuerpo contra el mío, deslizando su torso musculoso hacia arriba hasta que cada músculo rozó mis pezones endurecidos. Metiendo un muslo fuerte y grueso entre mis piernas, me levantó hasta quedar de puntillas, completamente a merced de la presión de su muslo contra mi coño.

—Por favor —supliqué, luchando por formar palabras coherentes entre la vorágine de sensaciones que sobrecargaban mi sistema.

Cada beso me dejaba con más hambre; cada roce me quemaba hasta el hueso, y la ocasional caricia provocativa de su polla hacía que mis caderas se mecieran incontrolablemente contra su muslo.

Me arqueé hacia él, retorciéndome contra las ataduras de tela, y cuando puse morritos, una sonrisa pecaminosa cruzó su rostro.

—Vale, cariño.

*Joder*.

Su voz profunda arrastrando la palabra *cariño* fue suficiente para rematarme. Ya estaba loca, y encantada de estarlo.

Bailey enlazó mi cintura con un brazo fuerte y encajó justo en el hueco de mis muslos abiertos. Tensándome, levanté las piernas y no bien las enlacé a su cintura cuando obtuve lo que había suplicado.

Su hinchada y gruesa polla presionó mi entrada empapada, y luego me la metió de una embestida completa.

Precisó dos de esos envites para enterrarla por completo dentro de mí, y cada empujón de sus caderas me arrancaba el aire de los pulmones. Cada vez que inspiraba, juro que sentía su polla justo debajo de mis costillas.

Para sostenerme mejor, Bailey finalmente me liberó de mi camiseta-prisión y la lanzó lejos. Enlacé sus gruesos hombros con mis brazos y mi cabeza cayó contra los azulejos cuando empezó a follarme.

—¡Ay, joder!

Esas fueron mis últimas palabras mientras sus caderas comenzaban a embestirme con una fuerza y velocidad tan intensas que se convertían en un borrón imposible de enfocar. Bailey me tapó la boca con la mano para silenciarme, dejándome respirar únicamente por la nariz, lo cual limitaba aún más mi capacidad de pensar con coherencia.

Estaba completamente a su merced, y bebí cada pizca de aquella atención poderosa y sensual que me dedicaba. Follaba como un poseído, chocando contra mí una y otra vez con furioso desenfreno. Gruñidos roncos y gemidos escapaban de sus labios entreabiertos, y cada vez que nuestras miradas se cruzaban, sus ojos eran pozos de tinta negra como el carbón.

Lo que sí inundaba mi cuerpo de placer constante era el roce de sus caderas en cada embestida, generando una breve presión sobre mi clítoris que añadía un torrente de puro éxtasis al remolino de sensaciones.

Era imposible que aguantara.

Perdí la cuenta de las embestidas, de los besos que sembró en mis hombros y pecho, de toda noción de realidad bajo el calor del diluvio de la ducha. Solo existíamos mi protector Bailey y yo.

El orgasmo me atravesó sin previo aviso, arrancándome todo el aire de los pulmones. Me apreté alrededor de su polla con un grito ahogado que sus dedos amordazaron. Arañé sus hombros y hundí mis talones en la curva de su espalda. El placer me arrasó en olas sucesivas, y bajo el chorro de agua hubo un instante en que estuve segura de ahogarme.

Convertida en un tembloroso despojo, los gruñidos de Bailey subieron de volumen y un torrente húmedo y cálido me inundó mientras él venía con un gemido suave. Una sensación de beatitud absoluta me envolvió. Hormigueos recorrieron mis extremidades y, cuando Bailey apartó su mano para besarme, jadeaba con fuerza.

—Joder... —suspiré débilmente entre beso y beso.

—¿Te sientes mejor? —preguntó con voz ronca—. ¿Más viva?

Al principio me desconcertó sin entender qué tenía que ver con el sexo alucinante que acabábamos de practicar, pero cuanto más lo pensaba, más comprendía. Parte de mi atracción desbocada por él en la calle surgió porque mi adrenalina y miedo se dispararon tanto que apenas podía funcionar.

En ese momento, mientras me bajaba lentamente, estaba más tranquila en sus brazos. Mucho más.

—Sí, la verdad —respondí, haciendo una mueca al notar una punzada en las caderas—. Joder, cómo follas.

—¿Demasiado fuerte? —Bailey me acarició la cara con sus manos gachas, sus ojos desbordándose de preocupación mientras el agua caía a nuestro alrededor como una cascada privada.

—No, no. En absoluto.

Bailey pareció satisfecho con mi respuesta pero no me soltó. Mientras descendíamos de la euforia postorgasmo, él mismo me lavó de pies a cabeza, dedicando incluso un tiempo delicado a deshacer mis trenzas para lavarme el pelo correctamente. Cada vez que intentaba hacer lo mismo con él, especialmente al ver que la sangre seguía manando de su brazo, se negaba y me giraba de espaldas.

Abandoné mis intentos cuando se arrodilló y hundió su lengua experta en mi coño para aliviar el dolor que su polla había dejado. No tenía ni una queja mientras agarraba su pelo mojado y cabalgaba su lengua hacia un segundo orgasmo bajo el chorro caliente.

Vaya día.

Cuando terminamos de ducharnos, mi corazón ya no galopaba y hasta los últimos hormigueos en mis extremidades amainaron.

—¿Te meterás en problemas? —pregunté sobre la suave superficie de mi toalla mientras caminábamos hacia las taquillas.

—No —contestó él—. Nadie hará nada. Bueno, excepto quizá Tyler. Es demasiado educado como para decir algo mientras sigues aquí.

Me ardieron las mejillas y de repente no pude sostener su mirada. —Lo siento.

—Siéntate —ordenó, señalando el banco—. ¿Por qué lo sientes?

—No pensé realmente... en Tyler. No como debía. Actué por impulso. ¿Crees que se enfadará conmigo?

Bailey, ocupado ahora con la caja de objetos perdidos, me miró por encima de su hombro desnudo, pero yo seguía sin poder mirarle a los ojos. En su lugar, seguí las gotas que resbalaban por su espalda musculosa hasta los sensuales redondeces de su culo.

—Solo se enfadará porque no lo invitamos —respondió Bailey con una risita suave—. Créeme, no es ese tipo de hombre. No digo que esto haya pasado antes, pero si le molestara habría intervenido en el coche. Así que es lógico pensar que no le importa.

Me alivió un poco, pero sabía que mis preocupaciones no se calmarían del todo hasta oírselo a Tyler en persona. Y a Jay también... ¿era de locas que sintiera pena porque él no hubiera hecho ningún movimiento?

—Toma —con un montón de ropa en la mano, se sentó a mi lado en el banco y me lo entregó—. Vístete.

—Solo si me dejas mirarte el hombro —dije observando la herida ahora que estábamos cerca. Había oído a Jay decir que era una rozadura de bala, pero mis arañazos o el sexo mismo la habían abierto lo suficiente para sangrar libremente. Regueros carmesí le bajaban por el brazo.

Bailey miró hacia abajo como si la viera por primera vez, luego asintió. —Vale, de acuerdo.

—¿No tenéis un protocolo para lesiones así? —pregunté limpiando la herida con la esquina de mi toalla. Sin la sangre derramada, no parecía tan grave. Solo una línea roja surcando su bíceps.

—Normalmente exige ir directo al hospital para incluirlo en el informe.

—¿Entonces por qué no vas al hospital?

—Porque no me apetece perder el tiempo con esos trámites.

—Tu salud no es un trámite —señalé.

Bailey soltó una risotada. —Bueno, cielo.

*Joder*.

El corazón se me derritió de nuevo.

—Entonces —dijo Bailey tras saquear el botiquín de la pared y vestirme apresuradamente con un pantalón deportivo y una camiseta azul—, ¿dónde aprendiste a suturar?

—Con mi padre.

—¿Te enseñó él?

—No —me burlé trazando las puntadas con rapidez sobre la herida—. Se lesionaba tan a menudo que no me quedó más remedio que aprender. No quería perderlo por estúpidas infecciones.

—Justo. —Miró hacia abajo mientras acababa la sutura con rapidez. No era elegante pero sí rápida y eficaz—. Queda bien.

—He practicado mucho.

Cuando durante un instante la mirada de Bailey se encontró con la mía, parecía que quería decir algo, pero las palabras no salieron, y al final fue él quien apartó la vista primero y se vistió con ropas del departamento de objetos perdidos.

—De acuerdo —dijo, instándome a levantarme del banco—. Vamos a tomar tu declaración.

Apenas salimos del vestuario cuando nos topamos con Tyler, cuya expresión era de una pesadumbre desgarradora. Se me cayó el alma a los pies.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bailey con brusquedad.

Tyler nos miró alternativamente a los dos.

—Es Matt. Recibió un disparo durante el tiroteo. Ha muerto en el hospital.

## 14

# SELENA

Matt había muerto.

Nuestra única pista en el caso, en la búsqueda de mi padre, había fallecido, dejándonos otra vez en el punto de partida.

Los dos días siguientes estuvieron llenos de interrogatorios, reuniones y montañas de papeleo. Como testigo, tuve que dar mi declaración a varios Agentes diferentes y redactarla tres veces por separado. Intenté no quejarme, ya que Bailey, Tyler y Jay parecían estar pasando por lo mismo, y yo estaba menos vigilada puesto que no era policía.

Parte de mí hasta lo encontraba interesante porque nunca había estado en una situación así, y mi padre, desde luego, nunca había compartido los detalles más precisos del trabajo policial durante sus años aquí.

Aun así, fue agotador, y para cuando todo estuvo firmado, acabé durmiendo catorce horas tras el bajón de adrenalina.

Me desperté en una casa silenciosa, y tras una ducha rápida, bajé esperando ver a Dae alborotando por el salón o encontrarme una discusión profunda sobre si la MP9 es más divertida en el campo de tiro que la Brügger APC.

En mi opinión, ninguna de las dos.

—Hola, dormilona —me saludó Jay mientras entraba bostezando en la cocina. Estaba guardando pollo cocinado en varios recipientes de plástico etiquetados con los días de la semana. Vestido con pantalones cargo y un cuello cisne, estaba muy atractivo, sobre todo con su pelo, normalmente engominado, todo revuelto en su cabeza.

—Hola. ¿Qué hora es?

—Poco después de las tres.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Bailey se ha llevado a Dae a escalar, y creo que Tyler tenía que terminar unos papeles antes de unírseles.

—¿Escalar? —Inflé las mejillas mientras cogía una taza—. Menudo niño.

—Le encanta. A Bailey también. Desde que le enseñó a Dae, tiene un compañero de escalada y no voy a interponerme en que pasen tiempo de calidad juntos —Jay soltó una risita al cerrar las tapas de los recipientes.

—Es adorable —sonreí, volviéndome hacia él. Me apoyé en la encimera y crucé los brazos—. Es un niño con suerte.

—Sí que lo es. Tengo suerte de que todos le mimen tanto como yo —Jay empezó a apilar los recipientes y los músculos se marcaban en sus hombros, haciendo que la tela se tensara—. Es un círculo de apoyo más fuerte de lo que jamás hubiera podido pedir.

—Mmm —canturreé suavemente—. Tres padres fuertes son más de lo que cualquier niño podría esperar. ¡Y yo ni siquiera pude tener uno!

Me quejé con dramatismo, ocultando mi leve punzada de envidia con una nota de humor. Jay, claro está, me vio el plumero, e interrumpió su apilamiento para mirarme por encima del hombro.

—Lo siento. Marcus... bueno, era toda una leyenda, ¿no? Todos querían ser como él y conseguir la gloria que logró al meter a incontables narcos entre rejas. Todavía me cuesta un poco asimilar que cayera en las drogas.

—Fue muchas cosas antes de caer en las drogas —asentí, apartando la mirada compasiva de Jay y vertiendo café en mi taza—. La gente cambia.

—Cierto —el murmullo queda de Jay sonaba como si quisiera decir más, pero el silencio se prolongó, y durante unos momentos se oyó solo el ruido del plástico contra el cristal mientras guardaba sus comidas preparadas en la nevera.

—¿Ha habido alguna pista sobre el caso? —pregunté, notando que deseaba hablar con Jay, llamar su atención por cualquier motivo.

—De momento no —contestó Jay, acercándose mientras se lavaba las manos en el fregadero—. Pero no deberías preocuparte por eso. Deberías centrarte en descansar y recuperarte —su mirada se dirigió hacia mí y el estómago se me revolvió levemente.

Cada vez que me miraban, sinceramente sentía que solo veían los moratones y marcas en mi cara y garganta en vez de verme a mí.

—Me estoy recuperando —dije, dando un sorbo al café—. Es solo que...

El grifo sonó al cerrarse, y Jay me miró fijamente mientras se secaba las manos.

—¿Qué?

—El silencio a veces me molesta, eso es todo. Cuando todo está vacío así y me quedo esperando, es como si hormigas me recorrieran la piel, o como si me quemaran por dentro.

—Es una respuesta normal —dijo Jay, dando otro paso hacia mí —. Has pasado por mucho y has estado funcionando con adrenalina sabe Dios cuánto tiempo. El bajón de eso puede ser tan infernal como el propio trauma.

—Entonces, ¿cómo lo arreglo? —pregunté—. ¿Cómo evito quererme arrancar la piel?

—Necesitas una distracción. Algo que te satisfaga y te distraiga —explicó Jay—. Nosotros vamos al campo de tiro. Bailey escala. A mí me gusta pintar cuando puedo. Todos necesitamos algo para llevarnos el estrés.

Jay estaba tan cerca que sus palabras sonaban a otro tipo de invitación muy distinto. Se me ocurrió una distracción muy sabrosa que evitaría que me obsesionara con ese fuego interno.

—¿Como tú? —pregunté con la mayor inocencia posible. Tras dejar la taza, me acerqué a la encimera y rápidamente me senté en ella. Después abrí las piernas y puse las manos en el borde entre mis muslos, arrugando mi falda alrededor de las muñecas.

—No —dijo Jay, sin sonar nada convencido.

—¿No crees que podrías ser una distracción? —incliné la cabeza. En lo más profundo de mi alma oscura, oía una voz gritándome que no arruinara mi tiempo con estos tíos cayendo en mi hipersexualidad, pero no pude evitarlo. Quería sentir algo y nada, y el sexo con estos hombres mayores tan atractivos era el mejor que había tenido.

—Yo no puedo serlo —aclaró mientras su mirada bajaba por mi cuerpo para volver rápidamente a mis ojos.

—¿Por qué?

—¿Acaso olvidaste lo que hiciste con Tyler y Bailey?

—No les importará —dije con confianza—. A Tyler no le molestó lo más mínimo después de que Bailey y yo nos folláramos en la ducha, así que confiaba en que no habría diferencia.

—A mí sí me importa.

—¿Por qué, estás celoso? —Me incliné lentamente y junté los codos, acentuando la curva de mi pecho.

—No. —Mentía como un cosaco para ser investigador privado.

—Sé que te atraigo. Vi cómo me mirabas en el restaurante. Sinceramente, si Dae no hubiera estado allí, te hubiera arrastrado al baño para echarte un polvo rápido.

—Selena, yo... —El rubor más tierno tiñó sus pómulos cuando erguí el torso y deslicé las manos por mis muslos desnudos. Ascendí lentamente, alzando cada vez más la falda, hasta rozar el borde de mis bragas. Entonces Jay se abalanzó sobre mí.

Sus manos enmarcaron mi rostro mientras me atraía hacia un beso profundo y hambriento. Un gemido masculino, el más dulce que había escuchado, me llegó a los oídos.

Aferré sus hombros, entrelacé las piernas en su cintura y apreté los músculos para pegarme a su cuerpo ardiente. Al contacto, mi mente en blanco se inundó de deseo. El pulso se aceleró con cada

apretón desesperado de sus labios. Al aplastarme contra él, sus manos descendieron a mi cadera.

Tampoco perdía el tiempo. En un instante, arrancó mi camiseta y la arrojó lejos. El sujetador lo había evitado tras la ducha reciente, y la decisión valió la pena. Jay besó mi cuerpo: su mano izquierda acarició un pecho mientras su boca cubría el derecho. Labios suaves cartografiaron la curva del seno hasta el pezón erecto. El calor me envolvió cuando se lo llevó a la boca, mordisqueándolo suavemente.

Su otra mano masajeó mi pecho libre. Incliné la cabeza atrás, gimiendo en el aire frío de la cocina. Mis dedos se enredaron en su cabello, acariciando mechones que desordené hasta que la impaciencia convirtió las caricias en un agarre violento.

Jay gimió cuando lo alcé para otro beso voraz.

De pronto, se separó y el corazón se me subió a la garganta.

*¿He hecho algo mal?*

La negación de lo que ansiaba casi me asfixiaba, pero solo bajaba su cargo y calzoncillos, liberando una polla gruesa.

Se me abrieron los ojos y el vientre se contrajo.

Joder, lo deseaba tanto.

Bocas chocaron de nuevo mientras lenguas bailaban disputando el dominio. Jay empujó mis lumbares cuando me alzaba al borde de la encimera.

Al acercarme, embistió dentro de mí con empujones cortos. Perdí la batalla de lenguas: gemí con los ojos en blanco.

Era menos grueso que Bailey, pero más largo. Gimoteé sintiéndolo avanzar eternamente hasta llegar al fondo, pelvis contra pelvis.

—Joder —jadeé contra sus labios, apoyando una mano en la encimera y rodeando su cuello con la otra.

—Joder —gimió él a su vez—. Estás muy apretada.

—Solo porque lo tienes enorme —reí sin aliento—. Créeme, estoy muy excitada para ti.

Cuando empezó a follarme, nada importó. Su polla entraba con fuerza deliciosa, pero lo que me dejó sin aliento fue el roce constante contra ese punto oculto, entrando o saliendo.

Las oleadas de placer fueron continuas hasta ahogarme, segura de correrme en cinco embestidas. Jay agarraba mis caderas mientras inclinaba la cabeza hacia mis pechos. Jadeos y gemidos llenaban el aire, mezclados con sonidos húmedos y choques de piel.

Me sostuve hasta que sus dedos rozaron mi clítoris. Un latigo eléctrico de placer hizo ceder mi brazo. Me desplomé sobre la encimera gritando. La nueva posición elevó mis caderas y Jay aceleró el ritmo, llegando más hondo y abandonándome al asalto del placer.

Estaba cerca, muy cerca. Y al abrir la boca para avisarle, llegué.

El clímax explotó como fuegos artificiales. Luz y color bailaron tras mis párpados mientras me retorcía en su polla. Él se desplomó sobre mí gruñendo, besando mi cuello. Un torrente de calor me inundó cuando él llegó.

Gemí suavemente, rodeando sus hombros con pereza y palmeando su espalda, atrapada en el éxtasis.

Durante años, había dormido con cualquiera buscando consuelo en brazos ajenos por cariño fingido.

¿Y ahora?

Ahora tenía tres hombres deliciosos, absurdamente protectores, para elegir.

La vida, por ahora, era buena.

## 15

# SELENA

Nunca había confiado mucho en mi capacidad para cuidar niños, ni a nadie realmente, tras el desastre de intentar cuidar a mi padre, pero había algo en Dae que simplemente me derretía el corazón.

En las dos semanas pasadas desde que Matt murió, lo que paralizó mi caso, Jay, Bailey y Tyler habían seguido protegiéndome y la única manera en que yo había podido corresponder era cuidando a Dae. Era un niño encantador, mucho más listo de lo que sugería su edad y, por lo visto, bastante gamberro.

En ese sentido, salía a Tyler, ya que Jay me informó de que había una guerra de bromas en curso entre ellos, y Tyler jugaba sucio involucrando a Dae en las travesuras. Me enteré de ello cuando Jay salió corriendo de la ducha, ¡y estaba azul!

Habían metido pinturas de acuarela en su cabezal de ducha, y nunca había visto a Dae reírse tanto como cuando entró y vio que a su papá lo habían convertido en un Pitufo.

Eran una familia amorosa, un poco chapucera, y aunque yo solo era una invitada, me hicieron sentir como en casa. Tampoco era la única con un equipaje emocional complicado.

Sabía lo de la hermana de Bailey, y Jay lo había pasado bastante mal después de que su esposa muriera en el parto. El dolor

simplemente los había hecho amables —al menos conmigo—. No sabía qué pensar sobre lo brusco que era Bailey. Por una parte, sabía que estaba mal, pero al mismo tiempo, me resultaba tremendamente atractivo que haría todo lo posible por hacer justicia.

Como un Batman sexy.

Con las luces bajas, añadí la puntuación final de Dae al final de sus deberes y sonreí satisfecha.

—¡Esto es increíble! Solo has fallado dos —expliqué, deslizando la hoja de vuelta hacia él—. Estoy muy orgullosa de ti.

—¡Hurra! —aplaudió Dae y apartó sus lápices de colores—. ¿Se lo dirás a papá?

—¿Decirle qué a papá? —entró Jay en la cocina con bolsas en las manos, y el aromático olor de comida coreana para llevar me llegó a la nariz—.

—¡Lo he conseguido! —chilló Dae, y arrebató el papel de la mesa —. ¡He terminado!

—¿Sí? Eso es genial, pequeño —sonrió Jay, dejando la comida en la encimera. Acto seguido, levantó a Dae en brazos, le dio un abrazo y luego me miró—. Gracias por ayudarle.

—Ha sido un placer —sonreí—. La verdad, creo que he aprendido un par de cosas.

—Yo me siento así cada vez —se rió Jay—. Cambian tanto la forma de enseñar a los niños que la mitad de las veces pienso que deberían matricular a los padres. Entonces, ¿tienes hambre? —besó la sien de Dae mientras este asentía y se balanceaba en sus brazos—.

—¡Me muero!

La cena fue un asunto rápido, lleno de comida deliciosa que me hizo maldecir todos los años en que recurrí a la pizza cuando había comida coreana tan increíble cerca. Hubo algunos momentos en que Jay y yo coqueteamos entre bocados de fideos. La otra ventaja de quedarme aquí era que sin duda me había acercado a los tres.

Quizá demasiado.

Después de cenar, levanté a Dae en brazos y lo llevé a la cama mientras Jay ordenaba abajo. Tras un cuento rápido y un beso, Dae

cayó profundamente dormido y volví a la cocina para encontrarme con que Bailey y Tyler habían vuelto.

Estaban sentados a la mesa, que ahora estaba cubierta de varias carpetas y papeles, cada uno engullendo cucharadas de sobras.

—¿Qué es todo esto? —pregunté, apretando el hombro de Tyler al pasar y luego despeinando a Bailey—.

—Hemos dado un giro al caso —dijo Tyler con la boca llena de ternera—.

—¿Cómo? ¿De verdad? —me dejé caer en la silla más cercana, pero mantuve las manos en el regazo, sin querer tocar nada que no debiera—. Llevamos semanas.

—Demasiadas —refunfuñó Bailey, apoyado contra la isla de la cocina, con la nariz metida en un archivo—.

—Con Marcus desaparecido y el Cártel controlando a su gente, ninguno de nuestros IC ha querido hablar —dijo Bailey—.

—¿IC? —pregunté—.

—Informantes criminales —aclaró Jay—.

—Exacto —Bailey se metió otro tenedor de fideos en la boca—. Conseguir que alguien cantara ha sido imposible; todos tienen demasiado miedo.

—Pero Bailey salvó a una mujer y a su crío de un accidente de coche el otro día —añadió Tyler—. Resulta que estaba empleada a la fuerza por un tipo llamado Toby Sánchez, un conocido colaborador de Andrés Dorame. Trata con mujeres que trae al país y luego las obliga a trabajar en la calle.

Me dio un vuelco el estómago, y la cena se me agrió al instante. Años de experiencia presenciando horrores probablemente eran la razón por la que Tyler y Bailey podían comer sin inmutarse, pero a mí la idea me daba asco. Esas pobres mujeres. Ni siquiera podía imaginar el terror de ser forzada a una situación tan horrible. El hecho de que hubiera hombres ahí fuera ganándose cientos de miles con los cuerpos de las mujeres era repugnante.

—Dios mío —murmuré—.

—Pero ella delató a su jefe a cambio de protección y una vida nueva para ella y su crío —dijo Bailey, con su mirada preocupada fija en mí—. Y mientras lo procesábamos, se le escapó que Andrés ha

estado como un elefante en una cacharrería buscando a Marcus. Normalmente, a Andrés no le importaría algo así porque saca su placer personal de otras mierdas.

—Porque es un psicópata —murmuró Jay con dureza—.

—Exacto. Así que quedó claro que lo que hizo Marcus era más que un robo normal, sobre todo si Andrés está tan alterado, así que empezamos a investigar más el casino. Bailey dejó su envase vacío —. Al principio, pensamos que solo era otro lavadero de dinero, lo cual ha sido imposible de demostrar.

—Pero —añadió Tyler, señalándome con sus palillos— resulta que la seguridad privada de Andrés no estaba allí ese día para protegerle; están allí habitualmente. Como un reloj, incluso más. Seguimos investigando todos los detalles, pero el hecho de que su seguridad privada merodee allí todo el tiempo sugiere que no es un casino normal.

—Entonces, ¿qué significa esto? —pregunté, intentando atar cabos en mi mente—.

—Creo que no es el dinero lo que les importa, sino los objetos que robó tu padre —dijo Tyler.

—¿Los objetos? —Frunció el ceño, intentando recordar.

—¿Recuerdas algo más que hubiera en la bolsa? —preguntó Bailey.

Me encogí de hombros—. La verdad es que no. Quiero decir, parecía joyería cara y medio asumí que se la había arrancado por allí de los cuellos de unos imbéciles adinerados.

Bailey se inclinó y me agarró el muslo, sonriendo de oreja a oreja —. ¡Exactamente eso!

—Bueno, no exactamente —intervino Jay.

Miré desde Bailey hacia Jay—. ¿Qué quieres decir?

—Andrés siempre ha cometido personalmente los crímenes más brutales, como extorsiones, allanamientos de morada, etcétera. Eso le granjea respeto... y una lealtad que hace que sus hombres prefieran tirarse de los tejados antes que ser arrestados.

Bailey resopló asintiendo.

—Incluso dicen que elige a una familia para aterrorizarla, agredirla y matarla solo para desestresarse, y luego guarda sus

pertenencias como trofeos —añadió Tyler con un deje de asco en su tono.

—Porque no podía apuntarse al *Goat Yoga* como cualquier otro iluminado de mierda en Los Ángeles —refunfuñó Jay.

Poco a poco empecé a entender y me moví al borde del asiento —. ¿Creéis que la seguridad privada de Andrés está siempre ahí porque... ¿es donde guarda las cosas que roba?

Bailey asintió y me apretó el muslo con gesto tranquilizador—. Exacto.

—¿Y hay posibilidades de que lo que robó mi padre relacione a Andrés con crímenes que de otra forma no podríais demostrar? —Se me aceleró el pulso. Descifrar estas cosas resultaba bastante adictivo.

A lo mejor debería hacerme policía.

—Y también por eso mi padre atropelló a ese guardia: lo arriesgaron todo para recuperarlo. No eran solo dinero robado, que podría reponerse. Pero todo lo demás... no tiene sustitución.

—Exactamente —asintió Jay tras repasar los archivos—. Si hay ADN, o una simple huella en esas joyas —y son lo que creemos—, implicarán a Andrés en más asesinatos que pelos tiene un gato.

—El único problema —suspiró Bailey— es que solo tu padre puede testificar que las robó directamente a Andrés. Y él todavía las tiene, lo que significa que cada pizca de prueba sigue con tu padre... si es que siquiera sabe lo que robó.

—Siempre que no se deshiciera de ello cuando los hombres de Andrés llamaron a su puerta —apuntó Tyler.

Todo cobraba sentido. Con razón tenía un blanco tan grande en la espalda. De toda la gente, era yo la única que podían usar como peón para sonsacarle algo a mi padre. Aunque no confiaba en que apareciera, para los demás era la única herramienta contra él. Y si la teoría de las joyas era cierta, Andrés ni siquiera se rendiría.

—Así que —dije despacio, mirándolos a los tres por turnos— necesitáis que contacte con él. De verdad esta vez.

—¿La anterior vez no fue de verdad? —comentó Tyler frunciendo el ceño.

—No exactamente —admití con una sonrisa cansada—. Pero esta vez lo será.

## 16

# TYLER

Nada combatía el agotamiento del trabajo más rápido que un burrito de queso y frijoles.

La explosión de sabor en mi lengua fue suficiente para distraerme de mis turbulentos pensamientos. Eché un vistazo por la ventanilla a mi compañero de patrulla, el agente Trask, mientras le daba un aviso al conductor del coche al que le habíamos dado el alto. Un piloto trasero roto no merecía la pena como para joderle el día a alguien, siempre y cuando prometiera arreglarlo.

Después de otro bocado, y con un ojo puesto en Trask, mi mente volvió a darle vueltas al caso de Selena. Se repetía en bucle en mi cabeza y era casi imposible pensar en otra cosa. Todo el asunto estaba jodido, pero era la primera vez en mucho tiempo que teníamos una oportunidad real de pillar a Andrés. Le había causado mucho dolor a toda la gente que me importaba: Bailey se había venido abajo tras la muerte de su hermana y la vida entera de Jay había cambiado de rumbo después de que asesinaran a su compañero.

Ninguno de esos crímenes pudo demostrarse, y Andrés campaba a sus anchas mientras Bailey y Jay albergaban más dolor del que nadie debería soportar en toda una vida.

En cierto modo, yo tenía suerte. Andrés nunca me había afectado directamente, lo que me convertía en un excelente candidato para el trabajo de patrullero de incógnito, pero el odio que albergaba por ese hombre estaba bien avivado.

Ahora más que nunca, por Selena. Había pasado por tanto en tan poco tiempo porque a su padre le pareció buena idea robar a Andrés. Dado su historial con las drogas, ni siquiera podíamos estar seguros de que Marcus fuera consciente de lo que había robado o si estaba tan colocado que se había llevado a ciegas todo lo que pudo pillar.

Había muchísimos cabos sueltos que dependían de poder contactar con Marcus. Con él, su testimonio y lo que robó, existía la posibilidad de que pudiéramos entregarle a Andrés al fiscal en bandeja de plata.

Después de nuestra cena de la otra noche, Selena llamó a su padre a un número diferente. Tenían un número privado y ella lo había ocultado simplemente porque se sentía impulsada por la necesidad de protegerlo. Era admirable y doloroso, dado que él no parecía tener los mismos impulsos protectores.

Todavía no podía digerir que la hubiera abandonado a merced de aquellos hombres. A veces, cuando cerraba los ojos, la imagen de ella, golpeada y atada a aquella silla, destellaba en mi mente como un relámpago.

¿Cómo pudo abandonar a su propia hija?

Marcus debería estar protegiendo a Selena, y no al revés.

Mi siguiente bocado fue un poco más agresivo.

La llamada había merecido la pena, por suerte. Selena explicó que esa línea solo debía usarse para emergencias, y ni siquiera estaba segura de que él se hubiera llevado el teléfono, pero después de dos intentos, Marcus respondió.

Selena había tirado de todos los hilos emocionales a su alcance para llegar a su padre y le había asegurado innumerables veces que estaba a salvo y que no se encontraba en manos de Andrés.

Entonces él había accedido a reunirse con ella.

Por fin.

Tenía que volver a llamar en un día o dos con un lugar y una hora, y nosotros estaríamos allí para apoyarla. Saber qué robó Marcus exactamente sería vital para construir un caso sólido contra Andrés, uno que se mantuviera en pie.

Solo esperaba que Selena pudiera llegar a él cuando se vieran cara a cara.

A mitad de mi siguiente mordisco, unas voces elevadas me devolvieron la atención a Trask. Estaba sacando a un hombre del vehículo, y una mujer con poca ropa salió del lado del copiloto, agitando las manos. Sus gruesos rizos rebotaban mientras le gritaba al conductor que se callara la puta boca y, a pesar de la altura de sus tacones, su velocidad al lanzarse alrededor del coche era inigualable.

*Genial*.

Con el burrito tristemente abandonado, salí del coche con una mano en el cinturón y me acerqué a la parada.

—¡Eh! ¡Eh! Cálmense todos —exclamé mientras las voces estaban a punto de romper la barrera del sonido—. Trask, ¿qué está pasando?

Trask empujó al hombre contra el coche, le retorció un brazo a la espalda y le puso las esposas.

—¡Oye, cuidado con el traje, colega! —espetó el hombre.

—¡Trask! —le llamé, exigiendo su atención.

—Lo siento, jefe. Solo le estaba poniendo una multa a este idiota por el piloto roto y ha admitido que le estaba pagando a esta mujer por sexo —explicó Trask.

—¡Eso no es verdad! —soltó la mujer, girándose hacia mí y señalándome con un dedo largo y bien cuidado—. ¡El cerdo miente!

—Está todo en la cámara corporal, cariño —sonrió con suficiencia el agente Trask—. Prueba otra vez.

Puse los ojos en blanco y me acerqué a la mujer cuando su mirada enloquecida reflejó el deseo de salir corriendo. Manteniendo mi agarre ligero pero firme, la aparté del coche.

—¿Puede venir aquí conmigo, señora? Justo aquí, gracias.

—¿Este retraso me costará un extra? —gritó el hombre mientras lo detenían—. ¡Ya he pagado una hora y ni siquiera nos hemos

besado! ¡Más te vale que no me estés timando!

—¡Cállate la puta boca! —La mujer se giró hacia su cliente y se abalanzó hacia él, pero mi agarre le impidió ir demasiado lejos.

Mientras forcejeaba, gritando maldiciones al hombre, la manga de su blusa se deslizó, revelando un pequeño tatuaje que reconocí de inmediato. Era de tinta negra, con la forma de una A y una D entrelazadas alrededor de un vial lleno de un líquido verde.

Llevé a la mujer a la acera y la solté.

—Oiga, cálmese, ¿vale? Voy a tener que llamar a otra unidad porque algo me dice que no se sentará tranquilamente en la parte de atrás de mi coche con él, ¿verdad? —Enarqué una ceja.

Chasqueó la lengua, mirándome de arriba abajo antes de encogerse de hombros—. No he hecho nada malo. Ese tipo solo era…

—¿Solo era qué? —pregunté—. No parecen ustedes amigos.

—Estaba haciendo autostop —replicó ella—. ¿Acaso es ilegal?

—No. Pero ambos sabemos que no es verdad, y si quiere discutirlo, puede hacerlo con él y con la grabación de la cámara corporal en el juzgado. —Miré por encima del hombro a Trask, que le estaba leyendo los derechos al sospechoso de camino al coche—. ¡Trask! Avise a otra unidad y a una grúa para el coche.

—¡Sí, señor!

—¿Cómo se llama? —le pregunté al volverme hacia la mujer.

—Lo que usted quiera, bombón. —En diez segundos, había cambiado de actitud y, por la forma en que ladeó la cadera y pestañeó mientras se ahuecaba el pelo, estaba claro que buscaba librarse de la situación de otra manera.

—Lo siento, cielo. Eso no va a colar. Es una de las chicas de Andrés, ¿verdad?

Palideció al instante y se puso tiesa como una tabla.

—¿Qué? No.

—Paparruchas, lleva su tatuaje en la espalda. Todas sus chicas llevan la misma marca. He oído que se lo hace personalmente a las que de verdad le gustan. —Suavicé mi expresión—. Entonces, ¿cómo se llama?

—Candy.

—Su verdadero nombre.

Ella dejó caer un hombro. —Amy.

—¿Qué está haciendo aquí, Amy? Esto es el centro. Andrés suele mantener a sus chicas fuera de aquí porque hay demasiado tráfico de policías, y sé que no es tan generoso como para dejarla marchar. —No, a menos que algo hubiera afectado físicamente a su capacidad para hacerle ganar dinero. Amy no parecía embarazada, así que eso quedaba descartado.

—Nada —contestó Amy, y de repente escupió a mis pies—. No pienso decirle una mierda. Cerdo.

—Vale, de acuerdo —asentí—. Seguro que tendrá mucho que decir cuando la suelte y Andrés la llame para preguntarle qué ha hecho para librarse de las esposas tan fácilmente. Basta con un susurro de que se ha chivado para que acabe con una pistola apuntándole a la cara.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿La vamos a dejar ir? —gritó Trask desde el coche—. ¿Por qué? ¿Nos ha dado algo jugoso?

—¿Lo ve? —murmuré, ignorando a Trask—. El simple hecho de que se haya librado de las esposas sería suficiente para convertirla en una apestada.

—No lo haría —espetó Amy—. Es un policía. Se supone que es de los buenos.

No le faltaba razón.

Mi amenaza era dura, pero como esto implicaba a Andrés, estaba dispuesto a presionar. Tener a sus chicas en la zona del centro significaba una de dos cosas: o se estaba envalentonando de cojones y ya no temía a la policía, o algo más se estaba cociendo.

—Bueno, Amy. Supongo que es libre de irse….

—¡No, espere! ¿Está loco? ¡Hará que me maten! —exclamó Amy.

—Trabajar para Andrés es lo que hará que la maten —dije con calma.

—Como si hubiera tenido elección.

Sentí una ligera opresión en el corazón. —Vamos, Amy. ¿Por qué está en el centro? Sé que no ha venido hasta aquí por su cuenta. Todas sus chicas tienen rutas estrictas.

Amy miró a su alrededor, luego sus ojos pálidos se posaron en mí y suspiró.

—Joder. Vale. Andrés tiene un trato entre manos…, y antes de que pregunte, no, no tengo ni puta idea de qué es. Todo lo que sé es que nos ha enviado a mí y a todas sus chicas a la zona para eliminar a la competencia y asegurarse de que solo sus chicas pillan cacho antes de la gran noche. —Amy se rascaba continuamente la cara interna del codo y se balanceaba ligeramente mientras hablaba.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué necesita que trabajen en la zona?

—No lo sé —se encogió de hombros Amy y su voz sonó baja—. Hay un negocio en marcha y quiere el control total de la zona antes de que ocurra. ¿Una demostración de poder egocéntrica, quizá? Quién sabe, pero somos sus ojos, ¿sabe? Avisamos si vemos policías, y…

Hizo una pausa, y entrecerré los ojos mientras mi sospecha crecía. —¿Y?

—Bueno, solo sé que la última vez que hizo algo así, nos dijeron que fuéramos descaradas. La mitad del equipo fue arrestado esa vez.

¿La mitad del equipo? ¿Por qué querría Andrés a tanta de su gente encerrada? Si estaba tratando de sacar a alguien, un grupo de chicas de compañía no sería la forma más inteligente de llevar a cabo una fuga de la cárcel.

A menos que no fuera eso en absoluto.

Tener a tanta gente infringiendo la ley abiertamente distraería a la policía y saturaría los recursos, dejando a Andrés libre para moverse y hacer negocios a su antojo.

El cabrón.

—¿Cuándo se cerrará el trato? —pregunté.

—Es el… —se interrumpió Amy de repente, bajando la mirada cuando una presencia apareció junto a mi hombro.

Al girarme, me encontré cara a cara con Trask.

—¿Qué está pasando? —preguntó Trask—. ¿La vamos a dejar ir o qué?

Algo no iba bien.

—No, no la vamos a dejar ir —dije—. Solo estábamos hablando, tranquilizándola para que no me sacara los ojos cuando le pusiera las esposas.

—De acuerdo —murmuró Trask y no se me escapó el destello de alivio que cruzó el rostro de Amy.

—¿Ha avisado? —pregunté.

Trask me lanzó una mirada inexpresiva.

—¿A la segunda unidad y a la grúa? —aclaré.

—¡Ah! Cierto, disculpe. —Trask se apartó y sacó su radio, comunicando mi petición.

—Date la vuelta, Amy.

Cogí las esposas de mi cinturón y, mientras se las cerraba en las muñecas, no pude evitar la sensación de que algo iba mal. ¿Había estado Trask tan concentrado en escuchar a escondidas que se olvidó de avisar, o simplemente estaba distraído? El sospechoso no parecía haber opuesto mucha resistencia.

En el fondo de mi mente, un persistente hilo de sospecha comenzó a crecer. Todavía no teníamos ni idea de cómo el cártel encontró a Selena en el hospital o cómo localizaron a Matt exactamente al mismo tiempo que nosotros.

Mi mirada se detuvo en Trask mientras esperábamos a la segunda unidad, incapaz de descifrar exactamente hacia dónde se dirigía mi sospecha, y me quedé con Amy hasta que la acomodé dentro del segundo coche.

Con la grúa en camino, volví al coche y a mi burrito, que probablemente ya estaría frío. Mientras caminaba, saqué el móvil y le envié un mensaje rápido a Bailey.

'*Tenemos que hablar con el capitán, inmediatamente.*'

## 17

# BAILEY

—La presioné un poco más cuando la estaba fichando —terminó Tyler, echándose hacia atrás en el sillón de piel mullida.

Había dedicado los últimos veinte minutos a poner al corriente a la capitana con toda la información que había conseguido sonsacarle a la escort que detuvo esa misma mañana.

—¿Le dio algo más que podamos usar? —La mirada de la capitana se deslizó de mí a Tyler y él se enderezó un poco ahora que ella lo miraba directamente.

Tyler ya me había puesto al día antes de esta reunión y habíamos trazado un plan. Un plan algo descabellado, pero teniendo en cuenta lo mucho que se había alargado esta mierda contra Andrés, ya era hora de que fuéramos a por él.

—Sí. Explicó que va a dar una fiesta en el centro. No será difícil averiguar dónde, con lo jodidamente extravagantes que son sus fiestas —explicó Tyler. Apretó los labios y nuestras miradas se encontraron durante un segundo en silencio.

—Así que —continué por él, y la afilada mirada de Aubrey se clavó en mí—, queremos vigilar la fiesta. Se trata de algún negocio ostentoso, eso lo sabemos sin siquiera intentarlo. Ese cabrón siempre nos está restregando sus actividades por la cara porque sabe que nunca podemos probarle nada. Si pudiéramos meter a

alguien dentro, quizá incluso a Tyler, ya que no tiene un historial directo con él.

—¿Cree que cometerá un desliz en la fiesta? —Aubrey frunció ligeramente el ceño, el único indicio de que estaba en la misma onda que nosotros.

—Exacto. —Jugueteando con la correa de mi reloj, proseguí—: Creo que es una demostración de poder. El robo es de bastante alto perfil y, hasta ahora, Andrés no tiene nada que demuestre lo contrario. No tiene a Marcus y está acumulando intentos fallidos contra Selena.

—Mató a Matt —señaló Tyler.

Le eché una mirada fulminante. —Vale, de acuerdo. Pero a lo que voy es que hasta nosotros podemos ver que no es propio de él. Este tipo liquida los problemas en veinticuatro horas y aquí estamos, semanas después, con el robo todavía como noticia de primera plana en todos los círculos. Creo que quiere alardear de lo indiferente que está por lo que hizo Marcus. Para demostrarle a todo el mundo que es intocable.

Aubrey asintió lentamente, haciendo una pausa para colocarse unos rizos rebeldes detrás de una oreja.

—Si pudiéramos tener ojos en esa fiesta, ojos en el negocio —dije—. No solo nos haremos una idea de lo que se cuece en la fiesta, sino que un hombre como Andrés es tan jodidamente gallito, que se jactará de lo mucho que le importa todo una mierda y, si tenemos suerte, obtendremos detalles sobre el negocio y sus nuevos socios, y *quizá…*

—… quizá se le escape algo sobre por qué es tan importante lo que Marcus robó —terminó Aubrey por mí.

—Exacto —sonrió Tyler—. Básicamente, el tipo está organizando un evento en plan *«miradme, sigo en la cima»* para algún tipo de negocio de drogas. Eso es un caso claro de ego herido. Podría meter la pata si hacemos las preguntas adecuadas y nos apoyamos en esa actitud defensiva.

—Sabe que las probabilidades de que eso ocurra son escasas. —Aubrey se apartó de donde estaba apoyada en su escritorio y se movió para sentarse en su silla—. Pero, dado lo que me ha contado

antes, tener a alguien vigilando dentro de esa fiesta parece la mejor opción.

Mantuvo el ceño fruncido mientras apoyaba ambos codos en el escritorio, y fue entonces cuando noté una expresión de incertidumbre en sus ojos que hizo que se me revolviera el estómago.

—¿Qué pasa? —pregunté, sintiendo la boca seca.

—¿Han avanzado algo con Marcus? —preguntó ella, ignorando mi pregunta.

—No, señora —mintió Tyler de inmediato—. No hemos sabido nada hasta ahora.

Un acuerdo tácito se estableció entre Tyler y yo. Marcus no era una pista fiable en este momento y no queríamos asustarlo antes de tiempo, no hasta que tuviéramos algo concreto que usar.

Sin embargo, la evasiva de Aubrey no pasó desapercibida y seguí presionándola. —¿Capitana, qué ocurre?

La incómoda sensación de retortijón en mi estómago crecía a cada segundo que pasaba y tuve el claro presentimiento de que ya había tomado una decisión antes de que pusiéramos un pie en su despacho.

—Delitos Mayores tenía el presentimiento de que algo se estaba cociendo con Andrés —dijo, entrelazando los dedos y apoyando las manos sobre el escritorio—. Y dado lo que me han contado, confirma la mayor parte de lo que sospechábamos, así que la idea de meter a alguien en la fiesta ya estaba sobre la mesa.

Supe de inmediato que no me iba a gustar lo que fuera a decir a continuación.

—Queremos meter a Selena….

—No —ladré sin dudarlo—. Ni de puta coña. —No había ni una remota posibilidad de que permitiera que pusieran a Selena en una situación de peligro. No cuando era evidente que ya era un objetivo para Andrés.

—Capitana, no puede hablar en serio. —La ira contenida en la voz de Tyler estaba mucho más controlada que la mía, pero me importaba un bledo.

—Escúchenme —dijo Aubrey, levantando una mano para silenciarnos.

La rabia, como bilis ascendente, me inundó la garganta, pero solo gracias a una mirada elocuente de Tyler logré mantenerme callado. Podía escuchar su estúpido plan y luego mandarla a la mierda.

—Andrés va detrás de Selena, eso está claro, pero la persiguen por… o al menos es nuestra teoría, lo que Marcus robó. Ya sea porque es el único vínculo directo con él o porque quieren usarla como moneda de cambio. Si corremos la voz por la calle de que ella busca *venganza* contra su padre, estoy segura de que Andrés picará el anzuelo.

Fruncí el ceño; algo me rondaba por la cabeza mientras una de mis manos se tensaba sobre el muslo. La capitana Watts era la última persona que habría imaginado que estaría dispuesta a poner en peligro a una civil.

—¿Y *usted* está segura? —comenté con dureza.

Ella me entornó los ojos y continuó: —Como ha dicho, es un engreído y usará a Selena de buena gana para llegar hasta Marcus. Plantar la semilla de que ella busca venganza, de que tienen algo en común, incitará a Andrés a buscar una alianza.

—Claro —gruñí con tensión—. La dejará entrar en esa fiesta, la usará para llegar a Marcus y luego la *matará* sin más.

—Esto es una locura. —Tyler se puso en pie, moviendo los hombros con incomodidad—. Hay demasiadas variables impredecibles para poner a alguien sin experiencia ni entrenamiento en una situación como esta. Selena podría salir herida.

¿Que podría? Andrés no tiene ni un ápice de compasión y Selena se convertiría en un testigo directo. Y Andrés no dejaba testigos con vida.

—Lo siento. —Aubrey tragó saliva con fuerza, un sonido audible que me irritó al instante—. El Jefe ya lo ha pedido. Cree que es una idea fantástica.

—¿El Jefe? —¿Para qué diablos se metía en esto?

—Bailey —espetó Aubrey, ligeramente molesta—. Tiene que entender que llevamos décadas detrás de Andrés y que por fin

tenemos la oportunidad de infiltrar a alguien. Sé que no es el plan más pulcro, pero hemos superado el punto en el que podemos arriesgarnos. Nosotros somos la ley aquí, y Andrés se pasea como si fuera intocable.

—¿De verdad es eso lo que piensa? —dije entre dientes—. ¿O es el Jefe quien habla?

—Si tiene algún *problema* con esto, detective, le sugiero que presente sus quejas por escrito.

Así, sin más, volvía a ponerse el sombrero de capitana y esta propuesta de idea amistosa se convertía en órdenes. Abrí los labios, dispuesto a decirle a Aubrey cuatro verdades, cuando Tyler se me adelantó.

—Pero, capitana, Selena ni siquiera está entrenada. Es solo una civil. No puede pedirle que haga esto.

—No se lo pido a ella —replicó Aubrey—. Se lo pido a ustedes, y su trabajo es asegurarse de que esté lista cuando llegue la invitación para la fiesta. No tiene que hacer nada más que llevar un micro y hacerle hablar. —Aubrey inspiró de forma breve y brusca—. Dadas las circunstancias, no creo que le resulte difícil interpretar el papel de hija abatida.

No podía hablar. La rabia que crecía en mi interior, junto con el impulso protector de asegurarme de que a Selena no le pasara nunca nada, me estaba estrangulando por dentro. No era la primera vez que utilizábamos a civiles para conseguir lo que necesitábamos, pero con Selena era diferente.

Me importaba. A todos nos importaba. Enviarla a la boca del lobo no podía ser una opción.

—Esto no está a debate —le espetó Aubrey a Tyler, sacándome de mis pensamientos en espiral—. Tienen sus órdenes. Si está tan preocupado, asegúrese de hacer un buen trabajo preparándola, ¿entendido?

Tyler suspiró profundamente y dejó caer los hombros. —Sí, señora.

—Bien. Pueden retirarse. —Sus ojos láser se clavaron en mí—. Los dos.

Me contuve hasta que estuvimos en el pasillo, entonces la ira estalló a apenas medio metro del despacho de la capitana.

—Esto es una puta mierda, no, es peor que eso. ¿En qué coño está pensando? ¡¿Selena ya tiene una puta diana gigante en la espalda y ahora vamos a servirla en bandeja de plata a Andrés?!

—Eso parece —musitó Tyler—. ¿Aunque no te parece un poco raro?

—¿Raro? —Casi me atraganto con mi propio bufido—. Todo este asunto está jodidamente mal.

—Nunca he sabido que a la capitana Watts le interesara usar a un civil para hacer el trabajo sucio. ¿No hizo campaña por unas normas más seguras en torno a los confidentes?

—¿Y qué? —Dando pisotones por el pasillo, caminar no servía de nada para aplacar la furia que me ardía en la piel—. Solo está repitiendo como un loro lo que dice el Jefe. ¡Tenemos las manos jodidamente atadas porque un trajeado estirado en un despacho cree que merece la pena sacrificar a Selena solo para quitar a Andrés de las calles!

Mi puño cerrado chocó con el objeto más cercano, que resultó ser la máquina expendedora de refrescos. El plexiglás se hizo añicos bajo la fuerza del golpe, y las luces del interior de la máquina parpadearon y se apagaron.

—Bailey —advirtió Tyler mientras su mano se posaba en mi hombro—. No puedes dejar que tus sentimientos te dominen.

—A la mierda con eso. —Me lo quité de encima de un empujón y me giré para encararlo—. ¿Cómo puedes quedarte ahí parado y que esto te parezca bien?

—No me parece jodidamente bien —siseó él de vuelta, con la ira y el dolor reflejados en su rostro—. Pero si armamos demasiado jaleo, nos quitarán del caso y un puñado de desconocidos cubrirán a Selena si ella acepta.

—Claro que aceptará —refunfuñé, con el pecho agitado—. Es demasiado jodidamente buena y decidida para decir que no.

—Exacto. —Tyler se puso ambas manos en las caderas y miró hacia el final del pasillo—. Así que tienes que controlarte para que podamos asegurarnos de estar ahí para ella si las cosas se tuercen.

—*Cuando* se tuerzan —corregí. Un dolor punzante se manifestó por fin en mis nudillos. Al bajar la vista, la piel de dos de ellos se había abierto por el golpe; gemí en voz baja y me los llevé a los labios para chupar las gotas de sangre.

—Si tenemos suerte —continuó Tyler—, la reunión con Marcus nos dará todo lo que necesitamos y podremos detener a Andrés antes incluso de que se celebre la fiesta.

Respiré hondo a la fuerza y asentí. —Tienes razón —repliqué sin apartarme los nudillos de la boca—. Tienes razón.

Tanto dependía de Marcus que estaba sopesando detenerlo en cuanto apareciera y pasarme toda la noche con él en interrogatorios para conseguir todo lo que necesitaba.

—Joder —gruñó Tyler, dejando escapar una risa seca—. Quería un refresco.

—Lo siento —mascullé, mirando la máquina—. Fuera de servicio.

—¿Pero qué coño ha pasado aquí? —El agente Trask apareció por encima del hombro de Tyler y sus ojos pequeños y brillantes se movieron de mí a la máquina expendedora rota. Otros dos agentes lo flanqueaban, medio perdidos en su propia conversación sobre algún deporte que yo no seguía.

—Mantenimiento —repliqué.

—Ah. No sabía que era amigo de los detectives, Lamb. —Los ojos pequeños y brillantes de Trask estaban fijos en Tyler, que rio con facilidad y puso los ojos en blanco.

—No somos amigos, solo estaba poniendo al detective Grant al día de lo que pasó en el hospital. Ya sabe cómo es esto, repasando los detalles.

—Mmm. ¿He… he oído que mencionaban a Marcus? ¿A Marcus Hartley? ¿Han conseguido alguna pista?

—No —respondió Tyler de inmediato, y todo su comportamiento cambió ligeramente. Conocía a Tyler. Algo no cuadraba—. Solo estábamos hablando del caso.

—Ah... —Los ojos de Trask se deslizaron de Tyler a mí, y una extraña y débil sonrisa se dibujó en sus labios—. Bueno, si alguna vez necesita a otro agente con el que rajar, aquí me tiene.

No existían palabras para expresar que eso no iba a suceder jamás.

—Póngase en marcha, Trask —intervine antes de que pudiera freír más a preguntas a Tyler—. ¿No tiene que hacer la ronda o alguna mierda de esas?

Trask entrecerró los ojos de inmediato, y los insultos llamaron la atención de sus dos amigos. Tres pares de ojos se entrecerraron en mi dirección, pero, por suerte, nadie estaba de humor para discutir y, afortunadamente, siguieron su camino.

—Sabes, insultar a los agentes de patrulla es un poco rastrero, incluso para ti —resopló Tyler—. El señorito detective.

—Tú también eres detective, ¿recuerdas? —dije, sin quitarle el ojo de encima a la espalda de Trask mientras se alejaba—. Por cierto, ¿a qué ha venido eso?

—A nada.

Lo miré, enarcando una ceja.

—Vale, de acuerdo. No lo sé. Hay algo en él que no me termina de cuadrar.

—¿Te fías de él?

Tyler se encogió de hombros y le dio una patada a la máquina expendedora con desánimo, con la esperanza de que cayera una botella de agua atascada.

—Me fío de él tanto como de cualquier otro agente de patrulla.

—Mmm.

El interés de Trask en el caso podía ser simple curiosidad personal, dado el alto perfil de Andrés, pero tenía que estar de acuerdo con Tyler. Había algo en él que me incomodaba.

—¿Estaba contigo cuando encontraste a Selena? —pregunté.

—Sí.

Mis pensamientos cambiaron lentamente, repasando mis sospechas. —¿Cómo te lo asignaron cuando te infiltraste?

—Pues... creo que era el único que tenía un coche libre —explicó Tyler—. ¿Por qué?

—¿Trask? —La capitana Watts apareció a mi lado, con una carpeta en la mano.

—¿Eh? —Una oleada de ira me recorrió al verla, cortando mi hilo de pensamiento por un instante.

—¿Pregunta por Trask? Perdone, ha sido imposible no oírle teniendo una conversación en el pasillo a un metro de mi despacho —comentó Audrey. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios, pero no se la devolví.

—Claro.

—De hecho, Trask preguntó por usted —explicó—. Dijo que quería tener el gusto de enseñarle a un exdetective los gajes del oficio y que si había alguna forma de que pudiera aprender de usted a conseguir un «billete dorado».

La mirada de Tyler se encontró con la mía. —¿En serio?

—Muy en serio. Y usted va a pagar eso. —La capitana Watts señaló la máquina expendedora rota y luego continuó su camino por el pasillo.

—Pidió que le asignaran contigo —dije lentamente—. Estaba contigo cuando encontraste a Selena y sabía a qué hospital la habían llevado.

—También se habría enterado de lo de Matt por la radio —reflexionó Tyler en voz baja, siguiendo mi misma línea de pensamiento.

—¿No creerás que...?

—¿Que tenemos un topo? —Le di una patada rápida a la máquina expendedora, liberando una oleada de frustración cuando la botella de agua que quería Tyler se desatascó y cayó con estrépito en la bandeja—. Sí. Creo que sí.

## 18

# SELENA

—Eso huele *de maravilla*.

La mezcla de especias que nunca sabría nombrar, combinada con el increíble talento de Jay para la cocina, llevaba veinte minutos haciendo rugir mi estómago y estaba más que lista para probar lo que estuviera preparando.

No había podido retener casi nada de comida. El estrés de toda la situación era demencial, y saber que no me quedaba más remedio que asistir a la fiesta de alguien que había intentado matarme activamente me tenía los nervios de punta.

Había aceptado inmediatamente, pero eso no mitigó el miedo.

Mi único consuelo eran los hombres que me habían acogido en sus vidas, en su familia, y me habían brindado más afecto y protección del que jamás había tenido en toda mi existencia.

Casi no podía creérmelo. Quizá había muerto aquel día en el piso de mi padre, y esto era un sueño largo, estresante pero maravilloso.

—Lo intento —sonrió Jay por encima del hombro, espolvoreando algo anaranjado sobre la sartén.

—¿A qué viene todo esto?

—Quería hacer algo bonito por ti. —Jay añadió otro puñado de especia colorida.

—¿Aparte de salvarme la vida? —Acercándome a él de un salto, me pegué a su espalda, le agarré la cintura, y me puse de puntillas para mirar por encima de su hombro. Un pollo cocinándose a fuego lento en una salsa oscura, con los polvos de colores siendo absorbidos en la mezcla.

—Bueno —Jay soltó una risita suave—. Como gestos, eso fue bastante grandioso, pero con la fiesta y todo lo que está pasando, quería prepararte una buena comida. Además, cocinar es terapéutico para mí, así que en realidad les hago un favor a los dos.

—Ah, tiene sentido. —Entre el olor tentador de la comida, la vainilla amaderada del aftershave de Jay hizo surgir en mi pecho una burbuja reconfortante, así que le apreté un poco más la cintura.

—¿Dónde está Dae?

—Ha salido con Tyler a un cumpleaños de un compañero de clase, así que la casa está especialmente tranquila un par de horas. —Jay se giró lentamente entre mis brazos, sosteniendo unos palillos en alto. Cara a cara, me dio un suave beso en la nariz—. Pero la cena no está lista y, lamentablemente, requiere toda mi atención, así que me temo, *cariño*, que vas a tener que entretenerte por tu cuenta.

—¿Ah, sí? —Arqueé una ceja—. ¿Quieres que me entretenga aquí mismo, sobre la mesa?

Jay resopló. —Por muy que me encantase, la cena se quemaría seguro. Ve. Relájate.

—Vale. —Me costó evitar la decepción quejumbrosa en mi tono, pero sabía que la cena valdría la pena y no iba a estorbarle a Jay intentando hacer algo tan dulce—. Volveré más tarde.

—Buena chica —respondió Jay.

El corazón se me subió a la garganta al instante. —Tío.

—Perdona —se rio—. No estaba pensando.

—Mmm. —Con pesar, le solté y él volvió a la cocina mientras yo salía despacio de la cocina.

El estrés y la espera me estaban inquietando. No podía estarme quieta. Dormir ya era bastante difícil, pero cuando estaba despierta, me asaltaba un anhelo constante de hacer algo, *lo que fuera*, para mantener a raya la ansiedad punzante. Absorta en mis

pensamientos, no vi a Bailey hasta que me topé con su ancho pecho mientras él se quitaba la chaqueta de cuero.

—Hola, hola —me sonrió Bailey desde lo alto, luego frunció el ceño—. ¿Qué te pasa?

—Hola. Nada. Jay está cocinando y me ha dicho que me entretenga hasta que esté listo. —Le miré fijamente, recorriendo suavemente los rasgos tan guapos de su semblante, desde sus brillantes ojos centelleantes hasta la perilla cuidada.

—¿Y eso es un problema?

—No. Quizá. No sé. Es que me siento... como si no pudiera quedarme quieta, ¿sabes? Incluso cuando lo intento, es como si algo burbujease dentro de mí y tengo que moverme o me comerán viva. —Decirlo en voz alta sonó mucho más loco de lo que esperaba, y hice una mueca—. Perdona.

—No pidas perdón. —La sonrisa de Bailey se suavizó—. Estaré encantado de entretenerte.

Despejándome la frente, le miré. —¿Eso cuenta como utilizarte para el sexo?

—¿Oyes que me queje? —Bailey rodeó mi cintura con un brazo fuerte y me atrajo contra su pecho macizo; luego sus firmes labios chocaron con los míos.

Fue como si un interruptor se activase en mi mente, y la ansiedad incipiente que me punzaba brazos y piernas se desvaneció *al instante*.

Me llevó arriba tan rápido que apenas noté que nos habíamos movido. Estaba completamente distraída por el firme y codicioso contacto de sus labios y la leve aspereza de su barba en mi mejilla. Me besó profundamente, y apenas me dejó respirar hasta que mi espalda golpeó el colchón. Di un bote y nuestras bocas chocaron de nuevo.

Su pelo resbaló como seda entre mis dedos y mi espalda se arqueó presionando contra el duro contorno de su cuerpo. Las fuertes manos de Bailey recorrieron mi cuerpo, luego se detuvieron en el dobladillo de mis vaqueros e inmediatamente comenzaron a desabrocharlos. En minutos, me los estaba quitando con tanta fuerza que la tela rozó mi piel sensible.

Mi boca se abrió en un jadeo, y su lengua se coló en ella en una búsqueda hambrienta de consumirme, y yo le dejé. Seguimos besándonos hasta que el aire se hizo necesario, y al separarnos, él se quedó en mi espacio compartiendo el mismo aliento mientras apartaba mis bragas de mis caderas.

—Bailey —gemí suavemente.

Una sonrisa cálida se extendió por su rostro, acentuando las patas de gallo, luego desapareció de mi vista. Un escalofrío recorrió mi torso ante la ausencia de su calor corporal, y me sostuve sobre los codos, para inmediatamente hundirme en la cama con un gemido bajo cuando la boca de Bailey presionó mis labios exteriores del coño y me besó allí.

Mi pulso se aceleró y una oleada de calor recorrió mi cuerpo, ahuyentando el frío persistente. Un brazo fuerte me rodeó el muslo izquierdo, posando la mano izquierda de Bailey contra mi pelvis. Depositó lentos besos con la boca abierta arriba y abajo por mi vulva, y entonces la piel áspera de su mano derecha, curtida por las armas, se deslizó por mi muslo derecho hasta deslizarse bajo mí para unirse a su boca.

Esos dedos separaron delicadamente mis labios exteriores y entonces Bailey arrastró su lengua lentamente por mi coño, desde el agujero hasta el clítoris, en un movimiento firme.

Un gemido brotó de mi garganta y me arqueé sobre la cama, combatiendo con mis propias manos sobre dónde tocar. Me agarré el pelo con una mano y acaricié mi abdomen con la otra. Luego, mientras Bailey continuaba lamiendo mi centro, mis manos pasaron a mis pechos, donde froté la base de mis palmas contra mis pezones que se endurecían.

Mi mente estaba en silencio y mi cuerpo tenso como la cuerda de un arco sobreexigido. Bailey sabía exactamente lo que hacía. Las lentas lamidas de su lengua se convirtieron rápidamente en suaves besos chupadores sobre mi clítoris, interrumpidos cada poco por la punta afilada de su lengua bailoteando alrededor y sobre mi clítoris.

Los dedos de su mano derecha abandonaron mis labios ahora que estaba tan cerca para consumirme y, en su lugar, los deslizó lentamente dentro de mí con los dedos curvados. Una punteada

precisa de mi clítoris con su lengua y una presión de sus dedos curvados dentro de mí hicieron que el placer recorriera mi cuerpo con tal potencia que mi mente se encandiló. Grité con fuerza, arqué la espalda con más fuerza sobre la cama y cuando intenté apartar mis caderas del estímulo, el brazo izquierdo de Bailey me sujetó en su sitio.

Eso fue *estimulante*.

Normalmente, no disfruto sintiéndome impotente, pero saber que Bailey sencillamente no podía soltarme fue increíble.

—¡Joder! —jadeé—. ¡Bailey!

El movimiento restringido no evitó que moviera ligeramente mis caderas de un lado a otro. Mis manos recorrieron mi cuerpo, acariciando mis pezones a través de la camisa, rozando mi cuello húmedo de sudor, e incluso chupándome mis propios dedos mientras la lengua experta de Bailey me arrastraba cada vez más cerca del orgasmo.

Cada nervio en mi interior se encendió al máximo. La ropa que me quedaba ahogaba, y sin embargo, al mismo tiempo, retorcerme en ella contra mi cuerpo resultaba tan placentero como la atención constante de la lengua de Bailey. Mi núcleo se tensaba rítmicamente y ningún otro pensamiento ocupó mi mente más que *Bailey*.

Me consumía.

—Sí, ¡sí, sí! —jadeé, con la voz quebrada. Cada movimiento de su lengua me acercaba más y más, y cuando mi cuerpo se tensó hasta el punto de quitarme el aliento, estaba en el cielo.

Mi clímax golpeó con tanta fuerza que mi torso se sacudió hacia arriba y mis piernas saltaron con vida propia. Mi grito de placer retumbó en las paredes y envolví los muslos alrededor de la cabeza de Bailey, sujetándolo en su lugar.

Ola tras ola de placer me sacudió, haciéndome retorcerme y sacudirme sin control. Bailey no detuvo la caricia de su lengua ni la suave bombeo de sus dedos hasta que quedé convertida en un tembloroso lío jadeante.

Solo entonces me soltó.

—Hostia... puta —me desplomé de nuevo en la cama, completamente desmadejada. Bailey se deslizó por encima de mí, un

calor bienvenido, y cuando quedamos cara a cara, apartó suavemente unos mechones de mi frente húmeda de sudor.

—Hola —me sonrió dulcemente—. ¿Convenientemente distraída?

—Sí —susurré, rodeando su cuello con un brazo perezoso—. Mucho.

Le besé con dulzura, jadeando cada vez que nuestros labios se separaban mientras mi corazón desbocado por fin empezaba a tranquilizarse.

Guau.

Nos llamaron a cenar en diez minutos, y tras arreglarme a toda prisa, bajé a la cena.

La comida que Jay nos había preparado era para relamerse los dedos y, para mi sorpresa, estaba *muerta* de hambre.

La «distracción» de Bailey no solo había calmado el maremoto nervioso que me recorría, sino que me había dado un hambre tal que ya me había comido dos dumplings antes de que Jay se sentara.

—Perdón —mascullé con la boca llena.

Jay simplemente soltó una carcajada.— Ni hablar. Por favor, come.

Entre el pollo marinado, la panceta a la parrilla y el kimchi, quedé completamente satisfecha y mi hambre voraz repentina se sació rápidamente. Bailey no dejaba de sonreír burlón cada vez que me servía más.

—Todo esto está increíble —dije entre bocado y bocado—. No me puedo creer que antes sobreviviese solo con sopa de vaso y sushi malo de gasolinera.

—Ay, qué asco —rio Jay—. Nunca más, ¿me oyes? No me importa lo que pase, pero a mi madre le daría un ataque si volvieras a comer sushi de gasolinera después de esto.

—Nunca más —prometí—. Aunque, ¿estás seguro de que esto no es solo para ablandarme con lo de ser el peón de la capitana? —miré alternativamente a los dos—. Quiero decir, ya acepté. No es que me moleste más persuasión melosa, pero no tenéis que ser tan majos conmigo.

—No toda amabilidad lleva un propósito —dijo Bailey en voz baja, observándome por encima de su vaso de cerveza—. La gente que se

preocupa por ti hace cosas bonitas porque quiere verte feliz. No siempre porque quieran algo tuyo.

Interrumpí el sorbo de vino y un impulso de emoción tan inesperado ascendió tan rápido en mi pecho que las lágrimas me picaron tras los ojos.

Maldición.

Quizás era obvio para todos los demás. Pero ¿para mí? No recordaba la última vez que alguien había sido tan bueno conmigo sin esperar nada a cambio.

—Os odio, tíos —mascullé, enterrando mi atención en más dumplings.

—Mmhm —Bailey sonrió burlón.

La cena terminó con un yogur helado de melocotón para limpiar el paladar y calmar las especias. Cuando me levanté para empezar a recoger, Bailey chasqueó los dedos con brusquedad hacia mí y señaló la silla.

—¡Siéntate!

—Pero solo iba a...

—No. Deja el culo ahí. Relájate. Disfruta que te mimen. Esto lo llevo yo —guiñándole un ojo a Jay, Bailey empezó a poner orden y en diez minutos, la mesa quedó despejada menos mi copa de vino y la botella vacía de cerveza de Jay.

—¿Te incomoda este tipo de atenciones? —preguntó Jay, levantándose de la silla y acercándose alrededor de la mesa hacia mí.

—Un poco. Siento como si debiéra dar algo a cambio, ¿sabes?

—Lo sé. Pero es porque es lo que estás acostumbrada ¿Esto? —miró la mesa—. Esto fue todo para ti. Consentirte porque queremos y porque podemos.

Jay me tendió su mano y la tomé, levantándome despacio cuando me invitó. Inclinándose cerca, me besó suavemente y el dulce sabor persistente del melocotón danzó entre nuestras lenguas.

—Ahora, inclínate sobre esa mesa como una chica buena y te daré tu verdadero postre.

## 19

# SELENA

Agarrándome al borde de la mesa con una mano, tenía la otra aplastada contra la madera mientras mis uñas grababan medias lunas en la superficie pulida.

Jay estaba entre mis piernas, con ambas manos en mi culo y su lengua lamiendo ansiosamente mis pliegues. En cada movimiento ascendente, su lengua presionaba mi entrada y se sumergía dentro, luego continuaba hacia arriba para lamer mi ano y volvía abajo.

Mis piernas temblaban con cada lametazo, ya hipersensibles por el orgasmo increíble que Bailey me había provocado antes. Sin embargo, la lengua de Jay actuaba de forma completamente distinta. Centraba mucha más atención directamente en mi clítoris, con rápidos toques de su lengua y leves roces de sus dientes, después me penetraba con su lengua en embestidas enérgicas y precisas.

El placer recorría mi cuerpo como un río, fluyendo sin parar y dejándome apenas capaz de recuperar el aliento.

De repente, Jay retiró ambas manos de mi culo. Una mano acariciaba con vigor y repetición mi clítoris, mientras la otra introdujo dos dedos hasta los nudillos en mi coño. La velocidad con que sus dedos bombeaban dentro de mí era alucinante, y apenas podía comprender qué ocurría exactamente.

Mi orgasmo estalló y me vine, gritando de placer contra la mesa, empañando la superficie con mi aliento y el calor de mi frente.

—Joder —jadeé mientras la debilidad me invadía las piernas y mi postura tambaleaba—. Jodido joder.

—No he terminado —ronroneó Jay en mi oído. Sus besos recorrían mi espalda, marcando un camino hasta mi cintura; luego sus fuertes manos me agarraron las caderas y me dieron la vuelta tan rápido que el pelo me azotó los labios.

Apartando los mechones, su boca ardiente se cerró alrededor de mi pezón izquierdo. Su mano derecha manoseaba mi seno derecho, apretando con fuerza suficiente para que la carne se hinchara entre sus dedos, y entonces me empotró su polla con un movimiento súbito que me arrancó todo el aire de los pulmones.

No podía respirar, ni siquiera gemir, mientras me follaba con tal velocidad y potencia que la mesa crujía de forma alarmante bajo mí.

Si rompíamos la mesa, ¿no sería asombroso?

La lengua y los dientes de Jay atormentaban mi pezón, mordisqueándolo y chupándolo. Besó el valle entre mis pechos para repetirlo con el otro pezón. Un calor placentero palpitaba en mí, y mis pezones se volvieron tan sensibles que latían al compás de mi corazón desbocado.

Sus caderas no paraban, embistiéndome como pistones mientras seguía chupando mis pezones y besando mis pechos, hasta que su propia necesidad de aire lo venció.

Incorporándose, gimió con fuerza y deslizó una mano por mi cuello. Con esa palanca, me levantó para darme un beso voraz y mordedor que devolví con toda la energía que pude reunir. Mi atención se dividía entre el ardor en mi interior mientras me embestía, la punzada en mis pechos y las ganas de besarlo tan profundamente como pudiera.

Su pecho relucía de sudor y mis manos se deslizaron de sus hombros al torso. Enroscando los dedos, le arañé el pecho con las uñas. Jay siseó de dolor y me empujó otra vez contra la mesa mientras se dibujaban marcas rojas como por arte de magia en su piel. Sonreí con malicia hacia él, llevando la mano entre mis piernas para asirle la cintura.

Jay se inclinó y me besó con fuerza, inmovilizándome con su cuerpo y su boca. Enlacé sus caderas con mis piernas, apreté los muslos y hundí los talones en su espalda baja, provocándole para que me follara más fuerte, y eso hizo exactamente.

Era un borrón de caderas y su polla alcanzaba una y otra vez el punto exacto dentro de mí. Estaba completamente a su merced, y cuando le clavé las uñas en la cintura, su profundo gemido resultante fue la última chispa que necesitaba.

Me vine con un grito, los ojos en blanco, mientras un temblor me recorría de pies a cabeza. Hervía por dentro mientras oleada tras oleada de placer fluían de mi núcleo palpitante.

Fue electrizante.

—Joder del cielo —jadeé sin aliento mientras un calor irrumpía en mi interior. Jay se vino con un dulce gemido y yo le acaricié la cara con mis manos temblorosas, estudiando perezosamente su rostro mientras el placer iluminaba sus rasgos hermosos.

—Eso ha sido... increíble.

Jay me sonrió con calidez desde arriba, besándome una vez más antes de retirar suavemente su polla. Cuando la sensación regresó lentamente a mi cuerpo, mis extremidades aún se contraían y los nervios saltaban a lo largo de mi interior y muslos.

—¿Te estás divirtiendo? —Tyler había asomado la cabeza por la puerta, con ojos pícaros mientras nos observaba.

Verlo significaba que Dae también había vuelto, y busqué algo inmediatamente para taparme, por si Dae entraba y veía algo inapropiado. Por suerte, Tyler lo había pensado.

—Dae está arriba —dijo, mirando a Jay mientras se vestía a toda prisa—.

—¿Se lo ha pasado bien?

—De maravilla. Aunque el pobre niño está agotado, y quiere que su papá le cuente un cuento.

—Ahora voy. —Jay me cogió la cara, pasó el pulgar por mi mejilla ardiente y me besó la nariz—. Buena chica.

No pude contener un suave gemido, y una pérdida palpitó en mi pecho cuando se separó. Por suerte, Tyler estaba ahí, y se acercó con una sonrisa irónica.

—¿Agotada?

Recorrí con la mirada lentamente su camisa azul y pantalones negros, después regresé a su rostro guapo, donde sus gafas tenían un leve vaho.

—Ni un poco —jadeé—. ¿O acaso eres demasiado cobarde para follarme después de tus amigos?

Tyler se abalanzó sobre mí al instante. El dolor relampagueó en mi boca y se disparó directo a mi interior cuando sus dientes se hundieron en mi labio inferior.

—¡Ah!

Ahogó mi grito con su boca y yo respondí hundiendo ambas manos en su espeso cabello oscuro y tirando con fuerza. Su cabeza se echó hacia atrás al instante, y me lancé a su garganta, besando y mordiendo un ardiente recorrido desde la clavícula hasta la mandíbula; todo el tiempo él gemía suavemente con cada respiración.

Estaba cansada, pero le deseaba. Le necesitaba.

—Aún conservas tu actitud, ¿eh? —gruñó Tyler suavemente, escapando su cabeza de mi agarre—. Veamos qué podemos hacer al respecto.

Su complexión más ágil hacía fácil olvidar que poseía tanta fuerza como los otros dos. Mi corazón se estremeció de excitación cuando me alzó de la mesa y me arrojó al suelo, volcándome de inmediato sobre el pecho y colocándome en posición cuadrúpeda.

—¿Vas a follarme? —pregunté con dulzura—. ¿O solo hablar de follarme?

—Oooh —rio Tyler con tono grave—. Ya veo cómo está la cosa.

Una mano aterrizó entre mis omóplatos, empujando mi pecho contra el suelo, y Tyler me inmovilizó allí pese a mis intentos de desafiar su fuerza. Valió la pena, porque medio segundo después, la densa y suave presión de su polla contra mi coñito dolorido hizo que mis ojos se volvieran hacia atrás. Empujé mis caderas hacia él, desesperada por sentir su grosor abriéndome, pero para mi decepción, él se retiró.

—Ah, ah, ahhh —se burló Tyler—. No creerás que mandas aquí, ¿verdad?

—¡Pues en realidad...! —Mis palabras murieron en un grito ahogado cuando Tyler me embistió con su polla en el momento de mi distracción. Mis paredes se abrieron y mi núcleo palpitó cuando llegó al fondo, mientras el frío metal de su cremallera presionaba levemente mis muslos.

¿Había estado tan desesperado por follarme que simplemente había sacado la polla del pantalón, eh?

—¿Estás lista?

No tuve tiempo de decir sí. Tyler se posó sobre mí como una manta pesada y comenzó a follarme como un poseído. Sus caderas eran un borrón, clavándose tan hondo que apenas podía comprenderlo. La cabeza de su polla parecía rozar mis costillas y cada respiración que me arrancaba era un gemido o un quejido.

Me folló, y lo hizo con violencia.

Una de sus manos se deslizó por mi cintura hasta entre mis piernas, donde hábiles dedos jugueteaban con mi clítoris, acariciando ese punto supersensible con pellizcos, toques y caricias que me llevaban cada vez más cerca del orgasmo.

Pero cuando estaba cerca, tan cerca que las paredes de mi coño se contraían repetidamente alrededor de su polla y mis manos arañaban el suelo, Tyler me negaba el placer.

Pellizcos en el clítoris que convertían el placer en dolor, o remansando sus caderas dejándome al borde del abismo. Hizo todo eso, y cada vez que me llevaba al límite para negarme el orgasmo, estaba segura de que perdería la cabeza.

Perdí la cuenta de cuántas veces me llevó al borde para después detenerse. Los intervalos entre negativas disminuían conforme cada una me hacía más sensible a su tacto y movimientos.

Estaba segura de sentir cada surco y vena de su polla dentro de mí, cada espiral de sus yemas acariciando mi clítoris, incluso cada relieve muscular contra mi espalda. Estaba tan tensa que me sentía completamente desollada.

Y estaba completamente dispuesta.

—Por favor —supliqué por enésima vez, empapada en sudor con los muslos cubiertos de mis fluidos—. Por favor, déjame correrme.

Tyler finalmente accedió. En su siguiente ráfaga de embestidas, nada pudo detener el tsunami de éxtasis que estalló en mí, paralizando todos mis músculos por una eternidad. Hasta el orgasmo de Tyler dentro de mí pareció prolongarse eternamente.

Me encantó.

Me encantó más que cualquier otra persona, y al derrumbarme en el suelo, completamente débil y sin fuerzas, mi orgasmo trajo una dolorosa claridad.

Enamorarme de ninguno de estos chicos no era el plan, y sin embargo aquí estaba deseando que esto no terminase nunca. La sola idea de volver a mi vieja vida de encuentros casuales tras esto sabía ahora a cenizas. No quería pasar mi vida con nadie excepto ellos.

Los amo. A los tres, a mi jodida manera, y estoy segura de que va más allá de la atracción erótica inicial por haber sido rescatada.

Por primera vez en mi vida, me estoy enamorando profunda y verdaderamente.

De tres hombres distintos.

## 20

# SELENA

Un calor entre mis piernas me arrancó de mi profundo sueño a la mañana siguiente.

Fue lento al principio, suficiente para que mis músculos doloridos se quejaran levemente, y sentí la tentación de darme la vuelta y acurrucarme aún más entre las almohadas. La presión contra mis caderas me lo impidió.

¿Me habré enredado en las sábanas durante la noche?

No sería la primera vez. Había adquirido cierta inquietud al dormir con todo lo que había pasado. Al abrir los ojos, una perezosa y cálida punzada de placer recorrió mi vientre, seguida de unos lametones muy insistentes contra mi coño adolorido.

—¿Mmm? —Me incorporé apoyándome en los codos. Tyler estaba entre mis piernas y, al notar mi movimiento, alzó la cabeza de mis muslos y esbozó una sonrisa.

—Buenos días.

Mi coño, dolorido tras la increíble atención de ayer, palpitió ante la ausencia de su lengua atenta, así que me limité a gemir como respuesta y me dejé caer de nuevo sobre las almohadas.

Lo que fuera que hiciera para merecer semejante trato, estoy jodídamente agradecida.

Mis piernas se abrieron más, y Tyler reanudó sus suaves besos y lengüetazos. Lento a través de mis pliegues, delicado sobre mi clítoris, suave contra mi entrada; Tyler era extremadamente atento, e incluso sus manos masajeaban y flexionaban mis muslos mientras me daba placer.

Vaya si eran buenos los días.

El orgasmo que me arrancó hizo que me arqueara suavemente en la cama, y los músculos adoloridos protestaron mientras se contraían y ondulaban alrededor de su increíble lengua. Me sostuvo en cada oleada de sensaciones que me recorrió y, cuando me desplomé de nuevo en la cama jadeante, trepó sobre mí y besó la punta de mi nariz.

—¿Bien? —preguntó con voz suave y grave.

—Jodídamente bien —murmuré, dejando caer una mano con pereza sobre su cuello—. Jamás había estado tan dolorida y que me gustara.

—¿Qué quieres que te diga? Somos tipos multitalentosos —Sus labios se posaron sobre los míos, dulces y suaves—. El desayuno te espera abajo.

—Mmm, vale. Tengo que ducharme.

Otro beso y Tyler se deslizó fuera de la cama, dejando una fría sombra a su paso. Me guiñó un ojo desde la puerta y desapareció, dejándome para calmar mi pulso acelerado y los hormigueos que recorrían mi cuerpo tras un orgasmo tan intenso a estas horas.

Joder qué fuerte.

Me han malacostumbrado.

Tardé demasiado en salir de la cama y meterme en la ducha, pero el chorro caliente fue bienvenido contra mis músculos doloridos. El dolor amasaba músculos que ni siquiera sabía que se usaban en el sexo, aunque tenía que reconocer el mérito de esos tres tíos por dejarme completamente patitiesa. Mientras me enjabonaba, cada burbuja de espuma se convertía en una de sus manos de anoche, y cada punzada de dolor en mi piel era una marca dejada por dientes y uñas durante el clímax del placer.

Nunca antes había estado con tres hombres a la vez, ni en la misma noche.

Me dolía la espalda, me dolían las caderas, e incluso al levantar los brazos para lavarme el pelo, los músculos del pecho tiraban de la manera más deliciosa.

Sin duda mi forma favorita de enrollarme.

Limpia, seca y recién vestida, bajé a la cocina esperando el habitual bullicio matutino. En vez de eso, al cruzar la puerta todos guardaban silencio.

Tyler estaba junto al fogón friendo un tentador bacon en la sartén con una mano, mientras con la otra servía café en una taza. Jay estaba junto a la mesa, con una carpeta en una mano. Alzó la vista cuando entré y me lanzó una sonrisa, apartándose luego un mechón de la cara que inmediatamente volvió a caer sobre su frente. Bailey estaba sentado a la mesa con una pistola en la mano, y el aire se llenó de los familiares chasquidos metálicos mientras revisaba el arma. No era la única pistola sobre la mesa, y mi mente saltó de inmediato a Dae.

—Buenos días —les dediqué una cálida sonrisa, esforzándome por ignorar cómo me palpitió el coño al verlos—. ¿Dónde está Dae?

—En la guardería —contestó Jay—. ¿Dormiste bien?

—Ah, sí. Caí como un tronco. Gracias. —¿Era raro darles las gracias? No estaba segura, pero ya estaba dicho. Ignorando la sensación incómoda que recorrió mi espina dorsal, me dejé caer en la silla frente a Bailey y observé las armas—. ¿Qué es todo esto?

—¿Has tenido noticias de tu padre? —preguntó Bailey, encajando el cargador de la pistola que tenía en la mano.

Por supuesto. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Hoy era el día que debía quedar con mi padre.

—No —negué con la cabeza y cogí mi móvil guardado en el bolsillo trasero del vaquero—. Desde que aceptó hora y lugar. Le envié varios mensajes después. —Aparecieron en la pantalla y la giré para enseñársela a Bailey—. Pero no respondió.

—¿Es eso normal? —preguntó Jay.

—¿Que mi padre ignore mis mensajes? Claro —me burlé—. No es que sea muy bueno comunicándose o, ya sabes, en la paternidad.

Jay me dedicó una mirada compasiva, luego se inclinó cuando Tyler deslizó un bocadillo de bacon y una taza de café recién hecho

frente a mí. A pesar del delicioso aroma, mi apetito decayó rápidamente, reemplazado por una náusea opresiva y revuelta.

—¿De verdad creéis que vais a necesitar tantas armas? —Evité añadir que solo era mi padre. Dado todo lo ocurrido, no tenía ni idea de cómo reaccionaría él ante mí, y menos ante los demás.

—Hay que estar preparados —Tyler me apretó el hombro con cariño—. Tienes que comer algo.

Jugueteé con el borde del bocadillo, pero no pude soportar la idea de comer.

—¿Y si no aparece? —Me centré en Bailey, el que parecía más enfadado cuando me contó lo de la fiesta a la que quizá tuviera que asistir. Había estado firme en que esta reunión con mi padre anularía eso, pero ahora ya no estoy tan segura. Bailey mantenía la mirada baja, los ojos fijos en el arma que sostenía.

—Nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento —contestó Jay en voz baja—. Primero tenemos que llegar y establecer un puesto de vigilancia para asegurarnos de que estás protegida. Lo que venga después será incierto, pero si tenemos suerte, tu padre hará lo correcto.

—Sí.

Lo correcto. Como si eso fuera a cuadrarle.

—Come —me recordó Tyler desde el otro lado de la cocina y, aunque le sonreí, el peso en el corazón me lo impedía.

Estaba demasiado llena de angustia.



—Asegúrate de mantener la distancia con él, ¿vale? —Tyler apartó mi trenza del hombro y me agarró suavemente, con la mirada recorriéndome de arriba abajo.

—Lo sé. Mantenerme tan lejos que no pueda agarrarme, e intentar que se entregue a ti y a los demás para que lo protejáis —repetí. Habíamos repasado esto tres veces camino al aparcamiento donde quedamos. No iba a olvidarlo.

—Exacto. Si sale bien y aseguramos a tu padre, no tendrás que asistir a la fiesta de Andrés —Tyler hinchó los carrillos.

—Amén —masculló Bailey desde cerca.

Contuve las ganas de poner los ojos en blanco. —Venga, que no hay presión, ¿no?

—Ninguna, claro —se burló Jay desde el otro lado—. Bailey estará en la escalera de incendios detrás de ti, controlando todo.

Siguiendo su señal, Bailey me guiñó un ojo y salió disparado por el aparcamiento hacia los escalones de forja que subían por la fachada del edificio.

—Jay y yo estaremos justo al otro lado, en esos callejones. Si algo sale mal, llegaremos a ti en veinte segundos máximo —explicó Tyler.

—Con lo que corres tú, serán cuarenta —resopló Jay.

—Cállate —Tyler le lanzó una mirada fulminante, recibiendo otro resoplido de risa como respuesta.

—Puedo con esto —les aseguré a ambos, poniéndome firme y alisándome la camisa con las manos, aunque no estaba segura de si intentaba convencerles a ellos o a mí misma—. Confiad en mí.

—Lo hacemos —respondió Jay al instante, sacando la pistola de su funda corporal.

—No confiamos en tu padre —Tyler me observó una vez más antes de soltarme—. Estaremos justo ahí.

Quería que se quedaran. No deseaba estar ahí sola, esperando a un padre que quizá no respetaría su mensaje y aparecería para hablar conmigo. Cuando Tyler y Jay salieron corriendo hacia sus respectivos puestos, junté las manos y me clavé las uñas en los pliegues de mi palma.

Sería la primera vez que lo veía en más de un mes, desde que aquellos hombres fueron al apartamento, me atacaron y él huyó a ponerse a salvo. Solo pensarlo hizo que la ira me abrasara el pecho, e intenté aferrarme a esa sensación. Era mucho más satisfactoria que los nervios revoloteando en el estómago.

Podía con esto. Aparecería y hablaríamos. Escucharía, se entregaría para protección y encerrarían a Andrés mucho tiempo. Y entonces yo mataría a mi padre por abandonarme aquel día.

Fácil.

Los minutos pasaban como barro. En un momento, al revisar el móvil por enésima vez, juré que el tiempo retrocedía. Di vueltas de arriba abajo, balanceándome entre las piernas según la hora de la reunión llegaba y pasaba. Saber que los demás me observaban sin poder comunicarme me estaba matando.

Si era sincera conmigo misma, también resultaba algo excitante.

Diez minutos se convirtieron en veinte, y después desapareció más tiempo. Seguía siendo la única persona en el aparcamiento.

No iba a venir.

Justo cuando giré sobre mis talones para gritarle a Jay que aquello era un fracaso, un chirrido de neumáticos llenó el aire. Segundos después, un sedán verde entró arrastrándose en el aparcamiento y derrapó hasta detenerse a unos metros, con el frente apuntando hacia la otra salida del callejón.

Mi padre, Marcus Hartley, estaba sentado dentro agarrando el volante, inmóvil.

Pese a mis esfuerzos, un anhelo cálido lateó en mi corazón, seguido de un mordisco de frustración. Sabía que no era bueno. En mi mente, sabía que era una persona terrible y que poco le importaba yo.

Mi corazón nunca escuchaba.

Seguía anhelando al padre con el que había crecido, con quien hice pasteles de barro y criamos una granja de mariposas.

Por más que me dijera que ese hombre se había ido, mi corazón nunca escuchaba.

—¿Papá? —Lentamente, me acerqué al coche sin olvidar las indicaciones de Tyler.

No respondió. Tenía el rostro pálido y demacrado, con un moratón en un pómulo. Su tez estaba grisácea y la clavícula le sobresalía más que la última vez que estuvimos juntos. Claramente no se cuidaba.

—¿Papá? —Intenté de nuevo, parándome a medio metro del coche—. ¡Papá!

Se estremeció y finalmente se volvió a mirarme. Entonces su rostro inexpresivo se quebró en una sonrisa triste. —¡Oh, Selena!

Algo en mí saltó al ver esa sonrisa, y mi ira estalló.

—¿Qué *cojones*? ¿Dónde demonios has estado? ¿Eh? ¡Cabrón, te fuiste corriendo y me dejaste con esos hombres! ¡Podría haber muerto, ¿sabes?!

—Selena... Selena, lo siento mucho. Lo siento mucho, me entró el pánico. En cuanto oí la puerta supe que nada bueno vendría, pero yo... no pensé. Solo quería largarme y estaba segura de que tú podrías lidiar con ello.

—¡¿Lidiar con ello?! —No hablaba en serio, ¿verdad?— ¿Qué parte de mi crianza o mi vida supuestamente me preparó para ese tipo de ataque, papá? ¿Eh?

—Eres una chica fuerte —respondió, con los nudillos blancos alrededor del volante—. Sabía que estarías bien.

—¿Me estás vacilando? ¡¿Acaso Andrés tiene fama de ser blando con la gente fuerte?!

—No, supongo que no.

—¡Claro que no! —Mis pasos airados me alejaron del coche y luché por ordenar mis pensamientos. La ira me hizo soltar todo lo que quería decirle e ignorar el objetivo de la reunión. Intentando controlarme, me alejé unos pasos y volví.

Lágrimas brillaban en los ojos de mi padre, sorprendiéndome y oprimiéndome el corazón.

—¿Papá?

—Matt... está muerto. ¿Lo sabías? Lo mataron y yo... —Se sonó con un ruido húmedo y se pasó una mano por la cara—. Esto está jodido. Jodidísimo.

—Papá, murió porque huiste. Le diste a Andrés tiempo para darle caza y matarlo. *Tienes* que entregarte a la policía, ¿vale? Tienes que entregarte y conseguir la protección que necesitas y las cosas que robaste; pueden ayudar.

—No.

—Papá, por favor. Conozco a un par de polis...

—¡No!

Gritó tan fuerte que me estremecí y el corazón se me subió a la garganta.

—Papá... Andrés no va a dejarme en paz. Por tu culpa. Por lo que hiciste. Papá, ¡tienes que arreglar esto!

—Selena... —Sus ojos recorrieron el aparcamiento como si buscara a cualquiera de los hombres de Andrés que pudieran saltar y matarlo allí mismo—. Sube al coche.

Di un paso atrás. —¿Qué?

—Sube al coche. —Se movió en su asiento y sus ojos desquiciados se clavaron en mí—. Es como dije antes. ¿Este dinero, estas cosas? Nos mantendrán a salvo. Mírame, estoy a salvo. Ven conmigo, podemos tener esa nueva vida de la que hablamos. Solo conducimos, conducimos hasta que seamos personas nuevas en un lugar nuevo. ¡Una vida nueva!

No podía negar la tentación. Halaba de esa parte profunda y anhelante de mí que aún añoraba a mi padre y no podía aceptar que nada fuera a cambiar realmente.

En cuanto ese pensamiento cruzó mi mente, aparecieron Bailey, Jay y Tyler. Me habían apoyado y cuidado más de lo que jamás habría esperado, y más de lo que nunca sentí que pudiera pedir. No podía dejarlos.

—Los amo.

—Estaba *enamorada* de ellos.

—No. Papá. Huir no es una opción aquí. ¡Tienes que entregarte!

De repente, chirriaron neumáticos y más coches entraron en el aparcamiento mostrando el inconfundible símbolo de los Dorame. Cuando estallaron los disparos —esos coches apuntando a mi padre y mis hombres apuntando a los coches—, me lancé hacia delante hacia mi padre y agarré la puerta.

—¡Vamos, hijo de puta! —grité cuando me llegó la inspiración—. ¡Me abandonaste, joder, me abandonaste! ¿Y para qué? ¿Por un puñado de dinero y baratijas robadas? Soy tu hija, tu única hija, ¿y te importa más esa mierda que yo? Sal del coche, papá. Tienes que afrontar lo que hiciste. No puedes seguir huyendo. Si sigues huyendo y me dejas, te odiaré por ello, ¿me oyes? ¡Te odiaré por ello!

El tirador se me arrancó dolorosamente de la mano cuando mi padre pisó el acelerador y salió derrapando del aparcamiento,

dejándome atrás en su polvo. Me quedé de pie, jadeando con lágrimas resbalando por mis mejillas, mirando cómo se marchaba hasta que un cuerpo sólido chocó conmigo y me tiró al suelo.

Mi grito de dolor se suavizó con la voz de Jay en mi oído.

—¡Quédate en el suelo, Selena, quédate en el suelo!

Segundos después de que empezaran los disparos, el GEO que Bailey había organizado entró en el aparcamiento y se deshizo rápidamente de los hombres de Andrés. A los que no fueron lo bastante listos para huir les detuvieron rápido y los metieron en la parte trasera de los vehículos del GEO, mientras a mí me escoltaban a la parte trasera de un coche patrulla.

Me quedé allí, incluso después de que me llevaran a la comisaría, hasta que aparecieron mis hombres y me liberaron.

—¿Estás bien? —Los dedos firmes de Bailey me agarraron la mandíbula, girándome la cabeza hacia un lado mientras me examinaba.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Tyler, sus ojos desbordados de preocupación.

—¿Te he derribado con demasiada fuerza? —preguntó Jay, afligido.

—No, no, estoy bien. Estoy bien —les aseguré a todos rápido mientras la tensión y el pánico en mi corazón se iban disipando lentamente en su presencia—. Solo espero que la pelea con mi padre le llegue a quien tiene que oírla.

—Eso ha sido un buen trabajo y muy rápido de reflejos —elogió Jay suavemente.

—Ah, Andrés está escuchando —murmuró Bailey con gravedad—. Y ahora no nos queda elección. Esa fiesta es nuestra última oportunidad.

## 21

# JAY

—¿Estás segura de que estás bien? —Había pasado una semana desde la reunión con Marcus, pero no podía quitarme la preocupación que sentía por Selena.

Parecía tener un don para tomarse las cosas con calma, pero eso no significaba que debiera hacerlo. La pobre mujer había tenido que afrontar más cosas en los dos últimos meses que la mayoría en toda una vida.

Selena, balanceando el brazo con Dae riendo a su lado, asintió. Cuando se volvió hacia mí, su sonrisa era radiante.

—Estoy bien. Te lo prometo.

Antes de que pudiera preguntarle más, se alejó de mí llevando a Dae hacia los columpios y sus risas unidas llenaron el aire. Volví a sentarme en el banco de madera y los observé desde lejos, comprobando el móvil de vez en cuando. Bailey y Tyler estaban en comisaría, así que en lugar de quedarme en casa esperando noticias, había decidido llevar a Dae al parque.

El aire fresco les sentaría bien a los dos.

Mientras los veía correr juntos, mi corazón se elevó. Dae era tímido por naturaleza, y a veces me preocupaba cómo le iba en la guardería y cómo se desenvolví con extraños. Ver lo rápido que se había encariñado con Selena había silenciado esa inquietud.

Sí, era tímido, pero tenía muy buen ojo para juzgar a la gente.

Selena corrió con él durante una buena media hora antes de que se uniera a otro grupo de niños que jugaban al balón, y ella regresó jadeando hasta el banco donde yo estaba.

—Tiene una energía increíble —se rió Selena, acomodándose a mi lado y dándome un codazo—. No sé cómo consigues seguirle el ritmo.

—Con práctica —fue mi única respuesta.

—Seguro.

Su radiante sonrisa iluminaba su rostro bajo el sol y, mientras nos acomodábamos, me distrajeron los mechones sueltos de pelo castaño rojizo que el viento arrancaba de su trenza.

—Sé que no dejo de preguntártelo —dije al final—. Pero si necesitas hablar de lo que pasó, aunque no sea conmigo, puedo buscarte a alguien.

Selena me lanzó otra sonrisa radiante. —Bueno, ha pasado una semana y no he tenido noticias suyas, así que o no le importo, o se creyó todo lo que le dije y ahora está a tres estados de distancia.

—No creo que te abandonara. Así no —ni siquiera mientras pronunciaba esas palabras sabía cuánto las creía.

—Quizá —suspiró profundamente y cruzó las piernas, mirando a Dae mientras jugaba—. Me preocupa un poco que no haya logrado escapar de los hombres de Andrés.

—Tu padre es listo. Pasó de policía a delincuente, así que conoce lo mejor de ambos mundos. No le pillarán —la tranquilicé.

—Aunque no lo suficiente para mantenerse alejado de las drogas —murmuró Selena.

—Debió de ser duro. —Cogí su mano y ella no rehuyó mi contacto. Su mirada bajó cuando entrelacé nuestros dedos.

—Lo fue —su mejilla se hundió ligeramente y frunció el ceño—. Solo recuerdo lo repentino que pareció todo. Un minuto era mi padre y estábamos haciendo cosas normales: ir al cine, jugar... Hasta me ayudó con una estúpida granja de mariposas de una revista porque tenía la idea de que trabajaría con ellas de mayor. Entonces no lo sabía, pero esas granjas eran un fraude y no funcionaban, pero mi

padre fue y cogió mariposas a mano para que pareciera que lo había hecho bien.

Mi corazón se ensanchó un poco y miré a Dae mientras animaba con los otros niños. Ese tipo de amor era puro. Sabía que yo haría lo mismo sin dudarlo.

—Pero luego, fue como si pulsaran un interruptor y todo cambió. —Selena suspiró hondo y apretó mi mano—. Sé que probablemente fue porque mi madre se esforzó mucho por ocultarme cosas, tapando las peleas y las noches en vela. Mi padre pasó de ser un poli genial a un hombre horrible que vendía las joyas de mi madre para pagarse la siguiente dosis, y que me encerraba en el armario para que no viera al traficante ni se lo contara a mi madre.

—Dios mío. —Había visto mucho en mis años como policía, y aún más como investigador privado. Aunque mucho me dejó cicatrices mentales, nada se comparaba con oírlo de boca de alguien que te importa.

Selena se encogió de hombros y resopló. —Da igual. Mi madre se fue en cuanto pudo. No podía soportarlo más y no la culpo. Pero yo era pequeña y él era todo lo que tenía, así que hice lo que me habían inculcado: cuidé de él como pude. Y yo... —Selena se irguió y gimió—. Sé racionalmente cuál es mi posición. Lo que debería hacer. El valor que él me da. Pero mi corazón no escucha.

—Es difícil romper un ciclo así. —Pasando el pulgar por sus nudillos, me acerqué más—. Pero no estás sola, Selena. Has hecho tanto por él durante estos años y sé que eso te hace sentir responsable, pero no lo eres. Él es el padre. No hay vergüenza en que lo sueltes. Es duro, lo sé. Pero te mereces mucho más.

—¿Como tú? —Selena me miró tan de repente que todos mis pensamientos se esfumaron—. Estar contigo, con Tyler y con Bailey ha sido increíble. Parte de mí no entiende cómo podéis importaros tanto por mí cuando solo nos conocemos desde hace unos meses, pero... —Lentamente, pasó la lengua por su labio inferior—. Sé que a mí también os importais un montón.

Ni siquiera lo intenté para contener la sonrisa en mis labios. La atracción inicial por Selena había crecido durante las últimas semanas, transformándose en algo mucho más serio en mi corazón.

Nunca había parecido el momento adecuado para mencionarlo, con todo lo que estábamos viviendo, pero saber que ella sentía lo mismo, en cierto modo, era suficiente para mí.

Por ahora.

—¡Guau! —Dae se lanzó hacia adelante y cayó en brazos de Selena entre risas—. Tengo hambre.

Al echar un vistazo al parque, parecía que los demás niños se habían dispersado con sus familias.

—¿Cuánta hambre tienes? —preguntó Selena con una risita, levantando a Dae en brazos y sujetándolo contra su cuerpo al hacerle cosquillas en la tripa.

—¡Muchísima hambre! —chilló Dae entre risas, retorciéndose en sus brazos.

—¿Helado? —ofrecí.

Ambos se detuvieron y se miraron, luego me miraron a mí—. ¡Sí! —exclamaron al unísono.

—De acuerdo —sonreí—. Vamos.

Al incorporarme, le tendí la mano a Dae, quien la cogió al instante. Con Dae entre nosotros, empezamos a caminar de regreso por el parque, pero a los pocos pasos algo erizó mi nuca.

El parque estaba tranquilo.

Demasiado tranquilo.

De hecho, todas las familias y niños que habíamos visto, incluso los paseadores de perros, parecían haber desaparecido del parque, dejando un silencio inquietante tras de sí.

Afortunadamente, Selena y Dae no se habían dado cuenta y continuaban con su charla alegre mientras caminábamos. Aumenté sutilmente nuestro ritmo, pero justo cuando intenté coger el móvil, la razón del parque vacío se manifestó.

Más hombres de los que me apetecía contar emergieron de la línea de árboles, formando un semicírculo en el sendero y obligándonos a detenernos. Dae dejó de hablar al instante y se agarró a la pierna de Selena cuando ella se interpuso ante él, intentando ocultarlo.

Tragué saliva, colocándome ligeramente delante de Selena mientras clavaba la mirada en cada hombre. Todos llevaban fusiles

de asalto. No tendríamos ninguna oportunidad si la cosa se ponía fea.

—Caballeros. —Mis ojos escudriñaron el entorno antes de que un hombre alto y larguirucho avanzara con una pistola plateada reluciendo entre sus palmas cruzadas. Alzó el arma y mi corazón se encogió en la garganta, dispuesto a abalanzarme sobre mi hijo.

Afortunadamente, solo usó el arma para señalar a Selena.

—Se rumorea que ya no andas muy bien con tu padre —dijo con voz ronca.

Selena se estremeció detrás de mí; luego su mano presionó mi espalda baja y permaneció allí al dar medio paso adelante.

—Quizá.

—Es una pregunta de sí o no, zorra —espetó él.

Me contuve de señalar que ni siquiera había formulado una pregunta.

—Vale. Sí, no estamos en la misma línea. ¿Me puedes culpar? ¿Qué clase de padre usa a su hija como escudo y luego le jode la vida? ¿Lo que me hizo pasar? He terminado de protegerlo. —Las yemas de Selena presionaron firmemente mi espalda, su único punto de contacto en busca de consuelo.

—¿Lo estás buscando?

—Intentándolo. Casi lo tenía antes de que aparecierais la semana pasada y lo espantarais a la mierda.

El larguirucho resopló y se limpió la nariz—. Eh. Error nuestro, supongo. Pero sabes cómo contactarlo, ¿eh?

—Sí, sé cómo —respondió Selena, con un leve temblor en la voz —. Sigo intentándolo. Por lo que me ha hecho pasar, como mínimo merezco un porcentaje de lo que robó.

El hombre soltó una risotada—. Hm. El jefe quiere verte.

—¿Quién es tu jefe? —preguntó Selena al instante.

Entrecerré los ojos. Era una buena pregunta, y la confirmación verbal de que Andrés buscaba a Selena era lo que necesitábamos.

Los ojos estrechos del larguirucho saltaron entre nosotros dos mientras separaba los labios, revelando cómo arrastraba la lengua sobre los dientes.

—Andrés. Solo quiere hablar, intereses mutuos, por así decirlo.

—¿Dónde?

—El jefe celebra una reuníoncita en unos días. Socios de negocios, ya sabes cómo va —su mirada se fijó en mí y se demoró, luego bajó hacia Dae y volvió a Selena—. A las once de la noche, en la Gala Benéfica Anderson.

¿Pretende dirigir sus asuntos durante una gala benéfica? De algún modo, no me sorprende.

—¿Cómo sabré que estaré a salvo? —preguntó Selena.

El hombre sonrió burlonamente—. No lo estarás. Pero si quieres ese dinero, tomarás la decisión inteligente.

—Vale —Selena inspiró hondo, temblorosa—. Allí estaré.

—Bien.

Tras eso, los hombres armados empezaron a dispersarse como una sombra que se alza del suelo. Mi agarre a Dae no se aflojó, y no lo haría hasta estar tan lejos de ese lugar como fuese posible.

El larguirucho se demoró; su mirada descendió hacia Dae, luego alzó una mano para hacer una torpe despedida. Entonces sus ojos volvieron a clavarse en los míos, taladrándome como dagas.

—Niño mono.

## 22

# TYLER

—Le garantice protección —dije, sintiendo que la taza que sostenía se inclinaba ligeramente—. ¿Se asegurará de ello?

La capitana Watts alzó la vista de su escritorio y me sostuvo la mirada. Asintió, haciendo girar distraídamente su bolígrafo entre los dedos.

—Sí. La escolta que proporcionó los detalles sobre la fiesta de Andrés recibirá protección para testigos y la seguridad se reforzará progresivamente si esta reunión conduce a un arresto —aseguró—. No tiene por qué preocuparse.

—Claro que me preocupa. Andrés tiene un don para llegar a los testigos, así que debemos protegerlos a todos, por insignificantes que parezcan —demasiadas veces habíamos estado a punto de encerrar a Andrés y él había esquivado la justicia porque los testigos desaparecían o morían en circunstancias extrañas. Aunque me importaba la escolta del control de tráfico, ella no era mi principal preocupación.

Lo era Selena.

Si la operación encubierta salía según lo planeado, Selena sería el testigo más sólido que tendríamos nunca contra Andrés. Lo cual significaba que se convertiría en el objetivo principal, con todos los matones y socios de Andrés deseando eliminarla.

No podía permitir que eso ocurriera.

—En realidad —siguió diciendo Aubrey, bastante ajena a mi agitación interior—, estoy más preocupada por Jay y Bailey.

Alcé la cabeza, frunciendo el ceño. —¿Por qué?

Ella arqueó una ceja y puso los ojos en blanco. —Bailey es muy impulsivo. Todos lo hemos visto y ha demostrado en más de una ocasión que está demasiado implicado emocionalmente en este caso. Estamos a un pelo de atrapar a Andrés y no quiero que esto se joda porque Bailey sea incapaz de controlarse.

—Claro, tiene cierta tendencia a perder los estribos, pero no es tonto —repliqué, pasando el pulgar por el relieve de la taza—. Quiere ver a Andrés entre rejas tanto como cualquiera de nosotros.

—Mm. Ya veremos. Y no es ningún secreto que Jay quiere venganza. Tener a alguien así tan cerca del caso es buscar problemas.

Jay había sido discreto sobre todo ese aspecto del caso. Apenas había hablado de la muerte de su compañero, pero todos habíamos visto cómo le había afectado. Considerando lo cerca que estábamos de Andrés, entendía la inquietud de la capitana, pero dado el carácter más templado de Jay, desde luego no lo veía como un problema.

—Tiene a su hijo por lo que pensar —le recordé—. Por mucho que desee matar a Andrés, no haría nada que pusiera en peligro a su crío. Además, Selena le contrató, así que Jay está aquí le guste o no.

—Tyler, no se trata de que me *guste*. Se trata de si las emociones a flor de piel y los arrebatos van a fastidiar este caso de tal manera que Andrés salga libre y quede más inalcanzable que nunca —Aubrey soltó el bolígrafo y se frotó las sienes con ambas manos.

La compasión me recorrió el pecho. —Yo me encargaré de que Bailey no se pase de la raya.

—Gracias —Aubrey siguió masajeándose la sien, apretando los labios—. ¿Y Selena?

Eso captó inmediatamente mi atención. Dejé la taza vacía y me levanté de la silla. —¿Qué pasa con ella?

—¿Va a suponer un problema? —preguntó Aubrey mientras me acercaba a su escritorio—. Vosotros tres habéis establecido un vínculo poco habitual con ella, y la forma tan heterodoxa en que habéis llevado el caso con que *se aloje* en casa...

—Técnicamente —la interrumpí—, se aloja con Jay, que es el investigador privado que ella contrató. No incumple ninguna norma que estemos trabajando el mismo caso, y dado que cada detective del departamento está metido en esto, es prácticamente inevitable.

Aubrey me lanzó una mirada de desdén.

—Además —apoyé la cadera en el borde de su escritorio y vi un juego de cubos rojos y blancos que chirrió al cogerlo—, todo este caso está fuera de lo común. Y yo sigo, técnicamente, encubierto, así que aunque esto se convierta en un problema judicial, puedo defenderme sosteniendo esa coartada.

—Tu arrogancia te perderá —comentó Aubrey, bajando la vista hacia los imanes que sostenía.

—Confía en mí. Pillaremos a Andrés por algo tan claro y limpio que ni el mejor abogado podría sacarlo del aprieto.

—Más nos vale —la atención de Aubrey volvió al bolígrafo y a los documentos, señal silenciosa de que la reunión terminaba. Pero justo cuando iba a dejar los imanes, recordé el verdadero motivo de mi visita.

—La última vez que hablamos, mencionaste que el agente Trask había solicitado aparejar conmigo.

Aubrey levantó la cabeza. —De hecho, he indagado un poco sobre eso —abandonó sus archivos, abrió el cajón del escritorio y empezó a hurgar—. Me equivoqué. Él no solicitó ser su pareja, al menos no como pensaba. ¡Ajá! —enderezó el torso, alargándome una hoja—. Su petición la hizo al jefe. Trask acudió a él y solicitó que lo asignaran a usted de ese modo. Llegó a mi escritorio ya aprobada, así que pensé que se la había validado el sargento de servicio.

—¿El jefe? —¿por qué puñetas se había involucrado el jefe en el aparejamiento de patrullas? Efectivamente, vi su nombre y firma estampados en la solicitud, junto al nombre y placa de Trask.

Mi creciente sospecha sobre el agente Trask se disparó de repente hasta el máximo.

—El jefe... también firmó tan alegremente la utilización de Selena, siendo una civil, poniéndola frente a Andrés bajo el pretexto de recabar información —el papel se arrugó levemente en mi mano mientras mi mente desplegaba las piezas, formando lentamente otra raíz de sospecha.

—El jefe podría tener mil motivos para aceptar eso —dijo Aubrey con tono plano, una advertencia asomando en su voz—. Dada la lucha que hemos mantenido durante años para construir un caso contra Andrés, podrías argumentar que está haciendo todo lo posible para conseguir esa detención.

—Claro, se podría ver así —dije lentamente, alzando la mirada del papel—. Pero también es quien más sabe de todo. Cada caso contra Andrés, cada testigo, cada prueba.

—Tyler —advirtió Aubrey—. Estás sugiriendo algo *muy* peligroso.

—No sugiero nada oficialmente —repliqué, devolviéndole el formulario—. Pero, ¿no te parece raro si juntas todas las piezas? No solo tiene toda esa información, sino que ¿qué probabilidades hay de que, justo cuando me infiltro con el único propósito de obtener información sobre Andrés de la calle, me endosen al único agente de patrulla que ni siquiera me deja mear tranquilo? Te dije que parecía distraído en aquel control. Apuesto a que fue porque yo interrogaba a la chica de Andrés, y él no. Luego, nuestro único testigo clave del robo acaba con tiros y ahora colocan a nuestro otro testigo protegido justo en el regazo de Andrés. Justo donde estaremos demasiado lejos para evitar cualquier desastre, todo con la excusa de intentar tender una oreja a ese cabrón.

Cada palabra me aceleraba un poco más el corazón y, a pesar de sus esfuerzos, Aubrey no pudo evitar que una expresión de comprensión se dibujara en su rostro.

—Tyler...

—Mira, solo digo que es jodidamente sospechoso, ¿no crees? —Separándome de su escritorio, empecé a caminar por la habitación —. No voy a pregonarlo a los cuatro vientos y quizá sea una coincidencia. Tal vez Trask sea solo un poli corrupto y el jefe esté tomando decisiones desesperadas para asegurar una detención. Pero nosotros... no podemos dejar que Selena vaya allí.

—Eso escapa a mis manos —dijo Aubrey en voz baja—. No puedo hacer nada, y lo que dices son solo suposiciones. No tienes pruebas ni indicios. ¿Qué motivo tendría el jefe de policía para echar por tierra todo el caso? ¿Y eliminar testigos? Si tienes razón, esta jugada es una temeridad.

—Quizás, pero nosotros hemos estado protegiendo a Selena. Esta es la única vez que estará lejos de nosotros.

Nuestras miradas se encontraron y ninguna quiso mencionarlo. Si el jefe estuviera comprado, esa simple advertencia le bastaría. Me encogió el corazón. No podíamos detener la operación encubierta con Selena, lo que significaba que caminaría directa a la boca del lobo y él estaría esperándola.

—Sabes que, si tengo razón, Trask sabe que sigo siendo detective y por qué estoy de patrulla.

Aubrey asintió lentamente. —Insisto, Tyler. Esto no es más que—.

—Lo sé, lo sé. Pero conseguiré pruebas. Conseguiré algo, ¿vale? Porque podemos quedarnos aquí negando que todo sea una jodida coincidencia.

—Hasta entonces, esta conversación no ha sucedido —dijo Aubrey con calma, enderezándose en su asiento.

—De acuerdo, pero hazme un favor.

Ella alzó una ceja.

—Mantén a Trask lejos del acuerdo cuando suceda. No puede estar allí; ni siquiera puede escuchar la escucha si existe la mínima posibilidad de que esté pasando información.

Aubrey asintió. —Mantendré controlada la situación.

Bien. Solo me quedaba asegurarme de que Selena saliera de allí entera.

La alternativa era demasiado desgarradora para plantearla.

## 23

# SELENA

Sobre el papel era fácil.

Vestirme de gala. Llevar un micro discreto. Asistir a una gala benéfica llena de delincuentes y acabar cara a cara con el famoso capo de la droga Andrés Dorame para hablar del odio mutuo que sentíamos por mi padre de una forma que garantizase el arresto de Andrés.

Sin presión.

—Sin presión —me repetí bajo el chorro de agua tibia de la ducha del hotel. Este hotel nos servía de base de operaciones, ya que estaba justo enfrente de donde se celebraba la gala. El LAPD había reservado varias habitaciones que estaban llenas hasta los topes de policías. Por suerte, Jay había hecho algo de magia y yo tenía una habitación prácticamente para mí sola donde podía ordenar mis ideas y prepararme.

Había accedido a esto porque, para mí, cualquier cosa que metiera a Andrés entre rejas era un gran avance. Haber estado a punto de morir más veces de las que podía contar me había parecido una razón de peso, pero la gravedad de la reunión aún no se había asentado del todo sobre mis hombros. Parecía un sueño hasta que, de repente, se convirtió en lo único a lo que tenía que enfrentarme.

Se me hizo un nudo en el estómago, que se revolvía con tanta rapidez que un cosquilleo constante de ácido me subía por la garganta. Me temblaban los dedos al pasarlos por mi pelo empapado, y volví la cara hacia el chorro de agua con los ojos cerrados.

Todo lo que tenía que hacer era conseguir que Andrés colaborara conmigo para dar caza a mi padre. Eso bastaría para poner en marcha el proceso de arresto y, con él entre rejas, no habría nada que impidiera a mi padre volver y deshacerse de toda la mierda que robó. Al diablo con las consecuencias.

Podía hacerlo.

¿O no?

La duda se arremolinaba en torno a mi confianza como sustancias que se mezclan hasta ser una sola. Se asentaron, de la mano, como un peso en mi pecho y mi siguiente respiración fue más superficial. Mi único consuelo eran los tres hombres que tan increíblemente importantes se habían vuelto en mi vida. Aunque ninguno de ellos podía acompañarme, estarían en mi oído toda la noche y usaría eso para mantener la calma.

Giré la cara a un lado y a otro, y otra punzada de fuertes náuseas me atravesó las entrañas e hice una mueca. Al apartarme del chorro de agua, choqué contra un pecho cálido y mi corazón dio un vuelco de sorpresa. Me giré y me encontré cara a cara con Bailey, que tenía en el rostro la sonrisa más tierna que le había visto nunca.

—Me has dado un susto —reí suavemente, apartándome el agua de los ojos para poder mirarlo.

—He pensado que te gustaría tener compañía —dijo Bailey, colocando sus manos en mi cintura desnuda. Un solo toque, y al instante me sentí anclada a la tierra.

—¿Compañía para lavarme o para evitar que mi mente me convenza de que no haga esto?

—Un poco de ambas cosas. —Bailey avanzó y me guio de nuevo bajo el chorro de agua, lo suficiente para que el agua empezara a caer también sobre él.

Observar las gotas de agua recorrer las curvas de su musculoso torso fue una grata distracción. Alargué la mano y tracé el recorrido

de algunas de ellas con las yemas de los dedos, deseando a medias poder quedarme en este momento para siempre. Solo nosotros dos, rodeados de calor con el mundo bloqueado por el sonido del agua al chocar contra el suelo de baldosas.

Ni capos de la droga. Ni nervios. Ni amenaza de muerte.

El contacto de Bailey era una constante. Después de echarse un poco de gel de ducha de naranja en las manos, hizo espuma y empezó a cubrir mi cuerpo con el jabón. De los tres hombres, Bailey siempre me había parecido el que tenía el carácter más duro y el temperamento más explosivo, pero su tacto aquí era tan suave que recordaba al de Tyler y mi corazón latió con fuerza una sola vez.

Tenerlos a los tres aquí haría que este momento fuera absolutamente perfecto.

—No pasa nada por estar nerviosa —dijo Bailey en voz baja, con los ojos fijos en los míos—. No pasa nada por tener miedo.

—Lo sé. ¿Supongo que también es normal sentir que estás constantemente a punto de vomitar?

Las manos de Bailey se movieron por mis hombros y bajaron por mis pechos mientras asentía.

—Esa parte nunca desaparece del todo.

—Genial. Mientras no le vomite en el regazo, todo irá bien. —Por desgracia, eso parecía una probabilidad, dado lo revuelto que tenía el estómago desde hacía semanas. Me costaba retener la comida y las constantes náuseas por los nervios hacían que el malestar pareciera un viejo amigo.

—Te prometo que no te va a pasar nada esta noche. —Las manos enjabonadas de Bailey me agarraron suavemente las caderas y me giraron para que me diera el chorro, dejando que el agua arrastrara la espuma que se aferraba a mi piel.

—¿Forma parte del protocolo que digas eso? —bromeé.

De repente, me hizo girar de nuevo tan rápido que el pelo me azotó el hombro izquierdo con un chasquido.

—Lo digo en serio. —Los ojos de Bailey eran más oscuros y la familiar seriedad que solía adornar su rostro había vuelto—. Todos nosotros, estamos aquí por ti y vamos a asegurarnos de que esto

salga a la perfección. Nos importas, Selena. Más allá de la placa. Vamos a conseguir que recuperes tu vida.

Habló con tanta pasión que no pude evitar creerle y una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios.

—Bueno, en cierto modo me gusta mi nueva vida —respondí, deslizando mis manos por sus costillas y rodeando su espalda, donde los músculos se flexionaron bajo la yema de mis dedos—. Tres hombres guapísimos a mi entera disposición, más sexo del que una chica sabe qué hacer, un niño adorable que me da una paliza al Mario Kart, y no he visto a mi jefe de mierda en semanas, así que le veo muchas ventajas a esto.

Quizá estaba mal convertir todo esto en una broma, aunque mis palabras surgieran de un lugar de honestidad. Los nervios me estaban jugando una mala pasada y quería apoyarme en el instinto protector tan evidente en la voz de Bailey.

—Quizá algunos aspectos de tu nueva vida puedan encajar en la antigua —replicó Bailey, y se inclinó, con sus labios a un centímetro de los míos.

—Me gustaría. Me mantendrás a salvo. Eso es todo lo que necesito saber.

Se inclinó para besarme y fue tan suave y reconfortante como su voz de hacía un momento. Bailey era roble y fuego por fuera, pero sus besos siempre estaban llenos de una ternura que revelaba que también era un hombre que amaba mucho. Cuando le devolví el beso, sentí una sensación de seguridad que no había sentido en mucho tiempo. Había una promesa sin palabras en su boca.

Me protegería. Todos lo harían.

—Esta noche, vamos a tenerte pegada a nosotros —dijo Bailey, con la frente apoyada en la mía—. Siempre.

La intensidad de su mirada me dejó sin aliento.

—Siempre.

—A salvo… —Bailey me besó con fuerza, encajando nuestras bocas y ahogando mi suave gemido de sorpresa. Me empujó contra los azulejos y mantuvo un brazo enrollado en mi cintura mientras el otro se deslizaba entre mis muslos húmedos y presionaba mi monte de Venus.

¿Qué mejor forma de aliviar el estrés que el sexo?

Por lo visto, Bailey pensaba lo mismo. Un suave retumbar vibró en su pecho y le acaricié la espalda con ambas manos. Presionó tres dedos contra los labios exteriores de mi coño, luego los curvó hacia dentro y dos de ellos se deslizaron profundamente en mi interior.

—Joder —jadeé con la boca abierta contra sus labios, poniéndome de puntillas.

La base de su palma presionaba hacia arriba contra mi clítoris mientras bombeaba sus dedos dentro de mí. Le acaricié la mejilla con una mano, alineando mi pulgar con su mandíbula y acariciando su maldita barba. Apoyó su frente en la mía, mirándome fijamente a los ojos incluso cuando mi atención flaqueaba. Atrapada entre su cuerpo ardiente y los azulejos, que se enfriaban rápidamente, mi concentración estaba dividida en tres direcciones.

Los pensamientos ansiosos y desenfrenados sobre la Gala se detuvieron en seco, bloqueados por los cerrojos del placer que se precipitaron a la vanguardia de mi mente. Todo lo demás pasó a un segundo plano. Solo existíamos Bailey y yo.

Sus gruesos dedos bombeaban rítmicamente dentro de mí. Su mano se inclinó lo suficiente como para que yo pudiera frotarme contra su áspera palma y estimular mi clítoris. Mis pezones endurecidos se rozaban contra su pecho con cada movimiento de mi cuerpo. Compartíamos el mismo aire, jadeando juntos mientras Bailey me besaba los labios y murmuraba innumerables palabras de adoración que apenas oí, pero que sin duda sentí.

Necesitaba que este momento durara para siempre.

Como todo lo bueno, el final llegó demasiado rápido, y Bailey me abrazó durante mi clímax, elogiándome con delicadeza.

Por desgracia, el calor y la satisfacción del placer se desvanecieron demasiado deprisa, y para cuando Bailey se apartó con un beso cálido y una sonrisa socarrona, los nervios ya se habían apoderado de nuevo de mis pensamientos. Intenté aferrarme al calor de Bailey durante el resto de la ducha. Un intento desesperado de buscar consuelo, ya que no podía retrasar más lo inevitable.

—¿Señorita Hartley?

Unos golpes en la puerta pusieron fin a la ducha de inmediato.

—¿Sí?

—Estoy aquí para ayudarla a prepararse.

—Salgo enseguida, Maisie —dijo Bailey en voz alta y un chillido de sorpresa y ahogado se oyó a través de la puerta. Me aferré al brazo de Bailey con una risita.

—Dios mío —sonreí.

—¿Qué? —Bailey se rodeó la cintura con una toalla mullida mientras yo me envolvía en otra igual—. No me avergüenzo.

—Bien. —El calor me inundó las mejillas, pero al dar un paso hacia la puerta, la rodilla me flaqueó—. Joder.

—Vas a estar increíble. —Bailey me puso una mano en la parte baja de la espalda y trazó círculos con el pulgar—. Maisie es un encanto. Es una profesional. Estarás lista en un santiamén.

Bailey no se equivocaba. Maisie era adorable. Sus pulcros rizos grises y sus arrugados ojos azules tenían una extraña forma de tranquilizarme mientras me ayudaba a secarme el pelo; luego me lo onduló en grandes tirabuzones que caían suavemente sobre mis hombros.

Lo único que hacía soportable el cableado pegado a mi estómago y bajo el pecho era el vestido que habían elegido para mí. No podía apartar los ojos de él y, cuando Maisie lo sostuvo para que me metiera dentro, me sentí totalmente loca de emoción. Nunca había tenido nada tan bonito y, mientras la fría seda se deslizaba por mi piel al vestirme, ni siquiera intenté ocultar mi sonrisa.

El verde peridoto del vestido hacía que mi pelo rojizo pareciera mucho más oscuro en el espejo. Un corsé ajustado cosido al vestido me ceñía las costillas y me subía el pecho en dos copas de seda sujetas por unos suaves tirantes sobre los hombros. Desde la parte inferior del corsé, varias capas superpuestas de tela con volantes creaban una elegante falda que llegaba justo por debajo de la rodilla, con una abertura en la pierna izquierda que se metía entre múltiples volantes junto a mi cadera. Para evitar que nadie viera más de la cuenta, el vestido tenía una enagua transparente que se ceñía a mis muslos para proteger mi modestia. El conjunto se completaba con un par de tacones dorados a juego con la purpurina dorada que recorría el vestido.

Jamás en mi vida había estado tan guapa.

—Podría acostumbrarme a este rollo de ir de incógnito —me reí, admirándome en el espejo. Las varillas del corsé eran tan ceñidas que, incluso presionando con firmeza, el cable era invisible.

—Que no la oiga el equipo decir eso —sonrió Maisie, ajustándome los rizos—. Siempre están buscando a gente para infiltrar y rara vez es tan glamuroso.

—Ah, por supuesto. —Aun así, si esta iba a ser mi última noche, me despediría con un aspecto fantástico.

—¿Lista?

—Todo lo que puedo estarlo. —Una punzada más fuerte de náuseas me recorrió el estómago, así que me obligué a tragar un par de veces para controlar la sensación y salí a la habitación del hotel.

Los ojos de Tyler, Bailey y Jay se clavaron en mí al instante, y una oleada de emoción me recorrió el pecho ante el evidente y hambriento aprecio en sus miradas. Luché por contener la sonrisa mientras la mujer que me presentaron como la capitana se adelantaba con una sonrisa plana.

—Señorita Hartley, ¿está segura de que está preparada para esto? Aún no es demasiado tarde para cancelarlo.

Una parte de mí sintió la tentación, pero el miedo a defraudar a los demás era demasiado fuerte, así que negué con la cabeza. Mis rizos me rozaron los hombros desnudos y esbocé una sonrisa decidida.

—Estoy lista. Nerviosísima, pero lista.

—Bien, quiero repasar las cosas con usted una vez más. —Con una carpeta en la mano, la capitana me apartó de mis tres hombres, que babeaban en silencio, y empezó a leer conmigo todas las precauciones de seguridad una vez más. Desde donde estábamos, podía ver las luces y el brillo de la Gala al otro lado de la calle, donde el edificio estaba cubierto de grandes pancartas que anunciaban la Gala Benéfica.

¿Sabrían que la mayoría eran criminales? ¿Habría allí alguna persona decente y de verdad?

—Así que —continuó la capitana—, usar su odio es su clave aquí. Es la única pasión que Andrés se creerá porque la comparte y, si estamos en lo cierto sobre el origen de los objetos que robó su padre, estará desesperado por recuperarlos. Solo eso debería mantenerla a salvo.

—¿Debería? —bromeé sin gracia.

—Siempre hay un margen que no podemos prever —respondió seriamente la capitana Aubrey—. Pero no se preocupe, haremos todo lo posible por mantenerla a salvo.

—Lo sé. Tengo que recalcar que solo yo sé cómo contactar con mi padre y qué palabras clave usar, así que, aunque intentaran hacerlo ellos mismos, él nunca se lo creería —recité.

—Exacto. Y a cambio, usted quiere que le quiten el contrato para matarla y una parte del dinero. Plantear esto como si usted tuviera algo que sacar de todo esto debería ayudar a su tapadera. Y si cree que las cosas se tuercen, pregunte si debería tomarse otra copa. Esa será nuestra señal para sacarla de allí. —Aubrey cerró la carpeta y me dedicó una sonrisa firme—. ¿Lista?

Por encima de su hombro, Bailey, Jay y Tyler seguían observándome como halcones. Con ellos cubriéndome las espaldas, sabía que estaba a salvo.

—Estoy lista.

Empieza la función.

## 24

# SELENA

Cuando entré, la Gala estaba en pleno apogeo.

Ventanales de suelo a techo lucían elegantes cortinajes dorados que ocultaban el exterior mientras permitían entrar el destello de farolas y luces de coches. El suelo de madera reluciente reflejaba la cálida luz de las lámparas opacas colgantes, con detalles dorados en la base y dibujos en espiral en los costados. En cada lámpara revoloteaban algo que parecían cientos de luciérnagas, y no fue hasta que avancé cuando descubrí que ese efecto lo creaban proyectores alineados en las paredes.

Mesas cubiertas con manteles blancos salpicaban la estancia principal, con centros de mesa repletos de flores blancas, rosas y doradas. Altas velas anidadas entre las flores oscilaban suavemente, protegidas por jaulas de cristal centelleante pintadas con intrincados remolinos rosados. Sillas altas negras rodeaban cada mesa, ocupadas por gente feliz chocando copas de cristal y elogiándose mutuamente por las cuantiosas donaciones a la fundación contra el cáncer.

Mirándoles uno por uno, estaba segura de que todos podían permitirse dar mucho más, pero los adinerados jamás quieren desprenderse de más de lo *socialmente aceptable*. Lo supe de inmediato.

Zigzagueando entre las mesas, esquivé grupos de gente bulliciosa y me dirigí directamente a la barra del fondo del salón. El efecto de luciérnagas se intensificaba allí, y los camareros vestidos de blanco y dorado casi parecían irradiar luz.

Aquella fiesta era *una locura* y me costaba entender cómo un narcotraficante podía organizar un evento tan extravagante a plena luz. Pero si algo he aprendido de Andrés, es que es hábil de narices y nunca hay pruebas que le incriminen.

—¿Champán? —El camarero me dedicó una deslumbrante sonrisa con su dentadura perfecta mientras me deslizaba en un taburete.

—Por favor. —Sonreí y apoyé el mentón en la palma de la mano mientras esperaba. Mientras recorría la fiesta con la mirada, acerqué discretamente los dedos a los labios y luego sonreí con calidez al oír la suave risa de Jay en mi oído.

—Es imposible competir con esto, en serio —dijo Tyler, con voz más grave de lo normal por la conexión—.

—Tiene razón —añadió Jay—. Esta es la cita más lujosa que podríamos ofrecerte.

—¿Ah, sí? —Mantuve la voz baja. Lo último que necesitaba era que me oyeran hablar sola y me sacaran de allí—.

—¿Con nuestro sueldo? —resopló Tyler—. Hasta un narco nos gana por goleada.

—Concentración —espetó Bailey—. Menos charla.

—Ayuda a relajarse —respondí, incorporándome cuando el camarero regresó. La copa de champán fue bienvenida y di dos sorbos seguidos. No calmó el revoltn en mis entrañas, pero alivió mis nervios agitados—.

—Bailey anda tenso —dijo Jay suavemente—. Todos lo estamos. Pero tú puedes con esto.

—La mitad de esta gente seguramente son criminales —bufó Tyler—. Yo quiero ser rico así.

—¿Rico criminal? —preguntó Jay.

—Nah, lo suficiente como para donar sin saber a quién. Solo voy de juerga —la risa entrecortada de Tyler me recorrió la espalda y me encogí de hombros repetidamente—.

En la habitación del hotel, este vestido era maravilloso, pero ahora, con el calor de la fiesta y mis nervios al límite, empezaba a parecer más una faja que una prenda ceñida.

—Joder, qué ajustado está este vestido —murmuré junto al borde de la copa.

—Tranquila, luego te lo arrancaremos...

—¡Tyler! —cortó Bailey—. Una palabra más y te juro que...

—Vale, vale —rió Tyler—.

—Silencio en los comunicados, por favor —intervino el capitán, y siguió un silencio con todos convenientemente amonestados—. Selena, ¿algún rastro de Andrés?

Intentando actuar con total naturalidad, recorrí el gentío con la mirada. Pese al vestido y el peinado, estaba segura de que los adinerados distinguían mi origen humilde. Aquellos hombres y mujeres llevaban ropas y joyas que valían más de lo que yo vería en toda mi vida. ¿Jugaría eso en mi contra?

¿O tal vez resultaba favorable para alguien como Andrés?

—Nada. ¿Queréis que camine y busque un encuentro fortuito?

—No —respondió Aubrey—. Él no es de los que se mezclan. Vendrá hacia ti.

No apaciguó la agitación en mi pecho, pero me permitió tomarme otra copa de champán antes de ser abordada por un hombre tan ancho como alto.

—Señorita Hartley —su voz profunda hizo que un escalofrío helado me recorriera los hombros mientras extendía un brazo—. El señor Dorame recibirále ahora.

—¡Excelente! —Uní los labios con fuerza y bajé del taburete.

¿Había sido demasiado eufórica? ¿Cómo se supone que debe actuarse frente a un narcotraficante?

Ni idea.

Seguí al desconocido por una multitud que se abría ante el guardaespaldas sin dudar. Admirable, de no ser por lo demencial de la situación. Apoyé una mano en el corsé, suplicando que tanto sudor no afectara el micrófono oculto.

Me condujeron al rincón más oscuro del salón, pasando cortinas colgantes que separaban esa esquina del salón de baile.

—Señorita Hartley. Al fin nos conocemos.

El corpulento guardaespaldas se apartó dejando ver a Andrés Dorame, y mi corazón saltó por mi garganta.

Era alto, con el pelo totalmente negro peinado hacia atrás y unos ojos pálidos que recorrieron mi vestido con desgana, deteniéndose en mi pecho más tiempo del que a nadie le resultaría cómodo. Vestía camisa blanca de cuello abierto, pantalones de pinzas y tirantes negros; habría parecido muy elegante de no ser por los tatuajes que decoraban su rostro y cuello. La cruel curvatura de sus labios cicatrizados, incluso al sonreír, bastó para que mi deseo de huir ocupara todo mi pensamiento.

—He de decir que limpias bien —Andrés tendió una mano delgada cargada de gruesos anillos. Me acerqué lentamente y, cuando estreché su mano para saludarlo, me atrajo tan cerca que el tufo a tabaco y alcohol de su aliento me congestionó los pulmones y me hizo llorar—. Marcus nunca me dijo que tenía una golosina como tú escondida.

Un reflejo me obligó a alzar las manos contra su pecho y empujarlo, con los ojos entrecerrados.

—No nos contó muchas cosas. Acostúmbrate.

Todos enmudecieron, y el corazón me latía con tal estruendo y dolor en los oídos que una mareante sensación de vértigo me invadió.

¿He ido demasiado lejos?

De repente, Andrés rompió en una risa quebrada y aplaudió repetidamente.

—¡La perra muerde! —Soltó una risita y señaló una silla cercana —. Siéntate. Siéntate.

Obedecí rápidamente, segura de que me desplomaría si seguía de pie. Posada al borde del escritorio, observé a los múltiples hombres que rodeaban a Andrés como una capa. A simple vista, era realmente intocable.

—Entonces... —Andrés se sentó frente a mí, cruzando una pierna con el tobillo sobre la rodilla, y me observó por encima de los dedos entrelazados—. Me dicen que sabes cómo contactar con el querido viejo papá.

Me concentré en Andrés. Si dedicaba mucho rato a observar a los demás presentes y las pistolas que les pesaban en el cinturón, no podría hablar.

—Sí. Sé como contactarle. Podrías llamarle tú. Pero solo yo conozco las palabras clave que acordamos. Si lo hace cualquier otro, sabrá que no soy yo.

Andrés alzó una ceja fina. —Esperable para un *poli* —escupió la última palabra con tal crudeza que tuve que contener un escalofrío.

—Era una persona cautelosa antes del eh...

—¿Las drogas? —Andrés resopló con un sonido húmedo, sin desviar la mirada—. ¿No lo son todos?

—Solo responderá a mi voz, también —añadí rápidamente.

—Lo pillo. Te hablará a ti y solo a ti porque eres la única que sabe el código. Cualquiera diría que intentas hacerte valiosa. Inble.

Apreté los labios, cerré las manos sobre el regazo y tensé la mandíbula. —Dado *tu* historial —señalé con voz tirante—, supuse que debía demostrarte que tenemos valor el uno para el otro.

Andrés asintió lentamente y yo me humedecí los labios.

La voz de Bailey era una constante en mi oído, un zumbido bajo de seguridad que no podía descifrar pero que, solo por su tono, bastaba para mantener a raya el terror.

—Madrastras policía son toda una experiencia, ¿no? —Andrés apartó por fin la mirada de mí y cogió la copa que reposaba en la mesa ornada junto a él.

—No tienes ni idea —contesté con amargura.

—Oh, estoy seguro. —Sus ojos de reptil deslizaron de nuevo hacia mí—. Yo *jamás* elegiría las drogas por encima de mi propia hija. Especialmente si tuviera un culo tan bueno como el *tuyo*.

El estómago se me revolvió de asco.

—Pero él hizo eso *y* huyó con todo ese dinero, dejándote a mi cargo. No precisamente el padre del año.

—Entenderás, estoy segura, por qué estoy harta de limpiar sus errores —repliqué.

De repente, la cortina se descorrió y entraron dos hombres, apenas reconociéndome. Uno chocó los puños y estrechó manos con

algunos guardias en señal de saludo, mientras el otro fue directo hacia Andrés y se inclinó sobre él para susurrarle al oído.

Mi corazón empezó a latir desenfrenadamente mientras los ojos de Andrés seguían clavados en mí, pero no era su mirada lo que desató mi pánico. El hombre inclinado sobre Andrés llevaba un tatuaje de serpiente en el brazo.

En un instante, volví al piso de mi padre con la cara estallándome de dolor y ese sujeto sujetándome con una pistola en mi mejilla. Los recién llegados eran quienes me atacaron en su apartamento, y ni siquiera contemplé volver a verlos.

El tipo de la serpiente se giró y sonrió con sorna cuando sus ojillos se fijaron en mí.

—Qué bueno verte otra vez —soltó con risita burlona, mientras se dirigía tras Andrés hacia la mesa de bebidas.

Ni lo miré.

—Como iba diciendo... —continué con voz tensa—. Estoy cansada de pagar sus errores. Harta de sostenerle cuando no puedo permitírmelo, así que me alegra ayudarte. Quiero recuperar mi vida; largarme de esta puñetera ciudad y comenzar de nuevo. Así que te ayudaré. —Inspiré hondo intentando calmar el temblor desbocado que me recorrió el cuerpo—. A cambio, quiero la mitad del dinero que robó.

—¿Sabes siquiera cuánto es? —preguntó Andrés.

—No, pero si lo deseas tanto, debe ser una cifra que cambia vidas.

Andrés apoyó la pierna y se inclinó lentamente. Sus anillos repiquetearon al entrelazar las manos y clavando la vista en mí sobre los nudillos.

—Entrégame a Marcus, y puedes quedarte con todo. El dinero se repone.

—¿Lo matarás? —pregunté, luchando con las palabras.

—No te preocupes esa cabecita tan dulce por eso —respondió Andrés—. Tal vez sí. Tal vez no. En cualquier caso, deseará que lo hubiera hecho.

—Termina ya —dijo Bailey en mi oído.

—Entonces, ¿tenemos trato? —Me levanté lentamente, forzándome a concentrarme en las piernas para que no temblaran.

Los labios de Andrés se abrieron, pero antes de que pudiera hablar, un hombre avanzó entre el gentío e inclinó para susurrarle al oído. La mirada de Andrés parpadeó ligeramente y sus finas cejas se fruncieron con brusquedad.

—¿Tenemos trato o me pido otra copa? —No quería beber, pero esa petición era la frase señal para pedir ayuda.

La mirada de Andrés saltó hacia el hombre corpulento que avanzó repentinamente y me agarró bruscamente del brazo. Un grito de dolor escapó involuntariamente de mi garganta mientras me arrastraba con tal fuerza que sentí que el brazo se me dislocaría.

Andrés me cruzó la cara con un puñetazo tan fuerte que tambaleé hacia un lado y las piernas me fallaron, pero antes de caer, agarró mi vestido por delante y me enderezó de un tirón.

—¡Espera...!

Otro bofetón ahogó mis palabras mientras Andrés metía la mano por mi escote. Sus dedos se cerraron sobre el cable y arrancó el micrófono con tal rapidez que la cinta me escoció la piel. La cabeza me palpitaba, la vista se me nublaba y el guardia corpulento me sujetó en pie.

—¿Sólo decoración, eh? —gruñó Andrés, y me agarró la barbilla, apretando con tanta fuerza que mi boca se quedó abierta.

—Se ha acabado para usted, carita de ángel.

## 25

# BAILEY

—¡Selena!—

Su nombre salió de mis labios como una súplica mientras corría a toda velocidad hacia la fiesta. En cuanto usó la frase clave, salté de la furgoneta y corrí como si los perros del infierno me mordieran los talones. Tyler venía pisándome los talones. Al llegar al pie de las escaleras, la estática chirrió en nuestro oído, seguida de un silenso ensordecedor.

Su micrófono se había silenciado.

No me detuve. No podía. Cada segundo que tardaba en llegar hasta ella era un segundo de más a solas con Andrés, y ese hombre tenía habilidades terribles. Debía alcanzarla antes de que fuera demasiado tarde.

Era un pensamiento obsesivo. No me importaron las personas a las que empujé o aparté a codazos intentando abrirme paso entre la multitud. Tyler gritó algo detrás de mí, pero lo ignoré, apartando a otra pareja mientras corría.

Las cortinas transparentes que ocultaban el fondo del salón ondeaban ligeramente, sin sombras al otro lado. Mi corazón latía con fuerza, el sudor me pegaba la camisa a la espalda y las pantorrillas me hormigueaban por forzarlas a correr cada vez más rápido.

Salté a través de la cortina con la pistola en alto, preparado para disparar al primer cabrón que viera, pero al detenerme en seco entre sillas vacías y una mesa volcada, comprendí que llegábamos tarde.

Estaba solo.

La ventana trasera estaba abierta, con cortinas blancas y ligeras ondeando en la brisa. Andrés había desaparecido. Selena había desaparecido. Salpicaduras de sangre manchaban el suelo alrededor del micrófono que le habíamos dado, trazando un reguero hacia la ventana, donde el alféizar mostraba arañazos.

—¡Selena!— Tyler llegó unos segundos después, jadeando con fuerza al detenerse y ver lo mismo que yo.

—Se ha ido— respondí con voz ronca. Corrí hacia la ventana guardando mi arma en la funda. No podían haber llegado lejos, no en el tiempo que yo había tardado.

Al subirme al alféizar, divisé algo que hizo que mi corazón se hundiera en las profundidades de mi estómago.

El zapato de Selena.

Yacía boca abajo en el callejón tras la ventana, ligeramente a la derecha. Era todo lo que necesitaba para seguir la pista.

—¡La tiene, joder, la tiene! ¡Avisa!— le grité a Tyler mientras saltaba el alféizar y caía al callejón.

—¡Voy a ello!— La radio de Tyler cobró vida mientras yo corría callejón arriba. Lo último que oí fue el tono angustiado de Jay al enterarse de la desaparición de Selena.

Mis muslos y pantorrillas protestaban con fuerza al llegar a la boca del callejón: ni rastro de Selena ni de Andrés. Los coches aparcados en la calle estaban oscuros y en silencio y, tras inspeccionar el más cercano, descubrí una plaza vacía. Dado lo concurrida que estaba la Gala, era lógico que Andrés hubiera aparcado allí.

—¡Mierda!—

*Selena. Lo siento tanto*.

Mi búsqueda me llevó de vuelta al coche, donde Jay aguardaba. Tenía el pelo revuelto y el rostro contraído. Al acercarme, frunció el ceño.

—¿Algún indicio?

—Nada. Solté un suspiro agotado. —¿Cuánto llevamos, diez minutos? Podrían estar en cualquier puto sitio.

—Está atestado de policías, puede que eso les obligue a moverse como gente normal— sugirió Jay, deslizándose en el asiento del copiloto mientras yo me ponía al volante. Al introducir las llaves en el contacto, centré mi atención en la radio cuando la voz de Tyler crujió.

—¿Bailey? Responde, joder.

—Aquí estamos —respondió Jay—. Estamos explorando. Por si vemos algo. Esperamos que la presencia policial que ha surgido les obligue a conducir despacio.

—Tiene sentido. El suspiro tenso de Tyler se oyó claramente—. La Capitana está montando controles por todas partes, incluido el puente. Andrés no llegará lejos. Esta vez, no. También os mando las matrículas de los coches desaparecidos de consigna. Estad atentos. Podría ser Andrés.

—Si le ha hecho un solo rasguño —gruñí, apretando el volante con tanta fuerza que el cuero crujió—, lo mataré.

—Tranquilo —advirtió Jay, pero por su tono, no tenía intención de detenerme.

—¿Qué? ¿Qué demonios...? —Tyler se apartó del micrófono hasta que su voz fue solo un zumbido. Apreté aún más fuerte mientras recorríamos las calles serpenteantes, escudriñando cada rincón y callejón.

—¿Tyler? —llamó Jay, mirándome de reojo—. No crees que...

—No lo digas —le espeté. No necesitaba oír las aterradoras escenas que cruzaban su mente. Bastantes tenía yo.

Andrés no se limitaría a herirla si lo decidía. La mataría sin más.

Le prometí que estaría a salvo. Se lo prometí.

Una sensación estática inundó mi pecho, clavando sus garras en mi garganta por dentro, y respirar se volvió imposible durante largos instantes hasta que la voz de Tyler resurgió en la radio.

—Mierda, perdón.

—¿Qué ha pasado? —exigió Jay.

—El puto Trask está aquí. La Capitana juró mantenerlo alejado de esto. Escucha, tengo que ocuparme, pero os mantendré informados.

Llamad si encontráis algo.

—De acuerdo.

Tras un chisporroteo, un silencio sepulcral llenó el coche. Jay estaba tenso como un alambre a mi lado, reflejando mi rigidez mientras la búsqueda nos alejaba cada vez más de la Gala. Una misión sin esperanza en una ciudad llena de rincones oscuros.

—¡Espera! —La mano de Jay me aferró el brazo mientras señalaba hacia delante y bajaba la vista a su móvil, donde se mostraba la lista de Tyler.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Ese sedán claro. Tiene una de las matrículas de la lista.

—¿Crees que es Andrés?

—Si huyen, lo sabremos seguro —dijo Jay, alzando la mano para encender la sirena policial. Cuando el chirrido agudo atravesó el aire nocturno y todo se iluminó con destellos rojos y azules, el sedán delante de nosotros aceleró bruscamente entre chirridos de neumáticos y tierra.

Era todo lo que necesitaba.

Pisoté el acelerador y seguí al coche mientras tomaba peligrosamente una curva tras otra.

—Tyler, estamos persiguiendo uno de los vehículos de la lista del Valet. Han salido pitando en cuanto hemos encendido las sirenas —informó Jay por la radio. Mientras detallaba marca, modelo y matrícula, yo concentraba toda mi atención en seguir al sedán lo más cerca posible.

Giraron a la derecha, y yo estaba pegado a ellos. Viraron a izquierda, les pisaba los talones. Intentaron despistarme zigzagueando entre coches, pero ya abría camino y mantenía el ritmo. Quienquiera que fuese, no se iba a escapar.

No vacilé hasta que mi paragolpes delantero rozó su parte trasera y el sedán se sacudió hacia adelante.

—¡Cuidado! —espetó Jay—. Podría estar ahí Selena.

Con eso, retrocedí un poco y cambié de táctica. Estábamos bien entrenados para finalizar persecuciones con daños mínimos. Con tres patrullas más iluminando la noche a mi espalda, era el momento perfecto para actuar.

Bastó con aflojar para que el conductor creyese tener oportunidad. Entonces aceleré rápido y topé su esquina trasera. Mi coche vibró con el golpe y el sedán empezó a derrapar entre chillidos de goma y nubes de humo.

El coche giró una, luego dos veces, incapaz de agarrarse al asfalto mientras yo lo empujaba cada vez, hasta que chocó contra un murete con las ruedas delanteras girando en el aire.

—¡Bailey! —gritó Jay.

Apenas registré su voz al salir disparado del coche, con mi arma pesando en las manos, y corrí hacia el vehículo.

Un hombre saltó por delante blandiendo su arma y disparó a lo loco. Me tiré al suelo y lo alcancé dos veces en el pecho. Al levantarme, la puerta trasera se abrió de golpe y de inmediato la cerré de una patada, atrapando el brazo del que intentaba escapar.

Un alarido de dolor salió del coche. Abrí de nuevo la puerta, agarré el brazo herido y arrastré al hombre al suelo. Los polis acordonaron el vehículo mientras yo le daba la vuelta al hombre y desarmaban a otro. Un cuarto miembro abrió fuego, y vi cómo Jay le disparaba rápidamente, acabando con sus intentos asesinos.

—Joder, qué caca —mascullé.

Andrés Dorame yacía a mis pies, agarrándose el brazo herido y sangrando profusamente por la cabeza, con una mirada cargada de maldiciones.

Mi pistola no se movió. Un disparo, y se acababa.

—¿Dónde. Está. Ella. —El coche estaba vacío, sin rastro de Selena. Una ira fría y afilada me consumió como la llama del infierno. Avancé, pisoteando la muñeca de Andrés con mi bota e inclinando todo mi peso sobre él. El cañón de mi pistola presionó entre sus cejas.

—¿Quién? —Andrés soltó una risotada gélida que me erizó la piel.

—¿Qué cojones has hecho? —pregunté muy bajo—. ¿¡Qué cojones has hecho!? —

—Bailey. —Jay me agarró el brazo con fuerza, frenándome, mientras Andrés, a mis pies, soltaba una risa ensangrentada.

—¿Dónde está ella? —voceé.

—¿...Chicos? —La voz de Tyler, rota por la interferencia, cortó mi respiración.

—La hemos encontrado. Hemos encontrado a Selena —avisó.

Su tono quebrado me susurraba que algo iba mal.



Las sirenas policiales resonaban como el canto de un pájaro nocturno, rebotando entre los altos edificios fríos.

Estaba junto a Jay y a Tyler, contemplando con la vista nublada de lágrimas retenidas cómo se cerraban las puertas de la ambulancia y Selena desaparecía dentro. Las sirenas se unieron al estruendo circundante mientras el vehículo se perdía hacia el hospital.

Tyler la había encontrado. Dos tiros en el torso, tirada tras unos contenedores como si nada. Lo había oído tres veces en diez minutos, pero no superaba ese detalle. La *tirada como basura*, como si no valiese nada: eso me mataba.

Lentamente, miré a Tyler, cuyo rostro alternaba el desaliento con la furia. Apretaba los puños sin descanso y el labio inferior le temblaba conteniendo la emoción.

Igual que yo. Solo me sostenía un hilo muy *fino*, a punto de cortarse.

—Ve al hospital —dije con voz ajena—. Quédate con ella.

—¿Y qué hay de...? —Tyler miró hacia la furgoneta policial, cercada por el GEO. Las capitana hablaba con el mando sobre cómo trasladar a Andrés a comisaria.

Porque su seguridad importaba una puta barbaridad, claro está.

—No podemos hacer nada —susurró Jay—. Por mucho que queramos.

—Que le jodan —Tyler sollozó—. Tendrá servicio cinco estrellas pero Selena está... está... —No terminó. Ese último hilo de autocontrol se rompió.

—Sí —gruñí—. Que le jodan.

Me dirijí al coche, rechazando la mano de advertencia de Jay y la súplica de Tyler. Vi de reojo a la capitana interrumpiendo su informe

y lanzándome una mirada homicida.

Lo ignoro todo. Rodée al geper y abrí lento la puerta trasera hasta estar a la altura de Andrés. Allí sentado, custodiaba su brazo herido con la expresión más engreída posible.

—La mujer a la que disparasteis era mi novia. Y no tienes ni idea del error que has cometido.

—*Yo* no he disparado a nadie —Andrés resopló y me miró con desdén—. Pero lo de la puta policía muerta... vaya buena noticia.

—Espera que no muera —escupí, apenas conteniendo la rabia. Solo lo hacía porque Selena seguía viva (por los pelos), y no la ayudaría desde la cárcel.

—En cuanto lo haga, ningún poli de esta ciudad evitará que te abra para sacarte la puta espina dorsal.

## 26

# TYLER

Los dos días siguientes pasaron como un borrón.

Pusieron a Selena en un coma inducido después de incontables horas de operación, y su vida pendía de un hilo. La incertidumbre me estaba matando. ¿Lo superaría? ¿Volvería a ver alguna vez aquellos ojos preciosos y esa sonrisa radiante?

*Debería haber sido más rápido.*

Ese pensamiento me atormentaba constantemente, y nada de lo que me decían aliviaba esa culpa, porque sabía que todos nos sentíamos igual. Bailey había entrado en un estado de furia contenida que no se desvanecía, mientras que Jay se volcaba en mimar a Dae. Era una distracción que necesitaba, pero cuando los días llegaban a su fin y el mundo se volvía un poco más silencioso, todos estábamos atrapados en silencio en una jaula de duelo.

Nos denegaron el acceso a Andrés por razones comprensibles, pero eso en sí mismo era exasperante. El muy cabrón se negaba a hablar, y había llegado a mis oídos que, de hecho, estaba bastante relajado en su celda, sobre todo desde que apareció su pijo y prestigioso abogado. Yo ni siquiera podía enfrentarme a él, incapaz de comprender cómo alguien podía, en su sano juicio, defender a un hombre así.

La paga debía de valer la pena.

Caminé con paso pesado hacia el despacho de la capitana Watts y llamé dos veces antes de entrar. No había pegado ojo desde que le dispararon a Selena, y ese mismo agotamiento era visible en las caras de Bailey y Jay cuando entré en el despacho.

Nos saludamos con un gesto de cabeza, y la capitana me dedicó una leve sonrisa.

—Tyler. Me alegro de que haya podido venir.

—Sí —dejé caer mi peso en la silla más cercana y me froté los ojos rápidamente—. ¿De qué se trata?

—Dados los recientes acontecimientos con Andrés, su misión de infiltrado ha terminado —dijo Aubrey—. Pero me gustaría que volvieran a la calle para ayudar a limpiar lo que queda de los hombres de Andrés. Lo último que necesitamos es que esos cabrones intenten una fuga. —Paseó la mirada entre Bailey y yo, y luego sus ojos se fijaron en Jay.

—Usted también puede ayudar si quiere, pero asegúrese de tener a alguien con usted que pueda responder por sus actos. No necesitamos que ninguno de estos gilipollas se queje de malos tratos, pero me da igual por qué los detengan. Sacarlos de las calles, aunque sea por veinticuatro horas, es más que suficiente.

Miré a Bailey, esperando que hiciera algún comentario al respecto, pero estaba en silencio, con una mano sobre la boca y la mirada fija en la pared de enfrente. Estaba allí, pero su mente estaba claramente en otra parte.

—De acuerdo —respondí por los dos—. Haremos un equipo y saldremos a la calle. Jay puede venir con nosotros.

La capitana hizo una ligera mueca. —Teniendo en cuenta que los tres tienen relación con Selena, quizá sea mejor que Jay se junte con otra persona. Unos ojos externos que avalen sus acciones dirán mucho.

—¿De verdad cree que nos meteremos con esos tíos como venganza? —resopló Jay bruscamente—. Confíe en mí, no son los perros falderos a los que quiero echarles el guante.

—Lo sé —dijo Aubrey con brusquedad—. Pero dado su historial con Andrés y su gente, hay un amplio margen para que cualquiera de ellos se queje de malos tratos, y que ustedes tres se cubran las

espaldas cuando todos comparten la misma vendeta no se sostendrá en un tribunal.

—Porque perdí a mi compañero, y ahora podría perder a… —Jay se interrumpió y carraspeó—. Soy capaz de detener a alguien dentro de la ley.

—Lo sé —dijo Aubrey, esta vez con un tono más suave—. Le pido esto por su propia seguridad. Yo no soy el obstáculo aquí.

Luché por no poner los ojos en blanco. Era difícil compaginar su lógica con la rabia que todos sentíamos. Era como bailar sobre el filo de un cuchillo, y un movimiento en falso podría resultar en la muerte de Selena o en que nuestras propias acciones comprometieran el caso y dejaran a Andrés en libertad.

—¿Ha habido alguna noticia sobre el arma? —pregunté, cambiando de tema antes de que mi atención en Selena se hundiera en el duelo sordo y reprimido que sentía en el pecho—. ¿La ha encontrado alguien?

—Por favor —resopló Jay—. Andrés es demasiado listo para eso. Si de verdad le disparó él, el arma ya debe de estar muy lejos. Lo más probable es que la haya fundido hasta convertirla en nada.

Su tono denotaba el dolor de la experiencia. Dado que el arma que mató a su compañero nunca fue encontrada, no podía culparlo.

—Entonces —dije en voz baja—, necesitamos la declaración de Selena.

—Sí —respondió Aubrey—. Ahora mismo, es lo único que lo encerrará para siempre.

La atención de Aubrey se desvió ligeramente hacia los cubos magnéticos rojos y blancos que tenía en las manos, lanzándolos de un lado a otro mientras su ceño se fruncía en una permanente arruga de preocupación.

Durante toda la conversación, Bailey no dijo ni una palabra.

—¿Y qué hay de Trask?

Mi pregunta finalmente hizo que la mirada de Bailey se desviara hacia mí.

—¿Por qué estaba en la gala? —pregunté, aferrándome al único hilo del que podía tirar—. Me prometiste que no estaría allí.

—No debería haber estado —contestó Aubrey, deteniendo los imanes en la palma de su mano—. Le aseguro que lo asigné a trabajo de oficina. Definitivamente no recibió la orden de ir allí de mi parte, pero aún no he podido seguir esa pista.

Un repentino y agudo pulso de ira me calentó las manos.

¿Cómo era posible que aún no lo hubiera investigado? Conocía mis sospechas, y yo creía que las compartía, pero ahí estaba, demasiado liada con otras cosas como para centrarse donde se la necesitaba.

—De acuerdo. Con su permiso.

—¿Adónde vas? —preguntó Jay con los ojos llenos de preguntas que no podía hacer delante de la capitana en cuanto me puse de pie.

—Al baño.

Técnicamente, no era mentira. Al fin y al cabo, los vestuarios tenían baños, pero, dada la hora que era y el inminente cambio de turno, era el único lugar donde sabía que me encontraría con Trask si esperaba lo suficiente. Ese cabrón no paraba de aparecer donde nadie lo quería, y yo estaba harto de no poder hacer las preguntas adecuadas.

Por mí, que me despidieran.

La mezcla agria de sudor y desodorante me golpeó en la nariz en cuanto entré, pero apenas me di cuenta. Pasé junto a dos filas de taquillas antes de ver a Trask medio vestido, con la atención puesta en el cinturón mientras se lo ajustaba a la cintura.

Levantó la vista al oír mis pasos y una media sonrisa se dibujó en sus finos labios.

—De vuelta al traje de detective, ¿eh? Siempre supe que alguien no aprovecharía una oportunidad de oro para… ¡Ahg!

Sus palabras murieron por el impacto de mi puño al darle un fuerte puñetazo en la cara. Trask trastabilló hacia atrás y sus piernas se engancharon en el pequeño banco de madera que había entre las taquillas. No le di la oportunidad de recuperar el equilibrio. Me abalancé sobre él en un instante, golpeándolo repetidamente en la cara y, por un segundo, fue puro placer.

Estaba enfadado, *furioso* porque esa rata se nos hubiera colado durante tanto tiempo. Me dolía que la mujer a la que había llegado a amar estuviera en el hospital y pudiera morir antes de que pudiera volver a verla. Estaba enfadado por mis amigos, que se veían obligados a cargar con más muertes sobre sus hombros por culpa de ese cabrón de Andrés, y, en ese momento, Trask era la única persona a la que podía echarle el guante.

La sangre salpicó y la carne se abrió bajo mis nudillos mientras lo golpeaba una y otra vez. Acabamos forcejeando en el suelo, pero el cinturón de Trask le jugó una mala pasada y se le enredó en las piernas, lo que me ayudó a mantener la ventaja. Otro puñetazo y luego lo agarré por la parte delantera del chaleco y lo levanté a medias.

—¿Por qué lo hiciste, eh? —le ladré en la cara mientras jadeaba con dificultad a través de la sangre que le chorreaba por el rostro—. ¿Por qué solicitaste que fuera tu compañero? ¡Por qué coño estabas en la gala cuando sé que te ordenaron que te mantuvieras alejado! —le di otro puñetazo y su cabeza se echó hacia atrás—. ¿Por qué siempre estás cerca cuando las cosas se tuercen, eh? ¡Eres una puta serpiente, Trask!

Intentó defenderse, asestándome un puñetazo en el pómulo y otro en las costillas, pero yo era más fuerte. Tres puñetazos más y quedó completamente fuera de combate, tumbado en el suelo y jadeando pesadamente. Cuando avancé para seguir machacando su patético culo contra el suelo, levantó una mano temblorosa.

—¡Espera! —dijo entrecortadamente a través de una cascada de sangre.

Dudé y escupió una bocanada carmesí sobre las baldosas. Puede que incluso hubiera un diente.

—Espera —repitió con un hilo de voz.

—Más te vale que me digas algo que quiera oír, o te vas a convertir en una advertencia con patas, Trask.

—Solo… solo fui allí porque el jefe me lo dijo, ¿vale? Y… y ¡al jefe no se le dice que no! Por favor… —su mano extendida seguía temblando, pero esta vez le permití incorporarse.

—Habla.

—No te solicité; bueno, en cierto modo sí, pero solo porque mencioné una vez que sentía curiosidad por saber por qué un detective volvería a patrullar, pero entonces el jefe me pidió que le diera informes sobre ti. Todo lo que hacías, con quién hablabas, ¿sabes? —su respiración agitada creaba breves jadeos entre cada palabra—. Quería saberlo todo sobre el caso y sobre Selena, y luego… luego la gala. Me envió allí. Me dijo que tenía que darle informes constantes.

Me abalancé hacia delante y agarré a Trask por el chaleco una vez más, acercando mi cara a la suya.

—¿Le *hablaste* de Selena y el micro?

Trask asintió rápidamente.

—¿Le dijiste cuándo entró Selena en la gala? ¿Le dijiste cuándo contactó con Andrés? ¡¿Lo hiciste?!

De nuevo, Trask asintió y una oleada de ácido me inundó la garganta.

*Joder*.

Si eso no era la prueba de que el jefe de policía estaba en el bolsillo de un narco, ya no sabía qué lo sería.

No tardé mucho en arrastrar a Trask de vuelta al despacho de la capitana, donde lo arrojé a sus pies y le hice repetir cada una de las cosas que me había contado sobre las órdenes del jefe.

En el momento en que Trask admitió que le había dicho al jefe cuándo Selena había contactado con Andrés, me puse delante de Bailey para detenerlo cuando se levantó de un salto de su asiento.

Estaba listo para matar, y por mucho que yo compartiera ese sentimiento, no iba a perder a nadie más.

—Entonces, ¿qué? —gruñó Bailey por encima de mi hombro—. ¿El jefe está en la nómina de Andrés? ¿Ha estado trabajando en nuestra contra todo este tiempo? ¿Desde cuándo, eh?

Jay se removió en su asiento, con una mano cerrándose en un puño.

—No lo sé —tartamudeó Trask—. Solo sé lo que sé, ¿vale?

—Selena podría *morir*. —la voz de Bailey se quebró y una punzada de dolor me atravesó el pecho—. ¿Podría morir por culpa

de un poli corrupto y un jefe corrupto? Se supone que somos los buenos, ¡¿en quién coño podemos confiar?!

Aubrey observó a Trask en silencio durante unos largos minutos y el ceño fruncido entre sus cejas se acentuó.

—Yo me encargaré de esto.

—¿Cómo? —espetó Bailey, todavía presionando contra mi agarre.

Su mirada se clavó en él. —De la manera correcta —replicó bruscamente—. Mientras tanto, os quiero a los dos en vuestros escritorios, y Jay, tú también deberías quedarte aquí.

—¿Qué ha pasado con lo de limpiar las calles?

—No quiero enviaros ahí fuera hasta que sepa exactamente cuánta gente recibe órdenes especiales del jefe. ¿Ha quedado claro? —su aguda mirada se deslizó entre los tres—. A vuestros escritorios. Ahora.

Estar en mi escritorio significaba enfrentarme a la montaña de papeleo que había crecido en los últimos dos días. No era lo ideal, sobre todo con mi mente tejiendo redes sobre cuánto tiempo llevaba el jefe trabajando en nuestra contra, directa o indirectamente. Sin embargo, fue quizás un golpe de suerte que el papeleo acabara siendo una distracción. Me sumergí en la naturaleza mundana de todo aquello y trabajé hasta que me dolió la muñeca y sentí una punzada en la parte baja de la espalda.

Era un mar interminable de papeles y archivos, y una parte acabó por llevarme hasta los calabozos. Al menos allí pude ver a Andrés sufrir detrás de una puerta cerrada, y fue una pequeña victoria. Mantenerlo alejado de las calles era salvar vidas.

Hasta que mi vista captó un movimiento en la cámara. Alcé la mirada y vi a un agente metiendo la llave en la cerradura de la celda de Andrés.

¿Sería uno de los hombres del jefe?

Abandoné el papeleo y corrí por el pasillo hacia los calabozos. Llegué justo a tiempo para ver a Andrés de pie junto al mostrador mientras le devolvían sus efectos personales. Sus fríos ojos se clavaron en los míos y una sonrisa aún más fría se dibujó en sus finos labios.

—¿Qué demonios está pasando? —exigí.

—Eh… —El agente parpadeó, desconcertado—. Andrés puede irse.

—Joder, claro que no —espeté, avanzando hacia él—. ¿Por orden de quién?

—¿Del jefe? —El agente levantó los papeles de la puesta en libertad y mi corazón desbocado se hundió—. El jefe ha firmado la orden de liberación, dice que no hay nada por lo que retener a Andrés, así que puede irse.

—¡¿Nada por lo…?! —La rabia me consumió con tal ferocidad que no pude hablar.

—Normalmente tengo poca fe en el sistema judicial —dijo Andrés con sorna, juntando las manos como si rezara—. ¿Pero hoy? Hoy es un buen día.

Levanté el puño, pero antes de que pudiera lanzarme a atacar a ese cabrón como tanto deseaba, Jay, sin aliento, se interpuso entre nosotros y me bloqueó. Luego se volvió hacia el agente.

—Mételo otra vez en la celda —jadeó.

—¿Qué? —dijeron Andrés y el agente al unísono.

Jay clavó sus ojos en los míos; tenía la mirada empañada.

—Selena está despierta —soltó, sin aliento por haber venido corriendo—. Ha identificado a Andrés como el que le disparó. Está despierta. Está viva.

—Oh, Dios mío. —Una debilidad me recorrió el cuerpo entero y me agarré al brazo de Jay.

Con jefe o sin jefe, Andrés no iba a ir a ninguna parte.

## 27

# SELENA

Recibir un disparo *era una mierda*.

Al principio, los analgésicos eran tan fuertes que no sentía nada, y eso fue una bendición a la hora de declarar. Lo mejor de estar anestesiada era que los calmantes también adormecían el dolor emocional, así que podía contar lo ocurrido con la misma facilidad que recitar la lista de la compra.

Fue *después* cuando empezó a dolerme de verdad.

Pasó el efecto de los analgésicos más potentes, y me dediqué a distraerme contando las losetas del techo que se inclinaban sobre mi cama. Ayudaba a mantener a raya los flashbacks.

Cada vez que cerraba los ojos, volvía a estar en brazos de Andrés, luchando por mi vida mientras él y sus guardaespaldas me arrastraban por el callejón, alejándome de la fiesta. La presión fantasmal de la mano del guarda corpulento sobre mi boca persistía en mi cara por mucho que tocara para comprobar que ya no estaba allí. Después, el contacto frío y duro del metal contra mi vientre cuando me metieron a punta de pistola en el coche. No sé cuánto tiempo estuvimos conduciendo hasta que me arrojaron en un callejón y mi cuerpo estalló en un dolor candente.

Luego, solo hubo oscuridad.

Esa escena se repetía en bucle en mi mente mientras enfermeras y médicos entraban a verme y salían con sonrisas prometedoras. Una bala me había arrancado parte del hígado, mientras que la otra, afortunadamente, no había tocado ningún órgano vital. Entonces soltaron una bomba que me revolvió las tripas. Durante la operación, descubrieron que estaba embarazada de dos meses y habían ajustado la medición a ese hecho. Esas palabras no me parecían reales, no dentro del tremendo desbarajuste ocurrido, e hice que el médico repitiera la noticia varias veces antes de estar segura de que no alucinaba.

Embarazada.

¿Yo?

Había perdido la cuenta de mi regla con lo frenéticos que habían sido los últimos meses, pero, dado que llevaba un implante en el brazo, el embarazo jamás se me había pasado por la cabeza. Mi médico tuvo la amabilidad de explicarme cómo las alteraciones por estrés y hormonas, especialmente del grado que había sufrido, podían anular la eficacia del implante.

*Con razón*.

Me dijeron que tuve mucha suerte de que me encontraran cuando lo hicieron; de lo contrario, sin duda habría muerto desangrada en ese callejón.

No me sentía con suerte.

Me sentía hecha trizos. Cada respiración me costaba y mis extremidades me dolían de formas que no entendía, dado que solo me habían disparado en el torso. Y estaba embarazada. Era imposible pensar en quién podría ser el padre, pero, debido a mi sequía antes de conocer a Tyler, estaba segura de que el padre debía ser uno de los tres hombres a quienes había llegado a amar.

Era demasiado para procesar de golpe.

Aun así, seguía viva y, a medida que pasaban las horas y me sentía más y más despierta, me encontraba mirando fijamente la puerta cada vez que oía el más mínimo ruido, desesperada por ver un rostro conocido... o tres, para ayudar a mantener a raya los flashbacks.

Llegaron un poco después de las ocho de la tarde, justo cuando había terminado una comida mínima a base de sopa que básicamente era agua con sabor.

Tyler, Bailey y Jay irrumpieron en mi habitación con un tropel de pasos torpes, empujándose entre ellos para entrar.

—¡Selena!

En cuanto sus voces llegaron a mis oídos, lágrimas asomaron a mis ojos y un sollozo desgarrado brotó de mi pecho. No podía evitarlo. Una emoción intensa y dolorosa me inundó el pecho. No pude contener las lágrimas. Dolor, pena y alivio se mezclaron y mi rostro se empapó en segundos.

—Lo siento —sollocé con voz entrecortada, sin saber muy bien por qué me disculpaba.

Estaban junto a mi cama en medio segundo. Bailey a la izquierda, Jay a la derecha y Tyler sentado casi sobre la cama con una mano sobre mis piernas.

—Tranquila —Jay trató de calmarme con suavidad, apretándome la mano—. Tranquila, está bien, estamos aquí contigo.

—No tienes por qué disculparte —dijo Tyler.

—Estás a salvo. —Bailey me cogió suavemente la otra mano y las lágrimas fluyeron más rápido al escuchar sus palabras. Por alguna razón, el consuelo empeoraba todo y me di cuenta de que en los últimos minutos consciente en aquel callejón, había estado segura de que nunca volvería a verlos.

—Lo s-siento, no pude emm... —Aquella disculpa era inútil, pero sentía una determinación visceral de soltarla—. Debí tener más cuidado.

—No —dijo Bailey con firmeza—. Ni se te ocurra pensar eso. Estuviste increíble y nosotros... nosotros nunca debimos ponerte en esa situación. Debimos oponernos más. Lo siento.

—Es verdad —musitó Jay—. Lo hiciste *increíble* y tú... lo sentimos. Lo sentimos muchísimo que esto pasara, pero lo hiciste increíble.

—Creí que no volvería a veros nunca —susurré mientras los miraba a los tres, y entonces la marea incontenible del llanto me estalló por dentro. No podía controlar las lágrimas, no podía

controlar las emociones que me embargaban. Sollozo tras sollozo brotó de mi pecho y cada bocanada de aire desesperada tiraba dolorosamente de los puntos, haciéndome llorar con más fuerza.

Sollocé porque tenía miedo, porque sentía dolor y temía no salir de aquello. Lloré porque casi muero, y luego lloré porque ellos estaban aquí para mí y, por alguna razón, eso también dolía.

Quizá porque no estaba acostumbrada.

Lentamente, los chicos intentaron calmarme con palabras y caricias suaves; incluso unos cuantos besos entre sollozos, y su ternura solo hizo que llorara más fuerte. Estuve tan cerca de perder lo mejor que había tenido jamás, y jamás volvería a arriesgarlo.

Al final, las lágrimas aflojaron y el llanto me llevó a un punto de mayor agotamiento, pero luché contra el cansancio con fuerza. No iba a cerrar los ojos ni un segundo mientras ellos estuvieran aquí conmigo.

—Toma.

Tyler me pasó otro puñado de pañuelos y se los cogí agradecida, sonándome la nariz taponada y secándome los ojos hinchados por enésima vez.

—Lo siento mucho —susurré débilmente.

—Has pasado por mucho —me aseguró Jay—. Tienes derecho a llorar.

—Créeme —dijo Bailey, su talante enérgico habitual desaparecido por completo—. Nosotros ya hicimos lo mismo.

—Sí, Bailey lloraba a moco tendido —se rió Tyler, y su risa era contagiosa.

—¡Y tanto que llorasteis por mí! —bromeé débilmente, provocando otra oleada de suaves risas—. Estoy... tan contenta de que estéis aquí. Todos vosotros. La emoción me atragantó y otra oleada de lágrimas amenazó con derramarse a pesar de haber llorado ya tanto.

—Igual —sonrió Jay.

—¿Me perdí algo importante? Miré a cada uno de los tres. Sus ojos estaban cansados y pesados, e incluso sus sonrisas carecían del brillo habitual. El pecho se me oprimió, amplificando la sensación cruda tras tanto llanto.

¿Qué *me* he perdido?

Juntos, me pusieron al tanto de toda la historia. Desde la captura de Andrés la noche en que me dispararon, hasta su arresto y su abogado de lujo. Bailey reveló que a él y a Tyler les habían encargado localizar a los principales hombres de Andrés durante mi operación, y habían arrestado a uno de los que me atacaron en casa tras intentar huir del país. Al parecer, el arresto de Andrés había quebrantado su lealtad.

El del tatuaje de serpiente seguía sin aparecer, aunque Jay razonó que probablemente huyó y tuvo éxito donde el otro fracasó. Con mi declaración como testigo, todos los intentos por sacar a Andrés de la cárcel se detuvieron en seco y el fiscal ya le procesaba por intento de asesinato. Pero lo más sorprendente fue enterarse de que el jefe de policía enfrentaba cargos por corrupción, y ya no eran rumores; cuando Andrés supo que el jefe no podía salvarlo de la cárcel, lo delató como venganza.

—Andrés tiene un buen abogado, pero el caso debería ser hermético —dijo Bailey, pasando lentamente la mano sobre mis nudillos en círculos.

—¿Entonces... se ha acabado? Hasta daba miedo preguntar, pero con todo lo que me habéis contado y Andrés entre rejas, tenía que haberse acabado. ¿Qué más podía salir mal?

Aparte de mis noticias.

A pesar de haber agotado las lágrimas, empezaron a formarse de nuevo e intenté forzar una sonrisa firme.

—Se ha acabado —confirmó Bailey.

—Obviamente quedará el juicio, pero tardará mucho en llegar. ¿El peligro para ti y tu padre? Ha pasado —me aseguró Tyler.

—Puedes volver a tu vida —dijo Jay.

—O abrazar tu nueva vida. —La ceja de Bailey se alzó con sorna mientras miraba a sus dos amigos—. Creo que hablo por todos al decir que te has quedado con nosotros.

Murmullos de aprobación surgieron de los otros dos y mis lágrimas se desbordaron. En aquel momento, todo rayaba en la perfección hasta que las tripas se me revolvieron, recordándome la noticia que podría arruinarlo todo.

Lo *haría*. Nunca habíamos hablado sobre lo que vendría después, y a pesar de mi amor por los tres... esto era distinto. Era enorme.

—Yo, eh... —empecé a decir, pero me detuve al temblar mi voz. Tres pares de ojos se clavaron en mí y me quedé helada.

Joder.

—El médico, antes... cuando estuvo aquí, me dijo que...

El agarre de Bailey se tensó, Tyler frunció el ceño y Jay apretó los labios.

—Me dijo que durante la operación descubrieron que estaba embarazada. ¡Lo siento mucho! Tenía un implante, así que ni siquiera lo había considerado, pero al parecer con el estrés y los desajustes hormonales, esas cosas no funcionan bien... así que cuando estábamos juntos, sencillamente no hizo efecto.

Las palabras me salieron a toda prisa, incapaz de mirar a ninguno a los ojos mientras proseguía.

—Había estado enferma, sí, pero pensé que era solo ansiedad y estrés, y lo... lo siento, sé que lo nuestro no es tan serio. Definitivamente, no es algo serio como un *bebé*, ¡pero ahora hay un bebé dentro de mí y no sé qué hacer! Me han atacado, disparado, golpeado y casi matado, ¡pero este bebé y la posibilidad de perderos a todos me aterroriza más que nada de eso, y simplemente... lo siento!

Un tenso silencio cayó tras mis palabras. El corazón me martilleaba con tal fuerza que las suturas palpitaban al ritmo del latido. No podía levantar la vista, incapaz de soportar la expresión en sus rostros.

De repente, Bailey se echó a reír, un sonido tan inesperado y liviano que miré hacia arriba sorprendida.

—Joder —soltó riendo—. Siempre quise ser padre. No como me lo imaginaba, pero Selena, no se me ocurre nadie con quien prefiera tener un bebé.

—¿Qué? —Sus palabras parecían irreales.

—¿Sabes? —intervino Tyler, acariciando una de mis piernas sobre la manta—. Yo también. Selena, si aún no te has dado cuenta de que te queremos, que esto te lo demuestre.

Esto no era real. Me había dormido, ¿verdad? Tan solo era un sueño.

—Siempre quise que Dae tuviera un hermano —dijo Jay con amplia sonrisa—. No había pensado cuándo, pero dadas las circunstancias, parece perfecto.

—¿Lo decís en serio? —susurré entre lágrimas—. ¿No estáis enfadados? ¿No me vais a echar a la calle?

—La decisión es tuya —dijo Bailey, acercándose para acariciar mi mejilla cálidamente; su pulgar enjugó algunas lágrimas—. Si quieres quedarte con el bebé, te apoyaremos. Si quieres al bebé... y a nosotros, estamos aquí por ti.

Tyler y Jay asintieron con solemne acuerdo.

Sí quería al bebé; nunca había dudado de eso. Y definitivamente a ellos. A todos. No podría, ni querría, elegir.

Sería una tonta si dijera que no.

## 28

# SELENA

—Sabes que podrías haberte quedado más tiempo —dijo Bailey, sosteniendo la puerta con un brazo mientras con el otro no soltaba mi cintura.

—Dos semanas fueron más que suficientes —respondí—. Además, no podía dejar de preocuparme por cómo se disparaba la factura.

—Te dije que el departamento se ocupaba de eso.

—Lo único que entiendo es que otros contribuyentes pagaban mi hospital —señalé, entrando lentamente en el piso—. No soportaría semejante sentimiento de culpa.

Bailey puso los ojos en blanco, sonriendo, y dio un portazo con el pie. Luego, me acompañó despacio hasta el salón. Un dulce aroma a especias flotaba desde la cocina, así que no necesité preguntar dónde estaba Jay. Mientras Bailey me ayudaba a acomodarme en el nido de cojines que habían preparado para mí, Dae irrumpió corriendo por la puerta. Justo antes de que me alcanzara, Bailey lo atrapó con un brazo.

—Con cuidado, campeón. Selena sigue convaleciente.

—Estoy bien —le aseguré con un gesto de la mano, aunque en el fondo me encantaba. Todos eran tan atentos, y yo, francamente, mimada. Después de todo lo ocurrido, decidí disfrutarlo; eso incluía

evitar que un niño de casi seis años se sentara entero en mi regazo antes de tiempo.

—¡Pero te echaba de menos! —chilló Dae, extendiendo los brazos y prorrumpiendo en risitas cuando Bailey comenzó a hacerle cosquillas. Sus alaridos de risa me calentaron el pecho y me estrujaron el corazón, así que posé una mano sobre mi vientre crecido. Algún día, mi hijo recibiría ese trato, y el sonido de su risa sería música para mis oídos.

—Solo con cuidado, ¿vale? —Bailey soltó a Dae, que se lanzó al sofá a mi lado, aterrizando entre los cojines y empujándome una figura de dinosaurio de juguete en las manos.

—Ooo, ¿y esto qué es?

—Martín.

—¿Has llamado a tu dinosaurio nuevo... Martín?

—¡Sí! —Dae se relamió y alzó las manos—. Pronto cumplirá seis años, como yo, así que necesita un nombre de mayor.

—Claro —me reí, despeinándole ligeramente el pelo—. Es una idea estupenda. ¿Estás emocionado?

—¡Sí! —Dae alzó las manos sonriendo—. Papá dijo que podemos hacer una fiesta.

—¡Qué emoción! Y mucha tarta, seguro.

—¡Sí! —exclamó Dae—. De chocolate, por favor.

—Pensaba que querías de limón —dijo Bailey, sentándose a mi lado con una carpeta roja en las manos. La deslizó sobre mi regazo, luego se inclinó para despeinar a Dae—. Recuerda, chaval, hay que decidir algo y atenerse a ello.

—Quiero chocolate —refunfuñó Dae, saltando del sillón—. ¡Voy a decírselo a papá!

—¿Decirle qué a papá? —apareció Jay en la puerta con un cucharón en la mano, soltando un leve —¡Uf!— cuando Dae chocó contra él. Inclinándose sobre el respaldo del sofá, se acercó y yo levanté la cabeza para recibir su beso—. Bienvenida a casa.

—Gracias —sonreí, pasando las manos por la superficie fresca de la carpeta.

—¡Quiero chocolate! —chilló Dae, aferrándose a la pierna de Jay mientras este volvía renqueando a la cocina.

—¿Para comer?

—¡No, para mi tarta!

Su discusión se desvaneció cuando Jay regresó a la cocina, así que me centré en la carpeta y luego en Bailey—. ¿Qué es esto?

—Ábrela.

Dentro había varios folletos y catálogos con pestañas de distintos colores—. ¿Qué es todo esto?

—¡Nos mudamos a una casa nueva! —gritó Dae al volver corriendo a la habitación. Recogió su dinosaurio, que había caído cuando embistió a Jay, me sonrió radiante y salió de nuevo disparado.

—¿Una casa nueva? —El calor me inundó las mejillas mientras empezaba a hojear las páginas.

—Bueno, básicamente es la verdad —dijo Bailey riendo—. Pero todos hablamos y estaríamos más cómodos en un sitio más grande, sobre todo con el bebé en camino. Además, ya es hora de que tengas un hogar maravilloso junto a nosotros.

Mientras hablaba, deslicé las yemas de los dedos por las páginas frías y brillantes, tocando algunas pestañas por curiosidad.

—Las pestañas moradas son las favoritas de Tyler, las rojas las mías y las azules las de Jay. Hemos subrayado lo que nos gusta. Si usas el amarillo para señalar tus preferencias, tendremos una selección común.

—Dios mío —susurré, abriendo los ojos como platos. Había de todo: desde apartamentos de lujo hasta casas en la playa—. Sabes que no puedo costearme nada de esto.

—Bueno, para empezar, contribuimos todos. Entre cuatro, esto queda dentro de nuestro presupuesto. Además, dado que el caso contra el jefe provocó directamente los atentados contra tu vida, recibirás una indemnización —Bailey sonrió.

—De verdad que lo piensas todo —me reí, y una cálida sensación se expandió en mi pecho—. ¿Me estás pidiendo que me mude con vosotros?

—Puede.

—Ooo —me burlé suavemente mientras lágrimas de alegría me calentaban los ojos—. Eso ya es mucho pedir.

—Ah, sin duda —comentó Bailey—. Después de unos intentos de asesinato, quizá vivir juntos sea nuestro mayor desafío hasta ahora.

—Mmm, claro está —murmuré, acariciando las pestañas—. Tal vez ahora, con esta calma, no os gustará vivir conmigo.

—¿Qué quieres decir? —La mano de Bailey rozó mi hombro y jugueteó con unos mechones sueltos de mi pelo mientras yo examinaba las casas.

—Bueno, todo será muy aburrido sin la emoción de Andrés y todo ese drama. ¿Y si perdéis el interés cuando solo sea una mujer normal convirtiéndose en una madre normal? —En parte, bromeaba, pero había un atisbo de preocupación sincera en mis palabras. No tenía ni idea de cómo funcionarían las cosas cuando volviésemos a vidas normales.

Por mucho que hubiésemos estrechado lazos, las dos últimas semanas en el hospital habían hecho nacer un nuevo miedo: que en cuanto vieran que ya no era alguien a quien *tuvieran* que mantener con vida, el atractivo moriría.

—Oh, Selena. A decir verdad, prefiero que mi mujer no reciba disparos ni la persigan narcotraficantes. ¿Tienes idea de lo mucho que he tenido que reprimirme para no tocarte, por si alguien entraba cuando tenía los pantalones bajados? —Bailey soltó una risita suave, luego me acarició la mejilla y me sujetó la barbilla. Con un solo tirón, me animó a que lo mirara.

—Sé que hablo por los demás cuando digo esto, pero nuestra atracción y nuestro amor por ti es por *ti* y solo por ti. Nuestras vidas están llenas de una emoción que te es ajena, así que eso no influye. Tu fuerza, tu bondad y tu buen corazón son lo que adoramos —la sonrisa de Bailey se suavizó—. Tras todo lo ocurrido, puede que te resulte difícil oírlo o aceptarlo, pero con el tiempo, espero que podamos demostrártelo.

De nuevo, asomaron lágrimas en mis ojos mientras el corazón se me henchía de amor, y esbocé una sonrisa entre lágrimas.

—Gracias —murmuré. No me había percatado de lo mucho que necesitaba ese género de consuelo hasta que salió de los labios de Bailey.

—Cuando quieras, cariño.

*Dios*, estaba jodidamente enamorada.

Volví a los folletos y, como me habían indicado, usé las pestañas amarillas adjuntas para poner pegatinas en los edificios y casas que me gustaban. Costaba no mirar los precios, pero dado que esta casa sería para mi bebé, quería lo mejor de lo mejor.

A mitad de camino, la puerta principal resonó y Tyler apareció en el salón momentos después, trayendo consigo el olor familiar de su ambientador de coche y su colonia.

—¿¡Estás en casa!? —Fue directo hacia mí, me cogió la cara y me plantó un beso sólido y cálido en los labios. Me besó la nariz al separarse y luego miró la carpeta—. ¡Ah, buscando casa!

—Sí, tenéis muy buen gusto —reflexioné, y me detuve al darme cuenta de que Tyler ya no llevaba su uniforme de agente. Vestía camisa y pantalones de vestir con la placa policial en la cadera—. ¿Ya no estás de patrulla?

—¿Mmm? ¡Ah, no! Lo siento, creía que te lo había dicho. Con Andrés entre rejas a la espera de juicio, ya no necesito trabajar de encubierto —me guiñó un ojo y se apartó parte de su espeso cabello de los ojos—. Vuelvo a ser un detective sexy.

—Oh, por favor —se burló Bailey mientras yo le devolvía el guiño a Tyler.

Sexy, sin duda.

De repente, un estruendo de cacerolas retumbó desde la cocina, seguido de Jay maldiciendo en voz alta y de la carcajada aún más fuerte de Dae porque su padre había soltado un taco. Tyler salió disparado al instante y Bailey, tras darme un rápido beso en la mejilla, hizo lo mismo para evaluar los desperfectos.

Acompañada solo por la carpeta, me concentré en poner pestañas en cada página hasta que un pensamiento me asaltó, surgido de las profundidades de mi mente.

Mi padre. Había intentado contactar con él varias veces durante las dos últimas semanas pero no había respondido. El arresto de Andrés fue noticia de portada, así que era imposible que evitase enterarse de que Andrés estaba por fin tras las rejas. Ninguna de mis palabras clave obtuvo respuesta por mensaje y, cuanto más se prolongaba el silencio, más temía lo peor.

¿Estaba muerto? ¿Lo encontraron los hombres de Andrés y lo dejaron en la cuneta como un yonqui más barrido por el sistema? ¿O había salido corriendo y me había dejado atrás sin importarle un pimiento?

Sinceramente, no sabía qué respuesta prefería.

Al final, saqué mi móvil, cerrando la carpeta de paso, y marqué su número casi por inercia. Al acercármelo al oído, sonó unos segundos y luego cortó automáticamente al buzón de voz. Respiré hondo y contuve el aliento hasta que la máquina pitó.

—¿Papá? Soy Selena. Otra vez. Espero que si estás oyendo esto, estés bien. Francamente, no sé cuántos mensajes puedo dejar antes de que se llene tu buzón, así que si este es el último, ha de ser el importante.

Jugando con la esquina de un cojín, eché un vistazo hacia la puerta del salón. Atisbos de Tyler, Bailey, Jay y Dae pasaron fugazmente por la entrada de la cocina y el corazón me dio un vuelco.

—Casi me muero. Andrés me disparó, y casi me muero, papá. Pero no pasa nada porque Andrés va a la cárcel. He sobrevivido y voy a conseguir que lo encierren mucho tiempo. Tú podrías ayudar en eso. La policía opina que lo que robaste es crucial, y con eso podrías ayudarme a montar un caso cerrado. Así que deberías volver a casa. Por mí, aunque solo sea por eso. Me prometieron que no tendrías problemas. Tú fuiste policía, así que solo tú sabes lo cierto que es eso.

Apreté los labios e hice globos con las mejillas.

—Y... ¿papá? Vas a ser abuelo, así que molaría mucho que volvieras —.

## 29

# SELENA

Tyler, Bailey y Jay fueron extremadamente atentos durante mi recuperación, y en la semana que llevaba de vuelta en su apartamento, me trataron como a una princesa.

No había sabido nada de mi padre desde aquella última llamada, así que decidí que no iba a llamar más. Ya había hecho todo lo posible por contactar con él y si era incapaz de devolver mis llamadas, o incluso de preocuparse, no había mucho más que pudiera hacer.

Me entregué a mi recuperación e incluso presenté mi dimisión en ambos trabajos. Aunque ambos jefes habían sido informados de mi colaboración en una investigación policial en curso para justificar mi ausencia, a ninguno pareció sorprenderle mucho que no volviera. Si algo había aprendido de toda esta situación, era que merecía algo más de un trabajo que no fuera regañarme constantemente por productos mal colocados o por no sonar absurdamente alegre al contestar el teléfono.

Fue un gran peso que me quitaba de encima.

Me centré en comer bien, hacer ejercicio suave y pasar todo el tiempo posible con Dae. Estaba emocionado por su cumpleaños aunque faltaban aún unas semanas, y era divertido empaparme de su entusiasmo mientras leíamos, jugábamos o le ayudaba con los

deberes. No se me permitía hacer nada demasiado extenuante. Cada vez que parecía que iba a hacer o levantar algo que no debía, uno de mis hombres aparecía y se hacía cargo, ordenándome tajantemente que me sentara a descansar.

Para alguien que había crecido haciéndolo todo y cuidando de un padre inmaduro, era extraño ser la cuidada. Disfrutaba inmensamente.

Solo había un problema.

Me habían disparado hacía más de tres semanas y mi recuperación iba viento en popa, pero ninguno había cruzado la línea de tocarme a pesar de mis mejores esfuerzos por atraer su atención. Me besaban, me abrazaban y me cuidaban, pero cada vez que intentaba iniciar algo más, me frenaban y me decían que esperara a estar mejor.

A mediados de la cuarta semana, estaba profundamente frustrada sexualmente y decidí tomar cartas en el asunto.

—¿Estás listo? —Miré a Dae, que se balanceaba sobre los talones agarrando las correas de su mochila.

Asintió rápidamente.

—¿Tienes todos tus libros?

—¡Sí!

—¿Y el tentempié?

—¡Sí! ¡Sándwiches de mermelada!

—Oooo, qué suerte —me reí, despeinándole el cabello oscuro—. Bueno, que tengas un buen día y cuando vuelvas terminamos de ver Carnosaurio 3. ¿Te parece?

—¡Bien! —Dae corrió hacia mí y me abrazó la pierna, luego salió disparado hacia Jay, que bajaba las escaleras sonriente.

—Hoy voy con un retraso tremendo —se rio, lanzándome una sonrisa. Me dio un beso rápido en la mejilla y levantó a Dae en brazos—. Vuelvo en una hora, ¡prometido!

—Vuelve pronto —sonreí con complicidad. Jay puso los ojos en blanco con cariño y salió corriendo del apartamento.

Hora de poner en marcha mi plan.

Tyler y Bailey estarían por allí, así que me dirigí al salón y me desnudé rápidamente. Me detuve para pasar los dedos por la roja

cicatriz quirúrgica que ahora embellecía mi abdomen, luego hasta la cicatriz de bala bajo mis costillas. Recuerdos que marcarán mi piel para siempre. Entonces envié un mensaje rápido a Bailey y Tyler diciéndoles que estaba aburrida.

Me desplomé en el sofá entre los cojines y deslicé una mano entre mis piernas. Llevaba demasiados días excitada y aunque me había satisfecho en la ducha, eso no se comparaba con lo real. Cerré los ojos y aparecieron imágenes de mis tres guapísimos novios. Las mantuve, imaginándolos en varios estados de desnudez mientras deslizaba los dedos por mis labios húmedos y penetraba con dos dedos.

Gemí suavemente mientras mi mano libre recorría mi abdomen hacia mis pechos, donde pellizqué mis pezones haciendo que se pusieran rígidos y el placer se enroscó cálido y familiar en mi bajo vientre. Todos mis hombres se arrodillaban ante mí suplicándome probar mi coño, pero se lo negaba igual que ellos me habían negado sexo las semanas anteriores.

Seguían suplicando, cada vez más fuerte con cada bombeo de mis dedos dentro de mí. Hice círculos con el pulgar sobre el clítoris y me perdí en la fantasía hasta que el gozne rechino, señalando que alguien entraba.

Abrí los ojos jadeando, al borde del clímax, y esbocé una sonrisa pícara cuando dos pares de ojos oscuros se clavaron en mí desde la puerta.

—Hola, chicos.

—Joder —Bailey gimió—. Voto por deshacernos de todo lo divertido para que te aburras más a menudo.

—De acuerdo —contestó Tyler con voz grave y ronca.

—¿Os vais a quedar ahí plantados? —jadeé, deslizando los dedos lo más hondo que pude y gimiendo— ¿O vais a ayudarme?

Se miraron mutuamente y el debate interno era claro en sus expresiones.

¿Merecía la pena porque seguía recuperándome? ¿Podían arriesgarse realmente?

No se lo puse fácil. Bombee los dedos más fuerte para que los sonidos húmedos de mi coño llenaran el aire, retorciéndome en el

sofá y gimiendo. Francamente, fue impresionante que aguantaran tanto.

Bailey fue el primero en caer sobre mí, lanzándose entre mis muslos abiertos para presionar su ardiente boca contra mis dedos en el coño. Tyler se agachó y me besó con fuerza, tragándose mi siguiente gemido mientras su cálida mano se unía a la mía acariciando mis pechos. Sus dedos eran más gruesos y sus pellizcos en mis pezones dibujaron punzadas más intensas en mi piel.

La lengua de Bailey lamía y trabajaba en torno a mis dedos hasta que los suyos los reemplazaron. Mis dedos acabaron un momento en su boca mientras los lamía para limpiarlos, luego su lengua estaba por todo mi coño y mi placer se disparó inmensamente.

—Sabes —soltó Bailey con una sonrisita entre besos lentos—, podrías habérmelo pedido directamente.

—Ni hablar —gemí, arqueándome hacia arriba—. Lo intenté y todos me dijisteis que no.

—¿Así que te desesperaste?

Mi respuesta se ahogó en mis gemidos entrecortados mientras el deseo crecía y la diestra boca de Bailey me arrastraba al borde del abismo del orgasmo. Me agarré a Tyler y mis muslos se cerraron alrededor de Bailey, balanceándome con fuerza sobre su lengua mientras ola tras ola de placer sacudían mi interior.

Fue *alucinante*.

Y no fue suficiente.

Por suerte, parecían estar de acuerdo porque en cuanto me desplomé hacia atrás, las manos de Bailey sujetaron mis brazos guiándome hacia arriba. Su ropa ya estaba esparcida por el suelo durante mi breve descanso. Sentado con las piernas cruzadas en el sofá, me atrapó entre sus piernas y di un jadeo al notar su polla dura presionando mi coño.

—¿No has podido resistirte, eh? —gemí suavemente, rodeando sus hombros con los brazos con pereza.

—Eres jodidamente irresistible —gruñó Bailey—. ¿Me culpas?

—No —murmuré, y mi pulso se aceleró cuando noté el calor del torso desnudo de Tyler contra mi espalda.

—Si estás tan desesperada, ¿crees que podrás con los dos? —susurró Tyler en mi oído mientras acariciaba mis costillas.

—¿A la vez? —Mi primer instinto fue negarme, pero acorralada entre ellos mi mente se llenó de pensamientos obscenos. Con lo cachonda que estaba, solo había una respuesta.

—Fácilmente.

—¿Ah, *fácilmente*? —comentó Bailey, deslizando sus labios por mi cuello hasta la mandíbula—. Ya veremos eso, princesa.

Ambas manos rodearon mis caderas para alzarme y, tras enlazar mis piernas a la cintura de Bailey, descendí lentamente sobre su polla dura con un gemido profundo y satisfecho. Mi cuerpo estaba relajado por el orgasmo y su polla me llenó hasta lo que creía mi límite.

Pero quería más. Iban a darme más.

Con las manos de Bailey en mis caderas y las de Tyler masajeando mis pechos, empecé a moverme sobre su polla. Tras unas embestidas, una mano de Bailey se deslizó hasta mi clítoris y acarició el ritmo. Gemí sin reservas, restregándome en sus dedos con cada balanceo mientras mi cabeza caía sobre el hombro de Tyler.

Entonces, de pronto, una nueva presión se unió a la polla de Bailey, y me esforcé por relajarme al notar el dedo de Tyler deslizándose junto a ella. Justo cuando creía estar repleta, demostraron que no era así y mi acelerado pulso se disparó.

Joder. Los quería. A los dos a la vez. Quería sentirme tan llena que fuéramos uno solo y nada más importara.

Lo único que faltaba era Jay.

Bailey y Tyler mantuvieron movimientos lentos y controlados mientras un dedo se convertía en dos, luego en tres. Me balanceaba cada vez con más fuerza, ansiosa por más. Quería todo lo que pudieran darme, y cuanto más excitada estaba, más relajado estaba mi interior.

—Lo estás haciendo genial —jadeó Bailey al escuchar mi quejido cuando los tres dedos se convirtieron en cuatro. Mi mente gritaba que era demasiado, mientras cada fibra de mi cuerpo replicaba que

era perfecto. Mi piel ardía, cubierta de sudor. La respiración de Bailey se volvió irregular; el placer le estaba afectando.

Para distraerle, le acaricié la cara y le arrastré a un beso feroz donde mordí su labio inferior y luché por dominar su lengua con la mía. Gané al principio por su sorpresa, pero luego sus brazos me rodearon y me apretó contra él mientras clavaba su lengua tan hondo que me mareé.

Al romper el beso, jadeé fuerte y grité cuando los dedos de Tyler salieron, y su gruesa polla empezó a entrar en mí junto a la de Bailey. Cualquier otra sensación palidecía en comparación, y mi grito se transformó en un ronco jadeo.

Estaba tan llena, desquiciadamente repleta, segura de que me abriría en dos si me movía un centímetro.

Fue *alucinante*.

Entonces la polla de Tyler penetró hasta el fondo, y corrí con fuerza.

Un coro de gemidos brotó de Bailey y Tyler mientras mi coño se contraía alrededor de sus pollas al ritmo de cada ola de éxtasis. Las sensaciones abandonaron mis extremidades, y un hormigueo recorrió mi piel hipersensible. Fue uno de los orgasmos más intensos de mi vida, y estaba enganchada.

Quería más.

—¿Listo? —dijo Bailey en mi oído, y tardé un momento en entender que hablaba con Tyler.

—Más que listo —respondió Tyler, con los labios en mi hombro. Sus manos me sujetaron en varios puntos y empezaron a moverse.

Estaba perdida en el fuego hipersensible que recorría mi piel, así que no noté cómo hallaron el ritmo, pero en pocas embestidas ya iban sincronizados. Bailey salía y Tyler entraba, sin abandonarme nunca por completo, follándome con fuerza. Era una sensación extraña y seductora tener dos pollas dentro, cada cual tan desesperada como la otra por llegar al fondo donde pertenecían.

Arañé el pecho de Bailey y mordí el brazo de Tyler cuando los picos de placer fueron tan intensos que no supe cómo gestionarlos. Me sentía segura en sus brazos mientras me follaban; aquella

sensación mezclada me resultó tan extraña y novedosa que me enganchó.

Esto era lo que quería. Esto era lo que necesitaba.

Bailey me lamió el cuello. Tyler me agarró el pelo, inclinó mi cabeza y me besó con fuerza. Con el ritmo más firme, las manos recorrieron mis pechos y jugueteaban con mis pezones acariciando mi vientre hinchado. No distinguía de dónde vendría el siguiente estallido de placer; mi mente se quedó en blanco, perdida en las sensaciones.

Cuando llegó el orgasmo, perdí toda conciencia con una intensidad que hizo temblar mi cuerpo entero. Mis músculos se tensaron y relajaron, mi interior latió con calor y un torrente caliente inundó mi coño cuando Bailey y Tyler acabaron con gemidos desesperados. Me envolvió su alabanza; aunque no entendía las palabras, la intención era clara.

Esto era el *cielo*.

Y no había terminado.

Mientras los últimos espasmos de placer se alejaban y volví a ser consciente, la puerta se abrió y Jay entró. Se detuvo en seco, y el rubor tiñó sus mejillas.

—Me cago en la puta —murmuró—. Debería haberme saltado semáforos para llegar antes.

—Ven aquí y fóllatela —rio Tyler, deslizándose suavemente de mi coño adolorido.

—Está bien calentita para ti —añadió Bailey.

Me sentía sin huesos y ninguna extremidad me obedecía mientras las réplicas del orgasmo aún me recorrían. No importó. Bailey me levantó y ambos me maniobraron hasta el sofá, donde Tyler y Bailey cogieron cada uno una pierna y me abrieron de par en par para Jay.

—¡Mirad qué hinchado está su coño! —gimió Tyler, levantando una mano y dándome un azote suave justo en el monte de Venus.

Di un respingo y jadeé, con el corazón acelerado, y un reflejo me hizo intentar cerrar las piernas. No pude. Ambos me sujetaban los muslos con firmeza, bien abiertos, exponiéndome para Jay, que apenas podía quitarse la ropa de lo rápido que iba.

—Jay... —gemí, queriendo alcanzarlo, pero también me sujetaban los brazos, dejando mis pechos expuestos para que les prestaran atención.

—Estoy aquí, cariño —dijo Jay, y reclamó mis labios con un beso profundo. Luego, su polla dura y larga se clavó en mi coño mientras Bailey y Tyler comenzaban a chuparme los pechos.

Estaba completamente a su merced y nunca había sido más feliz. Ambos me lamían y chupaban los pechos mientras Jay empezaba a follarme a un ritmo rápido y potente. Era como si estuviera vertiendo en mí toda la frustración sexual acumulada durante las últimas tres semanas y yo la absorbía con avidez. Cada embestida arrancaba un gemido de mis labios, el sudor resplandecía en todo mi cuerpo, y cada vez que intentaba moverme, unas manos me mantenían firmemente en su sitio.

Una orden silenciosa de aguantarlo. Yo había pedido esto.

—Sí —recité, moviendo débilmente las caderas al encuentro de las embestidas de Jay lo mejor que podía—. ¡Sí, sí!

Estoy segura de que me desmayé un instante cuando volví a correrme. Todos mis nervios estaban al límite y las entrañas me dolían tras orgasmo tras orgasmo. Jay se hundió profundamente dentro de mí al correrse, y gimió mi nombre como una plegaria, llenándome hasta el fondo con su semen.

Estaba agotada y completamente saciada. Esto superaba mis expectativas, y sin duda puso el listón muy alto para la próxima vez que estuviera tan caliente.

—Gra... —La sequedad me cerró la garganta un instante y tragué —. Gracias. Acurrucados juntos en el cálido resplandor posorgásmico, la satisfacción se instaló orgullosa en mi pecho.

—No tienes que darnos las gracias —dijo Jay, dándome un beso suave en la frente—. Ojalá hubiera llegado antes.

—Oh, volveremos a hacerlo —dije entre risas—. Cuando vuelva a sentir las piernas.

—Ah, ¿de verdad? —preguntó Bailey, rozándome el cuello con su barba mientras hablaba.

—Si ella lo exige, debe de ser verdad —murmuró Tyler, acariciando y besándome la cara interna del muslo.

—Os quiero, chicos —suspiré feliz, cerrando los ojos.

—Y nosotros a ti —respondieron los tres al unísono.

La vida iba sin duda por el buen camino.

—¡Mierda! —resopló Tyler, incorporándose de golpe—. Llegamos tarde al trabajo.

—Ha valido la pena —dijo Bailey, sin hacer el menor intento de moverse.

## 30

# JAY

—Es como algo sacado de una película —murmuró Selena un par de días después, con tono queda mientras examinaba los papeles y desmenuzaba su dónut en pedacitos minúsculos.

La observé con atención, decidiendo cuándo sería momento de retirar la carpeta. Repasar su declaración de testigo cuando recibió el disparo era comprensiblemente duro para ella, pero necesitábamos cada dato fuese perfectamente exacto. El abogado de Andrés la acosaría y la mínima discrepancia podría hacer naufragar todo el caso.

Necesitábamos que todo fuera a prueba de bombas.

—¿Una película? —indagué suavemente.

—Es que... —Suspiró hondo—. Releerlo así es tan raro porque parece el guion de una película. Pero yo lo viví. Es parte de mi vida, una memoria viva en mi mente, y a la vez no me parece real. Esta mierda no debería ocurrirle a gente como yo.

—Ah, claro, a los hermosos y encantadores jamás deberían dispararles —bromeé.

Selena respondió lanzándome unas migajas—. Sabes a lo que me refiero.

—Sí que lo sé —más de lo que ella imaginaba. Recordar cuando mataron a mi compañero de un disparo seguía sin parecerme real,

incluso después de tantos años—. Debo advertirte: la defensa de Andrés probablemente arremeterá contra ti y tu padre. No sé cómo lo plantearán, pero dada la implicación de tu padre con Andrés y el robo, es probable que te acusen de querer vengarte de Andrés por la desaparición de tu padre.

A Selena se le arquearon las cejas—. Pero... si estaba infiltrada. ¿No consta eso en los informes?

—Así será —expliqué—, pero tus motivaciones se pondrán en duda. Por ejemplo, podrían tergiversar tu implicación obligada como una artimaña para acercarte a Andrés y enfrentarte a él por tu padre. Eso insinuaría que fuiste allí con intención asesina o peor.

—¡Eso es falso!

—Lo sabemos, pero su abogado hará lo imposible por pintarte como culpable ante el jurado. Por eso deberás mantener la calma y apegarte a los hechos —le mostré una sonrisa compasiva—. Será duro, pero la clave es dejar tus sentimientos fuera. Tú estabas allí por nosotros, y todo se torció.

—Lo entiendo. —Sus hombros se hundieron ligeramente, y el dónut entre sus dedos ya casi se había convertido en un plato de migajas.

—Esto incluye identificar a Andrés como tu agresor —continué—. Debes explicar los detalles con claridad y sin dudas.

—Lo vi, lo sentí —replicó Selena con aspereza—. ¿Acaso eso no basta?

—Puede ser, pero su abogado tergiversará tus motivos. O dirá que mientes, o que el estrés te impidió identificar claramente al autor.

Selena frunció los ojos—. Qué ridículo.

—Sí. Pero es el juego de los abogados para proteger a clientes sucios —un regusto amargo me inundó la boca—. No me sorprendería que Andrés tenga algún fiel que cargue con el muerto: un matón leal que diga que él disparó y que tú te equivocas. Si lo consiguen, todo lo demás que digas quedará en entredicho.

—¡Pero no es verdad! —La angustia asomó en el tono de Selena, y la migajas se convirtieron en polvo bajo sus dedos nerviosos.

—Lo sé. Por eso debes ser cristalina en los detalles mientras perseguimos a los últimos rezagados de la fiesta. Con suerte, al encerrarlos disminuiremos la probabilidad de que surjan testigos falsos.

—¿No hay como... pruebas o algo? Si no creerán mi testimonio, ¿qué más hay?

—Había restos de pólvora en las manos de Andrés al arrestarle, pero ese lapso de tiempo sin coartada permite crear teorías falsas. Sin el arma, tú eres la única que puede convencer al jurado.

La frustración de Selena era evidente, y parte de mí sentía que la traicionaba destacando esa fragilidad, pero por su bien. Debía prepararse para todo.

—Sé que es injusto —dije con suavidad.

Selena bufó y siguió pulverizando los restos del dónut.

—Es la peor sensación: conocer la verdad profundamente mientras él usa su dinero para cubrir huellas. Mi... —hice una pausa, dudando si abrir aquel viejo conflicto. Selena alzó la mirada con curiosidad entre triste, así que continué—. Una vez estuve en tu situación. Cuando era detective, tenía un compañero. Buen tipo, casado, tres hijos. Bebía algo más de la cuenta, pero lo compensaba siendo honrado. Por un golpe de suerte, descubrió una pista sobre Andrés y fuimos a arrestarlo. Pero Andrés tenía demasiados hombres: sus leales dispararon para darle vía libre, y mi compañero persiguió a...

Hice una pausa cuando el dolor, antiguo como una herida mal cicatrizada, me atravesó el pecho.

—Vi a Andrés disparar a mi compañero tres veces en el pecho como si nada. Se escapó porque preferí quedarme a intentar mantenerlo con vida. Murió en mis brazos. El día más jodido de mi vida, después del día que pensé que tú habías muerto —. Hinché las mejillas y volví a concentrarme en los documentos que teníamos delante.

—Nunca recuperamos el arma, y mi declaración fue descartada porque su abogado alegó que estábamos en la finca de Andrés con intenciones ilegales, y que yo le acusaba por algún retorcido deseo de venganza. Ni siquiera llegó a juicio porque habían disparado a mi

compañero con un arma reglamentaria. Andrés se la robó durante una pelea, lo *sé*, simplemente no pude demostrarlo. Algunos incluso me acusaron de matar yo a mi compañero y culpar a Andrés para encubrirlo. Tal vez hubiera funcionado si no hubieran recuperado todas las balas que disparé, que estaban bien recogidas en la escena del crimen.

Selena alargó la mano y me cogió la suya. —Lo siento muchísimo.

—Al no recuperar el arma, esa sombra me persiguió. En mis peores momentos, llegué a preguntarme si de verdad fui yo quien lo mató —. Solté una risa amarga.— Andrés tiene esa habilidad para metértelo en la cabeza. ¡En fin!

Tomé aire para calmarme y le dirigí a Selena una sonrisa más firme.

—He vivido con esa culpa años, dejé mi carrera como inspector destrozado. Por eso me hice investigador privado para tomar el control. Así que... estoy contigo y haré todo lo posible para que no quede impune. Esta vez no.

—Lo entiendo —dijo Selena en voz baja—. Hay que prepararlo todo al detalle; es lo bastante arrogante para creer que volverá a salirse con la suya.

—Exacto —. Entrelacé mis dedos con los suyos y le apreté la mano con agradecimiento.— Ya no tiene de su lado al jefe de policía, lo cual puede favorecernos si el exjefe suelta algo útil además de admitir sus abusos. Lo que tenemos con Tyler y Trask, por ejemplo. Andrés se merece sufrir por mil cosas más, pero si lo encarcelamos por esto, será un comienzo.

—Sin presión —bromeó ella—. O sea, que debo prepararme para tácticas sucias y que su abogado saque todo lo posible para que parezca que me lo merecía.

—Exacto.

—Fácil. Como mi exjefe —. Me sonrió con calidez y me apretó la mano, pero antes de volver al siguiente informe, unos golpes rápidos en la puerta nos interrumpieron.

Alcancé mi pistola al instante y me levanté despacio. Tyler y Bailey estaban trabajando y no llamarían así. Dae estaba en casa de

una amiga de confianza, y no esperábamos ningún pedido.

—Quédate aquí —dije en voz baja, enviando un mensaje al móvil mientras me acercaba. Con el juicio cerca, no me arriesgaba. En el cristal esmerilado se veía una silueta; solo una, por lo que parecía.

Con la pistola en la cadera y el cuerpo tenso, descorrí el cerrojo y abrí la puerta.

—¿Qué desea? —Mi pregunta murió al ver a la última persona que esperaba en mi casa.

Marcus Hartley.

—¿Marcus? —Mil preguntas me asaltaron, pero antes de que pudiera formular ninguna, Selena me apartó.

—¿Papá?

—Hola, cariño —. El rostro demacrado de Marcus esbozó una sonrisa dentuda.

Apreté la mandíbula y me interpuse entre Selena y Marcus antes de aclarar la situación.

Pero Selena actuó primero.

En vez de saludarlo, levantó la mano y le dio una bofetada con fuerza.

*Merecido*.

## 31

# SELENA

El despacho de la capitana era tan pulcro y correcto como ella. No parecía haber ni una sola cosa fuera de lugar, lo que le daba un aire de frialdad que no podía sino respetar. Ser mujer en este tipo de trabajo no debía de ser fácil, y mucho menos ostentar el título de capitana. La feminidad no tenía cabida en el mundo de la ley y el orden, o eso parecía.

La impecable pulcritud de su despacho hacía que mi padre, Marcus Hartley, pareciera aún más desaliñado y sucio, y la bolsa de lona que lo había empezado todo se veía excepcionalmente sucia sobre su escritorio.

La capitana Aubrey estaba cerca con unos cubos rojos y blancos en la mano. Los imanes chasqueaban suavemente de un lado a otro mientras observaba a Tyler ponerse unos guantes para pruebas y acercarse a la bolsa. Jay estaba sentado a mi lado y Bailey rondaba detrás de mi padre como si esperara que se zafara de las esposas en cualquier momento.

Apenas podía apartar la vista de la bolsa. Era tan extraño volver a verla después de tanto tiempo. Tantas cosas habían cambiado en mi vida; yo había cambiado tanto que era como si una versión diferente de mí hubiera visto esa bolsa al principio y simplemente me hubiera pasado la información con una nota.

—Marcus… —Aubrey chasqueó la lengua y el ritmo con el que hacía chocar los imanes se aceleró—. ¿Por qué no se presentó antes?

—Llevo preguntándole lo mismo desde que le puse las esposas —espetó Bailey, cambiando el peso de un pie a otro sobre las puntas.

Cuando Jay le había abierto la puerta a mi padre, este no se había mostrado muy hablador. Se había dedicado más que nada a disculparse, pero a mí me había costado creer una sola palabra de las que salían de su boca, al menos hasta que supiera toda la historia.

—Bueno… —cuando mi padre empezó a hablar, su voz era rasposa—. Estaba drogado cuando le robé a Andrés. No fue mi momento más lúcido y creo que, con las drogas y el alcohol, fui capaz de urdir este plan increíble en el que podía robar unas cuantas cosas para garantizar mi seguridad. Luego podría huir y llevarme a Selena conmigo, y tendríamos un nuevo comienzo.

La tensión recorrió mis brazos como un latigazo cuando pronunció mi nombre con voz ronca. Por un momento, sonó cuerdo; un tipo desesperado que busca una salida. Sin embargo, no me lo creí ni por un segundo. Demasiadas veces me había venido con una excusa parecida cuando estaba saliendo de una de sus juergas y trataba de dar pena.

—Eso aquí no cuela —dije con voz tensa—. Tienes que decir la verdad.

—Es la verdad. —Mi padre se giró para mirarme, haciendo sonar ligeramente las esposas a su espalda—. Quería una salida para los dos.

—Una salida habría sido darle la espalda a las drogas, papá. No recurrir a más delitos.

Su rostro, delgado y curtido, se descompuso ligeramente y asintió.

—Vale. Estaba drogado, y aunque mantengo lo que he dicho, también había algo de lógica de adicto en todo aquello. Una parte de mí esperaba extorsionar a Andrés de alguna manera porque estaba harto de malvivir con lo que él movía por las calles. Sabía que se

guardaba el material bueno para las fiestas de la élite en sus casinos.

Eso se parecía más a mi padre. La mano de Jay se posó en mi muslo y lo apretó ligeramente, convirtiéndose en un punto de apoyo que me reconfortó mientras mi padre continuaba.

—Tardé días en bajar del colocón. Perdí la cuenta de cuánto tiempo. No sabía dónde estaba, no sabía dónde estaba Selena. Para cuando recuperé la orientación, había pasado tanto tiempo y yo tenía eso. —Mi padre señaló con la cabeza la bolsa de lona.

Tyler fotografiaba con cuidado todo lo que sacaba de la bolsa y lo colocaba sobre el escritorio de la capitana. De momento, eran grandes fardos de dinero en efectivo y nada más.

—Entonces, un tipo que estaba en el fumadero en el que había acabado intentó matarme por un contrato que habían puesto por mi cabeza y la de mi hija. No fue hasta que escapé que me di cuenta de que Andrés había ordenado que nos mataran a mí y a Selena. —Respiró hondo y sus huesudos hombros se movieron bajo la camisa. En los pocos meses que habíamos estado separados, mi padre se había consumido más de lo habitual.

—¿No pensó en acudir a nosotros? —preguntó Aubrey bruscamente—. ¿Entregarse para conseguir protección para usted y su hija?

—Las drogas eran lo primero.

Esa fue probablemente la frase más sincera que mi padre había pronunciado jamás. Mi perezoso corazón se aceleró ligeramente en mi pecho, pasando a latir fuerte y rápido en el centro. La mano de Jay se apretó en mi muslo.

—Sabía que con lo que había robado me alejaría de Andrés para siempre. ¿Cómo no iba a hacerlo? Ese pequeño psicópata tenía la mala costumbre de guardar trofeos para poder fardar, sacándolos en las fiestas para recordar a todo el mundo lo peligroso que era y lo lejos que estaba dispuesto a llegar —se burló mi padre—. No pensaba en la ley. Solo en la supervivencia.

—Pero no en la supervivencia de su hija, ¿eh? —gruñó Bailey. Se cruzó de brazos y un profundo suspiro retumbó en su pecho.

Tyler gruñó asintiendo y luego se puso rígido. Al dinero le siguió una cantidad obscena de joyas, relojes, adornos de cristal y puñados de piedras preciosas. El escritorio de la capitana empezaba a parecer una partida de póquer con apuestas desorbitadas.

—Háblele del robo —dijo Aubrey, con sus imanes repiqueteando sin cesar.

—Bueno, sabía que Andrés no viajaba con su colección privada. Era demasiado grande y sabía que, después de una gran redada, frecuentaba ese casino. No tardé mucho en averiguar de qué casino se trataba porque ya me había topado con su seguridad privada una o dos veces. Sabían que era policía…

—Expolicía —lo interrumpió Jay.

—Cierto —contestó mi padre, lanzándole una mirada apenada—. Expolicía. Así que yo tenía mi valor. Secretos internos y cosas por el estilo. Me ayudó a salir de un par de situaciones peliagudas.

A Bailey le castañetearon los dientes, irritado.

—Así que solo tenía que vigilar dónde veía más a esos tíos. Seguridad personal para vigilar su colección privada, ¿sabéis? Sabía que allí habría lo suficiente como para sacar una buena pasta, y más que de sobra para comprar mi libertad. Aunque —añadió a toda prisa—, me centré sobre todo en el dinero.

—¿Y? —lo apremió Aubrey.

—Estaba drogado. Simplemente actué. Matt y yo habíamos hablado del golpe un par de veces, pero él no sabía que yo iba a actuar ese día. Se suponía que solo íbamos a inspeccionar el lugar, pero con las drogas viene una falsa confianza. Así que ataqué a los guardias, robé todo lo que pude y hui.

Mi padre se giró lentamente hacia mí y sus ojos se veían pesados, como los ojos caídos y tristes de un perro viejo.

—Selena, siento mucho que te hayas visto envuelta en esto. Quería volver a por ti, pero tenía tanto miedo de lo que pudiera pasar que, simplemente…, no pude.

—Yo también tenía miedo —espeté bruscamente, luchando por contener las lágrimas que amenazaban con brotar. La mano de Jay se flexionó sobre mi muslo—. Estaba aterrorizada y no tenía ni idea

de lo que pasaba, ni idea de si estabas vivo o muerto o *nada*, y aun así ayudé. *Tú* huiste.

—Lo sé —mi padre hizo una mueca de dolor y sacudió la cabeza, haciendo que las sucias greñas de su pelo volaran a su alrededor.

Tenía el mono. Lo había visto suficientes veces como para reconocer los síntomas, pero toda mi compasión se había esfumado. Yo había pasado por un *infierno*. ¿Cómo se atrevía a plantarse ahí y decirme que *él* tenía miedo?

—Estas joyas —dijo Bailey, rodeando a Marcus para ver mejor los objetos que Tyler estaba catalogando en silencio—. Podemos vincularlas a los allanamientos de morada, ¿verdad? Huellas, ADN, ese tipo de cosas. Algunas de estas tienen que estar registradas, con lo caras que parecen.

—¿Quizá sea parte de la razón por la que Andrés nunca se deshizo de ellas? En cuanto intentas vender una joya catalogada, el Departamento de Policía de Los Ángeles te pisa los talones.

—No os hagáis ilusiones —advirtió Aubrey—. Los de forense se encargarán de todo eso, pero, por lo que sabemos, Andrés fue cuidadoso, más que cuidadoso. Podría no haber nada aquí que siquiera apunte a él.

—Lo habrá —dijo mi padre—. Estaba orgulloso de ellas, como un león presumiendo de su presa. Eran sus logros y sus amenazas. El hecho de que las quisiera de vuelta con tanta desesperación debería dar fe de ello.

—En un juicio, ¿sabe lo fácil que será argumentar que lo quería muerto simplemente porque usted era un expolicía? —señaló Aubrey —. ¿O es que las drogas le han reblandecido el cerebro tanto que ni siquiera puede comprenderlo?

Escucharlos discutir de un lado a otro fue de pronto aniquilador, y la mano de Jay sobre mi pierna se convirtió en un peso del que tenía que escapar.

—Necesito tomar un poco el aire. —Me levanté rápidamente, pasé junto a mi padre y salí al pasillo, donde puse las manos en jarras y respiré hondo un par de veces. Hacía tanto calor en aquella habitación que agradecí el aire más fresco del pasillo y lo absorbí

mientras un sudor de ansiedad hacía que se me pegara la camiseta a la espalda.

¿Era mi padre? ¿Era por él que sentía como si una soga se me cerrara de nuevo en el cuello? ¿O era Andrés y su alcance imposible? ¿Cuánto tardaría en saber que mi padre se había entregado y que la bolsa de «juguetes» estaba ahora en el depósito de pruebas?

—¿Selena? —Jay me siguió hasta el pasillo, dejando la puerta entreabierta.

—¿Y si tiene a otra gente aquí? —dije sin aliento, volviéndome hacia Jay—. Gente que contamine todas esas pruebas y las inutilice en el juicio, ¿entonces qué?

—Selena —Jay se acercó y me agarró suavemente del hombro—. La cadena de mando trabajará sin descanso para asegurarse de que eso no ocurra. Sé que será difícil, pero si los de forense encuentran algo bueno en toda esa mierda, la propia capitana vigilará cada pieza como un halcón…

—¡Joder! —La exclamación de Tyler desde el interior del despacho desbarató los pensamientos de Jay, y volvimos a entrar a toda prisa.

Tyler estaba de pie junto al escritorio, sosteniendo delicadamente un arma reglamentaria del Departamento de Policía de Los Ángeles entre dos dedos—. ¿Es esto… lo que creo que es?

A mi lado, Jay se quedó blanco como el papel.

—A Andrés le gustan sus trofeos —resopló mi padre, ladeando la cabeza y usando el hombro para rascarse un picor—. Reconocí el arma cuando bajé. Solo hay una razón por la que un hombre como él guardaría una pistola de la policía como trofeo. Era la puta joya de la corona de mi botín y supuse que Andrés me daría lo que quisiera para recuperarla.

—¿Jay? —lo instó Bailey en voz baja, pero Jay se mantuvo en silencio.

—Me está diciendo —dijo Aubrey con voz tensa—, ¿que esta pistola es la prueba que faltaba en la muerte de un policía?

—No de un policía cualquiera —dijo Tyler.

—Vinculará a Andrés con el asesinato del compañero de Jay —dijo mi padre—. No hay otra razón para que esté aquí. Analizadla.

Escaneadla, lo que coño sea. Pero ese era mi billete a la libertad.

Todas las miradas se clavaron en Jay. Sus manos se cerraron en puños mientras sus ojos se fijaban en el arma.

—Yo se lo diré —dijo Jay con voz ronca—. ¡Yo le diré a Andrés que se va a pudrir en la cárcel!

## 32

# SELENA

—¿Cuánto tiempo más tenemos que estar aquí? —Paseaba de un lado a otro en el umbral, deslizando los dedos por el marco de la puerta mientras Tyler gruñía suavemente entre cada abdominal en el suelo.

—¿En esta habitación o en esta casa? —preguntó él, un tanto sin aliento.

—En esta casa. Ya han pasado, ¿qué, casi dos semanas? ¿Cuánto tarda un tribunal en decidir *Culpable*?

Desde que empezó el juicio de Andrés, me habían escondido en una nueva casa segura y me mantenían bajo llave para que ningún matón de Andrés intentara atentar contra mi vida. Me habría encantado quedarme en casa de Jay cuando comenzó el juicio, pero en cuanto Andrés supo que mi padre se había entregado, la recompensa por mi cabeza y por la suya se triplicó. Gente que ni siquiera conocíamos intentaba unirse a la caza.

Las últimas dos semanas habían sido un torbellino y, aunque entendía la necesidad de estas precauciones, casi me subía por las paredes de aburrimiento. Fue un golpe de suerte que Tyler estuviera aquí conmigo.

—El tiempo necesario para meter a Andrés entre rejas. —Tyler infló un poco los carrillos, continuando sus abdominales incluso con

la mirada clavada en mí—. Sé que es frustrante, pero las declaraciones de los testigos empiezan hoy. Creo que Jay declara esta tarde.

—Es frustrante *con ganas*. Pensaba que el juicio sería el final de todo, no más de lo mismo. —Apo yándome en el marco de la puerta, bajé los dedos para juguetear con la cerradura—. Echo de menos a todos. Querría estar en nuestro apartamento eligiendo los últimos retoques para el nuevo piso y escogiendo nombres para el Pequeño Huevo. —Una mano se posó para acariciar con cariño mi vientre crecido.

—Lo sé. Es lo más difícil, lo sé. La espera. —Tyler se incorporó y apoyó los codos en las rodillas, jadeando—. Pero mantenerte separada de todo, de tu padre y de Jay, se debe a que todos sois testigos y Andrés no se detendrá ante nada para eliminaros. Y sé que no quiero que eso ocurra, ni a ti ni a Jay.

—Lo sé. Es que... —Un calor punzante asomó tras mis ojos y fruncí el ceño.

—¿Hormonas? —sugirió Tyler.

—Sí. Quizá. No sé.

—Normal. Al haberse encontrado las huellas dactilares de Andrés en el arma que mató al compañero de Jay y en un montón de joyas de aquellos robos violentos en casas, hay pruebas suficientes para que a Andrés lo encierren durante mucho tiempo. Solo debemos asegurarnos de que no cuestionen las pruebas y de que ningún testigo acabe muerto.

Hablaba con sensatez. Lo sabía, pero no aliviaba la frustración en mi pecho. Debía de notarse en mi cara, porque la expresión de Tyler se suavizó un poco e hizo un gesto para que me acercara.

Con pasos pesados, accedí y me senté en su regazo, apoyando ambas manos en su torso desnudo.

—Estás sudado —me quejé en voz baja.

—Eso normalmente te gusta —respondió, deslizando sus manos con suavidad por mis muslos—. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte a distraerte?

—Mmm, no sé. —Desplacé las yemas de los dedos hasta su hombro húmedo—. ¿Qué tenías en mente?

—Puedo ser una excelente distracción. —Bajó el tono de voz unos octavos y se inclinó para besarme. Durante unos largos segundos, fue un éxtasis. Sus labios eran suaves, su contacto cálido y reconfortante, y un reguero de deseo resbaló hacia mi interior.

Pero no era suficiente.

Por mucho que lo desease, mi concentración estaba demasiado dispersa y el atractivo de Tyler no bastaba para distraerme. El beso se interrumpió y él me dio un suave piquito en la nariz.

—Lo siento —susurré en el aire que mediaba entre nosotros.

—No lo sientas —me aseguró en voz baja.

—Quiero, pero mi cabeza no está...

—No necesitas explicarte. —Tyler me apartó suavemente unos mechones de pelo detrás de la oreja—. Estás bien.

—Dios. —Con un gemido, me deslicé del regazo de Tyler y me puse de pie—. ¿Quién iba a decir que una dependienta de veintitrés años ayudaría a derribar a un jefe del cártel?

—¿Verdad? Deberías estar haciendo lo que hace cualquier veinteañera: beber, salir de fiesta y llegar tarde al trabajo —rio Tyler —. Aunque la verdad es que me parece que mola un montón.

—Claro que sí. —Comenté—. Eres insaciable.

—¿Contigo? —Tyler cogió su camiseta al sonar un lejano golpe en la puerta—. Totalmente.

—Igual la comida me distrae.

—Creo que queda pizza. Siempre que tus otros guardaespaldas no se la hayan zampado toda.

—¿Es normal que no hablen? —pregunté al salir del dormitorio. Los otros guardias apostados allí eran la quintaesencia de la profesionalidad, y rara vez dedicaban palabras a la charla trivial.

—Te tienen miedo. —Bromeó Tyler—. Estás derribando a un jefe del cártel; Dios sabe qué le harías a un agente de protección.

La risa me burbujeó en el pecho, pero en el momento en que escapó, la puerta principal —que estaba abriendo uno de dichos guardias— se abrió violentamente y el hombre se desplomó, muerto, por un disparo en la frente.

—¡Agáchate! —Tyler me agarró del hombro y me obligó a doblar la cintura, cubriéndome con su cuerpo cuando estallaron disparos

sobre nosotros.

Apreté las manos con fuerza sobre mis oídos mientras mi risa se transformaba en un grito de terror. Solo veía los destellos de los disparos reflejándose en la madera pulida a mis pies y el cuerpo de Tyler sacudiéndose ligeramente con cada tiro que disparaba para defenderme.

De repente, el aire me golpeó al levantarse y una explosión grande y brillante me arrancó de las manos de Tyler. Estuve ingrávida un segundo hasta que impacté contra la pared opuesta, y la visión se me quemó con un destello blanco y cegador. El aire me fue arrebatado de los pulmones con fuerza, los oídos me zumbaban dolorosamente mientras resbalaba por la pared y acababa en el suelo. Cada inspiración me ahogaba, y solo lograba pequeños jadeos antes de que la irritación en la garganta me obligara a toser.

No veía, no oía y apenas podía pensar.

El instinto se apoderó de mí; rodeé mi vientre con ambos brazos para proteger a mi bebé, luego me encogí sobre mí misma y rogué a cualquier cosa que escuchara que todos saliéramos bien parados. Lejos, los disparos seguían rebotando en las paredes, pero con el zumbido en los oídos, todo parecía lejano.

De pronto, un agarre brutal se enredó en mi pelo y me arrastró del suelo. Me ahogué de dolor, tosiendo por el humo de la bengala, pero seguí con los brazos protegiendo la cintura.

—Aquí no está el niño —sonó una voz lejana—. Solo la chica.

Entonces, el suelo ascendió bruscamente hacia mí al ser soltada. Caí contra el suelo y la sangre se me heló mientras esperaba un disparo que sin duda me mataría. Pero el disparo nunca llegó. En su lugar, sonaron dos tiros más lejos, el suelo vibró al caer algo pesado justo a mi lado y grité.

—¡Selena! —El rostro de Tyler apareció de pronto ante el mío, borroso por las lágrimas que me caían de las pestañas a causa de la luz y el humo—. Estoy aquí, Selena, todo va bien. ¡Estás bien! Respira hondo, cariño. Respiraciones profundas.

—¿Qué... qué pasa? —logré decir ahogada, aferrándome a él con todas mis fuerzas.

—Era una bengala, sé que es una sacudida para los sentidos, pero estás bien, estamos bien. —Me levantó en brazos y mi mundo se tambaleó cuando las náuseas me cubrieron el paladar.

Entonces ya estábamos fuera, y lancé mi primera bocanada de aire sin humo. Tossí repetidamente y Tyler hizo lo mismo; me dejó en los escalones de piedra y me frotó la espalda.

Entonces caí en la cuenta.

El niño.

La irritación por el humo se olvidó al instante; me giré bruscamente hacia Tyler, le agarré el brazo y casi le hice soltar el móvil que llevaba pegado a la oreja.

—Tenemos que ir a por Jay. ¡Tenemos que llegar hasta Jay ya!



Al llegar, la puerta colgaba de sus goznes. Una música festiva flotaba desde dentro, levemente distorsionada por el zumbido en mis oídos que había persistido durante todo el viaje temerario hasta allí. La casa segura de Jay quedaba al otro lado de la ciudad, y cada minuto que pasaba intentando alcanzarlo había sido una tortura.

Más aún cuando no había contestado ninguna llamada de Tyler.

—¿Jay? —gritó Tyler, con la pistola en alto al entrar. Algunos globos de fiesta flotaban cerca del techo y serpentinas colgaban de cada marco de puerta.

Claro. El cumpleaños de Dae.

¿Había sido hoy?

El cristal roto crujió bajo nuestros pies al avanzar en el piso. El salón estaba vacío y silencioso, nadie respondió. Una mesa en la cocina tenía un mantel de plástico colorido lleno de canapés y una tarta de cumpleaños destrozada. Mi corazón desbocado se hundió en el estómago y el impulso de vomitar resurgió.

—¡Jay! —De repente, Tyler se abalanzó tras la mesa hacia un cuerpo inconsciente en el suelo. Sangre manaba lentamente de una herida en la cabeza y Jay estaba pálido.

—¡Jay! —grité, temiendo por un instante frío que llegábamos tarde y estaba muerto.

—Está vivo —resolló Tyler, presionando dos dedos en su cuello—. ¡Selena, a ver si encuentras a Dae!

No necesitó decírmelo dos veces. El piso era pequeño; tardé poco en registrar las tres habitaciones restantes llamando a Dae todo el rato. Solo el silencio me respondió, junto con repugnancia por los dos Agentes muertos que encontré en el baño. Miré bajo las camas, en armarios e incluso en la escalera de incendios, pero Dae no apareció por ningún sitio.

Cuanto más buscaba, más me retorcía el estómago de pavor.

Andrés no lastimaría a un niño... ¿verdad?

Olvídalo. Pues claro que lo haría.

Corrí de vuelta a la cocina y un rayo de alivio me atravesó al ver a Jay apuntalado por Tyler. Tyler sujetaba el teléfono entre el hombro y la oreja, y al mirarme supe que no precisaba decirle que no daba con Dae.

Ya lo sabía.

—¿Jay? —Me arrodillé a su lado y tomé su mano ensangrentada.

Jay alzó hacia mí unos ojos anegados en lágrimas, con el labio inferior sangrante temblándole.

—Se lo han llevado —sollozó con voz quebrada—. Se han llevado a mi hijo.

## 33

# JAY

—¿Dónde está? ¡¿Dónde está mi hijo?! —exclamé con la voz entrecortada.

Sabía que ver a Andrés en el banquillo sería duro, que enfrentarme al asesino de mi compañero sería una de las pruebas más difíciles de mi vida, pero estaba dispuesto a hacerlo.

Tenía determinación.

Y sin embargo, allí estaba el día que debía prestar declaración, saltando el mostrador como una fiera intentando alcanzar a Andrés, que era arrastrado fuera de mi alcance por dos guardias armados.

Quería matarlo. Ansíe agarrar su cuello estrecho y patético entre mis manos y apretar hasta que no quedara luz en aquellos ojos malvados. Deseaba quemarlo vivo y cortarlo en pedacitos hasta que me dijera dónde estaba mi hijo.

Ley y placa olvidadas, estaba dispuesto a matar, y lo único que impidió que persiguiera a ese cabrón hasta los calabozos fue que Bailey se interpusiese y me sujetase físicamente.

—¡Suéltame! —forcejeaba contra las manos de Bailey y luego contra las de Tyler, que se unió al jaleo—. ¡Voy a matarlo!

—¡Lo sé! —espetó Bailey haciendo un esfuerzo—. ¡Por eso mismo no puedo soltarte!

—¿Pero qué diablos pasa aquí? —la capitana Aubrey se acercó apresuradamente, sus tacones resbalando en el linóleo al detenerse —. Ninguno deberíais estar aquí. ¿Sabéis siquiera lo que vuestra interferencia con el sospechoso podría significar para este caso? ¿En qué puñetas estáis pensando?

Su voz se quebró y Selena avanzó, tocándole el brazo para llamar su atención. Yo seguía forcejeando para zafarme de quienes me contenían, clavando la mirada en la puerta por donde Andrés había desaparecido hasta que la vista se me nubló.

—Nos atacaron a todos. Le dieron una paliza tremenda a Jay, si no te has dado cuenta, y se llevaron a Dae—.

La capitana soltó un grito ahogado.

—Le dieron un ultimátum a Jay: O hunde el caso, o no volverá a ver a su hijo con vida.

Las palabras de Selena resonaron en mi mente hasta que, con el corazón encogido, cesé en mi lucha. Bailey me abrazó inmediatamente con fuerza, apoyando una mano en mi nuca.

—Lo siento mucho —murmuró Bailey con voz ronca.

—Se llevó a mi hijo —susurré afónico, con los ojos arrasados—. A mi *hijo*.

—Lo sé —dijo Tyler en voz baja—. Lo recuperaremos.

—Esperad. No acabo de entender. —La capitana Aubrey alzó una mano—. ¿Qué se supone que debe hundir exactamente? Este caso va más allá del asesinato de su compañero. Incluso si eliminá is esa parte, no afectaría al resto.

—Sí que lo haría —Bailey se apartó y se pasó una mano por la mandíbula—. Piénselo. La forma más rápida de destruir este caso —además de interferir con el sospechoso— es que Jay declare en el estrado y confiese haber matado a su compañero.

—Yo no...

—Lo sabemos, pero es evidentemente lo que quieren que hagas. En cuanto lo hagas, la conexión de Andrés con el arma se anulará. Algún trágico accidente o cualquier tontería que invente su abogado. Eliminada la prueba clave, todas las demás evidencias de esa bolsa quedarán cuestionadas. Todo se desmoronaría a partir de allí y nada

quedaría en pie. Lo único que tendría posibilidades sería... —Bailey hizo una pausa y miró a Selena.

Sus ojos se abrieron, llenos de pesar—. Mi caso.

—Exacto. Entonces sería la palabra de Andrés contra la tuya, y aunque pueda tener peso, no es suficiente. Menos aún dada la conexión de Jay contigo.

—Un buen abogado argumentaría que Jay está tras tu ataque por acercarte a descubrir a tu padre —dedujo Aubrey—. Que intentó matarte para impedir que el arma viera la luz.

—¿Cómo? —espeté, sacudiendo el contacto persistente de Tyler —. ¿Cómo cojones, estando entre rejas, sigue teniendo tanto poder sobre mi vida? Tras todos estos años, pensaba que... —La emoción cortó mis palabras. Bajé la cabeza, ocultándome tras unos mechones sueltos mientras los gritos de terror de Dae al ser arrebatado resonaban en mis oídos.

—Porque es un pedazo de mierda —gruñó Bailey—. Pero esta vez ha ido demasiado lejos. Lo ha hecho personal.

—¿No lo era ya? —apuntó Tyler con una mirada significativa hacia Selena.

—Sabes a qué me refiero —replicó Bailey tajante—. Fue tras nuestra mujer y ahora se ha llevado a nuestro niño. No hay escenario en el que salga vivo de esto.

El tono era claro, y la convicción calaba hondo en mi corazón. Si Andrés escapaba de alguna manera, lo encontraríamos.

Y lo mataríamos.

—Bien, escuchad. Tenemos a todas las unidades disponibles buscando a Dae y al coche visto saliendo huyendo de la casa segura. Lo encontraremos; es solo cuestión de tiempo —Tyler, siempre el alma más blanda, rebosaba esperanza.

Yo sabía que no era así.

Había visto demasiado a lo largo de los años.

—Todos conocemos las estadísticas —murmuré, frenando al fin mi deambular—. Si no subo ahora mismo a declarar y confieso, mi hijo morirá. Lo siento. —Alcé la mirada recorriéndolos uno a uno—. No puedo arriesgarme. No puedo. No con mi bebé... no puedo... no con él...

Mi pecho se oprimió, como si una banda al rojo vivo me apretara bajo los brazos, y un sabor a hierro estalló en la parte trasera de la lengua. Las rodillas me flaquearon y la siguiente respiración fue solo un jadeo entrecortado. Bailey estuvo a mi lado en un instante, ayudándome a sentarme en una silla de plástico cercana.

—Jay, tienes que respirar, ¿vale? Estoy contigo, tío. Estoy contigo. —Sus manos eran hielo contra mi cuello ardiente mientras aflojaba la corbata, y cualquier dolor residual de la paliza que recibí se desvaneció cuando el terror absoluto de perder a mi hijo me inundó.

Al diablo el caso, haría cualquier cosa por recuperarlo.

—Tengo que hacerlo —jadeé, agarrando la muñeca de Bailey—. Tengo que subir allí.

—Lo sé —asintió Bailey—. Pero te juro por todo lo que tengo que voy a traer de vuelta a tu hijo. ¿Me oyes? Lo encontraré, recuperaremos a nuestro chico y luego encerraremos a Andrés por mucho tiempo.

—Lo hará —murmuró Selena—. Cuando me secuestraron, en el fondo sabía que vosotros me encontraríais. Dae sabe lo mismo. Es un chico listo.

—Está solo con *ellos*. —Se me heló la sangre.

—Entonces necesitamos ganar tiempo —dijo Tyler—. Tenemos ojos en la calle, pero precisamos tiempo para localizarlos. Capitán, ¿puede incluir ahora a Jay en el orden del día? Sé que aún no le toca, pero si lo subimos ya y hacemos parecer que cede ante la amenaza, que va a confesar, quizá ganemos tiempo. Mientras, Bailey y yo encontraremos a Dae.

—¿Cómo? —jadeé, aún luchando por respirar.

—No lo sé —reconoció Bailey—. Pero debes confiar en que lo haremos.

—Es factible —murmuró la capitana—. Jay, si sube al estrado y divaga, puedo avisar al fiscal para que le presione con cada detalle posible. Desde su primer contacto con los Dorame. Cuanto más le presionemos, más tiempo tendrán Bailey y Tyler. Pero... —Miró a Tyler—. No puedo darles una eternidad.

—Entendido.

—¿Jay? —Selena se arrodilló ante mí, cogiendo mis manos cerradas en puños—. Estaré justo aquí, ¿vale? Estoy contigo. Si alguien puede salvar a Dae, sabes que son ellos dos.

Tenía razón. Lo sabía en el corazón. Mire sus preciosos ojos y el primer aliento sereno llenó mis pulmones. Su tacto me calmó más de lo que esperaba, y el pánico descontrolado por Dae empezó lentamente a remitir.

—Vale. —Asentí una vez. En el fondo sabía que no estaba estable para estar en la calle, y probablemente solo estorbaría. Si podía ser útil aquí, debía aprovecharlo.

—Lo encontraremos —prometió Tyler.

—Lo haremos. —Bailey me agarró con fuerza el hombro antes de salir apresurado con Tyler. Dejaron un silencio doloroso, roto solo por el contacto cálido de Selena.

—Saldrá bien —dijo suavemente, sus ojos reflejando el mismo dolor que albergaba mi corazón. La capitana salió rápidamente, con el teléfono en el oído, y aquella ilusión de privacidad bastó para que parte de mi angustia aflorase.

—Nunca había estado sin él. No así. Meterle en la guardería fue un gran paso que me costó muchísimo, pero solo porque revisé el sitio diez veces antes de apuntarle. Y luego, durante meses, esperaba horas o llegaba temprano para vigilar y asegurarme de que estaba a salvo. Nunca nos hemos separado, ni siquiera para dormir fuera, y yo... —No encontré palabras.

—Tengo miedo. Quiero que vuelva. Oigo sus gritos y pienso en lo mucho que le he fallado.

Los labios cálidos de Selena besaron mis nudillos mientras negaba con suavidad—. No le fallaste. Lo secuestraron y sabe que tú y los demás haréis todo por rescatarle. Lo sabe. Y lo traerán de vuelta. Andrés no saldrá impune.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —susurré, escapándose una lágrima por mi mejilla.

—Porque vosotros vinisteis por mí, y ni siquiera me conocíais una fracción de lo que conocéis a vuestro hijo. —Me sonrió con tristeza —. Merecemos una victoria.

Ojalá el mundo funcionase así.

Cerré los ojos, respiré hondo varias veces, y cuando mi pánico remitió, la capitana había vuelto con gesto sombrío.

—Cambiar su turno en el orden del día fue más fácil de lo que esperaba —dijo.

—Casi como si su abogado esperase esa petición —refunfuñó Selena.

—Exactamente. Mire, Jay. Sé que será duro, pero debe alargar esto cuanto pueda. Por mucho miedo que pase, no confiese aún.

—No lo haré —respondí, poniéndome en pie y arreglando el traje. Incluso al prometerlo, mi corazón no estaba en ello. Dae era lo primero. Solo existía esa verdad.

—Están listos para usted —dijo la capitana, apretando el teléfono.

Selena se inclinó y me besó dulcemente en la mejilla, apretándome la mano una última vez.

—Dales guerra —murmuró Selena.

## 34

# SELENA

La espera era insoportable.

Lo mala que fuese para mí, para Jay tenía que ser diez veces peor. Estaba en el banquillo, respondiendo a las cientos de preguntas que le hacía el fiscal, como se esperaba. Revivir cada detalle doloroso de cómo Andrés había afectado su vida no podía ser fácil, pero cada vez que miraba por la puerta, lo estaba haciendo increíble.

Que me obligaran a esperar fuera era duro, pero el golpe se suavizó cuando la capitana me metió una tablet en la mano al pasar, junto con un auricular. Me senté, me coloqué el auricular y encendí la tablet. En cuanto lo hice, mi corazón comenzó a acelerarse.

La tablet estaba conectada a una cámara corporal que apuntaba al salpicadero de un coche. —¿Hola?

—¿Selena? —La voz de Tyler sonó entrecortada en mi oído y, de repente, cogieron la cámara y la giraron. Apareció la cara de Tyler con Bailey asomado a su hombro.

—Hola —dijo Bailey.

—Hola. La capitana me ha dado esto. ¿Qué está pasando? —Rogaba desesperada por buenas noticias.

—Hemos localizado el coche que se vio huyendo de la casa de Jay y lo hemos seguido hasta un edificio abandonado en el centro.

Bailey terminó de reconocer la zona y ha visto a Dae dentro, así que estamos esperando que el GEO dé luz verde para entrar —explicó Tyler rápidamente—. ¿Cómo está Jay?

—Está bien —levanté la cabeza y giré en la silla para mirar por las puertas dobles acristaladas. Jay estaba pálido y visiblemente tenso, pero tenía las manos apoyadas en la madera y parecía hablar con calma—. Está aguantando. Le han preguntado mucho sobre su vida con su pareja y ahora están hablando del dinero encontrado en la bolsa. Pero no sé cuánto más podrá durar esto. El abogado de Andrés está poniendo objeciones a cada cosa.

—Como cabía esperar —refunfuñó Tyler. Miró fuera de cámara y asintió, luego se ajustó la cámara al pecho—. Hora de actuar.

Fue extrañamente desconcertante ver a Tyler salir del coche desde la perspectiva de su pecho. El asfalto dio paso a Bailey quitando el seguro de un fusil de asalto, con gesto sombrío. Detrás de él había una casa destartalada con un jardín salvaje y descuidado, y una verja de alambre colgando de los goznes. A su alrededor pululaban varias personas con GEO estampado en el pecho.

—¿Entras? —preguntó Tyler, con voz un poco lejana desde ese ángulo.

—Ni lo dudes —respondió Bailey.

Mientras se acercaban al edificio, mi corazón latía tan rápido que se convirtió en una sensación borrosa en mi pecho y apenas podía respirar. Apreté con fuerza la tablet, haciendo que los bordes se difuminaran alrededor de mi pulgar.

Bailey se acercó a la puerta y llamó dos veces.

—¡Largo de aquí! —exigió una voz distante.

—Pero señor —dijo Bailey con una voz aguda que en otras circunstancias habría sido graciosa—, solo quiero-quiero recaudar dinero para arreglar mi bici.

—Que te largues, coño —volvió a exigir la voz—. ¡He dicho que te...! —En su enfado, el hombre abrió la puerta de golpe y salió al escalón superior, pero sus palabras murieron cuando Bailey le dio un puñetazo rápido y violento en la garganta. Lo dejó mudo e incapaz de hablar, sin poder avisar a nadie dentro. Y mientras un miembro

del GEO apartaba a aquel hombre fuera de mi vista, Bailey entró primero en el edificio.

Todo se volvió borroso mientras el humo se extendía, los gritos llenaban el aire y una cacofonía de disparos resonó en la pantalla. El ángulo de la cámara de Tyler hacía difícil ver algo claro, dado cómo corría y se agachaba. Entre todo aquello, un grito me caló hasta los huesos.

Dae.

Habría reconocido su vocecita en cualquier parte.

—Por favor —susurré, al borde de la silla con una pierna agitándose—. Por favor, por favor...

Todos habíamos pasado por tanto. Tanto dolor, tanta muerte. No podía terminar así. No podíamos perder a Dae. Simplemente no podíamos.

Estaba completamente absorta cuando el humo comenzó a disiparse.

Bailey apareció en pantalla con un Dae bañado en lágrimas entre sus brazos, cubriéndolo con mil besos.

—¡Sí! —grité, levantándome de un salto mientras una ola vertiginosa de alivio me invadía.

—¡Shhh! —Un guardia de seguridad cercano me hizo callar, pero no me importó. Dae estaba a salvo. El alivio era tan eufórico que me tambaleé y las lágrimas me picaban en los ojos. Lo habían conseguido.

¡Lo habían jodidoamente conseguido!

—Estás bien, pequeño —dijo la voz de Bailey—. Ya estás a salvo. Estás a salvo.

Silencié la tablet y entré en la sala del tribunal, cruzando miradas con Jay. Si mi sonrisa no daba la buena noticia, mi pulgar levantado seguro que sí. El alivio en la cara de Jay fue inmenso, sus palabras temblaron, luego bajó la cabeza y se aclaró la garganta.

—Lo siento —dijo al cabo de un instante—. ¿Podría repetir la pregunta?

—Señor Whan. Le preguntaba si usted mató a su pareja —preguntó el fiscal—.

Jay respiró hondo, encogiendo los hombros, y luego echó un vistazo a Andrés.

—No —dijo Jay con firmeza—. No maté a mi pareja. Pero sé quién lo hizo.

—En su declaración en el momento de la muerte de su pareja, dijo que presenció el tiroteo. ¿Es correcto?

—Sí —contestó Jay.

—¿Y vio al tirador?

—Sí, lo vi.

—¿Podría señalarlo ante el tribunal? Para que no haya dudas.

—Sin duda. Era él. El acusado. —Jay señaló a Andrés, cuyo rostro mostraba una furia absoluta. Jamás había sentido tanta satisfacción al verlo. De repente, un movimiento en mi rabillo del ojo captó mi atención cuando alguien con chaqueta gris se levantó y salió del juzgado apurando el paso, con el móvil pegado a la oreja.

Dada la gravedad del caso y que los móviles estaban prohibidos, aquello resultaba sospechoso.

Lo seguí, escabulléndome de la sala y apresurándome tras él. Corrió a medias por el pasillo, pero por suerte no llegó muy lejos. Metiéndose en un hueco junto a la fuente de agua, se agachó hablando con premura. Me acerqué más de puntillas.

—¿Qué coño está pasando? —susurró—. ¿Dónde está el chaval? ¡¿Qué quieres decir con que lo han localizado?! —Se pasó una mano por el pelo y gruñó—. Vale, dime en qué coche condenado va. Jay ha tenido su oportunidad. Envío un coche y tú los guiarás por la ruta, ¿me oyes? Andrés quiere a ese mocoso mue...

Actué sin pensar. El extintor de la pared junto a mí era el arma improvisada perfecta: lo cogí, lo balanceé y lo estrellé contra su cabeza antes de que terminara la amenaza. Se desplomó, y su móvil salió despedido de su mano, deteniéndose ante mis pies.

—Mierda —jadeé, con el corazón martilleándome el pecho. Inclinándome, le di un suave empujón con el zapato. No se movió—. ¡Joder!

La voz vibrante del móvil descartado captó mi atención. Agachándome lentamente, lo cogí, y entonces el corazón me dio un vuelco. En la pantalla aparecía el nombre *Trask*.

—¿Hola? ¿Qué coño quiere que haga? —sisco Trask—. ¡En cuanto me mueva se darán cuenta!

Enmudeciendo la llamada, desactivé el silencio de la tableta y miré abajo. Tyler hablaba con un miembro del GEO.

—¿Tyler? —jadeé, apoyándome en la pared mientras mi mente viajaba a toda velocidad.

—¿Selena? ¿Qué pasa? Pareces alterada.

—Acabo de... Si le doy a alguien con un extintor en la cabeza, ¿tendré problemas?

—¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando? —exigió Tyler, al que Bailey se unió al instante.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Había un tío... Jay no mintió ni confesó, y en cuanto culpo a Andrés, este tipo salió corriendo de la sala hablando de localizar a Dae y asegurarse de que lo mataban, así que... reaccioné y le di con el extintor.

—Esa es mi chica —resopló Bailey—. Necesitas avisar a seguridad y a la capitana.

—Eso no es todo. —Tragué saliva con sabor a hierro—. He visto con quién hablaba.

—¿Con quién? —preguntó Tyler.

—Con Trask.

—Ese *hijo de puta*. Sabía que no era ni la mitad de inocente de lo que decía.

—¿Dónde demonios está Trask? —dijo Bailey fuera de imagen—. ¿No estará aquí el cabrón?

—No —respondió Tyler—. Quizá tenga un contacto aquí, o confiará en el protocolo de una situación así.

—Vale, ¿Selena? —Bailey reapareció—. Gracias por esto. Nos encargaremos de...

—¡¿Selena?!

Levanté la cabeza sobresaltada y el calor me inundó las mejillas al ver a la capitana Aubrey acercándose corriendo flanqueada por dos guardias de seguridad—. Selena, ¿qué ocurre?

—E-estaba llamando a Trask, diciéndole que matara a Dae, y yo... solo reaccioné —dije, mientras un inesperado torbellino de

culpa estallaba en mi pecho.

—Dios mío. —Aubrey desarrolló al instante un par de arrugas de estrés más alrededor de los ojos—. Te están llamando al estrado ahora mismo; tienes que subir al banquillo.

—¿Ahora? Pero yo... —hice un gesto inútil hacia el hombre inconsciente a mis pies.

—Yo me ocupo de esto —dijo Aubrey, cogiendo la tableta de mi mano—. Jay te necesita.

—¡Buena suerte! —sonó un coro lejano desde la tableta. Asentí temblorosa y deslicé mis palmas sudorosas por la blusa. Si Jay podía hacerlo, yo también.

El asiento del estrado fue uno de los más incómodos que conocí, con las costuras de cuero clavándose en mis muslos. ¿Sería intencionado? ¿Acaso mentir resultaba más difícil con el trasero siendo punzado?

—Selena Hartley. —El abogado de Andrés era un hombre de mirada aviesa, ojos rasgados y labios casi inexistentes.

—Sí.

Tras recitar mi edad y dirección para confirmar con el tribunal, me clavó una mirada gélida que me heló la espalda.

—Vayamos al grano, señorita Hartley. Afirma recordar con claridad al hombre que intentó matarla. ¿Es correcto?

—S-sí, así es. Lo recuerdo. Eso es correcto, sí. —Los nervios casi me vencieron.

—¿Puede identificar usted al hombre ante el tribunal?

—Sí, puedo.

—¿Está en esta sala en este momento?

—Sí.

—¿Está segura?

La boca se me secó y asentí—. Sí. —¿Cuántas veces más iban a preguntarme lo mismo? ¿Acaso Andrés aún esperaba que la amenaza latente a Dae haría que traicionara a Jay?

—¿Podría señalar usted a ese hombre ante el tribunal, por favor?

—Desde luego. —Miré directamente a Andrés, su rostro oscuro y lleno de odio. El hombre que trastornó mi vida por completo, que

intentó matarme y amenazó a quienes amo. Se había salido con la suya demasiado tiempo.

—Fue él, ese hombre de allí vestido de naranja. Andrés Dorame.

## 35

# SELENA

*Boletín de última hora: El narcotraficante Andrés Dorame, condenado a dieciocho cadenas perpetuas consecutivas*.

Podían pasar muchas cosas en seis meses.

Con un juicio que prácticamente consumió mi vida y los interrogatorios constantes durante días y semanas, hubo un momento en que pareció que nunca iba a terminar. Que cada detalle que yo, u otros, dábamos al tribunal sobre los numerosos crímenes cometidos contra nosotros no sería suficiente para meter entre rejas a alguien tan malvado y con tantos contactos como Andrés.

Incontables noches llorando al revivir el trauma, largos días repitiendo los persistentes efectos del trastorno de estrés postraumático por el disparo, y días aún más largos escuchando el dolor en la voz de cada uno de los hombres que amaba mientras subían al estrado y se enfrentaban al mismo intenso interrogatorio que yo había sufrido.

Durante mucho tiempo pareció que no había un final a la vista.

Ahora, tumbada en una hamaca junto a la piscina, con vistas al océano en nuestra nueva casa, el final había llegado.

Andrés Dorame iba a pasar una jodida eternidad en la cárcel por cada familia que asesinó durante su psicótico ascenso, por la muerte del compañero de Jay y por el intento de asesinato contra mí, por no

hablar de todos los cargos de narcotráfico que también consiguieron imputarle. No era mucho, pero era suficiente para que Bailey se sintiera de algún modo satisfecho de que su hermana hubiera sido vengada.

Por primera vez en mucho tiempo, me sentía bien. Orgullosa de mí misma y orgullosa de mis hombres. Estiré las piernas, el sol me calentó la piel y me acaricié con una mano el vientre muy hinchado. Ya faltaba poco para que el Pequeño Huevo se uniera a nosotros en un mundo ahora libre de ese capullo psicópata. Esa había sido mi única preocupación durante el estrés de todo el caso: si tendría efectos adversos en mi bebé.

La suerte, afortunadamente, había estado de mi lado hasta ahora con esto.

El agua salpicó con fuerza, rociándome los pies descalzos con frías gotas. Por puro reflejo, aparté las piernas y miré por encima de la tableta hacia donde Jay y Dae jugaban en la piscina. Una versión de Marco Polo que incluía flotadores y competiciones de aguantar la respiración. Haciendo honor a su fortaleza, Dae parecía no haberse visto afectado por su experiencia. Había tenido pesadillas intensas durante el primer mes, más o menos, pero ahora había vuelto a ser el de siempre y era lo más dulce de ver. Incluso Jay parecía haberse quitado un peso de encima.

Mientras juegan, las olas salpican la piscina y Tyler emerge de las profundidades. Puso las manos en el borde y se impulsó hacia arriba, sacudiéndose el agua del pelo oscuro. Luego se apoyó en el borde de la piscina. Inclinó la cabeza y paseó perezosamente la mirada por mi cuerpo vestido con un bikini.

—Estás tan guapa como siempre —sonrió con suficiencia.

Lo espanté con la tableta. —Me siento como una ballena varada.

—Una ballena muy sexi —señaló con una sonrisa—. Los lunares te sientan bien.

—Gracias. —Un calor que no provenía del sol se extendió por mis mejillas y me mordí ligeramente el labio, observando cómo las gotas de agua corrían por los musculosos hombros de Tyler—. Tú también estás muy bien.

—Oh, ya lo sé. —Esa familiar sonrisa juvenil hizo que mi corazón diera un vuelco.

Una sombra se cernió sobre mí y levanté la cabeza, mirando por encima de las gafas de sol a Bailey, que se inclinó y me ofreció el vaso de zumo de frutas frío que le había pedido.

—Mi señora.

—Gracias, caballero —sonreí, cogiendo el vaso y llevándome inmediatamente la pajita a los labios. La bebida fresca estaba de *muerte* con este calor. Sinceramente, todo sabía y sentaba infinitamente mejor desde que nos mudamos a esta casa de la playa. Era como si por fin estuviera experimentando la vida.

Bailey se inclinó y me besó suavemente en la frente, luego se acomodó en la hamaca a mi lado, con los ojos fijos en mi tableta abandonada.

—Así que por fin van a encerrar a ese cabrón, ¿eh? —murmuró, su pecho desnudo flexionándose mientras se acomodaba—. ¿Cómo te sientes?

—¿Yo? —pregunté sin sacar la pajita de la boca—. Me siento bien. Segura. Aunque estar embarazada con este calor de verano es bastante intenso. Pero estoy contenta. Por fin parece que todo ha terminado y puedo empezar mi vida como una aburrida ama de casa y madre.

—No hay nada aburrido en ti —rio Bailey—. Aunque será muy agradable no tener que temer por la vida de todos cada dos por tres.

—Amén a eso. —Tyler salió de la piscina y se sacudió el agua del cuerpo sin mucho esmero, luego se sentó a los pies de mi hamaca y empezó a masajearme los doloridos pies.

Estos hombres estaban pendientes de mí antes de que se me ocurriera pedirlo, y una felicidad satisfecha se instaló sobre mis hombros.

—¿Tenéis planes para hoy? —preguntó Tyler mientras Jay y Dae continuaban con sus payasadas detrás de él.

—Tengo que visitar a mi padre. —Lo habían internado en un centro especial después de que prestara declaración para cumplir una condena leve por sus delitos de robo y drogas, mientras recibía

tratamiento para su adicción. Fue lo mejor que la capitana Aubrey pudo hacer por él y, en opinión de algunos, más de lo que se merecía.

—¿Cómo está? —preguntó Bailey, con la mirada fija en mis piernas.

—Mejor. Quiero llevarle las últimas ecografías. Es raro, parece… —Buscando las palabras adecuadas, ladeé la cabeza—. A veces, siento que estoy recuperando a mi padre, y es una sensación increíble, pero entonces me contengo porque no quiero hacerme demasiadas ilusiones. Por si acaso.

—No pasa nada por ser precavida —dijo Tyler en voz baja—. Te ha hecho daño muchas veces en el pasado. Deja que sea él quien se esfuerce por arreglarlo, ¿sabes? Con el tiempo, puede que te resulte más fácil.

—Lo sé. Gracias. —Tras apurar el resto de mi bebida, alargué la mano para coger la de Bailey y su calor alivió al instante mis heladas yemas—. Sois demasiado buenos conmigo.

—Pues no te olvides de eso —se rio Jay con la boca llena de agua—. Cuando estés cambiando pañales de mierda a las tres de la mañana.

—Oh, no lo dudes —me reí entre dientes.

—Hablando de ser buenos contigo. —Bailey intercambió una mirada con Tyler—. Tenemos algo que decirte.

Retiré la mano y los miré alternativamente, notando cómo se me revolvían los nervios en el estómago.

—¿Qué es? ¿Qué ha pasado?

—No es nada malo —me tranquilizó Tyler, deslizando una mano por mi pierna—. Bailey y yo... hemos decidido dejar la Brigada Antivicio.

—¡¿Qué?!

—Con el bebé en camino y todo lo que ha pasado, queremos algo más seguro. Algo un poco más estable. Además —se encogió de hombros Bailey—, como mi suspensión por amenazar y atacar a Andrés está a punto de terminar, es un buen momento para hacer un cambio.

Noté que se me llenaban los ojos de lágrimas y un picor me recorrió la nariz. —Oh, Dios mío. Entonces, ¿qué..., qué vais a hacer? ¿Vais a trabajar con Jay?

—No exactamente —sonrió Tyler con suficiencia—. Nos vamos a Homicidios.

—Joder. —Puse los ojos en blanco y le di una patadita suave a Tyler mientras codeaba a Bailey—. ¿Cómo va a ser eso *más seguro*?

Ambos se rieron y se abalanzaron sobre mí. Las manos cálidas se convirtieron en dedos que hurgaban por todas partes y solté un chillido mientras se disponían a hacerme cosquillas por donde podían.

—¡Vale, es más seguro, es más seguro! —grité, librando una batalla perdida.

Duró hasta que Jay por fin salió de la piscina con un agotado Dae, que sonreía de oreja a oreja.

—¿Podemos tomar helado? —preguntó Dae, secándose el agua de los ojos.

—Claro, chaval —sonrió Bailey.

Sin embargo, la idea de un helado dulce y lechoso me revolvió el estómago e hice una mueca. —Uf, la idea me pone mala. —Entonces, un repentino antojo se abrió paso entre mis risas—. Aunque no le diría que no a un filete jugoso, oh, Dios mío. ¿Podemos ir a comer fuera?

—Decidido entonces —resolvió Jay—. Bailey, puedes dejar a Selena para que vea a su padre mientras yo lavo y preparo a Dae, y luego nos reunimos para comer. ¿Qué os parece?

—¡Pero el helado! —exigió Dae.

—¡Helado después! —Jay cogió a Dae en brazos—. Helado de postre.

—Iré con vosotros —le dijo Tyler a Bailey—. No he visto a Marcus desde aquella primera vez.

—Me parece bien.

Tanto Bailey como Tyler me ayudaron amablemente a levantarme de la tumbona y, mientras entrábamos en la casa, una mano se me fue automáticamente al vientre.

La vida, de algún modo, era buena. Ni en mis sueños más locos me había imaginado una casa y un hombre —no uno, sino tres— que me adoraran con locura. Quién iba a decir que lo peor que me había pasado en la vida acabaría trayéndome las mejores cosas que podría haber soñado.

Solo ese pensamiento bastó para que afloraran las lágrimas contenidas e intenté secármelas a toda prisa, pero Tyler se dio cuenta.

—¡Eh! —Se acercó rápidamente y me sujetó la muñeca, luego me ahuecó la mejilla—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Es por el bebé?

—Estoy bien —respondí en voz baja—. Es solo que... estoy feliz y ahora mismo eso me hace llorar, así que estoy, ya sabes. Hecha un mar de lágrimas.

—Ay, mi amor. —Tyler se rio cálidamente y me besó en la boca, deteniéndose unos segundos—. Te quiero —dijo al apartarse—. Te mereces esta felicidad.

—Yo también te quiero —gritó Bailey desde algún lugar de la cocina.

—¡Yo te quiero más! —gritó Jay desde los dormitorios.

—¡No, yo! —chilló Dae—. ¡Yo te quiero más que nadie!

Una carcajada brotó en mi interior y esta vez no hubo forma de detener las lágrimas.

—Yo también os quiero. A todos. De verdad. —El corazón se me inundó de calidez.

Mi vida estaba más llena de luz y amor que nunca.

Este era el futuro que me merecía.

Espero que hayas disfrutado de la lectura de esta historia.

Mientras sigo escribiendo el próximo libro de esta serie, ¿por qué no te haces con mi próximo lanzamiento, **His to Own?**

**His to Own** es el primer libro de mi nueva serie sobre la mafia, **Mafia Kingpins.**

**¡Hazte con tu ejemplar de His to Own AQUÍ!**